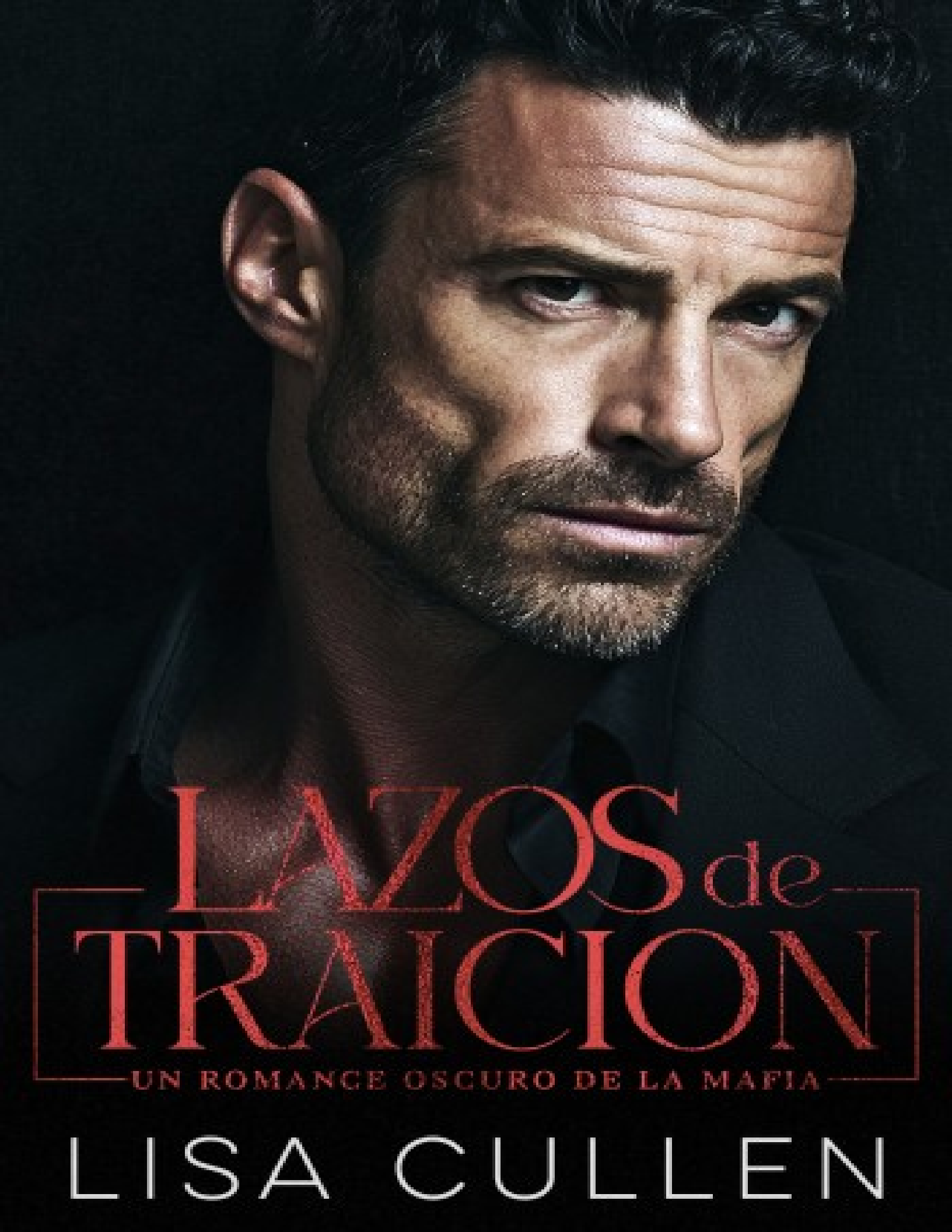


LAZOS de TRAICION

UN ROMANCE OSCURO DE LA MAFIA

LISA CULLEN

LAZOS DE TRAICIÓN

UN ROMANCE OSCURO DE LA MAFIA

SPANISH TRANSLATION - DESTRUCTIVE TIES

LISA CULLEN

ÍNDICE

Descripción
Prólogo
1. Miko
2. Anika
3. Miko
4. Anika
5. Miko
6. Anika
7. Miko
8. Anika
9. Miko
10. Anika
11. Miko
12. Anika
13. Miko
14. Anika
15. Miko
16. Anika
17. Miko
18. Anika
19. Miko
20. Anika
21. Miko
22. Anika
23. Miko
24. Anika
25. Miko
26. Anika
27. Miko
28. Anika
29. Miko
30. Anika

31. Miko
32. Anika
33. Miko
34. Anika
35. Miko
36. Anika
37. Miko

Epílogo

Epílogo Extendido

DESCRIPCIÓN

—Tu marido está muerto.
Lo dice como una sentencia.
Y aún así me toma.

Michelangelo Chiaroscuro asesina al pakhan…
y secuestra a la novia.

Me arrastran a su guerra.
Me fuerzan a su cama.
Me casan con el hombre que destrozó mi vida.

Me observa como a una presa.
Cuenta mis pasos.
Cierra todas las puertas por las que intento huir.

Pero el monstruo que me tomó no me toca como tal.
Espera.
Descubre dónde me destrozó mi primer marido.
Y cuanto más resisto, más difícil me resulta odiarle.

Entonces la verdad sale a la luz.

El hermano que mató era de su sangre.
El trono de la Bratva le fue robado cuando era un bebé.

Y mi nuevo marido es el legítimo heredero del imperio que destruyó.

Cuando veo la rabia en sus ojos, por fin comprendo…
La violencia corre por sus venas.
Así que huyo.

Porque llevo algo que jamás debe descubrir.
Algo que me encadenará a él para siempre.

Y cuando me encuentre…

No sé si me reclamará—
o acabará con los dos.

Copyright © 2026 by Lisa Cullen

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

Formateado con Vellum

PRÓLOGO

ANIKA

Hace un año

—¡Pyotr! —La calidez rebosa de Anthony Burwick, magnate de los negocios y anfitrión de la velada, mientras abre los brazos en un gesto de bienvenida, apartando al grupo de invitados elegantemente vestidos para acercarse a mi marido.

La brillante sonrisa de dientes blancos del empresario le parte el rostro bronceado, como si acabara de volver de unas vacaciones en alguna remota isla del Caribe.

Las canas en sus sienes están tan perfectamente colocadas que casi me pregunto si las dejó a propósito para parecer más distinguido. El resto de su pelo oscuro lo más seguro es que se tiña.

La impactante modelo del mes de Burwick se acerca en silencio a su lado; su espesa melena oscura le cae sobre los hombros desnudos rozando el pronunciado escote de su vestido de cóctel negro de sirena con lentejuelas.

—Vaya fiesta te has montado para un evento benéfico, Anthony —dice Pyotr, con un dejo apenas perceptible en la voz mientras activa su encanto.

Pero noto cómo se tensa a mi lado —algo en lo que he aprendido a ser mucho más rápida en este último mes como su esposa— y se me hace un nudo en el estómago mientras un sudor frío brota en mi nuca.

El calor de la irritación de Pyotr por ser tratado con tanta confianza irradia de él en oleadas, intensificando mi ansiedad.

En público, mi marido podría pasar por amable... incluso sociable.

Pero sé por experiencia que su humor puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos, y empleo cada ápice de autocontrol para mantener ahora la sonrisa, pese al temblor que me nace en el estómago.

Pero eso es lo que él espera que haga, y si hago quedar mal a Pyotr en la gala de esta noche, sé que lo lamentaré después, así que hago lo posible por disimular el miedo instintivo que me recorre las venas.

—Y he aquí que llega tu hermosa nueva esposa —declara Burwick, mirándome de arriba abajo con descarada complacencia—. Me complace ver que encontraste amor otra vez después del fallecimiento de Silvia. Su sustituta sin duda es una belleza.

Ni se molesten. Como si la sustituta de Silvia tuviera nombre, le espeto mentalmente, porque aunque Pyotr me silencie la lengua, no ha podido aplastar mi personalidad.

Aún así, me muerdo la réplica mordaz porque, en mi mundo —el mundo dominado por hombres como Pyotr Novikov—, así es como hablan de las mujeres.

He aprendido que es mejor mantener la boca cerrada y dejar que mi marido maneje la conversación.

—Tampoco tardaste tú en encontrar un modelo más nuevo, ¿vero? —interviene sin invitación John Hampton, el socio de Burwick,

tomando la mano de Pyotr para estrechársela en cuanto este termina.

Pyotr emite una risita baja que sus clientes quizá no identifiquen como siniestra... pero yo sí.

—Caballeros, mi esposa, Anika Novikov —Pyotr coloca su mano en mi espalda baja, empujándome un paso al frente mientras ignora el desaire de Hampton.

La intimidad del contacto de mi marido me provoca piel de gallina en la columna y fuerzo una sonrisa más intensa para ocultar cómo se me eriza la piel—. Es un placer conocer a dos de los mejores clientes de Pyotr —comento, sonrojándome cuando Hampton se inclina sobre mi mano para besar mis nudillos.

Con el rabillo del ojo, advierto la desaprobación en la mirada de Pyotr, y retiro la mano lo más rápido que puedo sin ofender al empresario.

—Tienes un listón muy alto que superar —dice Hampton, con ojos brillantes de diversión no expresada mientras los clava en los míos.

Lo dice tanto para provocar a Pyotr como para menospreciar mi lugar a su lado... y está funcionando.

Puedo sentir cómo escalan los ánimos de Pyotr, con el aire a su alrededor cargado de tensión violenta.

Al fin y al cabo, todos conocen los rumores que rodean el matrimonio anterior de Pyotr.

Burwick chasquea la lengua, moviendo la cabeza con tristeza. —Silvia era una verdadera joya. ¡Qué trágico accidente!—

A estas alturas, ya conozco bien los cotilleos —y el hecho de que Silvia no fue la primera esposa de Pyotr en encontrarse con un final trágico y bastante inesperado—.

Hace un mes, habría creído la desgarradora afirmación de mi marido de tener mala suerte en el amor.

Dos veces.

Ahora, me inclino más a creer el cotilleo sobre el destino de sus dos primeras esposas —las historias que nadie se atreve a contar delante de Pyotr—.

Ahora, sé lo que realmente ocurre tras las puertas cerradas de la casa de los Novikov.

—Anika, ¿por qué no nos traes otra ronda? —sugiere Pyotr, apretando su vaso de whisky vacío en mi palma con una mirada intencionada—.

—Sí, claro —acepto, agradecida por ser dispensada de esa conversación explosiva—.

Pocos hombres son tan descarados —o estúpidos— como para pisar terreno tan peligroso con Pyotr, y me pregunto si esta noche no terminará en un enfrentamiento violento después de todo.

Sinceramente, espero que no —por mi bien tanto como por el de Hampton—.

Sin mencionar el bochorno que causaría en una gala benéfica.

Abriéndome paso entre la multitud, tomo lo que parece ser mi primera respiración profunda desde que me puse el vestido de cóctel al comenzar la velada.

—Otro vodka frío, de la mejor gama —le pido al camarero, apoyándome en el borde de la barra mientras dejo el vaso de cristal tallado de Pyotr ante él—. Y una copa de prosecco, por favor—. Necesito algo para calmar los nervios si quiero sobrevivir al resto de esta noche.

Mientras el camarero enfría el vodka, me vuelvo para observar el salón de baile del centro de convenciones repleto de invitados.

La pista de baile bulle de movimiento, mujeres vestidas con decadencia girando en brazos de hombres de chaqué.

La orquesta en vivo del escenario lateral interpreta una hermosa versión de Chaikovski.

Y al otro lado de la sala hay un bufé digno de la realeza.

Todo en esta velada encaja con la vida que mis padres me prometieron cuando me vendieron a Pyotr.

Todo excepto el hombre al que pertenezco.

Una bola fría se asienta en mi estómago mientras me pregunto por centésima vez si ellos lo sabían.

¿Sabían los rumores antes de sentarse con los Novikov? ¿Entendió mi padre al hombre al que me entregaba cuando me acompañó al altar?

Quiero creer que no.

Pero cuesta creer que mis padres fueran tan ingenuos como yo en aquel entonces —y no he vuelto a hablar con ellos desde entonces—.

—¿Sus bebidas, señora? —dice el camarero, empujándolas más allá de la barra para captar mi atención—.

—Gracias —murmuro, sacando un billete de mi clutch de perlas y deslizándolo en su jarra de propinas—.

Luego recojo las copas y me doy la vuelta rápidamente para volver con Pyotr.

Solo que una imponente pared de músculo enfundado en terciopelo negro pasa justo por donde yo pisé.

Doy un respingo al chocar tan inesperadamente que el champán salpica de la flauta alta, manchando la chaqueta de terciopelo y salpicándome el pecho.

Milagrosamente, el vodka sobrevive intacto al impacto, y lo sostengo lejos de nosotros, segura de que Pyotr se irritaría si también derramaba su bebida.

—Lo siento muchísimo —susurro, sintiendo cómo el calor me sube a las mejillas mientras el líquido burbujeante y frío se desliza entre mis pechos—.

—Fue enteramente culpa mía —dice el extraño, y su barítono profundo y retumbante desata mariposas nerviosas en mi estómago—.

Hay algo extrañamente familiar en su voz, aunque no conozco a ningún italiano lo suficiente como para afirmar que conozco a este hombre.

Mi mirada tarda días en recorrer su pecho hasta encontrar su rostro, y cuando lo hace, mi corazón da un vuelco.

El hombre con quien choqué es colosal en todo sentido —alto, musculoso, imponente con sus hombros anchos, un cuello grueso que su cuello y corbata apenas pueden contener, y una mandíbula fuerte con rastrojo oscuro casi carmesí en la raíz—.

Una espesa mata de rizos negros cae sobre su frente prominente y en sus ojos azul gélido mientras me mira desde arriba, una lenta sonrisa burlona extendiéndose en sus labios.

Reconozco a Michelangelo Chiaroscuro de vista, aunque nunca lo he conocido.

Sinceramente, ni siquiera habría necesitado verlo antes para estar segura de quién es este hombre colosal.

La reputación del hermano mayor de los Chiaroscuro lo precede —no solo por ser el guardaespaldas personal brutal y violento del futuro Don italiano de Chicago, sino porque infunde temor a cualquiera que lo conoce—.

Es tan intimidante como letal.

Y acabo de derramar prosecco sobre su chaqueta de etiqueta.

—Déjeme conseguirle algo para eso —balbuceo, dejando mis copas en la barra con fuerza innecesaria para coger un puñado de servilletas de cóctel—.

Con el corazón en la garganta, presiono los cuadrados de papel contra sus solapas, intentando secar mi champán—.

—No pasa nada, de verdad —insiste él, con sus manos del tamaño de una zarpa de oso envolviendo las mías para detener mi patético intento de arreglar la situación—. Eres tú quien lleva la mayor parte de la bebida.

Mi corazón se acelera de repente cuando redirige mis manos hacia mi pecho, y sus dedos rozan mis pechos mientras usa las servilletas que sostengo para secarme.

Algo eléctrico recorre mi cuerpo, encendiendo un fuego en lo más profundo de mi ser.

Un respingo escapa entre mis dientes cuando me quedo paralizada, mis ojos saltan de nuevo a su rostro, y su diversión parece aumentar al soltarme.

—Disculpas —dice, aunque el calor de su mirada diría que no está nada arrepentido por el contacto—. ¿Estás bien?

La pregunta me pilla desprevenida, quizás porque está muy lejos de cómo habrían terminado las cosas si hubiera derramado una bebida sobre Pyotr, y mi estómago da un vuelco nervioso.

—Sí, estoy bien —digo, bajando la mirada y secándome el pecho para ocultar mi vergüenza— y mi intensa e inexplicable atracción hacia este hombre. Ni siquiera debería estar pensando en él de esa manera.

Estoy casada, por el amor de Dios. Por no mencionar que él es parte de una familia notoriamente hostil hacia los Novikov, una familia a la que ahora pertenezco.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

La voz de Pyotr es como un cubo de agua helada que me arrojan encima, y si pensaba que la situación no podía ser más incómoda, acaba de serlo.

—Fue un accidente, Pyotr —insisto. Dejando el puñado de servilletas mojadas en la barra, tomo su copa y se la pongo en la palma para ocupar sus manos.

Los fríos ojos azules de Pyotr relampaguean mientras resopla con asco. —Bonita idiota. ¿De verdad cree que *Michelangelo Chiaroscuro* tocaría a mi mujer por accidente? —pregunta, volviendo su ceño fruncido hacia el hombre que de algún modo logra superar en tamaño incluso a mi marido.

—No, yo derramé—

—Vaya, si no es el señor Novikov —dice la voz untuosa que me interrumpe, que no es otra que la del propio Don Augusta, jefe de la familia mafiosa que gobierna el bajo mundo criminal de Chicago y padre de Michelangelo—. Y esta debe ser su joven y ruborizada novia. Debo decir que esta vez se ha superado, Pyotr. Es realmente deslumbrante.

Mi pulso se acelera cuando la oscura mirada del Don se posa sobre mí como una tormenta invernal, y su sonrisa no llega a sus ojos.

—Felicitaciones por su reciente boda, querida —dice mientras cuatro sombras más se acercan para situarse detrás de Michelangelo y su padre.

Forman un frente unido intimidante: Don Augusta y sus cinco hijos, todos con músculos que se adivinan bajo sus trajes italianos de calidad, y el desdén que emana de ellos como una espesa niebla.

—Qué lástima que no nos invitaran a la boda —dice el Don—. Podría ofenderme con facilidad.

Su tono es ligero, incluso juguetón, pero la tensión subyacente es palpable, y cuando echo un vistazo furtivo al hermano Chiaroscuro mayor, Michelangelo ya no sonríe.

En su lugar, un profundo ceño fruncido oscurece sus rasgos, haciendo que mi estómago tiemble de miedo.

—Después de todo lo que su familia ha hecho, tiene suerte de que alguien los invite a eventos como este —gruñe Pyotr, con una voz plana y mortal a pesar de lo baja que es—. Venga, Anika —ordena, mientras sus dedos se cierran alrededor de mi brazo con fuerza contundente—. Nos vamos.

Bebe su trago de un golpe, golpea el vaso contra la barra y luego me saca del salón de baile, con un paso casi imposible de seguir con mis Louboutins dorados de tiras de cuatro pulgadas.

Percibo a gente mirándonos por el rabillo del ojo, consciente de que sienten curiosidad por nuestra rápida salida, pero nadie interviene.

¿Por qué lo harían?

Nadie conoce al hombre que se esconde tras la sonrisa almibarada de Pyotr.

Y si lo conocen, saben que es mejor no arriesgar su propio pellejo intentando proteger el mío.

La limusina se detiene cuando bajamos las escaleras del centro de convenciones, y nuestro chófer sale a abrirnos la puerta.

Pyotr me empuja delante de él, y me subo al coche atropelladamente, con el corazón acelerado mientras presiento la tormenta que se avecina detrás de mí.

La puerta se cierra mientras el coche se balancea bajo el peso de Pyotr, y me fulmina con la mirada en cuanto se acomoda en el asiento a mi lado.

—¿Qué le da derecho a humillarme así? —gruñe—. Flirteando con uno de los hermanos Chiaroscuro...

—No lo estaba haciendo —insisto, con el pulso ahora atronador—. Fue un accidente—

La mano de Pyotr sale de la nada, su palma conecta con mi mejilla con fuerza punzante, y mi cabeza gira hacia un lado mientras un zumbido llena mis oídos.

—No me mienta más, Anika —advierte, metiéndome un dedo grueso en la cara mientras me cubro la mejilla dolorida con la mano.

Las lágrimas me queman los ojos mientras me encogo contra el fino cuero del asiento. Va a ser una noche larga y dolorosa.

1

MIKO

Un año después

El mensaje de Vito parece lo suficientemente inocuo, nada que los federales puedan usar para implicarnos en el trato ilícito que acabamos de cerrar con la familia Benito, pero confirma que su pago ha llegado—con retraso, aunque no tanto como para merecer que le cortemos la cabeza al patriarca.

La poca presión que ejercí sobre él ayer bastó para convencer a Alfredo de que no somos el tipo de familia con la que se puede jugar.

Bien.

Puede que tenga talento para dar escarmientos, pero no es una tarea que disfrute.

Ojalá los Tanaka fueran tan fáciles de controlar.

Pero a pesar de nuestra nueva alianza con la Yakuza, el negocio que Don Augusta negoció con Tatsuo y Kenji ha sido bastante turbulento hasta ahora.

Me guardo el móvil en el bolsillo superior de la chaqueta del traje mientras avanzo por el familiar pasillo que conduce al vestíbulo principal de la casa Chiaroscuro, y al alzar la mirada, arqueo una ceja.

Mi hermano Leo está en lo alto de las escaleras, sus ojos oscuros relampagueando mientras se dirige hacia mí.

No suele buscarme a mí—a Sandro sí, pero a Leo, nunca.

Como heredero natural del imperio Chiaroscuro, Leo está acostumbrado a que la gente acuda a él, no al revés.

Pueda que sea el hijo mayor de los Chiaroscuro, pero no de sangre.

Don Augusta me recogió de la calle siendo un bebé.

Me adoptó, me crió y me forjó como un arma letal, un escudo impenetrable para proteger a su legítimo heredero.

Por eso, suelo ser yo quien debe rastrear a Leo cuando desaparece.

Y teniendo en cuenta que Leo aprovecha cada oportunidad para rebelarse contra su padre y el camino que el Don le ha trazado, mantener la pista de mi hermano es casi un trabajo a tiempo completo.

Así que ver a Leo en mi ala de la casa resulta desconcertante.

—¿Te has perdido, hermano? —bromeo mientras acorto la distancia entre nosotros.

Leo resopla, su característica sonrisa de medio lado curvando las comisuras de sus labios mientras se vuelve para caminar a mi lado. —Ni mucho menos. Por primera vez, siento que me he encontrado a mí mismo. Pero no encuentro a Sora, y necesitaba contárselo a alguien, así que eres mi suertudo número dos.

—Me siento honrado —digo con sequedad, mi curiosidad despertada —. Pero ¿dónde está tu esposa? ¿Ya la has echado?

—Ja. Si fuera capaz de eso, ya se habría ido hace mucho tiempo.

El profundo afecto en su tono es aún más evidente que cuando hablábamos de Sora en el yate ayer, y percibo un cambio en mi inquieto hermano menor que nunca imaginé presenciar.

Puede que Leo odiara el acuerdo cuando el Don le dijo que se casaría con la chica Tanaka, pero contra todo pronóstico, y a pesar de su afición por rotar de mujeres, creo que mi hermano podría estar enamorándose de su esposa. Nunca le había visto tan protector—ni tan posesivo—con una mujer.

No que le culpe.

Sora podría ser hija de una familia que considerábamos nuestra enemiga jurada hace menos de un año, pero desde que Don Augusta negoció una tregua con la Yakuza y la trajo a nuestra casa, nos ha sorprendido gratamente a todos.

—Es bastante resistente, ¿verdad? —observo.

—Mmm. —Su murmullo de diversión confirma mis sospechas. Está completamente prendado.

—Es importante para ti, ¿no? —pregunto, intrigado por el cambio que ha experimentado en cuestión de meses. Pero ya sé la respuesta, y algo se retuerce dentro de mí.

Nunca he sentido envidia de mi hermano menor.

No codicio la corona que Don Augusta pretende legarle.

No anhelo la atención que recibe por ser increíblemente guapo según cualquier estándar femenino, sin mencionar que es el elegido que nuestro padre favorece.

Me gusta mi papel en esta vida.

Soy bueno en ello. Me forjaron bajo presión intensa, esculpido por el fuego, cincelado como un demonio invencible destinado a prosperar en las sombras de nuestro violento mundo—y sin embargo, la idea

de tener una mujer por la que arrasaría la tierra... Nunca me había imaginado deseando eso. Hasta ahora.

—Ella es mi mujer —señala Leo, aparentemente ajeno a mi agitación interior.

Y quizá eso sea todo. Tal vez jurar estar con ella, amarla y protegerla, cree el tipo de conexión que Leo tiene con Sora, pero lo dudo. Lo que ellos tienen es especial.

Es crudo, sin filtros y apasionado por instinto, a pesar de los obstáculos a los que se enfrentaron.

Y por primera vez, me descubro deseando saber cómo sería ser Leo.

—Sí, pero esto es otra cosa —afirmo—. Te he visto con muchas chicas. Sé cuando tienes algo físico. Pero con Sora, eres diferente. La proteges.

Leo resopla, pero incluso eso suena escéptico y poco convincente. Me detengo a estudiar a mi hermano mientras el silencio se alarga entre nosotros, y él se vuelve hacia mí.

La mirada en sus ojos es algo que nunca antes he visto. Contiene una resolución solemne, una convicción grave, y la sensación de hundimiento en el fondo de mi estómago me advierte de lo que se avecina.

En algún lugar, en lo profundo de mi alma, siempre supe que este día llegaría. El día en que mi hermano se alejaría de esta vida, de su familia, de mí.

Él nunca ha querido nada de esto. Simplemente nunca pensé que una mujer sería la razón por la que Leo eligiera renunciar al legado de su padre.

—¿Qué está pasando, Leo? —insisto porque necesito oírle decirlo—, incluso si ya sé lo que buscó decirme.

Suspirando, se frota la nuca, con la mirada baja hacia el suelo. —Yo—

Pero antes de que pueda terminar la frase, una explosión masiva retumba por los terrenos, sacudiendo los cimientos de la casa.

Ambos giramos hacia el origen del ruido inesperado, y se me eriza el vello de la nuca al intuir más que ver lo que lo causó.

—Eso sonaba como si viniera de la puerta principal —afirmo sin emoción.

Otro estruendo resonante resuena a nuestro alrededor, las vibraciones ondulan el suelo bajo mis pies, y el chirrido posterior de metal contra metal es como uñas en una pizarra que me hace estremecer.

Entonces pasos rápidos corren por el suelo de mármol debajo de nosotros. Leo y yo intercambiamos una mirada, luego salimos disparados hacia las escaleras, corriendo hacia el origen de la perturbación.

Los miembros del personal revolotean por el recibidor en todas direcciones, con expresiones asustadas y movimientos tensos y apresurados.

Varios guardias apostados alrededor de la propiedad entran precipitadamente por la puerta principal, casi derribando al mayordomo familiar al irrumpir.

—¿Qué está pasando? —exige Leo, dirigiéndose resueltamente hacia ellos.

Estoy justo detrás, mis ojos escudriñan la puerta abierta en busca de cualquier amenaza inmediata.

—Estamos bajo ataque —jadea un hombre, el rostro pálido y cubierto de sudor—. Han derribado las puertas principales, señor; ya están dentro de los límites de la propiedad.

—¿Quiénes? —pregunta Leo cuando llegamos a la puerta principal.

—Por lo que puedo decir: los irlandeses, los rusos… los japoneses.

—¿Qué? —gruñe mi hermano, con tono incrédulo.

Admitiré que, por poco que confiara en la familia Tanaka, no esperaba que nos traicionaran abiertamente.

No después de vender a su única hija para que se casara con nuestro futuro Don.

Un cristal estalla a nuestra izquierda, y alguien grita cuando un cóctel Molotov atraviesa la ventana, explotando en un estallido líquido de llamas contra la pared.

La furia me atraviesa, y agarro un puñado del traje de Leo, empujándolo hacia la protección de nuestra casa mientras salgo furioso para evaluar la situación.

No hay disparos —al menos todavía—, lo que me indica que los japoneses lideran el ataque.

Su habilidad en el combate cuerpo a cuerpo y con armas blancas significa que probablemente han matado a nuestros hombres apostados en la puerta principal —que han derribado.

El humo sale en grandes columnas de la garita del guardia al este de los pilares de ladrillo que solían asegurar la entrada de hierro forjado.

Ahora, el metal resistente se ha doblado y retorcido formando una horrible fauces abierta que escupe silenciosos guerreros Yakuza y rusos sonrientes, con cuchillos y explosivos improvisados en la mano.

Al frente del ataque está Kenji —jefe del Tanaka-kai y hermano mayor de Sora. A diferencia de sus hombres, que empuñan una combinación de armas blancas, Kenji lleva una Makarov rusa, muy

parecida a la que sostiene Pyotr Novikov —*Pakhan* reinante de la Bratva Novikov.

Parece que los Murrays también se han unido a la refriega —esos bastardos irlandeses que atraen a mi hermano Sandro a sus cuadriláteros cada semana como si fuéramos amigos.

Kenji se asoma por la puerta abierta de su SUV, golpeando el techo con la palma de la mano mientras grita en japonés, y la Escalade se detiene chirriando al pie de nuestros escalones delanteros, lanzando gravilla lo suficientemente lejos como para alcanzarme.

Leo sale de la casa a mi lado, con expresión sombría.

—Vuelve adentro —ordeno, empujándolo hacia la casa una vez más.

—Ni hablar. Voy a matar a ese bastardo —gruñe, con los ojos clavados en Kenji.

—¿Tienes una pistola? —exijo, mientras continúo empujándolo hacia atrás y lo protejo con mi cuerpo.

—No necesito pistola. Lo mataré con mis propias manos —gruñe Leo.

Si albergaba alguna duda sobre sus sentimientos hacia Sora, ahora se han esfumado.

Leo está medio enloquecido por la sed de sangre, y sé que es porque Kenji casi la mata ayer cuando se suponía que disfrutaríamos de un día relajado en el yate.

Pero ahora mismo no tenemos tiempo para ajustar cuentas menores.

A juzgar por el número, Kenji y sus aliados no han venido a enviar un mensaje.

Han venido para arrasarnos por completo.

—Sí, bueno, Kenji sí lleva pistola, así que necesitarás algo más que eso para acercarte a él —señalo, empujando de nuevo a Leo.

Esta vez no se resiste y, con otro gruñido, se vuelve hacia la entrada — sin duda para encontrar el arma más cercana con la que meterle una bala entre los ojos a Kenji.

—Mantenedlos a raya todo lo que podáis —ordeno a los dos guardias, refugiándome tras las columnas del porche y asomándome para disparar con puntería. Necesito permanecer cerca de Leo.

No está en su sano juicio para dejarlo solo.

Y dado que es el heredero del imperio Chiaroscuro, no me cabe duda de que será el objetivo principal de este ataque.

Pero antes de que alcance la puerta principal, un cristal se estrella contra el umbral.

Las llamas estallan entre yo y el vestíbulo, salpicando mi traje con líquido inflamable mientras me atrapan fuera.

Con un gruñido, giro sobre mis talones y saco una de mis navajas de la chaqueta al localizar al culpable que intentó prenderme fuego.

Con un movimiento de muñeca, clavo la hoja en la garganta de un ruso en los peldaños inferiores de la terraza.

Se desploma hacia atrás, ahogándose en su propia sangre mientras intenta agarrar el mango.

En cuestión de minutos, el patio se ha convertido en un caos absoluto. Nuestros hombres caen como moscas, superados en número y pillados por sorpresa ante una fuerza de este tamaño.

Una rabia candente me atraviesa cuando el enemigo alcanza las ventanas rotas de nuestra casa familiar, entrando a un ritmo que no podría detener ni queriendo. Pero eso no me impedirá intentarlo.

Rugiendo, saco las pistolas de las fundas bajo mi chaqueta, amartillando y apuntando a cualquiera que se atreva a acercarse

demasiado.

Disparo más de treinta balas en cuestión de segundos, abatiendo a casi tantos hombres antes de que mis armas emitan el chasquido hueco de un cargador vacío.

—*Merda!* —gruño, metiendo las pistolas en sus fundas y buscando mis navajas al girarme de nuevo hacia la puerta.

El fuego se ha extendido, convirtiéndose en un incendio que devora el marco de madera, pero más allá de las llamas y el calor que ondula el aire, mi mirada se posa en una visión que me hiela el corazón.

Don Augusta está arrodillado en el vestíbulo, la barbilla alzada con desafío aunque mantiene las manos vacías sobre sus muslos, palmas arriba en señal de sumisión.

Y erguido sobre él no hay otro que Pyotr Novikov.

Nunca me ha caído bien el jefe de la Bratva.

Es grosero, desagradable y—aunque bien visto en los altos escalones de la élite de Chicago—siempre he pensado que algo en él parecía... extraño.

Quizá sea el destello en sus ojos, o su encanto que enciende y apaga como un interruptor.

Pero siempre me ha parecido vengativo—o peor, psicótico.

Y ahora mismo tiene a mi padre adoptivo arrodillado ante él, completamente a su merced.

El tiempo se ralentiza mientras mi cerebro procesa la escena ante mí.

Mis pies parecen pegados al porche de hormigón, el calor de las llamas es un muro infranqueable entre yo y el hombre que juré proteger.

Puede que sea el guardaespaldas de Leo, pero Don Augusta es quien me acogió cuando nadie más lo hizo.

Me crió y me convirtió en el hombre que soy hoy.

Y sin embargo, aquí estoy, completamente impotente mientras Pyotr levanta su pistola y apoya el cañón de su Makarov contra la frente de mi padre.

Mis dedos se cierran alrededor de la empuñadura de mi navaja, aún guardada dentro de la chaqueta.

Actúo por instinto, adentrándome en las llamas sin dudarlo.

Al mismo tiempo, desenvaino la hoja.

Mis ojos se enfocan como láseres en mi objetivo.

Mi muñeca se dispara.

Pero es demasiado tarde.

El estampido explosivo de un disparo hace zumbar mis oídos.

El retroceso mueve la mano de Pyotr lo justo para que mi hoja roce apenas el borde de su palma, pasándole de largo para clavarse en la pared.

Y cuando Don Augusta se desploma sin vida en el suelo, Pyotr se vuelve hacia mí, dibujándose una sonrisa malvada en sus labios.

—Más suerte la próxima vez, *Mudak* —dice con sorna.

Entonces sale disparado, corriendo a toda velocidad por el pasillo hacia el ala donde viven Sandro y Raf.

Mi visión se tiñe de rojo cuando una rabia intensa y devoradora me domina, y persigo a Pyotr antes de considerar la lógica de mi decisión.

El Don ha muerto.

Mi prioridad debería ser proteger a Leo.

Mantenerlo con vida.

Pero solo puedo pensar en aplastar al villano que asesinó al hombre que me crió.

Lleva tanta ventaja que apenas lo veo desaparecer en la esquina lejana cuando llego al pasillo.

Entonces disparos y explosiones obstaculizan aún más mi camino, estallando a mi alrededor sin ton ni son, algunos demasiado cerca para mi gusto.

Pero nada me impedirá vengar la muerte de Don Augusta.

Debería haberle salvado la vida—era mi responsabilidad protegerle.

Pero como fallé en eso, lo mínimo que puedo hacer es matar al hombre que lo asesinó.

Entonces un lamento angustiado hiela mi sangre.

Raf.

Mis hermanos gemelos pueden ser idénticos, pero los conozco lo suficiente para distinguirlos por el sonido, y ese fue sin duda el grito de Raf.

Es un sonido de pérdida tan profundo y desgarrador que solo dos cosas podrían arrancárselo, y mi pecho se oprime cuando la realidad vuelve a mí con fuerza demoledora.

—Sandro —susurro, deteniéndome en seco.

Voy a vengar a mi padre adoptivo.

Pyotr morirá una muerte lenta y agonizante.

Pero si los gemelos me necesitan ahora, me niego a que nadie más muera hoy.

Aferrándome al marco de la puerta a mi lado, lo uso para impulsarme en dirección opuesta, luego giro por un pasillo a mi derecha.

Abro de golpe la puerta que ya había sido derribada y ahora cuelga medio desprendida de sus bisagras. El estómago se me revuelve al encontrar a mis hermanos menores, Sandro y Raf, acurrucados en el suelo.

Tardo un momento en procesar lo que ocurre mientras Sandro se agacha protector sobre su gemelo, con los brazos alrededor de los hombros de Raf como intentando sostenerlo erguido.

Entonces veo a la esposa de Raf desplomada inerte en sus brazos. La sangre cubre su garganta y pecho con tal espesor que sé sin preguntar que ya no hay nada que hacer.

Raf suelta otro aullido de agonía, y Sandro le agarra los hombros con más fuerza, su mirada revoloteando desesperada por la habitación buscando cómo aliviar el dolor insoportable de su gemelo. Nuestras miradas se cruzan, y el corazón se me encoge al ver el pánico en el rostro de mi hermano más estoico.

Antes de que pueda preguntar qué pasó, alguien choca contra mí por detrás, el impacto me hace dar medio paso adelante antes de girarme, desenvainando mi cuchillo en el mismo movimiento.

Gio, nuestro hermano mediano, se queda paralizado cuando la punta de mi hoja roza su garganta. Sus ojos se abren, alza las manos en señal de rendición, y yo bajo inmediatamente el cuchillo.

—Perdón —mascullo.

—Vine en cuanto oí ese grito —dice, asomándose a mi lado para ver la fuente de la agonía de Raf, y entonces su rostro palidece visiblemente—. Ay, Raf —exhala, entrando en la habitación mientras el remordimiento nubla sus ojos.

Miro hacia el pasillo, escaneando posibles amenazas.

En general, esta parte de la casa parece bastante intacta y vacía comparada con el salón principal.

Pero por el sonido de los gritos que rápidamente se apagan, sé que hemos perdido la batalla.

No tuvimos ninguna posibilidad contra quienes nos atacaron.

Si queremos sobrevivir, es hora de retirarse.

Pero aún nos falta Leo.

—Tenemos que irnos —digo con voz ronca, volviéndome hacia mis hermanos.

Gio me mira escéptico, sus ojos regresando hacia Raf, que solloza desconsolado sobre el cuerpo de su joven esposa. Luego encuentra mi mirada y asiente con gesto sombrío.

—¿Has visto a Leo? —pregunto.

Niega con la cabeza.

Suspirando, paso los dedos por mi cabello mientras calculo las probabilidades de que siga vivo.

Aunque sean mínimas, no puedo dejarlo atrás. —Esperad aquí. Iré a buscarlo. Si no he vuelto en media hora, marchaos sin mí.

Gio traga con dificultad. —¿Y el padre?

Un sabor a veneno amargo invade mi boca mientras niego. —Pyotr Novikov le metió una bala en la cabeza —declaro sin emoción.

Luego me doy la vuelta y abandono la habitación, mientras nuestra nueva y fría realidad gira a mi alrededor como una tormenta invernal.

La vida que conocía se ha esfumado, el hombre al que serví sin cuestionar asesinado a sangre fría.

Nuestro hogar ha sido destrozado, nuestra familia sumida en el caos.

De un solo golpe, mi mundo ha saltado en pedazos.

Y solo puedo pensar en matar al responsable... muy despacio y con tortura.

2

ANIKA

—Ahora eso, hermanos, es lo que yo llamo una victoria dulce —dice Pyotr con su voz retumbando por la casa mientras la puerta principal se abre con tal fuerza que hace vibrar los cuadros contra la pared.

No importa que esté un piso entero debajo de mí, al otro extremo del pasillo.

Aún puedo oír cada palabra de su barítono ruso que resuena. —¡Anika! —canta—. ¡Estoy en casa!

El sonido de mi nombre casi hace que salte de la piel, y dejo caer la camisa que estaba doblando en mi pánico momentáneo.

Un frío pavor se asienta en el fondo de mi estómago mientras corro desde el dormitorio y por el pasillo hacia las escaleras que serpentean alrededor del perímetro de nuestro gran recibidor.

—Ah, ahí está, mi *hermosa* esposa. He traído amigos a casa para celebrar —anuncia Pyotr cuando llego al descansillo inferior.

Su traje está roto y sucio en varios lugares, su corbata manchada donde la aflojó con dedos mugrientos.

Ceniza gris salpica su pelo rojizo oscuro y su barba, y los tatuajes en el dorso de sus manos están embadurnados con algo que parece peligrosamente sangre seca.

Pero no parece darse cuenta mientras gesticula hacia varios de sus capitanes que están cerca de la puerta detrás de él.

Todos son de hombros anchos con barbas espesas, todos cubiertos de tierra y hollín, y mi corazón martillea contra mis costillas porque sé dónde han estado.

Hoy era el día en que los Novikov iban a unir fuerzas con los Tanaka-kai y la familia Murray para aplastar a los Chiaroscuro hasta convertirlos en polvo. Y por lo que puedo deducir, lo han conseguido.

Mi boca se seca cuando un recuerdo relampaguea tras el ojo de mi mente, sin ser invitado.

El recuerdo de un hombre alto, de pelo oscuro, con una chaqueta de terciopelo negro sonriéndome, ojos azules brillando con diversión.

No son los ojos de mi marido—ellos nunca sonríen.

Y solo el recuerdo de ellos hace que mi estómago revolotee.

—¡Anika! —gruñe Pyotr, devolviéndome al presente mientras su buen humor se evapora en un instante—. Hemos venido a beber. Llévanos al salón, donde podrás ofrecer a mis leales hombres algún refrigerio por su duro trabajo hoy.

Con el corazón dando un vuelco, me giro y tomo la delantera, mis tacones—que Pyotr insiste en que lleve incluso por casa—haciendo clic suavemente contra los suelos de madera oscura.

—Por favor, pónganse cómodos —digo, gesticulando alrededor de la sala de cigarros con su revestimiento de cabaña de caza de pino natural, pintura de pared verde bosque y sofás de cuero chocolate intenso.

La araña de astas de alce suspendida sobre la mesa de café es el orgullo y la alegría de Pyotr—no es que él la hiciera o matara a los animales que sacrificaron sus vidas por esta pieza encargada.

Considerando que ni siquiera le gusta el sabor del venado, no veo por qué insistió en que fueran astas de animales vivos en lugar de astas que el alce ya había desprendido y que se encontraron.

Pero entonces, él adora el concepto de la caza mayor.

Pyotr a menudo bromea diciendo que su caza favorita está mucho más cerca de casa que el alce, y el chiste enfermizo cala hondo al ver sus manos manchadas.

Mi estómago se revuelve cuando lo imagino acechando a la familia Chiaroscuro por sus pasillos hoy, como un cazador haría con un ciervo en el bosque.

Mientras los hombres se acomodan, intercambiando historias en una mezcla fluida de ruso e inglés, me mantengo discreta, dirigiéndome a la barra para preparar chupitos de vodka frío.

La risa impregna el ambiente cuando uno de los hombres de Pyotr relata cómo persiguió a una de las criadas de los Chiaroscuro y le cortó el cuello cuando intentó huir de él.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral, helándome la sangre cuando pienso en que mi criada Chastity sufriera un destino así.

Me rompería el corazón.

Pero así es nuestro mundo.

No hay piedad en la Bratva Novikov—especialmente no para las mujeres.

—Simplemente no puedo dejar de repetir la expresión en la cara de Don Augusta cuando le dije que se arrodillara —dice Pyotr con desdén, aceptando su vaso de vodka de mí con una mirada indolente.

Los hombres ríen mientras termino de repartir las bebidas, y me muevo al borde de la sala cuando su capitán Akim levanta un vaso.

—Hoy ha hecho que su familia se sienta orgullosa, *Pakhan* —dijo.

—Por satisfacer finalmente nuestra venganza —brinda Pyotr, y sus hombres inclinan sus vasos más alto—. *Za zdaróvyye.*

—*Za zdaróvyye!* —corean, bebiéndose sus chupitos de vodka de alta gama como si fuera agua.

—Anika, otro —ordena Pyotr, dejando su vaso en la mesita de mármol a su derecha.

Sin decir palabra, vuelvo a la barra para preparar una segunda ronda, mientras la bola de pavor en mi estómago se tensa.

Odio cuando mi marido vuelve a casa con uno de estos humores.

Sí, ahora está feliz, pero no durará tanto como el licor, y una vez que sus invitados se vayan, fijará su mirada en mí.

Para la quinta ronda, parece que se les están agotando las historias del día, cuando uno de los capitanes de Pyotr, ahora con un ligero arrastre en la voz, habla de ver a un hombre Chiaroscuro ardiendo arrojándose por la terraza trasera por segunda vez en la última hora.

—Ya hemos oído esa, Daniil —se queja Pyotr, con la mirada posada en mí mientras vuelvo a llenar su vaso.

Mis manos empiezan a temblar, mi cuerpo respondiendo a la atención antes de que él siquiera me haya tocado, y esa familiar sensación de pequeños pies de insecto recorriendo mi piel hace que mi respiración se vuelva temblorosa mientras intento mantener la compostura.

—Quizás sea hora de cambiar a un tema de conversación diferente. Por ejemplo, ¿alguien se ha fijado en lo hermosa que está hoy mi esposa? —dice Pyotr.

Es una pregunta retorcida, realmente, un callejón sin salida para sus hombres, porque si dicen que *se* han fijado, indicaría que han estado codiciando a su esposa.

Pero si no se han dado cuenta, entonces es un insulto a una de las posesiones más preciadas de Pyotr—una novia que pagó caro por obtener.

Debe de estar aburriéndose—y emborrachándose—si ya está pasando a sus juegos.

—Ciertamente tienes ojo para la calidad, Pyotr —dice Akim, esquivando hábilmente la trampa con un cumplido indirecto que devuelve el elogio a mi marido.

La gratitud me inunda por su rapidez mental, y espero que la bebida no derive en violencia esta noche.

Pero el alivio es efímero.

Porque Pyotr no busca pelea.

Busca un saco de boxeo, y cuando su brazo carnoso rodea mi cintura arrastrándome sobre su regazo, sé que mi papel en su juego acaba de empezar.

—Sí, sería casi perfecta, ¿verdad? Si no fuera porque mi bonita *pizda* es estéril —dice, mientras sus dedos apartan mi cabello del hombro con casi ternura para exponer mi cuello.

Contengo las ganas de encogerme cuando se inclina, deslizando su nariz por mi gargilla expuesta mientras inhala profundamente, pero sé que es mejor no apartarme—ni replicar, aunque mis mejillas ardan de humillación por cómo airea nuestra ropa sucia ante sus hombres.

—Honestamente, Anika tiene suerte de que decidiera dejar viva a su familia, incluso después de venderme mercancía defectuosa —continúa, recorriendo mis curvas con las manos mientras mordisquea

mi oreja juguetonamente bajo las miradas de sus hombres, cada vez más descarados por el alcohol.

El olor a licor en el aliento de Pyotr hace que mi estómago se anude, y entierro el asco en lo más profundo de mi mente para no provocarle—como defenderme o revelarle la verdad.

Solo se volvería violento si descubriera que la razón real por la que no le he dado un heredero no es que no pueda quedarme embarazada—es que no lo he intentado.

Evito deliberadamente tener relaciones con él.

La mayoría de las veces, si no malgasta su energía acostándose con las chicas de sus clubes, cuando mi marido llega caliente a casa, lo emborracho lo suficiente para que se duerma antes de que las cosas vayan más lejos.

Y si insiste, me aseguro de que esté demasiado ido para darse cuenta de que lo satisfago de otras maneras.

Porque no hay mayor crueldad que traer un niño a este mundo.

—Si no fuera tan hermosa, probablemente la habría reemplazado ya, buscándome una esposa que me diera un heredero como se supone que debe. ¿Qué opina, *pizda*? —bromea, con las manos firmes en mis caderas mientras susurra teatralmente en mi oído para que todos oigan—. Quizá sea hora de buscar una esposa de verdad. Podría regalarle *a usted* a mis hombres.

Hasta podría haber agradecido la primera parte de su sugerencia.

No me ofendería en absoluto si Pyotr decidiera reemplazarme en su cama… pero la idea de que sus hombres me toquen me revuelve el estómago, y mi corazón golpea las costillas ante el brillo codicioso en sus ojos.

—Creo que es hora de que usted y sus hombres *leales* disfruten la comida que preparé—para celebrar su victoria de hoy —sugiero,

volviéndome hacia los ojos inyectados de sangre y depredadores de Pyotr.

—Mmm, sí que sabe alimentar bien a un hombre, ¿verdad, mi pequeña *pizda*? —bromea antes de agarrarme la nuca y aplastar sus labios contra los míos en un beso lascivo y baboso—. Quizá le permita calentar mi cama una noche más —bromea al soltarme.

Risas oscuras recorren la habitación, y me levanto de su regazo lo más rápido posible sin empeorar mi situación.

Pero la victoria del día parece haberle calentado la sangre, y mi ansiedad crece durante la cena mientras lo veo bromear con sus hombres, bebiendo chupito tras chupito hasta que todos, medio ebrios, apenas pueden mantenerse en pie al marcharse.

La casa queda inquietantemente silenciosa cuando dejo a Pyotr despidiendo a los hombres.

Dudo seriamente que deban conducir, pero sugerirlo solo me valdría una bofetada, así que subo a nuestro dormitorio principal, deseando unos minutos a solas para recomponerme.

La ropa está perfectamente doblada y guardada en mi ausencia.

Gracias, Chastity, pienso.

Una razón menos para que Pyotr se enfade cuando se retire.

Me dirijo al baño para mi rutina nocturna: lavarme la cara, cepillarme los dientes, desenredar mis mechas rubio platino y recogerlas en una trenza suelta.

Pyotr odia que me desmaquille. Pero es algo que he insistido en mantener—en parte porque sería malo para mi piel no dejarle respirar, pero también porque inherentemente lo disuade de tocarme —y él cree mi argumento de que así mantengo mi rostro joven y bello.

Oigo la puerta del dormitorio estrellarse, el cristal de la ducha vibrando, y entonces Pyotr está detrás de mí, su pecho ancho contra mi espalda, sus manos codiciosas en mi cintura mientras me presiona contra el borde del lavabo, frotándose contra mí. Noto su débil intento de erección.

Querrá sexo, pero está demasiado borracho para lograrlo.

Al menos eso espero.

—Voy a ponerle un bebé dentro esta noche —promete, su aliento caliente en mi nuca, y estremezco al notar más convicción de lo habitual.

Mi pulso se acelera, las palmas se me humedecen.

Pero por el potente olor a alcohol que lo envuelve—tras los numerosos whiskys después de la cena—sé que no llegará lejos si lo demoro un poco.

—¿Me da unos minutos para arreglarme? —sugiero, encontrando sus ojos vidriosos en el espejo—. Me pondré uno de esos conjuntos que le gustan.

Resopla aprobando y me da una palmada tan fuerte en el trasero que grito, luego se gira y vuelve al dormitorio con una sonrisa ebria.

Presiono una mano sobre mi corazón acelerado, respirando hondo mientras me observo en el espejo.

Por centésima vez, desearía huir, dejar atrás esta horrible existencia.

Pero ya lo intenté.

Los hombres de Pyotr siempre vigilan, y nunca he pasado la puerta principal.

Un escalofrío me recorre al recordar mi último intento de fuga.

Mi vida es un infierno, y desearía que tuviera fin.

Pero lo mejor que puedo esperar es otra noche deslizándome en la cama cuando Pyotr ya ronque.

3

MIKO

—¡Manos arriba, Gio! —ladra Don Augusta mientras entreno con mis dos hermanos menores en el jardín trasero de la finca Chiaroscuro.

Es un caluroso día de verano, el sol nos golpea sin piedad, y llevamos horas así, pero el Don nunca ha sido de tomarse a la ligera el entrenamiento de sus hijos, y el combate cuerpo a cuerpo es fundamental dominarlo. —Vivimos en un mundo despiadado —suele decir—, así que ser indulgentes con vosotros ahora solo os prepararía para el fracaso como hombres.

Con solo tres años, los gemelos, Sandro y Raf, aún son demasiado jóvenes para entrenar, así que observan, sentados con atención absorta junto al Don, mientras Gio y yo intercambiamos golpes.

Nuestro instructor de renombre mundial está ocupado con Leo, enseñándole los puntos débiles de su último intento de derribarme.

Eso me deja peleando con Gio sin descanso, ya que soy el mayor y el más fuerte —y, por tanto, tengo la mayor resistencia.

Leo y Gio han ido turnándose a medida que sus fuerzas decaen, pero lo veo en los ojos de Gio.

Está decidido a mantenerse a mi altura todo el tiempo que pueda. Aun así, lo tengo a la defensiva mientras lanzo varios golpes bien dirigidos que logra bloquear —por los pelos.

Luego lo remato con una patada circular, derribándolo al suelo. Despiadado, lo sé, pero entonces, el castigo por contenerse sería mucho peor —para los dos.

Listo para volver a la refriega, Leo carga con un bramido de furia, embistiendo mi estómago con su hombro, sin pensar ni un momento en su seguridad.

Me lleva al suelo con una fuerza impresionante antes de llover golpes sobre mi cara.

Lástima para él, con tres años menos que yo, no tiene la masa corporal para hacerme daño, así que sus puños no tienen suficiente fuerza para romper mis defensas.

Aun así, me quedo en el suelo, usándolo como un respiro momentáneo para recuperar el aliento —porque aunque mis hermanos no sean difíciles de vencer, seguro que no me lo ponen fácil.

Me armo de valor, ruedo, llevando a Leo al suelo mientras me giro, poniéndolo en una llave de cabeza en un solo movimiento fluido.

Mi hermano se debate, pateando contra el suelo y arqueando la espalda mientras tira de mi brazo, intentando liberarse.

—Basta ya —ordena Don Augusta, y suelto a Leo inmediatamente.

Mi hermano rueda lejos de mí, desplomándose de nuevo sobre la hierba, sudado y sin camisa, igual que yo, mientras jadeamos para recuperar el aliento.

—Vosotros, chicos, nunca tuvisteis oportunidad —bromeo mientras Leo y Gio se sientan, sonriendo de oreja a oreja.

—Te pillaremos uno de estos días —insiste Gio, con esperanza en los ojos.

—Puedes intentarlo —me burlo, deleitándome en mi victoria al mismo tiempo que los incito juguetonamente a mejorar.

—Sí, en tus sueños, Gio —dice Leo, luego se vuelve hacia el Don para confirmar—. Miko es el mejor en todo, ¿verdad, padre? Incluso podría llegar a ser tan poderoso como usted algún día. Hay un deje de reverencia en la voz de mi hermano que me hace sonreír.

Me gusta ser el mayor. No solo porque eso me da la ventaja del tamaño y la fuerza, sino porque mis hermanos me admiran por ello, y ese honor es algo de lo que quiero ser digno. Pero la expresión de Don Augusta me dice que no está nada contento con la afirmación de Leo.

Con solo siete años, Leo no parece captar la corriente de tensión que surge de su comentario.

Pero yo sí, y aunque no entiendo del todo por qué está ahí, la desaprobación en la mirada del don es suficiente para hacer que la nuca me arda de humillación.

Porque aunque la reverencia que mis hermanos me muestran está bien intencionada, puedo ver que nuestro padre no la aprueba.

—Leo —dice Don Augusta con vacilación, poniendo una mano en el hombro bronceado de mi hermano—. Por mucho que nos guste considerar a Miko como familia, él no es uno de nosotros.

Puede que lleve el apellido Chiaroscuro, pero nunca obtendrá el título de Don.

Está aquí para servirte y protegerte, y como mi heredero legítimo, Leo, *tú* serás el que herede el imperio de nuestra familia.

Así que tenlo en cuenta la próxima vez que decidas adorar el suelo que pisa Miko.

Es un rival al que deberías esforzarte por superar, una herramienta para apoyar *tu* poder —no un ídolo al que admirar. ¿Queda claro?

Sus palabras me hieren profundamente, la verdad agrieta algo muy hondo en mis cimientos, y el caluroso día de verano de repente se vuelve oscuro, helado y dolorosamente solitario.

Siempre supe que era diferente de algún modo, pero no conseguía precisar cómo hasta ahora.

Lo veía en las miradas de reojo que me lanzaban cuando creían que no miraba, lo sentía en la falta de contacto físico—ni siquiera una mano de apoyo en el hombro, como la que el Don le está dando a Leo ahora. Lo oía en cómo la gente me llamaba «el Chiaroscuro *adoptado*», como si fuera un atributo específico para identificarme.

Sé que tampoco me parezco del todo a mis hermanos—mis ojos son demasiado claros, igual que mi piel, que se quema el doble de rápido bajo el sol abrasador, aunque he aprendido a no quejarme de las ampollas, y con el tiempo mi piel ha desarrollado una capa exterior más resistente.

—Leo, Gio, apartaos. Necesito un momento a solas con Miko—dice el Don.

Con un gemido, mis hermanos obedecen, levantándose del suelo y poniéndose ágilmente en pie a pesar de sus protestas.

Y mientras vuelven a enfrentarse, con nuestro instructor supervisándoles, me acerco al hombre al que llamo padre.

—Creo que ha llegado el momento, Miko, de que conozcas la verdad sobre tu pasado—dice el Don con voz grave mientras observa a sus hijos forcejear bajo el sol implacable.

—Te adopté siendo un niño pequeño—te recogí de las calles, donde estabas abandonado y muriendo de hambre. Te acogí y te limpié, cuidé de ti como si fueras mi propio hijo, porque vi en ti una fortaleza invaluable que podría servir bien a esta familia. Te adopté

con la esperanza de que algún día pudiera confiar en que velaras por esta familia—que protegieras a tus hermanos como ningún mercenario podría hacerlo jamás—.

Las palabras del Don calman de algún modo aquel agudo rechazo, dándome un sentido de pertenencia que he echado en falta desde que tengo memoria, y me giro para mirarle, entrecerrando los ojos ante el deslumbrante sol estival.

—*Somos* tu familia, Miko, en todo lo que importa—afirma, su voz serena tan calmada como siempre, pero las palabras resuenan profundamente importantes, otorgándome una determinación que eleva mi corazón resquebrajado—. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí, señor—respondo, aunque en mi psique de diez años no termino de comprender qué intenta decirme.

—Te estoy confiando una responsabilidad significativa, Michelangelo —dice, volviéndose completamente hacia mí ahora, y cuando apoya ambas manos sobre mis hombros, siento el peso de esa responsabilidad asentándose sobre mí como un manto de honor.

La trascendencia de ese contacto resuena en mi interior, y de repente, por primera vez, me siento un hombre—alguien en quien su padre puede confiar.

Más que nada, deseo ser digno de esa confianza.

—Algún día no estaré aquí para proteger y guiar a mis hijos. Será tu tarea mantenerlos a salvo—cueste lo que cueste. Así es como podrás pagar mi generosidad, hijo—.

—Lo haré, padre—prometo, lleno de una convicción que nunca antes había sentido.

No sé si podré pagar jamás mi deuda con este hombre que me acogió cuando nadie más lo haría.

Pero debo intentarlo.

Aunque me cueste la vida.

Me incorporo sobresaltado, regresando a la realidad desde mi sueño mientras el yate se sacude violentamente bajo mis pies, y la culpa me roe el estómago al asimilar la fría y dura verdad.

Le fallé.

Fallé por completo al hombre que me lo dio todo—un hogar, una vida, una familia. Sí, mis hermanos sobrevivieron al ataque, pero permití que asesinaran al Don a sangre fría, ante mis propios ojos.

Contemplé cómo la mansión Chiaroscuro ardía hasta los cimientos, permanecí impasible—indefenso—mientras Raf perdía a su esposa y Leo casi pierde a Sora.

Pero aquel día, hace veinticinco años, prometí proteger a la familia de Don Augusta. Juré sobre mi vida que sería digno de su confianza.

Y ahora el recuerdo vuelve para atormentarme—junto a la vívida imagen del arma de Pyotr tiñendo el suelo del vestíbulo con la sangre vital de mi padre adoptivo.

Sentándome, me restriego el rostro con las palmas y exhalo un suspiro profundo. Luego agarro el móvil para mirar la hora.

Aún no son las cinco de la mañana, pero ahora que estoy despierto, no hay forma de que vuelva a dormirme.

Las pocas horas de sueño que conseguí arrancar tendrán que bastar.

Porque si mi sueño ha hecho algo por mí, es despertar una nueva determinación para reparar la terrible injusticia que he permitido.

Mi familia biológica me abandonó, y Don Augusta me acogió cuando nadie más lo haría.

No recuerdo mi vida antes de aquel día—nunca lo he hecho—pero no importa.

Se lo debo todo a los Chiaroscuro, y aún así no pude salvar al Don, el único hombre al que he llamado padre. Y *me vengaré*.

Por el Don. Por mis hermanos.

Nuestra familia puede ser complicada—disfuncional incluso—pero nadie puede destrozarla sin afrontar las consecuencias.

Y aunque los Tanaka y los Murray sufrirán mi ira, primero pienso dar ejemplo con el hombre que segó la vida de mi padre.

Pyotr Novikov.

Nunca me cayó bien.

En verdad, lo despreciaba como se desprecia a una arañita repugnante que se esconde en las grietas de las paredes antes de ser aplastada, porque eso es lo que es.

Un insecto venenoso que teje redes y tiende trampas demasiado endebles para atraparme.

Pero ahora ha ido y ha matado a quien no debía. Y por ello morirá lentamente con una muerte *muy* dolorosa.

Tras ducharme rápidamente, me pongo una camisa de manga corta y unos pantalones cortos de baño—la única ropa que tenemos a mano tras nuestra retirada improvisada de nuestra casa familiar—y me dirijo a la cocina para tomar café.

Para mi sorpresa, los gemelos ya están allí, con su pelo oscuro aún revuelto, y sus barbas incipientes me indican que ninguno durmió ni un minuto.

Y por la mirada atormentada de Raf, sé que es porque está reviviendo la muerte de su mujer una y otra vez—igual que la ejecución del don se repite tras mis párpados.

—¿No has podido dormir? —pregunto.

Sandro me mira a los ojos, su mirada llena de una agonía como si él mismo hubiera perdido parte de su corazón, y sé que es porque Raf y Sandro—por diferentes que sean—son como dos mitades de un todo.

Si uno se hiere, el otro sangra. Niega sutilmente con la cabeza y yo aprieto los labios mientras estudio el rostro de Raf.

La mirada vacía en sus ojos resulta casi más aterradora que la expresión medio enloquecida de antes.

Algo dentro de él se está muriendo, y sé que necesita escuchar mi plan tanto como yo lo necesitaba.

Sin mediar palabra, pongo una cafetera y me desplomo en el banco frente a mis hermanos.

Como convocado por el aroma, Gio aparece minutos después, el pelo tan revuelto como si su sueño hubiera sido igual de agitado.

—Bien, estás despierto —digo sin inflexión mientras él se dirige directamente a la cafetera y sirve cuatro tazas humeantes para llevar a la mesa.

Las miradas de mis hermanos se vuelven hacia mí al percibir la convicción en mi voz.

—No sé vosotros, chicos, pero yo no pienso aceptar este ataque sin luchar —declaro rotundamente—. Nuestros enemigos nos han arrebatado nuestro hogar—nuestro padre, Genevieve. Pero me niego a meterme en un agujero para lamer nuestras heridas. Propongo que golpeemos mientras el hierro está caliente y demostremos lo grave que han errado al pensar que podían derrotar a la familia Chiaroscuro.

—¿Y cómo propones hacerlo, Miko? —pregunta Gio, con los ojos llenos de resignación—. Nuestras fuerzas están dispersas, muy mermadas. Leo y Sora están huyendo, y como señalaste, nuestro padre ha muerto, así que no tenemos a nadie que nos lidere—

Sus palabras se interrumpen cuando mi teléfono vibra sobre la mesa, y lo cojo para mirar el número desconocido.

Deslizando el dedo por la pantalla, respondo en italiano—por si alguien pudiera estar interviniendo mi teléfono.

—*Pronto?* —

—Soy yo —responde Leo bruscamente en nuestra lengua materna—o al menos, el idioma que hablábamos en casa de los Chiaroscuro. Como yo soy algo así como un callejero, no tengo ni idea de cuál podría ser mi lengua materna—. Solo me aseguraba de avisarte que Sora y yo estamos a salvo.

No dice dónde, pero es mejor así.

—Bien —confirmo—. Tu timing es perfecto. Justo estábamos discutiendo por dónde empezar nuestra venganza.

Un largo silencio se extiende por la línea, y comparto una mirada con Gio mientras Leo suelta un suspiro que crepita en el teléfono.

—Mira, tienes mi bendición para matar a cada uno de esos cabrones por lo que hicieron—incluida la familia de Sora. Pero yo estoy fuera, hermano. Permanentemente. Sora y yo hemos terminado con guerras que no pedimos ni empezamos en nombre de la familia. Nunca quise el legado de nuestro padre—lo sabes. Y ahora que vamos a tener un bebé... Quiero empezar una vida nueva, donde Sora y nuestro bebé estén seguros. Además, eres perfectamente capaz de luchar sin mí.

Puedo oír el remordimiento en el tono de Leo, incluso con los kilómetros entre nosotros, pero no quiero que se sienta culpable por poner a su nueva familia primero.

Si yo tuviera una esposa y un bebé que proteger, quizá sentiría lo mismo. Quiero que mi hermano sea feliz—y sé lo desesperadamente que Leo quería escapar de las cadenas de su herencia.

—No te pido que vuelvas a luchar —le aseguro—. Podemos hacerlo sin ti, ¿verdad, hermanos? —Mi mirada recorre a Gio, Sandro y Raf sucesivamente, y me inunda el alivio al recibir una estoica señal de asentimiento de cada uno.

Entonces la mandíbula de Raf se tensa con sombría determinación, el fuego encendiendo su mirada por primera vez desde que lo encontré entre los escombros de nuestra casa familiar—. Les haremos lamentar el día en que pensaron que podían arrebatarnos lo nuestro —gruñe.

Puedo oír la sonrisa malvada en la respuesta de Leo—. Que paguen —dice antes de cortar.

Y esta vez, cuando miro alrededor de la mesa, veo el mismo destello de determinación en los ojos de mis hermanos que me levantó de mi devastación. Nuestros enemigos quizá nos hayan arrebatado todo, pero también nos han dado una razón demasiado dulce para vivir. *La venganza*.

—De acuerdo —digo, con el pulso latiendo con renovada convicción mientras apoyo los codos en la mesa de la cocina y me pongo manos a la obra—. Propongo empezar por los rusos. Pyotr es quien mató al Don, así que enviará un mensaje contundente. Además, sin los Yakuza y los irlandeses, los rusos son los más vulnerables.

Mis hermanos asienten en silencioso acuerdo, inclinándose mientras se suman al plan.

—Si reunimos a nuestros hombres restantes, aún tendremos suficientes para aplastar a los rusos y tomar su cuartel general. Desde allí podremos empezar a reconstruir…

4

ANIKA

La ansiedad de estar acostada junto a Pyotr en su estado de embriaguez es suficiente para que mi sueño sea ligero cuando finalmente logro dormirme en las primeras horas de la mañana.

Es una tortura esperar un atisbo de luz, ya que me despierto con cada leve movimiento que hace, angustiada por la posibilidad de que se despierte decidido a terminar lo que empezó anoche.

Esto llena mi duermevela con sueños angustiosos en los que me encuentro atrapada bajo él, incapaz de moverme o respirar, incapaz de impedirle que tome lo que quiere.

Cada minuto angustioso transcurre como una eternidad, y cuando el sol empieza a asomarse por la ventana de nuestra suite principal, ya no soporto quedarme en la cama ni un minuto más.

En cuanto es mínimamente aceptable, me levanto suavemente de la cama y me dirijo de puntillas a nuestro vestidor, cerrando la puerta tras de mí para poder encender la luz.

Sé por experiencia que cuando Pyotr se levante hoy, no será un espectáculo agradable.

Por eso es mejor empezar temprano la mañana: tener el desayuno preparado y listo junto con un bloody Mary para suavizar la resaca que le esperará cuando se despierte.

Me cambio rápidamente, poniéndome un vestido suave de florecitas azules con mangas fluidas, y engancho mis dedos en la parte trasera de unos zapatos de tacón blancos.

Luego voy al baño para maquillarme, porque sé que Pyotr se irritará si no llevo maquillaje cuando baje a desayunar. En lugar de peinarme con esmero, me suelto la trenza floja que me hice anoche, y las ondas relajadas caen sobre mis hombros con un aspecto suave y natural.

Pero el reflejo que ahora me devuelve el espejo es irreconocible respecto a la mujer que era hace un año.

Ha desaparecido la luz de mis ojos, las réplicas descaradas que solían surgirme en la mente.

Recuerdo una época en la que tenía que esforzarme por contenerme. Ahora, solo soy una cáscara vacía de ser humano, pulida y bonita, esperando en una estantería a que Pyotr decida sacarme y exhibirme.

Sin embargo, no tengo tiempo para analizar esos problemas. En su lugar, vuelvo a deslizarme por el dormitorio hacia las gruesas puertas dobles que dan al pasillo.

Solo después de cerrarlas con cuidado tras de mí me atrevo a ponerme los zapatos.

Luego bajo a la cocina para indicarle a Yelena que empiece con el desayuno abundante: algo frito en mantequilla y lo bastante graso para absorber el alcohol que queda en el organismo de Pyotr.

Hay tensión en la cocina mientras el personal se pone a trabajar; en silencio, Yelena me desliza un plato de fruta fresca, insistiendo sin palabras en que coma algo antes de la tormenta que se avecina.

Pico un poco mientras superviso su progreso, intentando no entrometerme pero comprobando cada detalle que sale para asegurarme de que el desayuno sea exactamente como Pyotr lo quiere.

—¡Alina!

Ese escalofrío familiar recorre mi espina dorsal al oír el gruñido ronco de mi marido, y arrebato el bloody Mary de la encimera antes de salir corriendo de la cocina para encontrarlo en el comedor.

De pie, con las manos apoyadas en el marco de la puerta, Pyotr frunce el ceño al ver la mesa.

Está un poco tambaleante cuando suelta el marco de la puerta, y yo aparto la silla de la cabecera de la mesa para que se desplome en ella.

Luego, sin decir palabra, le paso su bebida.

Tras tomar un buen trago del jugo de tomate y almeja con vodka, mi marido golpea la bebida contra la mesa y suelta un eructo sonoro. —Está aguado —afirma con frialdad, empujando el vaso medio vacío en mi dirección—. Tráigame uno nuevo. Dos chupitos de vodka esta vez. ¿O está intentando que me despabile?

Sabiendo que el silencio es mejor que dar una respuesta equivocada, aprieto los labios y vuelvo corriendo a la cocina para cambiar los vasos.

Cuando regreso, Pyotr está tomándose los tres Advil que dejé para él con un vaso de agua.

Rápidamente lo acompaña con otro generoso trago de su nuevo bloody Mary, y luego mira expectante el despliegue de comida que cubre la mesa.

—¿Puedo prepararle un plato? —ofrezco, sabiendo que espera que lo haga.

Gruñe en señal de asentimiento antes de coger el teléfono y empezar a desplazarse por la pantalla, sin duda buscando cómo aparecerá en las noticias la caída de los Chiaroscuro.

—Usted no estaba en la cama esta mañana —observa fríamente mi marido mientras coloco su plato delante de él y me siento en la silla a su lado.

—Pensé que usted tendría hambre cuando se despertara y viniera a supervisar los preparativos —digo, con el corazón palpitando incómodamente contra mis costillas.

—¿Y qué le hizo tardar tanto en venir a la cama anoche? —retó, claramente buscando pelea.

—Yo... solo quería arreglarme un poco —titubeo, mientras mis mejillas se sonrojan ante la mentira descarada. Ni siquiera me molesté en ponerme uno de los atuendos diminutos que a él le gusta quitarme.

Gruñe, vuelve los ojos al teléfono antes de coger el tenedor y llevarse una generosa porción de patatas crujientes a la boca.

Mastica lentamente, luego tira el tenedor. —La comida está fría.

—No puede ser —le aseguro, hablando sin pensar—. Acaba de salir de la cocina...

Debería esperarlo ya: el revés que sale aparentemente de la nada y golpea mi pómulo derecho con suficiente fuerza para hacerme tambalear y caer de la silla al suelo.

Con los oídos zumbando, lo miro, medio aturdida, con la piel ardiendo donde hizo contacto. Pero él ya ha vuelto a mirar su teléfono.

—Levántese —ordena tras un momento de tenso silencio—. Dígale a la cocina que quiero algo *fresco*. Si no echa humo, no está caliente, Alina.

Un vacío me duele por dentro, amenazando con tragarme entera, pero lo reprimo, ignorando la sensación de desesperanza que me acompaña constantemente.

Levantándome del suelo, vuelvo a ponerme de pie y alcanzo el plato que él rechazó. Pero Pyotr me agarra la muñeca con un apretón de tornillo.

—Déjelo. Picaré algo hasta que me traiga una comida decente —gruñe, con los ojos ardiendo de agresión contenida. Y en lugar de soltarme para mi tarea asignada, me aprieta más fuerte, tirando de mí hacia él.

Tropiezo hacia adelante con mis tacones, mi corazón acelerándose al reconocer la sed de sangre en los ojos de Pyotr, y me sostengo en el borde de la mesa mientras el pavor se hunde en mi estómago.

Pero antes de que pueda retroceder, voces elevadas provenientes del vestíbulo captan mi atención.

El pulso se me acelera, incluso antes de saber la causa.

Entonces grito ahogada cuando el tacatac de ametralladoras estalla en la distancia.

Por el rabillo del ojo, veo el ceño fruncido de Pyotr mientras dirige sus ojos inyectados en sangre hacia la puerta del comedor.

Levantándose lentamente de su silla, se gira para enfrentarla, con la expresión oscureciéndose por momentos.

Las puertas se abren de golpe, varios guardias Novikov entran corriendo sin invitación, con miradas desorbitadas. Debe ser grave, porque todos saben que no se molesta al *Pakhan* sin permiso expreso.

—Nos atacan —dice el de adelante, con voz temblorosa—. No sé cómo han entrado sin ser detectados.

—¿Quién ha entrado dónde? —exige Pyotr, alcanzando la pistola que guarda en el cinturón.

Aún no ha soltado mi muñeca, y me estremezco cuando su agarre se tensa, comprimiendo los huesos hasta doler.

Los hombres palidecen visiblemente cuando estallan gritos en el pasillo tras ellos, seguidos por el sonido escalofriante de balas impactando carne y cuerpos cayendo al suelo.

Un guardia se vuelve hacia la violencia que se aproxima rápidamente, y antes de que su líder pueda responder, el silenciado *pium* de un silenciador lo detiene.

Literalmente.

Su mandíbula cae, la expresión se vuelve vacía mientras su cabeza se abre para dar paso a la bala que acaba de atravesarla.

Los otros dos guardias caen segundos después, tres cuerpos esparcidos por el suelo del comedor.

Un grito se ahoga en mi garganta.

Puede que haya crecido en este mundo.

Puede que me hayan criado entre violencia y escuchado historias horribles. Pero nunca he visto morir a un hombre ante mis ojos.

Y cuando una figura imponente atraviesa la puerta, siento como si mi sangre se hubiera helado.

—*Usted* —gruñe Pyotr, con desprecio evidente en el rostro mientras mira abiertamente al hombre sobre quien derramé champán una noche, hace una vida.

Michelangelo Chiaroscuro.

Se yergue amenazante en el umbral, pareciendo llenarlo por completo con sus hombros anchos y músculos ondulantes.

Ha desaparecido su elegante chaqueta de terciopelo negro que arruiné en aquella gala.

En su lugar lleva una sencilla camiseta blanca de botones, desabrochada lo suficiente para vislumbrar el tapiz de tinta bajo ella.

Está manchada de tierra y grasa, salpicada de carmesí que solo puede ser una cosa, pero no es eso lo que me impide apartar la mirada.

Sin la restricción de un traje, sus músculos abultan bajo la tela fina, tensándola hasta mostrar los contornos de sus pectorales y brazos sin esfuerzo, y de algún modo, lo hace parecer aún más colosal que cuando choqué contra el muro sólido de su pecho.

Está vivo.

Claro que lo está.

No sé cómo creí, ni por un segundo, que alguien pudiera matar a un dios de la muerte.

—¿Qué hace una abominación como usted en mi casa? —le gruñe Pyotr, empujándome con brusquedad suficiente para hacerme caer al suelo.

Golpeo la alfombra con fuerza, amortiguando la caída con las palmas y haciendo una mueca al protestar mis muñecas, pero no puedo apartar los ojos del enfrentamiento que se desarrolla ante mí.

Mientras la ira fanfarrona de Pyotr es un velo delgado para ocultar sus dudas, el hermano mayor Chiaroscuro parece un ángel vengador venido a fulminarlo.

La sonrisa burlona que curva sus labios carnosos hace que mi pulso se acelere, y retrocedo arrastrándome, escondiéndome bajo la mesa del comedor cuando mis instintos de supervivencia se activan.

Si quiero salir viva de esto, mi mejor oportunidad es hacerme lo más pequeña posible y ocultarme.

Pero no puedo obligarme a huir del todo, no cuando veo el asesinato en sus ojos.

Su mirada azul helada se enfoca como un láser en mi marido, y sé que solo uno de ellos saldrá caminando de esta pelea.

—¿Una abominación? —pregunta Michelangelo con ese profundo acento italiano retumbante que eriza mi piel—. Al menos no soy el cobarde que puso de rodillas a un anciano desarmado antes de quitarle la vida.

—Ese bastardo merecía lo que le pasó después de todo lo que le hizo a esta familia. Usted debería saberlo mejor que nadie —sisea Pyotr.

—Quizá. Pero hoy usted es el único que tiene una deuda que pagar. Y he venido a cobrarla.

Michelangelo cruza la habitación en un abrir y cerrar de ojos, sus largas piernas enfundadas en vaqueros llevándolo hasta Pyotr antes de que mi torpe, medio borracho y resacoso marido pueda sacar la pistola de la cintura y apuntar.

Grito ahogada ante el puñetazo en el estómago que Michelangelo asesta, pareciendo completamente indiferente a las balas mientras dobla a mi marido con facilidad.

Tapándome la boca con las manos para evitar atraer atención no deseada, observo con ojos desorbitados desde bajo la mesa cómo Pyotr intenta recuperarse.

A pesar de su torpeza inicial, logra recuperar el equilibrio, balanceando la culata de su Makarov para usarla como porra.

Pero el gigante italiano es demasiado rápido, y aparta el arma como si fuera una mosca antes de asestar otro golpe poderoso a las costillas de Pyotr.

—Hoy no habrá pistolas, Novikov —se burla mientras Pyotr intenta bloquear la ráfaga de puñetazos—. Eso sería una muerte demasiado

rápida. Quiero disfrutar cada último segundo excruciante de su final. Y disfrutaré sabiendo que, aunque usted pudo matar a Don Augusta, los Chiaroscuro continuarán. Pero su familia está acabada. Su linaje se ha terminado. Y aplastaré el nombre Novikov hasta convertirlo en polvo.

Mi estómago se revuelve, el corazón martilleándome al oír el cruel disfrute en su voz.

Está saboreando esta violencia, deleitándose con ella.

Y un escalofrío frío recorre mi espina dorsal al darme cuenta de que no importa quién gane esta batalla.

Todos estos hombres están cortados por el mismo patrón. Michelangelo podría tener una sonrisa hermosa, pero sé bien que eso no lo hace menos monstruoso.

No sé si Pyotr está demasiado borracho para defenderse como es debido o si está acostumbrado a quitar vidas desde la distancia, pero no puedo evitar notar lo desigual que es la pelea.

Y nadie viene en su defensa mientras Michelangelo Chiaroscuro lo usa primero como saco de boxeo —luego saca dos cuchillos de aspecto cruel para convertirlo en un acerico.

Para entonces, la cara de Pyotr es una pulpa sangrienta, con un ojo tan hinchado que no puede abrirlo, y escupe un bocado de dientes y sangre sobre nuestro suelo mientras resuella por su nariz, claramente rota.

—Nunca saldrás vivo de aquí —se burla Pyotr, buscando una falsa bravura mientras levanta los puños como si tuviera alguna posibilidad de protegerse.

La risita baja y oscura que suelta Michelangelo me hiela la sangre, y me encojo aún más sobre mí misma al darme cuenta de que esto es el fin.

Estoy a punto de verlo matar al hombre que juró protegerme.

No es que no hiciera más daño que bien —pero cuando Pyotr muera, quedaré atrapada en una habitación con un asesino a sangre fría, un hombre que claramente quiere venganza y quizá no se detenga con mi marido.

—No pienso irme, Pyotr —promete con voz siniestra.

Entonces se abalanza.

Para un hombre de su tamaño, Michelangelo tiene una gracia y velocidad casi felinas. Más rápido de lo que mis ojos pueden seguir, ha perforado agujeros por todo el torso robusto de mi marido.

Puedo contarlos por los puntos rojos que crecen y se extienden por la camisa de Pyotr, convirtiendo la tela en un macabro test de Rorschach.

Se oye un chapoteo repugnante cuando la hoja encuentra el pecho de Pyotr, y mi marido se pone rígido. Sus puños se aferran a la tela de la camiseta de Michelangelo, intentando desesperadamente mantenerse en pie incluso mientras suelta una horrible tos burbujeante.

Puedo verlo forcejear por respirar, ahogándose en la sangre que le pinta los labios, antes de que gradualmente —como si el tiempo se ralentizara— se deslice de la hoja.

Sus ojos están abiertos por la sorpresa mientras mira su pecho con confusión, luego vuelven a subir hacia el rostro del ángel vengador.

O quizá diablo sería la etiqueta más precisa mientras Michelangelo le sonríe con desdén.

Pyotr se desploma de rodillas en un montón, con sangre manando de las heridas abiertas demasiado profundas para suturar.

Pero se aferra a la vida con una tenacidad sorprendente, y mientras mira a Michelangelo con sorpresa y furia, parece que quiere levantarse de nuevo.

—No te metas con los Chiaroscuro —gruñe el colosal italiano, balanceando el brazo en un arco que abre la garganta de mi marido en una sonrisa carmesí chillona.

Pyotr cae hacia atrás, y un ahogamiento gorgoteante se le escapa mientras su último aliento sale de sus pulmones.

Sus ojos muertos me miran sin ver, toda la crueldad violenta desaparecida de sus profundidades azul pálido.

Agachándose para limpiar su hoja en la camisa de mi marido, Michelangelo respira hondo, pareciendo apenas sin aliento después de una pelea tan intensa.

Mi estómago se hunde cuando su movimiento lo acerca a pocos pasos de mí, y no puedo evitarlo. Un suave chillido se me escapa antes de que pueda detenerlo.

Sus ojos se clavan en mi dirección, y su azul intenso detiene mi corazón en seco.

Están salvajes por sed de sangre, su rostro tenso por el instinto de defenderse y atacar. Pero se suaviza ligeramente cuando el reconocimiento ilumina su mirada.

—Salga —ordena, tendiéndome la mano, como para sacarme si me niego a obedecer.

Entonces varias pisadas irrumpen en la habitación, y su atención se dirige hacia la puerta mientras se endereza.

—Nos costó un poco, pero hemos registrado toda la propiedad —dice un hombre.

Lo reconozco como uno de los gemelos Chiaroscuro —algo que puedo confirmar rápidamente cuando un segundo hombre, su viva imagen, se acerca a su lado.

Lentamente, intentando no llamar la atención, salgo arrastrándome de debajo de la mesa para ponerme de pie, preguntándome si

tendré tiempo de intentar escapar antes de que alguien se dé cuenta.

—Han sufrido pérdidas considerables. Los Bratva que aún viven han huido —dice el primer gemelo, mostrando abierta deferencia al mando de su hermano mayor.

—Bien —gruñe Michelangelo con voz siniestra—. Me hago con el control de su cuartel general.

El primer gemelo sonríe con suficiencia. —Parece el lugar perfecto para ponernos cómodos hasta que podamos recuperar nuestro hogar.

El segundo gemelo mira la mesa y coge una tira de bacon con los dedos salpicados de sangre, sin parecer importarle el horror mientras da un buen bocado. —Mmm, glaseado con jarabe de arce. Parece que el antiguo *Pakhan* tenía un buen chef.

—Bueno, tenemos suerte, hermano, porque a partir de ahora cocinará para nosotros —bromea el primer gemelo.

El horror me atenaza cuando mi nueva y cruel realidad se derrumba sobre mis hombros.

Su indiferencia al tomar posesión de mi hogar es aterradora —no solo para mí, sino para todas las personas que viven y trabajan aquí.

Me vuelven a la mente destellos de la conversación jactanciosa de Pyotr y sus hombres de anoche.

Su diversión al matar a todos aquellos trabajadores inocentes.

Su placer al forzar a las mujeres que mantuvieron con vida.

Me pregunto si eso es lo que encontraría si saliera a los pasillos de la casa Novikov, y el terror que me atenaza al pensarlo me deja clavada en el sitio.

Entonces las siguientes palabras de Michelangelo me atraviesan como una descarga eléctrica.

—También me quedo con la viuda de Pyotr —declara con autoridad, alzando la voz mientras más hombres entran en la habitación.

Mis ojos se clavan en su dirección mientras da un paso hacia mí, como para reclamar su posesión. Puedo ver ese destello familiar de deseo —esa hambre posesiva que he visto en demasiadas miradas de hombres lascivos.

El cuerpo de mi marido aún no se ha enfriado, y Michelangelo Chiaroscuro ya está haciendo planes para reclamarme como suya.

No puedo contar las veces que he esperado que llegara el día en que alguien pusiera fin a mi miseria y matara al monstruo al que llamo marido.

Pero en esas fantasías, nunca soñé que cambiaría un diablo por otro. Y la idea de escapar de una jaula solo para entrar en otra es demasiado angustiosa para soportar.

No sobreviviré otro año como este último.

Y me niego a simplemente tenderme y morir.

No pierdo tiempo pensando en mis acciones —ni en las consecuencias.

Con un último vistazo a los ojos azul gélido de Michelangelo, me doy la vuelta y echo a correr.

5

MIKO

Puedo saborear el miedo de Anika en el aire mientras corro por los pasillos desconocidos de la casa de Pyotr Novikov, persiguiendo a la belleza rubia pálida que es asombrosamente rápida a pesar de su menuda figura y los tacones altos que lleva.

¿Quién en su sano juicio llevaría tacones para desayunar en su propia casa?

No lo sé, pero Anika claramente sabe moverse con ellos mientras gira en otra esquina y entra de golpe en el vestíbulo abierto de la grandiosa casa moderna, sus pasos resonando sobre la tarima.

En mi conmoción por su intento inesperado de huir, permití que la esposa de Pyotr tomara una buena ventaja, y ahora lo estoy pagando ya que apenas puedo mantenerla a la vista.

Pero no quiero perderla.

Solo Dios sabe qué le pasaría si alguien más la alcanzara primero. Podría confiar en los hombres Chiaroscuro con mi vida, pero aparte de mis hermanos adoptivos, no confiaría en ningún otro ser con la suya en este momento. No hasta que el caos se haya calmado.

Aun así, consigue cruzar la puerta principal y bajar los escalones hasta el camino de gravilla antes de que yo la alcance.

—¡Anika, para! —llamo. Es la primera vez que digo su nombre en voz alta, y aun en mi estado de tensión, suena hermoso. Por otra parte, todo en esta mujer es casi de otro mundo.

Ella se estremece al oír su nombre —una reacción extraña— y solo corre más rápido.

Pero ahora que no está zigzagueando inesperadamente por las esquinas, no tardo en alcanzarla. Aunque sea una corredora rápida, no es rival para mí.

—¡Nooo! —Un grito salvaje escapa de ella cuando mi brazo rodea su cintura, y la levanto del suelo, deteniéndonos ambos.

Pero no ha dejado de intentar huir.

Sus tacones se agitan peligrosamente hacia mis espinillas mientras se retuerce, sus brazos moviéndose como aspas de molino en su desesperación por liberarse de mi agarre.

Casi lo logra también, cuando la suave tela de su vestido se desliza bajo mis manos, su cuerpo retorciéndose y girando hasta que sus pies vuelven a pisar la gravilla.

Se agacha, girando lejos de mí con un movimiento astuto y serpentino. Pero a pesar de la impresionante lucha que presenta, no es rival para mi fuerza. Antes de que pueda liberarse por completo, cambio mi agarre, atrapando sus brazos contra su pecho y sujetándola contra mí. La sostengo allí, conteniendo sus forcejeos hasta que se le acaba el aliento.

Con un último gruñido furioso de derrota, se desploma contra mí. El dulce aroma a canela y rosa surge de ella, llenando mi nariz mientras respiramos agitados juntos, su calor traspasando mi camisa.

—No sirve de nada luchar, *Tesoro* —declaro, relajando mi agarre con cautela ahora que ha dejado de forcejear. La giro para que me mire, sujetándola por los hombros para poder mirarla a los ojos.

Una vez más, me sorprende lo verdaderamente impresionante que es Anika Novikov.

Es una belleza rusa clásica —con cabello rubio pálido que le cae hasta los hombros en suaves ondas, piel de porcelana suave y delicada, pómulos altos que enmarcan una nariz recta y respingona, y labios rojos y carnosos ligeramente separados que revelan un pequeño espacio entre sus dos dientes frontales.

Sus ojos azul cielo contienen un profundo nivel de desconfianza que no recuerdo haber visto la primera vez que nos conocimos —una noche que nunca he podido quitarme de la mente, aunque fuera la única vez que hablé con ella antes de ahora.

Por otra parte, acabo de matar a su marido.

¿Puedo culparla por desconfiar de mí?

¿Incluso por temerme?

Pero eso no la hace menos cautivadora que la primera vez que nos conocimos.

Es sin duda la mujer más hermosa que he visto jamás, y aunque Anika ni siquiera estaba en mi mente cuando decidí tomar el control de la sede de los Novikov, no puedo negar que quizás sea el premio más valioso del complejo Bratva.

Reclamarla la protegerá de cualquiera de los otros terribles destinos que suelen sufrir las esposas de los *Pakhans* muertos.

Pero si soy completamente sincero conmigo mismo, esa no es la única razón por la que la quiero.

En verdad, nunca había deseado a la esposa de otro hombre —hasta la noche en que conocí a Anika.

Incluso entonces, no supe de inmediato a quién pertenecía.

Pero ahora Pyotr se ha ido.

Y si no la tomo bajo mi protección, no me cabe duda de que alguien más reclamará a Anika.

—¿No sirve de nada luchar porque tomarás lo que quieras de todos modos? —escupió entre jadeos mientras me miraba con desafío.

Puedo entender que sea la conclusión a la que salte. No es que le hayamos dado motivos para creer que somos los buenos. *No somos* los buenos, supongo, en su mundo. Pero eso no significa que jamás me rebajaría a forzar a una mujer.

—No sirve de nada luchar contra mí porque no voy a dejarte escapar —y si fueras inteligente, no lo intentarías porque cualquier destino que te espere fuera de estos muros sería mucho peor que el que tengo reservado para ti —prometo.

—Entregarme libremente a ti para que nadie más tome lo que quiera, entonces, ¿es eso? —siseó.

Eso lo resume bastante bien, supongo, y asiento en reconocimiento, estudiando el hermoso rubor de sus mejillas, la chispa fresca en sus ojos que parece darles vida.

—Prefiero arriesgarme.

Las palabras apenas salen de su boca cuando vuelve a correr, las piedras volando a su paso mientras se dirige directamente a la puerta principal.

Sigue cerrada y perfectamente intacta porque elegimos infiltrarnos por la parte trasera de la finca —donde menos guardias nos verían llegar.

Pero eso no la frena, así que vuelvo a perseguirla, esta vez cerrando la distancia mucho más rápido.

—¡Suéltame! —grita Anika, pateando y forcejeando contra mí mientras la recojo y la echo sobre mi hombro esta vez.

Sus puños golpean mi espalda mientras forcejea y se retuerce contra mí.

Pero ahora tengo un agarre firme en sus muslos, manteniendo sus zapatos convertidos en armas lo más lejos posible mientras la llevo de vuelta hacia la casa.

—¡Suéltame, animal! —exclama.

De su boca brota una retahíla de insultos rusos, y no puedo evitar sonreír ante la hiel que escupe Anika.

Casi me alegro.

Parecía tan aterrorizada y pequeña acurrucada bajo la mesa del comedor, que temí haberla traumatizado.

Pero ahora vuelvo a ver el fuego que atrapé en sus ojos azules aquella noche hace casi un año.

Anika emite otro gruñido salvaje, sus caderas generosas retorciéndose cerca de mi oreja, y le doy un fuerte azote en el trasero; mi polla palpita inesperadamente cuando su carne suave responde al contacto.

Se queda inmóvil, aturdida por mi audacia, y cesa en su lucha aunque permanece tensa contra mí.

Mi mano me pica con el deseo de repetirlo, de palpar su trasero y sentir lo redondo y musculado que está antes de darle otro azote juguetón.

Pero ella no me conoce ni sabe hasta dónde podría llegar, y no quiero hacer este día más impactante de lo que ya debe ser para ella.

Al llegar al vestíbulo, encuentro a Gio y los gemelos esperándome, con las cejas arqueadas en expresión de leve desconcierto mientras

ajusto mi carga revoltosa sobre el hombro.

—Voy a buscar un lugar seguro donde guardarla por ahora —anuncio—. Volveré. Vittorio —llamo, haciendo un gesto con la barbilla hacia uno de mis hombres en quien sé que puedo confiar para seguir órdenes.

Deja lo que está haciendo para acercarse y me sigue por la amplia escalera mientras me dirijo hacia donde imagino que encontraré un dormitorio.

Me detengo ante la primera puerta que no se cierra por dentro y giro el pomo, abriéndola para descubrir una habitación decorada con elegancia: paredes beige, moqueta suave y una cama nítida blanca de matrimonio.

—Perfecto —declaro, ajustando el peso de Anika para bajarla hasta sus pies.

En cuanto la suelto, se aleja de mí, con el lenguaje corporal tenso y defensivo mientras mira la cama y luego escruta la habitación como buscando un arma. —No me toques —advierte, retrocediendo rápidamente hacia el lado opuesto de la cama al no encontrar ningún objeto para golpearme.

Murmuro divertido mientras inspecciono la habitación en busca de objetos peligrosos que no deba dejarle. —No dejes que escape —le advertí a Vittorio, que estaba en el umbral, antes de entrar al cuarto de baño.

Aparte de un dispensador de jabón y una lámpara de mesilla, la habitación parece carecer de objetos que puedan usarse como armas, y dado que seré el único que la visite por ahora, no me preocupan demasiado.

Con un gesto de barbilla, indico a Vittorio que salga al pasillo.

Así lo hace, cerrando la puerta tras de sí mientras me acerco a Anika con pasos lentos y medidos—como quien se aproxima a una liebre

atrapada en su garaje.

—¿Qué me vas a hacer? —pregunta, aplastando su espalda contra la pared lejana en su mejor intento por alejarse de mí.

Sus ojos celestes reflejan desconfianza, sus delicados rasgos tallados en piedra mientras me observa; cuando me detengo a menos de treinta centímetros, debe levantar la barbilla para sostener mi mirada.

—Voy a casarme contigo.

Los labios de Anika se separan en un jadeo, con el horror en sus ojos tan agudo y mordaz como si le hubiera dicho que pensaba raptar a su primogénito.

No debería resultarme gracioso, pero considerando sus alternativas, pensaría que sería más receptiva a la idea, y mis labios se contraen con diversión.

—No pongas esa cara de espanto, *Tesoro* —murmuro—. Te prometo que lo preferirás a dejarte correr para ver hasta dónde te dejarían llegar mis hombres.

Un escalofrío visible recorre su cuerpo, y aunque me muero por tocarla, creo que está al límite de su resistencia.

—Nos veremos pronto —prometo antes de girar para salir de la habitación, asegurando la puerta tras de mí.

Necesitaré encontrar una solución adecuada para domar la hostilidad de Anika hacia mí, pero por ahora debo poner la casa en orden y prepararme para posibles contraataques.

—Vigila la puerta. No sale hasta que yo lo diga. ¿Entendido? —le indico a Vittorio.

Asiente brevemente y se sitúa frente a la habitación.

—Bien. Enviaré a alguien para relevarte en unas horas. —Al regresar por el pasillo hacia las escaleras, bajo a la sala principal, donde mis

hermanos ya están poniendo las cosas en orden.

—Hemos reunido al personal de servicio en el salón principal y puesto guardias —dice Gio—. Algunos equipos están limpiando, y varios hombres están apostados en la puerta principal.

—Excelente. Designa turnos para patrullar el perímetro también. A partir de ahora, cerramos este lugar y mantenemos vigilancia veinticuatro horas. No es cuestión de si los Bratva restantes intentarán recuperarlo, sino de cuándo, así que debemos estar preparados.

Gio asiente y llama a uno de los hombres para darle una orden en nuestra lengua materna.

—¿Qué más habéis averiguado? —pregunto.

—Pyotr abasteció bastante bien este lugar. Tiene abundantes armas, provisiones si necesitamos resistir un ataque. Sinceramente, es una ubicación defendible nada mala. Solo que se confió demasiado —afirma Raf—. Hay varios edificios hacia el oeste donde pueden alojarse los hombres. Parecen alojamientos del personal, pero al menos la mitad están vacíos. Será un lugar sólido para reconstruir nuestras fuerzas.

Sandro hace un gesto con la barbilla hacia las escaleras por donde llevé a Anika. —¿Quieres contarnos qué pasó? —pregunta.

Solo pensar en la mujer que me espera allí acelera mi pulso, y reprimo el deseo instintivo de marcarla, de reclamarla como mía.

Esa *no* era la intención de mi decisión, pero algo en Anika es como un canto de sirena para mí, y no puedo decir que lo lamente si esta es la mejor solución para gestionar su destino.

—Pyotr está muerto. Esa es su viuda, Anika Novikov.

—Me parecía familiar —dice Gio, asintiendo mientras su mirada se dirige hacia las escaleras.

—Sí, bueno... —Mis ojos regresan al pasillo del segundo piso y a la preciosa muñeca rusa que me espera allí.

Mi pulso se dispara, la curiosidad despertada. Me costará todo mi esfuerzo mantener el foco en nuestra misión hoy. —Todos sabemos lo que habría pasado si la hubiera dejado salir por esa puerta principal. Nadie merece un final tan brutal. Casarme con ella es la única forma segura de mantenerla a salvo.

6

ANIKA

El mundo se cierra a mi alrededor, encogiéndose hasta que puedo sentir las paredes presionando el aire fuera de mis pulmones.

Estoy atrapada—igual que con Pyotr.

Solo que, al menos con Pyotr, conocía sus desencadenantes y cómo minimizar las represalias.

No sé nada sobre este nuevo monstruo.

No puedo predecir qué hará después, y si he aprendido algo en mi año como esposa de Pyotr, es a temer lo inesperado.

Escalofríos fríos recorren mi cuerpo mientras me mantengo pegada a la pared, mirando fijamente la puerta por la que salió Michelangelo hasta que he perdido la noción del tiempo transcurrido.

Tuve una oportunidad para escapar, una ocasión para huir de esta vida desgraciada, y la he pifiado.

La devastación se filtra en mí, instalándose en lo más profundo de mis huesos, y dejo que mi espalda resbale por la pared mientras me repliego sobre mí misma, desplomándome en el suelo.

Tuve una posibilidad de libertad, y la he desperdiciado.

Las lágrimas vienen ahora calientes y rápidas al estar sola, y entierro mi cara entre mis rodillas, rodeándolas con mis brazos mientras sollozo.

Nunca imaginé que pudiera existir un destino peor que el que ya me habían dado, pero la idea de casarme con el hombre que acaba de deleitarse matando a sangre fría a mi marido parece superarlo.

Sí, pensé que Michelangelo era encantador y atractivo aquella noche en que lo conocí.

Incluso puedo admitir que he pensado en él, de vez en cuando, durante el calvario de este año agonizante de mi matrimonio.

Cuando me perdía dentro de la oscura caverna de la ira de Pyotr, me imaginaba a Michelangelo sonriéndome, con mi champán mojando su chaqueta de traje.

Podía imaginar que existía un hombre en el mundo que no se enfadaría por ese tipo de errores—que incluso intentaría consolarme por cometer uno.

Pero tras presenciar la forma despiadada en que Michelangelo luchó, después de escuchar el odio que profesa hacia los Novikov, conozco la verdad del asunto.

No se casa conmigo porque le importo—incluso si dice que es para protegerme de un destino peor.

Se casa conmigo porque mi apellido es Novikov, y quiere aplastar ese nombre hasta convertirlo en polvo.

No seré más que su juguete, la viuda de su rival sobre la que puede seguir vengándose ahora que Pyotr ha muerto.

No me tratará con más amabilidad que el último hombre que quiso casarse conmigo.

¿Por qué lo haría?

Soy la esposa de su enemigo jurado—el hombre que mató a su padre.

Podía oírlo en el veneno que goteaba de sus palabras. Michelangelo Chiaroscuro es solo otro monstruo, venido para doblegarme a su voluntad.

Sé que es débil.

Patético.

Pero no puedo dejar de llorar. Sollozo y sollozo, hasta que no me quedan más lágrimas.

Y cuando finalmente me enjugo la cara, me quedo acurrucada en posición fetal contra la pared, vigilando la puerta, esperando lo que vendrá después.

Porque conozco la oscura verdad de este mundo.

Cuando los hombres vienen a conquistar, toman lo que quieren sin cuestionarlo. Imagino que, en el caos tras la batalla, Michelangelo tuvo que asegurarse de tomar el control absoluto.

Pero volverá. Y cuando lo haga, me estremece pensar qué querrá de mí.

Es una espera agonizante, especialmente cuando oigo las voces apagadas que suben desde abajo.

Las órdenes masculinas y broncas y las risotadas estridentes.

Al menos, los gritos han cesado, y por lo que puedo deducir, nadie llora abiertamente.

Pero no estoy segura de si es porque lo peor de la violencia ha terminado o porque simplemente no queda nadie para sufrir.

Me duele el pecho al pensar en toda la buena gente que trabajaba para Pyotr, las criadas que parecían amigas, el personal de cocina que jamás me hizo sentir indeseada.

Mi vida con mi marido pudo haber sido un infierno, pero no puedo decir que estuviera completamente sola.

El pulso se me acelera con ansiedad al pensar en la frágil y anciana Svetlana, y en silencio deseo que esté bien, pero una mujer de esa edad podría quedar fácilmente en la línea de fuego durante una toma violenta del poder.

Sorbiendo mocos, intento no pensar demasiado en ninguna persona en concreto ni en lo que podría haber sido de ella.

Si lo hiciera, enloquecería. Era trabajo de Pyotr proteger a quienes trabajaban para él—*mi responsabilidad* mantenerlos a salvo—y ambos les fallamos miserablemente.

No sé cuánto tiempo llevo sentada aquí, esperando. Perdí el móvil en algún lugar del caos matutino, y la habitación de invitados ni siquiera tiene un despertador en la mesilla que me informe de la hora.

Así que, en su lugar, calculo la hora aproximada por la luz solar que entra por el gran ventanal mientras el brillante orbe amarillo recorre el cielo.

Está rozando el horizonte cuando alguien finalmente llama a la puerta y luego la abre lentamente sin esperar mi permiso.

El guarda al que Michelangelo llamó Vittorio antes abre la puerta, con una bandeja equilibrada en la palma.

—Algo de comida para usted, signora —dice, deslizando la bandeja sobre el tocador cerca de la puerta.

El aroma de tomate asado y hierbas cruza el espacio abierto, haciendo cosquillas en mi nariz. Mi estómago gruñe, recordándome que no he comido nada más que unas frutas desde esta mañana, y la boca se me hace agua. Pero me quedo quieta hasta que Vittorio se retira de nuevo de la habitación.

Por la suave conversación en el pasillo, puedo suponer que no está solo, y espero hasta oír los pasos que se alejan antes de levantarme

lentamente de la bola en la que he estado encogida durante la mayor parte del día.

Con cautela, cruzo la habitación, atenta a cualquier movimiento en el pasillo.

Pero todo está en silencio cuando llego a la bandeja de comida: un simple vaso de agua junto a un cuenco de estofado contundente y un panecillo fresco. Tengo que morderme un gemido de agradecimiento.

Huele increíblemente bien—tan bien que sospecho que Yelena lo cocinó. Espero que eso signifique que está a salvo e ilesa.

Pero cuando alargo la mano hacia la cuchara, una alarma suena en mi mente. ¿Y si han drogado la comida?

No Yelena—estoy segura de que ella no lo haría. Pero cualquiera de esos hombres podría haber manipulado la comida, esperando incapacitarme para que no oponga resistencia.

El estómago se me hace un nudo al dar un paso atrás frente al apetitoso plato. No puedo fiarme.

En su lugar, entro en el baño y abro el grifo para llenar el estómago con agua.

Luego vuelvo a mi posición en el suelo cerca de la ventana y, encogiéndome de nuevo en mi bola defensiva, observo la puerta, lista y esperando a que Michelangelo intente tomar lo que quiera de mí.

7

MIKO

—Un brindis —digo, alzando mi vaso de whisky de primera calidad que encontramos en el impresionante alijo de Pyotr Novikov—. Por nuestra primera victoria en el camino hacia la venganza.

Gio, Sandro y Raf me imitan mientras se reclinan en la sala de puros decorada como casona de caza de nuestra nueva residencia temporal.

La casa ha vuelto a la normalidad, al personal que superó los controles de seguridad se le permitió retomar sus tareas, y nos hemos instalado en nuestro nuevo alojamiento sin una sola visita de la policía de Chicago; prueba de que al menos algunas de nuestras conexiones allí no nos han traicionado del todo.

Pero mientras estamos sentados en el salón después de cenar, cuando deberíamos estar disfrutando de nuestro triunfo, Raf sigue apagado, con la mirada opaca —aplastado por el dolor del duelo, muy parecido a lo que me he acostumbrado a ver en los ojos de Gio durante estos últimos ocho años desde que perdió al amor de su vida.

—Les daremos caza, Raf —prometo, inclinándome hacia adelante para apoyar los codos en las rodillas—. Harán que paguen. Pienso

acabar con cada uno de esos demonios que dañaron a nuestra familia.

Asiente, mira dentro de su vaso de whisky antes de vacilarlo de un trago, y Gio intercambia una mirada conmigo antes de servirle otro en silencio.

—¿Crees que esto es con lo que los Tanaka compraron la alianza de Pyotr? —pregunta Raf, alzando la botella de Hibiki para observarla bajo la luz dorada—. ¿Crees que una botella de licor fue suficiente para que los rusos nos traicionaran?

—Los Novikov llevan años odiando a nuestra familia —dice Gio con suavidad—. Aunque hemos hecho negocios con ellos ocasionalmente, todos sabíamos que esa relación pendía de un hilo.

—Gio tiene razón —añado—. Además, Pyotr siempre fue un poco impredecible. Quizá engañó a los altos mandos, pero ese hombre era un psicópata que solo buscaba una oportunidad para derramar sangre.

Gio asiente. —Los Tanaka solo le dieron una excusa, y suficiente apoyo para que el cobarde supiera que sus escasos efectivos no serían aplastados por completo, por una vez.

—Que les den por el culo a todos —dice Sandro, con la furia bullendo bajo la superficie—. Empezamos con los Novikov, pero no nos detendremos ahí, Raf. Los Tanaka y los Murray pagarán por lo que han hecho, ¿verdad, Miko?

—Así es. —La convicción inunda mis venas ante su justa ira. Fallé al Don de una manera que jamás podré reparar, pero me aseguraré de que mis hermanos obtengan su venganza—. Vengar la muerte de Don Augusta solo fue el comienzo, pero matar al hombre que asesinó a nuestro padre es un gran primer paso. Y hemos asestado un golpe devastador a la Bratva. Estarán sumidos en el caos ahora que hemos matado a su *Pakhan*. Pyotr no tenía heredero ni siquiera

un segundo al mando fuerte, lo que significa que, tras hoy, tendrán problemas mayores que intentar recuperar lo que les quitamos.

—Hum —dice Gio, ladeando la cabeza.

—¿Qué? —Raf levanta la vista de su bebida; el discurso motivador parece sacarle un momento de su miseria.

—Bueno, no lo había pensado antes, pero Miko tiene razón. Estrictamente hablando, en la cultura de la Bratva, cuando no hay heredero aparente, quien derrota al *Pakhan* actual toma el mando. —Luego su mirada se posa en mí—. Técnicamente, ese serías tú, hermano.

Soltó una carcajada ante la idea de convertirme en *Pakhan*, y Gio y Sandro se unieron a mí.

—Seguro que les encantaría —digo con sarcasmo—. Rusos arrodillándose ante un *Pakhan* italiano.

Hasta Raf resopla ante eso, pero luego su expresión se vuelve pensativa. —Quiero decir, no es la *peor* idea del mundo —dice—. Seamos realistas. Miko no iba a hacerse cargo del imperio Chiaroscuro de todos modos, al no ser heredero legítimo... así que quizá esta sea tu oportunidad para reclamar tu propio territorio.

La habitación queda en silencio cuando la observación de mi hermano golpea como un puñetazo en el estómago.

Sé que tiene razón—todos somos muy conscientes de que el Don nunca tuvo intención de legarme su patrimonio.

De hecho, me ignoró deliberadamente para nombrar a Leo su heredero, así que el que Leo haya renunciado a su corona no me convierte automáticamente en el siguiente.

Intercambio una mirada con Gio, el segundo hijo natural de Don Augusta.

La tensión cobra vida entre nosotros cuando ambos nos damos cuenta al mismo tiempo de que, si nuestro padre ha muerto y Leo no quiere el título de Don, seríamos los dos candidatos más viables.

Pero en realidad, no tengo derecho alguno sobre el legado Chiaroscuro.

Porque a diferencia de las costumbres de la Bratva, que prefieren la fuerza al linaje, la realeza mafiosa se elige de forma muy distinta.

Nos gobierna un *capo dei capi*, que debe dar su bendición antes de nombrar a un nuevo heredero.

Y dudo mucho que el muy tradicional Don Parelli viera con buenos ojos que un intruso como yo se hiciera cargo del territorio de Chicago.

Por mucho que me pese admitirlo, Raf lleva razón.

Tendría muchas más posibilidades de éxito tomando el control de la Bratva Novikov que convirtiéndome en el nuevo Don de nuestra familia.

—Por lo que a mí respecta —dice Gio, hablando antes de que yo pueda pensar qué responder—, Miko es como un hermano de sangre para nosotros, y es el mayor. Tú eres por quien deberíamos luchar para recuperar el trono.

El pecho se me oprime ante las palabras de mi hermano.

Significan más para mí de lo que él puede imaginar, porque aunque siempre he visto a los hijos del don como hermanos, sé que soy el intruso en su familia.

Don Augusta me acogió para ayudar a proteger a su familia, no para convertirme en parte de ella, aunque me diera su apellido.

Y no me parece justo ocupar el lugar que cualquiera de ellos heredaría legítimamente si no hubiera sido tan generoso.

—No busco poder —declaro—. Lo hago por venganza, para reparar la injusticia y vengar el asesinato de nuestro padre... y el de Genevieve —añado, haciendo un gesto hacia Raf para reconocer la muerte de su esposa.

El ambiente de la habitación vuelve a ensombrecerse cuando Raf frunce el ceño, y quiero disipar la tensión que sigue creciendo.

—Además, yo estoy hecho para derramar sangre, no para sentarme tras un lujoso escritorio —digo con una sonrisa burlona.

Mis hermanos ríen mientras la tensión entre nosotros se disipa.

—Cuando hayamos tenido nuestra venganza, pienso apoyar tu derecho como Don, Gio —añado, dándole una palmada en el hombro a mi hermano menor.

Me lanza una sonrisa y choca su copa contra la mía. —Entonces, no podría desear un mejor hombre de confianza.

—*Salute* —brindan los gemelos, alzando también sus copas.

Terminamos nuestras bebidas y, sin discutirlo, todos parecemos estar de acuerdo en que es hora de retirarnos por esta noche.

Ha sido un día largo y apenas estamos empezando con nuestros planes.

Recuperar lo perdido requerirá todo nuestro esfuerzo y determinación, y una buena noche de descanso nos servirá más que otra noche en vela.

Nos dispersamos en distintas direcciones, cada uno hacia un ala separada de la casa—algo que hacemos de forma natural tras vivir toda la vida en la propiedad Chiaroscuro.

Subo las escaleras hacia el pasillo donde retienen actualmente a Anika, y me alegra ver a Marco de guardia firme ante su puerta.

No es que desconfíe de que mis hombres sigan órdenes, pero cuando se trata de la esposa rusa de Pyotr, mis instintos protectores

se disparan.

—¿Te ha dado problemas? —pregunto, deteniéndome frente a Marco.

Niega con la cabeza. —No he oído ni un ruido desde que relevé a Vittorio.

Fruncio el ceño, con el corazón agitándose con ansiedad mientras observo la puerta. —¿Estás seguro de que está dentro?

—Lo estaba cuando Vittorio le llevó la cena.

Mi agitación se calma, y me reprendo en silencio por alterarme sin motivo.

La cena fue hace apenas unas horas.

Y si Anika no ha salido por esta puerta, no podría haber escapado.

Inspeccioné la habitación yo mismo antes de dejarla allí. Solo estoy siendo paranoico. Aun así, el impulso de comprobar cómo está resulta casi abrumador.

Lo considero un largo momento, vacilando en el pasillo, terriblemente tentado de entrar.

Pero Anika ya ha pasado suficiente por hoy. Su vida se ha vuelto del revés por completo—presenció cómo mataba a su marido a sangre fría.

Se merece un tiempo para asimilar su nuevo destino.

Con un breve gesto de asentimiento, dejo a Marco terminar su turno en paz y me dirijo por el pasillo hacia la habitación que elegí para instalarme.

8

ANIKA

Me duelen los músculos de la tensión al despertarme de sueños inquietos de monstruos de ojos rojos que manaban sangre por innumerables agujeros, y me encuentro acurrucada bajo la ventana de mi prisión improvisada.

Debo de haberme quedado dormida en algún momento de la noche, mientras intentaba mantener la vigilia esperando el regreso de Michelangelo.

Pero nunca volvió a mi habitación, y una intensa ola de alivio recorre mi cuerpo entumecido al saber que he superado un día más sin ser violada.

Desplegándome lentamente, estiro las extremidades que pasaron demasiadas horas tensas por la expectación, y luego miro por la ventana para adivinar qué hora es.

La luz dorada es suave en el horizonte, el paisaje exterior aún bañado por las largas sombras del amanecer.

Varios hombres de los Chiaroscuro patrullan el perímetro de la propiedad, pero aparte de eso, el recinto parece extrañamente en paz, como si la violencia del día anterior nunca hubiera ocurrido.

Un suave golpe en mi puerta centra mi atención al otro lado del dormitorio, y mi corazón se acelera.

—¿Sí? —digo, frunciendo el ceño cuando la persona no entra directamente tras anunciar su presencia.

En cuanto hablo, el pomo gira y una figura delgada se desliza en silencio en la habitación.

—¡Chastity! —jadeo, con una gratitud tan abrumadora al verla viva y sana que se me llenan los ojos de lágrimas. Cruzo la habitación corriendo para abrazar con fuerza a mi doncella.

Ella responde al gesto con igual desesperación, sus delgados brazos apretando mi caja torácica.

—He estado tan preocupada por ti —susurro, sujetándola a distancia para examinarla en busca de heridas.

—Estoy bien, *gospozha* —me asegura.

—¿Qué pasó ahí fuera? —insisto, apretándole las manos.

—Los hombres de los Chiaroscuro reunieron a todo el personal y nos interrogaban sobre cuánto tiempo llevábamos en la casa y dónde podrían estar nuestras lealtades —explica Chastity, sus redondos ojos marrones abiertos por la incredulidad—. A los miembros que consideró dignos de confianza, los dejó volver al trabajo.

—¿Y los demás? —pregunto, tragando con dolor al pensar en el destino de esas pobres almas.

—De momento los tiene encerrados, con la promesa de liberarlos cuando esté seguro de poder confiar en su lealtad.

¿No ejecutaron a nadie?

Me invade un alivio mareante. Por lo que parecía, cuando Pyotr asaltó la finca de los Chiaroscuro, no dudaron en hacer una masacre, así que eso es lo que había imaginado toda la noche.

Pero parece que los Chiaroscuro tienen al menos un ápice de misericordia en la sangre después de todo, o al menos su nuevo líder la tiene.

Entonces me doy cuenta de que este asalto no pudo haberlo iniciado Don Augusta. Está muerto. Pyotr se encargó de eso.

—Espera, ¿quién es ese "él"? —pregunto, intentando recordar el nombre del heredero de los Chiaroscuro—. ¿Quién dirigió el ataque de ayer?

—El hermano mayor, por lo visto, Michelangelo. Al menos es a quien los hombres obedecían. Y preguntó específicamente por *tu* doncella. Tenía tanto miedo cuando me apartó para interrogarme. Vaya si daba miedo, pero solo hizo unas preguntas y decidió dejarme volver a mis tareas... con la advertencia de que si te ayudo a escapar, no dudará en matarme —un escalofrío recorre a Chastity al recordarlo, y sus ojos muestran compasión—. Lo siento mucho, *gospozha*. No supe qué más hacer que aceptar.

—No lo sientas —la tranquilizo, atrayéndola para otro abrazo—. Me alegro mucho de que estés bien.

Chastity asiente, apretándome a su vez.

—¿Cuántos resultaron heridos? —insisto.

—¿Soldados? —Chastity retrocede, negando con la cabeza—. No sabría decirte, más de los que pude contar.

—¿Y el personal? —Son quienes más me preocupan.

La mayoría son buena gente, que no tienen nada que ver con el negocio brutal de mi marido. Los hombres de Pyotr son diferentes.

Eligieron una vida de violencia y crimen. Sabían los riesgos. Pero el personal de la casa son solo gente corriente que intenta ganarse la vida en este mundo despiadado. No puedo imaginar lo aterrados que debieron de estar.

—Faltan dos, Alek e Ivan, pero Yelena dijo que los vio llegar hasta el límite de la propiedad —así que podrían haber escapado. Los demás están bien —Chastity suena casi desconcertada, y apenas puedo culparla. Por lo sangrienta que fue mi experiencia de ayer, apenas puedo creer que tantas personas inocentes hayan podido salir con vida.

—¿Y Svetlana?

—Bien, está bien —me asegura Chastity rápidamente—. Estuvo confinada en su habitación durante la violencia, y yo la revisé en cuanto me lo permitieron.

Siento como si pudiera respirar por primera vez en una eternidad, y libero el oxígeno atrapado en mis pulmones de golpe. Lágrimas de alivio me escuecen los ojos, y rápidamente las contengo.

—¿Estás *bien*, *gospozha*? —pregunta, con una voz más titubeante ahora.

Ni siquiera sé por dónde empezar a desentrañar la respuesta a esa pregunta, así que empiezo con una evaluación física sencilla. —Estoy bien. Solo he estado atrapada aquí, preocupada por todos vosotros —digo, mirando alrededor de la habitación.

Ella asiente, y sus ojos se desvían hacia mi mejilla por un momento y el moretón que empieza a aparecer por el revés que me dio Pyotr ayer por la mañana.

Normalmente, lo habría cubierto con maquillaje a estas alturas, pero todo eso está al final del pasillo en la suite principal, así que mi vergüenza es visible para cualquiera que la vea.

—Me han ordenado que te ayude a prepararte para el desayuno —explica, sosteniendo un vestido nuevo que ni siquiera había notado antes, en mi alivio por encontrarla viva—. El jefe quiere tener una audiencia contigo.

—Vale —mientras miro hacia abajo el vestido con el que dormí, y lo encuentro arrugado y manchado con huellas de manos oscuras que me revuelven el estómago.

Sin duda son de mi captor persiguiéndome y llevándome a esta habitación —lo que significa que las manchas rojizas son probablemente la sangre de Pyotr—. Primero me daré una ducha rápida.

Chastity espera mientras me aseo y me visto, y luego me ayuda a recogerme las húmedas melenas en una trenza lejos de la cara.

No tardo mucho en arreglarme, y me pongo a su lado mientras ella llama a la puerta para que nos dejen salir.

Se abre, y el guardia de ayer, Vittorio, está en el umbral; le da un breve asentimiento a Chastity antes de volver su atención hacia mí. —Le está esperando —dice el guardia—. La acompañaré abajo. Le aconsejo que no intente huir.

Algo en el grave tono de su advertencia me hace estremecer. Imagino que eso significa que la paciencia de Michelangelo tiene límites —y no quiero descubrir qué pasa si los sobrepaso.

Chastity y yo intercambiamos una mirada antes de que yo salga al pasillo para seguir a Vittorio.

A pesar de su advertencia, en cuanto estoy libre de mi prisión improvisada, el impulso de huir casi me abruma.

Si no estuviera descalza y rodeada de hombres de los Chiaroscuro, quizá me arriesgaría.

Pero hemos pasado junto a cinco de ellos antes incluso de llegar a las escaleras, y sé que no llegaría lejos. Mejor esperar y buscar una oportunidad realista si voy a huir.

Hasta yo sé que esa oportunidad probablemente no volverá a presentarse.

No ahora que me he convertido en prisionera en mi propia casa una vez más.

Me llevan al comedor del desayuno, y mi corazón palpita con ansiedad mientras una oleada de recuerdos horribles invade mi mente: Pyotr con el rostro golpeado y ensangrentado, su torso perforado por agujeros supurantes, la sonrisa carmesí que Michelangelo le abrió en la garganta antes de desplomarse, sin vida, en el suelo.

Mis ojos se desvían hacia el lugar donde cayó mi marido.

Faltaba la alfombra persa, y parece que alguien ha fregado a fondo el suelo de madera oscura que había debajo —pero cualquier evidencia de la sangrienta ejecución de Pyotr ha sido borrada ya.

—Me alegro mucho de que haya decidido unirse a nosotros —dice una voz profunda y resonante que me saca de mi ensimismamiento, y mis ojos se alzan bruscamente para encontrar a Michelangelo Chiaroscuro observándome atentamente.

Su aguda mirada denota una profunda inteligencia. Su mandíbula fuerte y su poderoso cuello son un recordatorio de que no solo es inteligente, sino físicamente capaz de dominarme con facilidad —todavía puedo sentir su agarre de hierro alrededor de mi cintura de ayer, la fuerza pétrea de su torso al sujetarme.

Y sin embargo, la forma en que sus rizos oscuros caen desordenadamente sobre sus ojos le da un encanto casi juvenil.

Hoy lleva un impecable traje italiano, que parece recién confeccionado, y me pregunto cuándo tuvo tiempo de conseguir un atuendo nuevo entre que su casa familiar fue quemada hasta los cimientos y vino a arrasar la mía.

Afortunadamente, parece que eligió dejar el complejo de los Novikov prácticamente intacto —por lo que puedo ver—, una cortesía que estoy segura de que Pyotr no tuvo con los Chiaroscuro.

Ya vista una cómoda camisa de botones y vaqueros o un traje formal, Michelangelo presenta una figura intimidante, llenando la tela de tal modo que me recuerda los músculos ondulantes ocultos bajo ella.

Se mueve con la confianza sin esfuerzo de alguien criado en la opulencia, esa seguridad en sí mismo que proviene de ser un Chiaroscuro—donde el mero nombre posee tanto poder que el número de ceros en tu cuenta bancaria resulta casi irrelevante.

Su saludo refuerza ese hecho, la arrogante suposición de que yo *decidí* estar en su presencia—como si tuviera alguna opción en el asunto.

—No sabía que existía elección —digo secamente, ese viejo hábito de decir lo que pienso surgiendo inesperadamente. No podía haber llegado en peor momento, y me muerdo la lengua mientras mi pulso se acelera, preparándome para la ira de mi captor.

En cambio, una sonrisa lenta se dibuja en sus labios, la diversión bailándole en los rasgos, y me indica que tome asiento en la silla junto a él. Con cautela, avanzo para obedecer.

Sus tres hermanos se sientan frente a mí al otro lado de la mesa, sus ojos oscuros en marcado contraste con los azul gélido del mayor de los Chiaroscuro mientras me estudian con abierta curiosidad.

Los tres son tan musculosos e imponentes físicamente como su hermano mayor—un rasgo que debe ser de familia. Trago saliva cuando mis manos empiezan a temblar, y las escondo en mi regazo bajo la mesa para ocultar mis nervios.

—¿Sabe quiénes somos, signora Novikov? —pregunta Michelangelo, atrayendo mi mirada hacia sus impactantes ojos azules.

—Los hermanos Chiaroscuro —respondo sin vacilar.

—Parece que dejamos huella, hermano —comenta uno de los gemelos.

La sonrisa burlona de Michelangelo se ensancha al desplegar una sonrisa que hace que mi corazón se agite.

Si tan solo supiera cuán profundamente había quedado grabado en mi memoria nuestro encuentro fortuito en aquella gala.

—Puede llamarme Miko. Estos son mis hermanos Gio, Raf y Sandro —añade, señalando a cada hermano por turno.

Asienten en señal de reconocimiento, luego vuelven a centrarse en sí mismos, como para retomar una conversación interrumpida el tiempo justo para presentarse formalmente conmigo.

Pero los ojos de Miko permanecen en mí, estudiándome atentamente, y tras una pausa, alarga la mano para rozar ligeramente con sus dedos mi mejilla amoratada.

La sacudida eléctrica que surge entre nosotros me hace jadear, y retrocedo de un tirón a pesar de la repentina y nada desagradable calidez que inunda mi cuerpo.

No sé muy bien qué pensar de su contacto casi tierno, ni de la evidente desaprobación plasmada en su rostro—como si mi hematoma le ofendiera personalmente.

—¿Ocurrió eso ayer? —pregunta, con un atisbo de lo que casi podría confundir con remordimiento tiñendo su profunda voz de barítono.

Pregunta si me lastimé durante el ataque, y me hace cosas extrañas al pulso pensar que le importe asumir responsabilidades—aunque él no tuviera nada que ver.

Pero no estoy preparada para airear mis trapos sucios ante un desconocido.

No quiero darle munición, ofrecerle un atisbo de lo bajo que me ha arrastrado mi marido.

Si descubre que me han tratado como a un perro este último año, ¿qué le impedirá decidir continuar ese legado?

—Algo así —respondo con rigidez, reacia a divulgar los detalles íntimos de mi matrimonio—incluso al hombre responsable de la muerte de mi maltratador. El hecho es que Miko no lo hizo por mí. Mató a Pyotr para satisfacer sus propias ambiciones, y no me cabe duda de que haría lo mismo conmigo en un instante si le conviene.

Miko retira su mano, sus ojos azules oscureciéndose como una tormenta mientras se recuesta en la silla.

Detrás de mí, Chastity llena silenciosamente un plato de comida, y mi estómago gruñe con estrépito, delatando mi hambre, en cuanto el delicioso aroma llega a mi nariz.

—Mis hombres dijeron que rechazó cenar anoche —afirma Miko, sus cejas pobladas alzándose significativamente mientras mira hacia mis ruidosas punzadas de hambre.

Apretando los labios, miro el plato que Chastity coloca ante mí, pero no lo toco.

—Coma —ordena Miko, y la autoridad en su voz hace que mi corazón dé un vuelco.

Curiosamente, no es una respuesta física enteramente negativa, aunque llevo un año aprendiendo que es peligroso ignorar órdenes de hombres como él.

Pero su voz no contiene ese reto provocador de desobedecerle que subyacía en las órdenes de Pyotr—como si estuviera esperando que me negara para castigarme por ello.

Así que la oleada de adrenalina que inunda mis venas me hace sentir más fuerte, más audaz, en lugar de los típicos nervios débiles y temblorosos que me asedian.

Miko suena como si ni siquiera se le hubiera pasado por la cabeza que alguien rechace sus instrucciones.

Puedo ver por qué.

No dudo que el miedo inherente de la gente hacia ese hombre violento y colosal garantiza obediencia inmediata en todo momento. Incluso yo, ahora mismo, mientras paso a la acción en lugar de quedarme paralizada.

Con cautela, cojo mi tenedor y pincho una rodaja de fresa.

No habrán drogado la comida que han puesto para todos, ¿verdad?

Por no mencionar que, tras oír cómo trataron al personal de los Novikov, me inclino más a creer que los hermanos al menos intentan que esta transición de poder sea pacífica.

Y confío en que Chastity no me daría a sabiendas algo nocivo.

Mi ansiedad ha hecho un nudo en mi estómago, haciendo que cada bocado sea una agonía al tragar. Pero no me detengo, porque siento la mirada de Miko sobre mí, observando atentamente cómo pico la comida de mi plato.

En el silencio que se instala entre nosotros, la conversación de sus hermanos capta mi atención, despertando mi interés.

Trata sobre el quinto hermano Chiaroscuro, Leo, actualmente ausente, quien por lo que parece no tiene intención de reclamar el trono que su padre le dejó, aunque era el heredero oficial.

Al parecer, se llevó a su esposa embarazada a un lugar no revelado después de que la casa familiar ardiera hasta los cimientos y no planea regresar.

Leo y su esposa querían salir de esta vida—y aprovecharon la oportunidad para hacerlo tras la violencia.

Noto con leve interés que los hermanos hablan en italiano, sin duda para evitar darme información sensible—una clara señal de que no confían en mí.

Lástima para ellos que entiendo perfectamente su conversación, aunque no parecen darse cuenta.

No es que les culpe por ser cautelosos tras lo que mi marido hizo a su familia, pero me recuerda que, aunque Michelangelo me haya tratado con respeto hasta ahora, no estamos del mismo lado.

—Mis hermanos y yo usaremos esta casa como nuestro cuartel general por ahora —dice Miko, dirigiendo sus palabras hacia mí y recuperando mi atención—, hasta que tengamos suficientes hombres para recuperar nuestra casa familiar. Con la Bratva en caos por la pérdida de su marido, es la oportunidad perfecta para llenar el vacío que dejó el *Pakhan*.

Miro a Miko entre mis pestañas, intrigada de que se moleste en contarme algo de sus planes cuando soy la viuda de su enemigo. Mantengo su mirada mientras mastico lentamente mi desayuno y trago. —Una elección lógica —afirmo con cautela.

—Para su protección, pretendo mantenerla bastante recluida en la casa—hasta que podamos organizar una pequeña ceremonia pública, donde la tomaré como mi esposa.

Una ansiedad fría y punzante me recorre la espalda, y trago con dolor mientras lucho por mantener la compostura. —¿Y cuándo será eso? —La idea de casarme con un hombre que podría ser tan cruel y violento como Pyotr suena en mi cabeza como un presagio de muerte. No puedo soportar otra ronda como el año que acabo de pasar. No sobreviviría.

—Esta misma semana —afirma con tanta calma como si habláramos del tiempo—. Si tiene otras preguntas, ahora sería el momento de hacerlas.

Dejando mi tenedor con un golpe seco, reprimo el torrente de emociones que amenaza con ahogarme y alzo la barbilla con desafío. —¿Por qué no puedo irme? —exijo.

La mesa vuelve a quedarse en silencio, los hermanos de Miko mirándonos alternativamente. Miko me estudia en silencio durante un largo momento, su penetrante mirada erizando mi piel.

No es una mirada lasciva, que me valore por las curvas de mi cuerpo.

Pero, de algún modo, por eso mismo resulta aún más íntima—como si estuviera desnudando capas para exponer mi propia alma.

Entonces se inclina hacia delante, apoyando los codos en la mesa y entrelazando los dedos mientras me dirige una expresión serena.

—Nuestra unión la protegerá del destino espantoso que enfrentan *la mayoría* de las viudas cuando su *Pakhan* cae en desgracia —declara sin rodeos, haciendo que mi interior se anude—. Si la dejara ir, lo más probable es que acabara muerta en una cuneta en cuestión de días—y eso si nuestros soldados no decidieran desquitar su ira con usted de forma mucho más brutal tras lo que hizo su marido. En este momento, soy yo quien puede ofrecerle la mejor protección.

Me muevo inquieta en el asiento mientras la amenaza se instala con peso entre nosotros. No sé si lo dice solo para asustarme, pero de repente, me siento mucho menos inclinada a comprobarlo.

—Y si esos hombres quieren hacerme tanto daño —murmuro, luchando por hablar más allá del hierro del miedo que me atenaza la garganta—, ¿qué le hace pensar que casarme con usted podría mantenerme a salvo?

El frío destello de acero en sus ojos acelera mi pulso, y el aire desaparece de mis pulmones.

—Porque nadie se atrevería a tocar lo que es mío —ruge, enviándome un escalofrío por la espalda.

9

MIKO

—Según los negocios que hemos visitado hasta ahora, parece que los Tanaka se han llevado al menos la mitad de nuestros ingresos en la ciudad —confirma Raf mientras se acomoda en la silla de la oficina junto a Gio, mientras mis hermanos me miran desde el otro lado de mi escritorio al final de otro día agotador.

Para ver exactamente cuánto nos ha afectado económicamente la Yakuza, mis hermanos y nuestros hombres han estado visitando las tiendas bajo nuestra protección en el centro para evaluar hasta qué punto han infiltrado nuestro territorio.

Y con el tipo de pérdidas que hemos sufrido, por no mencionar la grave disminución de personal después de perder a tantos de nuestros soldados, va a requerir toda nuestra determinación recuperarnos y mantener el territorio que aún conservamos.

—He estado hablando por teléfono con varios de nuestros benefactores —digo, añadiendo mi propia actualización a la reunión familiar—. Parece que la mayoría de las familias que rendían tributo a Don Augusta todavía están dispuestas a prestarnos su apoyo, pero, por ahora, no tenemos suficiente para recuperar lo perdido. —Miro hacia Gio—. Los Lombardi indicaron que estarían más inclinados

a darnos todo el apoyo de sus hombres si aceptáramos una alianza más… *permanente*.

Gio levanta una ceja hacia mí, desafiándome a terminar la idea. —¿Qué quieres decir? —presiona cuando no continúo.

Suspirando, me froto la frente con los dedos antes de apartarme el pelo de los ojos. —Quiero decir que su hija alcanzará la mayoría de edad en poco más de un mes, y les gustaría mucho que el futuro Don la tomara como esposa.

Raf resopla. —Llevan tiempo intentando eso desde antes de que Leo se comprometiera —dice con sequedad.

—*Son* uno de nuestros aliados más fuertes en este momento —señalo.

Pero conozco a Gio, y sé lo reacio que es a tomar esposa.

Después de perder al amor de su vida hace ocho años, ha estado menos que dispuesto a mojarse los pies en el tema del matrimonio por cualquier motivo.

—Antes de que demos un paso tan drástico como casarme con una mujer por los soldados de su familia, ¿por qué no nos centramos en organizar a los hombres que ya tenemos? —sugiere Gio.

—También podríamos averiguar cuál es la posición de las familias irlandesas y rusas menores en todo este conflicto —añade Raf—. Imagino que no les hará demasiada gracia ver cómo el territorio de la Yakuza se extiende como la pólvora, sobre todo cuando empiece a acercarse a sus hogares. Miko, tu boda sería una oportunidad perfecta para tantear cómo se sienten las familias que *no* participaron en el ataque hacia los Murray y los Tanaka en este momento.

Asiento. —Es un buen próximo paso. Haz una lista de quiénes deberían asistir—

Un golpe seco en la puerta de la oficina me interrumpe, y nuestras cabezas se vuelven hacia la interrupción.

—*¿Pronto?* —pregunto, invitando a quien llama a entrar.

Mi hombre Vito entra en la habitación, con los hombros tensos. —Ha estallado una escaramuza en la entrada sur, *Capo* —dice.

Frunzo el ceño, con la piel hormigueando por un presentimiento. —¿Entre los hombres? —Nuestros hombres no suelen pelear entre ellos.

—No, señor. Parece que un pequeño grupo de hombres de Novikov ha venido a recuperar el complejo. No costará mucho someterlos. No tienen suficientes hombres. Solo pensé que querría saberlo. Hemos concentrado nuestras fuerzas en la entrada sur hasta que se resuelva.

Asiento con un gesto brusco y me levanto de la silla. —Aun así, asegúrense de vigilar todo el perímetro. Podría ser una distracción. Iré a ver la revuelta en persona.

Gio y los gemelos se levantan conmigo, y los cuatro nos dirigimos desde la casa principal hacia la puerta sur, una entrada lateral de la finca para que el personal entre y salga de sus habitaciones sin molestar en la casa principal.

El sol cuelga bajo en la línea de los árboles mientras cruzamos la amplia extensión de césped, y hasta desde la distancia puedo oír los gritos mezclados con disparos esporádicos.

Sin embargo, quienquiera que esté intentando entrar en la propiedad no tiene ni una fracción de la fuerza que se envió a la casa de los Chiaroscuro.

Y cuando llegamos a la puerta sur, veo por primera vez la pobre excusa de asalto.

Varios de ellos yacen sangrando cerca de la puerta, demasiado heridos para seguir el ritmo del resto de los hombres, que ya están

emprendiendo la huida mientras llaman a la retirada.

—Dejadlos correr —ordeno a los hombres de los Chiaroscuro que empiezan a perseguir a los invasores que huyen—. No nos molestarán de nuevo tan pronto.

Luego me detengo frente a un hombre herido. Está agarrando su muslo, justo por encima de donde una bala se alojó en el grueso músculo de su cuádriceps.

—¿Para quién trabajas? —exijo, agachándome para ponerme a su altura.

—Vete al infierno, *Mudak* —sisea con los dientes apretados por el dolor.

Intercambio una mirada divertida con mis hermanos, luego me inclino para agarrar la pierna herida del soldado ruso. Aúlla, echándose hacia atrás mientras intenta en vano apartarse de mí.

—¿Era eso toda tu banda? —presiono.

—¡Sí, sí! —grita, jadeando de alivio cuando suelto su pierna como recompensa por su respuesta.

—¿Para quién trabajas? —repito.

—Valentin —escupe—. Valentin Lebedev.

—¿Ves? No ha sido tan difícil, ¿verdad? ¿Y cuántos hombres tiene a sus órdenes?

El hombre niega con la cabeza, así que vuelvo a acercarme a su herida.

—Espere. ¡Espere, espere, espere! —suplica—. No lo sé. De verdad. Antes del ataque, quizá veinte, treinta hombres? Los capitanes se dividieron tras la muerte del *Pakhan*, así que ninguna facción tiene muchos efectivos.

Comparto otra mirada con mis hermanos al confirmarse nuestras sospechas.

Las fuerzas rusas se han fragmentado sin Pyotr para unirlas, con unos números demasiado patéticos para representar una amenaza seria.

—¿Y qué me daría este Valentín a cambio de usted, me pregunto?

El hombre traga saliva visiblemente, su rostro palideciendo por un nuevo miedo. Es toda la respuesta que necesito. Valentín no es un líder con muchas ganas de negociar; eso significa que cualquier hombre suyo que quede rezagado sabe que lo abandonarán.

—¿Cómo se llama? —pregunto.

—Dominik —responde, con la lengua claramente más suelta.

—Bueno, Dominik, quizá ahora que sus líderes lo han abandonado, sea un momento apropiado para reflexionar sobre sus decisiones vitales —señalo—. Considere dónde deberían estar sus lealtades.

El hombre asiente frenéticamente, con expresión suplicante. —¿Qué van a hacer conmigo?

Levantándome, hago una seña a mis hombres. —Llévenselo adentro y cúrenle las heridas.

—Miko, ¿qué demonios? —pregunta Sandro, frunciendo el ceño con desaprobación.

Me encojo de hombros. —Necesitamos hombres, ¿no? ¿Qué me importa si son italianos, rusos o malditos marcianos? No puede volver a su clan, así que quizá recapacite y se una a nosotros.

Gio se ríe entre dientes, y Raf se encoge de hombros de manera ambigua mientras intercambia una mirada con su gemelo.

Antes de que Sandro pueda seguir discutiendo, un movimiento en las sombras junto al lindero llama mi atención, y giro la cabeza para observar, con la intuición alerta.

—¿Qué? —pregunta Gio, siguiendo mi mirada.

—Hay alguien ahí fuera —afirmo, dando un paso hacia los árboles inmóviles.

Entonces distingo el origen del movimiento, casi imperceptible bajo la oscura copa de los árboles.

Una figura menuda se desliza tras la línea arbórea sin sol.

Se apega a las sombras, avanzando con cautela hacia la entrada sur, por donde huyeron los hombres de Valentín.

Incluso en la luz crepuscular, reconozco el frágil cuerpo de Anika, ese modo cuidadoso de pisar el suelo —como si llamar la atención pudiera hacerla desaparecer por completo. Intenta escapar. Otra vez.

—Llévense a los heridos adentro —ordeno sin perderla de vista—. Me ocuparé de ellos más tarde.

Las protestas de mis hermanos se desvanecen mientras acecho a la ratita astuta que cree que puede huir de mí.

Probablemente pretende pedir protección a los hombres de su difunto marido. Pero ese no es el modo de la Bratva —no cuando sus efectivos están tan divididos.

Sus dinámicas difieren de la mafia italiana, que valora el respeto a los superiores por encima de todo. En la Bratva, solo importa la fuerza.

Y reclamar a la esposa de un *Pakhan* sería una exhibición de poder que podría dar a Valentín —o a cualquier hombre que tome a Anika — un mando que aún no posee.

Moviéndome con calma, observo a mi ratita deslizándose hacia su libertad.

Un deseo posesivo de atraparla —de mantenerla a salvo— me recorre.

Se ve tan delicada, tan inocente en su intento de huir, con sus ojos azules muy abiertos mientras sus dedos rozan la corteza de los árboles al pasar junto a ellos.

No comprende el mundo cruel que la espera tras las rejas.

Si lo hiciera, no estaría huyendo.

—¿Adónde crees que vas, *topolina*? —pregunto al cortar su vía de escape a escasos metros de la verja.

Un jadeo escapa de sus labios carnosos cuando Anika se queda helada.

Se gira bruscamente hacia mí, su cuerpo tensándose mientras sus hombros se encogen hacia las orejas.

Sus ojos miran hacia la salida —luego hacia el espacio entre yo y el muro que la contiene.

Puedo ver el cálculo en su mirada, cómo sopesa sus probabilidades de escapar con éxito.

Leo el instante exacto en que decide que vale el riesgo, y cuando echa a correr, me muevo para interceptarla.

Acorto la distancia en tres zancadas largas, rodeando su cintura con mi brazo.

—¡Suéltame! —grita, retorciéndose contra mí en su esfuerzo por liberarse de nuevo.

La atraigo contra mi pecho, y ella gira, con las manos volando hacia mi rostro mientras intenta arañarme los ojos.

Resoplando, le agarro las muñecas mientras la empujo firmemente contra el muro del lindero. Inmovilizándola con mis caderas, intento controlarla.

—¡No puedes retenerme aquí! —llora, sus puños golpeando mi pecho antes de que pueda atrapar sus brazos entre nosotros.

El aroma a canela cálida y rosas me inunda, y las curvas suaves de su cuerpo flexible rozan contra mí, despertando un oscuro deseo de reclamarla que creía tener controlado.

Mi polla se hincha en respuesta, endureciéndose instintivamente contra su abdomen mientras sus pechos se aplastan contra mi pecho, formando un escote tentador sobre el bajo cuello de su vestido.

Quiero mostrarle a Anika el respeto que merece.

Esperar hasta que estemos casados para actuar según mi atracción hacia ella —pero lo está poniendo dolorosamente difícil mientras forcejea contra mí, sus luchas desencadenando mi instinto animal de someterla a mi voluntad.

—Anika, para —ordeno, mis brazos apretándose como un torno para restringir sus movimientos mientras la presiono más firmemente contra el muro.

Para mi sorpresa, obedece —una reacción que solo intensifica mi atracción hacia ella al despertar a mi dominante interior.

Su respiración entrecortada me baña el pecho mientras me mira con tal fuego que siento un repentino e irresistible impulso de besarla.

Quiero sentir el calor abrasador bajo su piel.

Y cuanto más tiempo la sostengo aquí, más eléctrico se vuelve el aire entre nosotros.

Ella también lo siente. Lo veo en cómo se dilatan sus pupilas. Su lengua baila para humedecerse los labios, y de repente, esa ferocidad en su interior se transforma en algo completamente distinto.

—¿Por qué no me dejas ir? —susurra ella, con sus ojos azul cielo suaves y abiertos por la exasperación.

El miedo subyacente que se percibe allí me desgarra el corazón, incluso mientras mi cuerpo palpita de necesidad por su cercanía.

—No es seguro para ti allá afuera —repito, deseando que me crea esta vez—. Puede que pienses que pedir protección a los hombres de tu marido es la elección correcta, pero eso podría ser tan arriesgado como salir por tu cuenta —insisto—. Están peleando entre ellos, Anika, y tú eres un símbolo seguro del derecho de un hombre al poder. Esos hombres te destrozarían para reclamar a la esposa de su antiguo *Pakhan*... y la autoridad que eso les reportaría.

—¿Y eso no es exactamente lo que tú pretendes hacerme a mí? —exige, mirando con intención entre nosotros hacia mi erección, que presiona firmemente contra su estómago.

Pillado. Aclaro mi garganta y cambio el agarre para sujetarla por los brazos y poner algo de distancia entre nosotros. —No, no lo es —gruño—. Ahora, vámonos.

—¿Adónde? —pregunta, con una voz de repente entrecortada por el miedo.

—Te llevo de vuelta a tu habitación.

Anika me lanza una mirada de reojo y puedo ver la ansiedad escrita en su rostro.

Fue una mala elección de palabras, supongo, ya que ella sabe lo terriblemente excitado que estoy por ella en este momento. Pero estoy demasiado tenso para intentar explicarme ahora.

Volviéndome hacia la casa, la llevo a mi lado, reduciendo la marcha a un ritmo más razonable cuando ella tropieza en su lucha por seguir el paso.

No puedo mirarla a los ojos mientras caminamos, y aprieto los dientes, sin palabras para disculparme por la reacción de mi cuerpo hacia ella o para intentar convencerla de que soy de algún modo

diferente de los hombres de los que está tan desesperada por buscar ayuda.

¿Soy tan diferente al fin y al cabo?

No puedo detener la ardiente culpa que crece dentro de mí, porque no puedo negar lo desesperadamente que deseo a Anika.

Es hermosa, regia y tan llena de espíritu, que me está volviendo loco.

Quiero probar ese fuego... poseerlo, domarlo... y eso me hace tan malo como el resto de los hombres que podrían forzarla.

La única diferencia es que estoy *intentando* protegerla.

No solo la quiero para mí. Quiero asegurarme de que ningún otro hombre pueda tenerla... hacerle daño.

Y estoy seguro de que eso es lo que pasaría si cualquier otro hombre la tuviera en sus manos ahora mismo. Simplemente, ella no parece dispuesta a aceptarlo.

Cuando llegamos a la puerta de su prisión temporal, gruño con frustración al empujarla de vuelta a la habitación donde la he estado reteniendo.

Sin decir otra palabra, la encierro, y la última imagen de ella se graba a fuego en mi cerebro mientras me mira con ojos cautelosos.

Tomándome un momento para serenarme, detengo al soldado más cercano que encuentro para que vigile su puerta.

En la confusión de la escaramuza en la puerta sur, su antiguo guardia debió de abandonar su puesto. Tendré que ser más explícito sobre mis expectativas en el futuro.

Pero ahora mismo, es todo lo que puedo hacer para mantener la cordura mientras dejo a Anika bajo su custodia y me dirijo a la habitación donde me he estado alojando.

Necesito un tiempo a solas para manejar la necesidad voraz que recorre mis venas.

Considero una ducha fría para recuperar el control de mi cuerpo, pero hace semanas que no voy a Portentia's, el club que mi familia posee y frecuenta para satisfacer nuestras necesidades de solteros.

Eso, combinado con el estrés de los últimos días... y luego tener a Anika atrapada contra mí, su cuerpo perfecto despertando deseos oscuros dentro de mí... es más de lo que puedo reprimir.

Una ducha fría no será suficiente.

Desabrochándome los pantalones del traje en cuanto llego al lavabo del baño, saco mi polla palpitante.

La punta ya rezuma con el recuerdo del pequeño cuerpo de Anika moldeado contra el mío, sus ojos azul cielo fieros en su desafío.

Antes de que la culpa pueda consumirme, acaricio mi miembro duro como una roca y gimo cuando un dulce alivio me inunda.

Apoyando una mano en la encimera, cierro los ojos y mi visión se llena de la hermosa y joven viuda rusa que pronto será mi esposa.

Cada vez que estoy cerca de ella, el aire se siente electrizado. Nunca he deseado tanto a una mujer, y sentirla cálida, suave y retorciéndose contra mí despierta un deseo animal dentro de mí que nunca he intentado contener.

No debería desearla como lo hago. Nunca antes he deseado a una mujer así.

Pero con Anika, no puedo evitarlo.

Ella consume cada uno de mis pensamientos en vigilia y también atormenta mis sueños.

El calor me quema las venas mientras me masturbo con la imagen de ella mirándome con esos grandes ojos azules.

Podría engañarme fácilmente pensando que ella también lo sentía... la conexión entre nosotros que me está volviendo loco.

Solo el pensamiento de besarla hace que mi polla palpite en mi palma.

Dudo que a Anika le gustara si supiera que me estoy masturbando pensando en ella. Pero no puedo evitarlo.

Quiero saber cómo se siente en medio del éxtasis. Quiero oír los sonidos que hace cuando se viene.

Quiero saborear la dulce miel entre sus muslos mientras la devoro. Quiero llenarla con mi semilla para que esté arruinada para cualquier otro hombre.

Es el pensamiento de Anika tumbada bajo mí, gritando de éxtasis mientras la atravieso con mi polla lo que me hace correrme.

Tengo justo el tiempo suficiente para coger un Kleenex de la caja en la encimera para recogerlo, y gruño mientras envuelvo la palma de mi mano alrededor de mi hinchada punta, liberando mi semen en gruesos hilos.

Respirando con dificultad, tiro el Kleenex usado a la basura y gimo... porque el ardiente deseo de llenar a Anika con mi polla no se ha saciado ni un poco.

Parte de la tensión que anudaba mis hombros se ha ido, pero mi ansia por Anika no es menor.

Mi cuerpo no quedará satisfecho hasta que haya probado la cosa real.

10

ANIKA

Puedo sentir la tensión cargada en el aire incluso antes de estar completamente despierta. Como un depredador en la habitación que no logro ver, pero cuyos ojos siento sobre mí.

Es el día de mi boda, y el bullicio zumbante surge desde abajo, donde el personal prepara la planta principal de la casa para la ocasión especial.

No será un evento extravagante. Teniendo en cuenta que se ha organizado en menos de una semana, apenas parece que la boda pueda ser tan especial.

Pero Chastity me dijo que la servidumbre ha estado trabajando horas extras para lograrlo.

Y ahora ha llegado el día.

Puedo saborear la amarga ansiedad que sube por mi garganta en cuanto abro los ojos.

Para mi sorpresa, en los cinco días posteriores a mi tenso enfrentamiento con Miko, él no se ha tomado libertades conmigo para satisfacer su lujuria—aunque pude sentir cuánto lo deseaba el

día que me pilló intentando escabullirme de la propiedad de los Novikov.

Si me hubiera quedado en la misma casa que Pyotr antes de nuestra boda, él no habría dudado en instalarse en mi cama—sin importar nuestro estado civil.

El hecho de que Miko no haya intentado nada me deja ansiosa e insegura.

Dicen que más vale malo conocido que bueno por conocer, y simplemente no sé qué pensar de Miko.

Tampoco me ha dado muchas oportunidades para observarle.

Apenas he visto al hermano mayor de los Chiaroscuro más allá de nuestras breves interacciones en el desayuno.

Eso se debe en gran parte a que he estado confinada en mi habitación la mayor parte del día, con un guardia vigilando constantemente para asegurarse de que no intente escapar de nuevo.

Y parece que la venganza, junto con la tarea de aplastar el imperio Novikov, debe ser algo así como un trabajo a tiempo completo para Miko.

Pero en lo que respecta a lo que tiene planeado para mí, su ausencia solo ha alimentado la licencia creativa de mi subconsciente. No sé muy bien qué hacer con las emociones contradictorias que nublan mi sueño. Me han asaltado sueños en los que él se desliza en mi habitación tarde en la noche para tomar lo que quiere de mí.

Lo más extraño es la emoción que siento cada vez que Miko entra inesperadamente en mi subconsciente.

Si no lo supiera mejor, casi lo llamaría anticipación. Pero *sí* que sé que es mejor no desear la atención de un hombre como él—al menos, lo sé mientras estoy despierta.

En mi estado inconsciente, cada vez que viene a mí, un deseo posesivo y carnal emana de él.

Pero en mis sueños, eso no me asusta.

La mitad de las veces, me acerco a él, curiosa por el hombre que me reclamó como su esposa con la sangre de mi marido aún en sus manos.

Profundamente dormida, me encuentro explorando con mis dedos las líneas cinceladas de su abdomen, deslizando mis palmas sobre los gruesos músculos de su pecho.

También puedo oler el aceite de motor, algo que recuerdo de la noche en que me topé con él hace más de un año.

El recuerdo debía estar encerrado en lo más profundo de la cámara acorazada de mi mente, emergiendo solo ahora en mi manifestación onírica de él.

Pero hace que mi corazón se acelere cada vez.

Y más de una vez, he despertado mortificada al encontrar mis bragas húmedas de excitación.

Sé que, cuando llegue el momento, la realidad de mi situación será mucho menos placentera.

Nunca disfruté del sexo con Pyotr.

Más que eso, durante el año que pasé como su esposa, llegué a temerlo.

Hice lo que pude para evitarlo.

Y cuando no podía, aprendí a encontrar un rincón oscuro de mi mente donde refugiarme hasta que él terminaba. Eso normalmente no tardaba mucho, ya que él nunca se tomó el tiempo de hacerlo placentero.

El miedo creciente en mi vientre me advierte que mi papel como esposa de Miko probablemente se desarrollará de manera muy similar.

Los hombres como él no se preocupan por si sus mujeres les desean.

Nos usan para satisfacer sus propios deseos—y si pueden, ponernos un bebé en el vientre.

Luego nos apartan hasta la próxima vez que podamos serles útiles.

Mi estómago se anuda con la realización de que esta noche será mi noche de bodas.

Por segunda vez en mi vida.

Ninguna mujer debería pasar por eso dos veces, y un escalofrío recorre mi espina dorsal mientras empujo los recuerdos de mi primera vez hacia lo más profundo de mi ser, enterrándolos para no tener que revivirlos más de una vez.

Solo espero que esta vez no duela tanto.

Mi corazón da un vuelco al oír el clic de mi puerta al abrirse, y me incorporo, abrazando las sábanas contra mi pecho.

—¿Todavía en la cama, *gospozha*? —pregunta Chastity al entrar en mi habitación con expresión alegre—. Te vas a pasar el día durmiendo.

—No puede ser tan tarde, ¿verdad? —pregunto, peinándome con los dedos el pelo enredado apartándolo de mi rostro.

Cruzando la habitación, Chastity abre de golpe las cortinas dejando entrar un rayo de sol que me indica que debe de ser casi mediodía.

—No te preocupes. Parece que hoy todo el mundo ha madrugado poco. Los Chiaroscuro acaban de bajar a desayunar hace nada. Menos mal que la ceremonia será al anochecer. —Apresurándose hacia mi armario, Chastity regresa un momento después con un

vestido veraniego de lunares verde oscuro y blanco—. El sastre debería entregar tu vestido de novia en las próximas horas, así que yo prepararé todo mientras tú vas a comer.

No sé si tendré apetito para desayunar, con el estómago hecho un nudo.

Pero he tomado la costumbre de unirme a los hermanos Chiaroscuro en las comidas porque es la única oportunidad que tengo de sonsacarles información útil. Así que me trago un gemido y salgo de la cama.

En quince minutos estoy vestida y presentable, gracias a la ayuda de Chastity, y conduzco a mi escolta escaleras abajo hacia el comedor de desayunos, de donde ya filtran sonidos de animada conversación.

—Me muero por volver al cuadrilátero y partir algunas mandíbulas — dice Sandro mientras se cruje los nudillos y lanza unos puñetazos al aire.

Tras una semana en su compañía, he aprendido a distinguirlo de su gemelo idéntico, Raf, por el tatuaje de una estrella náutica de ocho puntas bajo la esquina exterior de su ojo derecho.

Pero incluso sin ese rasgo distintivo, podría identificarlo rápidamente por su afición a las peleas. Raf, en cambio, parece más contenido.

Inteligente pero casi obsesionado con hacer pagar a quienes dañaron a su familia.

He aprendido a mantenerme alejada de ambos gemelos debido a su imprevisibilidad más amenazante.

Gio, por su parte, parece bastante sensato comparado con el resto de los hermanos que he conocido.

Un hecho que vuelve a demostrar cuando le da una palmada en el hombro a Sandro—. No creo que los Murray te reciban pronto en sus cuadriláteros, hermano.

—Sí, sobre todo porque estaban allí mismo destruyendo nuestra casa familiar junto a los Tanaka y los Novikov —gruñe Raf, clavando el tenedor en unos huevos de su plato como si le hubieran insultado personalmente.

Sandro se mueve incómodo en su asiento, con preocupación cautelosa grabada en su rostro mientras estudia a su gemelo.

Parece inquieto por la tormenta oscura y rencorosa que bulle dentro de Raf.

No es que le culpe.

Después de descubrir que su esposa murió en el ataque a su familia, entiendo por qué la furia de Raf parece burbujear justo bajo la superficie, lista para estallar ante la mínima provocación. Aun así, su ira frena mis pasos en la entrada.

Como si sintiera mi presencia, Miko dirige su mirada hacia mí, sus ojos azules penetrantes al encontrarme—. Buenos días —dice desde su asiento a la cabecera de la mesa.

Su voz grave capta la atención de sus hermanos, quienes vuelven la cabeza para saludarme con indiferencia antes de volver a ignorarme.

—Buenos días —murmuro, dirigiendo mi atención al aparador que contiene gran variedad de opciones para desayunar, y me preparo un plato.

Cuando tomo asiento, es como si los hermanos hubieran olvidado por completo mi existencia— salvo por su sutil cambio del inglés al italiano.

Es una señal segura de que aún no confían en mí, y no quieren que sepa de qué hablan. Lo hacen con suficiente frecuencia, y aunque me pregunto si es un esfuerzo intencionado por aislarme, también es la razón principal por la que elijo unirme a ellos cada mañana.

Porque aquí es donde se filtra la información importante. Y aguzo el oído mientras escucho sin dejar claro que les entiendo.

Al fin y al cabo, me criaron para ser una novia rusa perfecta— un activo para mi marido, así que conozco todos los idiomas que pueda necesitar para escuchar a escondidas conversaciones cruciales.

No es que pretenda hacer nada para obstaculizar los planes de los hermanos Chiaroscuro. No me importa lo más mínimo su venganza.

Solo espero obtener información que me ayude a dejar esta vida atrás.

Y hasta entonces, seguiré el juego de convertirme en la novia de Miko. Porque está claro que desafiarlo abiertamente no funciona. Tendré que ser más astuta si quiero salir viva de aquí.

—¿Listo para el gran día, hermano? —pregunta Gio en italiano, volviendo su atención hacia Miko mientras cambia a su lengua materna.

Mantengo la vista en mi plato, fingiendo no entender la pregunta, pero el corazón me da un vuelco cuando Miko mira en mi dirección.

—Estoy preparado para hacer lo que sea necesario —afirma él.

Algo dentro de mí se quiebra, y mi corazón se hunde un poco ante la falta de emoción en su tono.

Mi respuesta me sorprende. No me había dado cuenta de que, a pesar de mis mejores esfuerzos por ser realista sobre este matrimonio, algo de la romántica que llevo dentro se niega a desaparecer.

Y en los días desde que Miko me liberó del reinado de terror de Pyotr, algo de ese idealismo debe haberse filtrado por las grietas, dando vida a una semilla de esperanza —al menos hasta que la respuesta apática de Miko la mató de golpe.

—Me sorprende el nivel de éxito que hemos tenido al confeccionar una lista de invitados estratégica —afirma Raf—. Según quiénes han confirmado asistencia —más allá de las familias italianas que aún nos son leales—, a pesar del poco tiempo, apuesto a que los

irlandeses no están contentos con cómo los Murray han manejado las cosas.

—Los irlandeses podrían resultar aliados útiles cuando llegue el momento, especialmente si alguno busca derrocar a los que están al mando —coincide Gio—. Lo mismo vale para los rusos que invitamos —aunque odio retroceder cuando los tenemos contra las cuerdas—. Fue una jugada inteligente mantener con vida a esos hombres de Valentín, Miko. Si la Bratva ve que estamos dispuestos a dejar las cosas pasar ahora que Pyotr está muerto, podrían cambiar de bando para quitarse el objetivo de encima.

Mi corazón da un vuelco al oír el nombre de mi difunto marido, y trago con dolor mientras intento no delatar cómo me afecta oírlo.

—Invitamos a los rusos porque quiero enviarles un mensaje claro: que Anika me pertenece ahora —gruñe Miko.

Un silencio se extiende alrededor de la mesa, finalmente roto cuando Raf se aclara la garganta. —Independientemente de la razón, tenerlos en la boda también nos ayudará a evaluar cuán fracturados están los clanes de la Bratva en este momento.

Miko asiente ligeramente con la cabeza, reconociendo la observación de Raf, y luego la habitación vuelve a quedarse en silencio.

No me atrevo a levantar la vista para leer sus expresiones, y pico mi plato, deslizando una fresa entre mis labios mientras espero a ver si dirán algo más interesante.

La lista de invitados parece más amplia de lo que esperaba, y siento un nerviosismo en el estómago cuando pienso en estar frente a una sala llena de extraños y aceptar casarme con un completo desconocido.

—Entonces, Anika —pregunta Sandro, volviendo su atención hacia mí—, ¿está preparada para ser la esposa de Miko? Debe ser una mejora respecto al monstruo al que estaba casada antes. ¿O no sabía qué clase de hombre era su antiguo marido?

Hay un dejo de malicia en su tono, sin duda un odio persistente hacia Pyotr después de todo lo que hizo para ganarse el odio de los Chiaroscuro.

Vi de primera mano lo volátil que era su relación —incluso antes de que matara al Don—. Sin duda, eso solo ha escalado después de los recientes acontecimientos.

Pero no soy ajena a la idea de que, aunque no tuviera nada que ver con los negocios de Pyotr, aún podría ser responsable de sus acciones. Y si hizo algo ni la mitad de cruel al mundo de lo que me hizo a mí como su esposa, tendré mucho que responder.

—¿Conocía usted bien a mi marido, entonces? —pregunto, intentando mantener un tono sereno mientras levanto la barbilla para mirarle a los ojos.

—No necesitaba acercarme a Pyotr Novikov para saber qué pedazo de escoria era —afirma Sandro.

Mi pulso se acelera, la adrenalina recorre mis venas, y antes de darme cuenta, siento el fantasma de la mano de Pyotr rodeando mi garganta, cortando el oxígeno que inundaba mis pulmones.

Es tan real que me retiro bruscamente, intentando recuperar el control mientras la mueca de Pyotr se desvanece de mi mente.

Sí, mi marido era un monstruo.

Tragando con fuerza, vuelvo a bajar la vista a mi plato en un esfuerzo por recuperar la compostura, pero tanta charla sobre Pyotr me tiene alterada.

—Déjalo, Sandro —ordena Miko, con un tono de autoridad que me hace estremecer.

¿Qué me pasa?

Miko ni siquiera me estaba hablando a mí.

En todo caso, estaba defendiéndome, y estoy a punto de saltar de la piel al oír su voz. Tomando una respiración lenta para contener el temblor repentino, aparto la silla y me pongo de pie.

—Si me disculpan —murmuro, apenas capaz de ocultar el temblor en mi voz—, necesito empezar a prepararme.

Sin levantar la mirada, salgo del comedor de desayunos a un paso que casi podría llamarse carrera.

Tan pronto como doy la vuelta a la esquina, apoyo la espalda contra la pared, cerrando los ojos para concentrarme en mi corazón acelerado.

Pero no puedo detener la avalancha de recuerdos que inundan mi mente: destellos de mi primer día de boda, Pyotr tan impresionante con su sonrisa y su traje completamente negro.

En aquel entonces parecía tan encantador que en realidad estaba emocionada por decir mis votos.

Ahora sé que es mejor no caer en los encantos de ningún hombre.

Una sensación de temor se asienta en mi estómago al ver la misma horrible treta desarrollándose de nuevo. Miko, haciendo de caballero perfecto —hasta que me tiene a solas—.

Mi peor pesadilla está sucediendo de nuevo.

11

MIKO

El día ha pasado en un abrir y cerrar de ojos. Mientras el sol se cierne bajo en el horizonte, proyectando un resplandor dorado a través de los ventanales de tres plantas del salón de baile, permanezco de pie ante el altar.

El arco decorativo y el pedestal se colocaron al fondo de la sala precisamente para esta ocasión, lo que aporta un toque más oficial al evento.

A mi lado, el sacerdote que conseguimos convencer a pesar del poco tiempo disponible se aclara la garganta mientras repasa sus notas.

Parece nervioso, aunque supongo que es comprensible, teniendo en cuenta la presión que ejercemos para convencerle de que oficiara la ceremonia fuera de una iglesia católica.

Pero una iglesia habría sido un riesgo, y hoy no nos vamos a exponer a peligros innecesarios.

No con Anika.

El complejo de los Novikov es una estructura fácilmente defendible, y con nuestro reducido número de hombres, debemos priorizar la

seguridad táctica sobre la fuerza bruta.

Por ello, apostados discretamente por la sala hay hombres armados de los Chiaroscuro, preparados para intervenir si algún invitado intenta algo.

Gio, Raf y Sandro ocupan los asientos de la primera fila mientras los invitados a la boda llenan las sillas plegables blancas orientadas hacia el altar.

Los trajes italianos de calidad de mis hermanos y sus expresiones estoicas marcan el tono del evento de hoy. No parece una celebración.

No cuando nuestras vidas han sido destrozadas y nos hemos quedado para recoger los pedazos sin Leo.

No es que le guarde rencor a mi hermano por su libertad —ni por su ausencia en mi boda—.

Sería demasiado peligroso que apareciera, especialmente con la reciente hostilidad entre su esposa, Sora, y sus padres. En realidad, ya es un riesgo abrir nuestras puertas a invitados tan pronto después de la traición de los Tanaka.

Pero me niego a posponer esta boda. Sería una muestra de debilidad no seguir adelante con nuestros planes.

Y cada día que Anika siga siendo la viuda de Pyotr, sin un marido que la proteja de las consecuencias de su muerte, es un blanco.

Así que hoy es una jugada estratégica para protegerla —para dejar meridianamente claro que cualquier hombre que la toque tendrá que vérselas conmigo— y al mismo tiempo demostrará nuestra resiliencia como familia y sumirá aún más en el caos a la Bratva Novikov enfrentada.

Pero mentiría si dijera que no quiero a Anika por mis propias razones egoístas.

La deseo más que a cualquier otra mujer que haya conocido. Algo en ella me atrae, como un canto de sirena.

Así ha sido desde el momento en que me echó champán en el pecho.

Una oleada de energía inquieta recorre a los invitados cuando perciben el cambio de música.

Las primeras notas de la marcha nupcial surgen del piano de cola, señalando el comienzo oficial de la ceremonia.

Un silencio cae sobre la sala mientras todas las miradas se vuelven hacia las puertas del salón de baile. Y cuando estas se abren, mi corazón salta hasta atascarse en mi garganta.

Porque cuando Anika cruza el umbral, me deja sin aliento.

Su vestido es sencillo, discreto de la manera más elegante, sin las cuentas, lentejuelas o volantes superfluos que distraigan de la impactante mujer que lo lleva.

La tela blanco níveo abraza las ligeras curvas de Anika, ciñendo sus pechos y su cintura antes de ensancharse alrededor de sus caderas, sorprendentemente voluptuosas.

El corte sirena de su vestido se estrecha a la altura de las rodillas para formar una cola detrás de ella.

Y al caminar, susurra silenciosamente sobre el suelo de mármol.

Las finas tiras y los triángulos de la parte superior de su vestido muestran sus marcadas clavículas, más seductoras de lo que deberían ser, y su piel expuesta es cremosa y suave sobre el escote pronunciado.

Un fresco rubor tiñe sus mejillas, pero apenas puedo distinguirlo bajo el velo que cubre su rostro.

Se esconde tras él, igual que tras el ramo de lirios blancos que sostiene ante sí, al que se aferra como si de ello dependiera su vida.

Su padre no está aquí para acompañarla por el pasillo. Cuando le pregunté, dijo que no tenía familia a quien invitar.

Ya sea que estén todos muertos o simplemente distanciados, no indagué, pero es uno de los muchos detalles de su pasado que quiero descubrir una vez haya derribado sus defensas.

Sin un tutor masculino que la entregue, Anika camina sola por la pasarela, con pasos lentos y deliberados, los hombros echados hacia atrás y la barbilla alta en un gesto de regia rebeldía.

Podría odiarme por haber matado a su marido, por convertirla en mi esposa sin su consentimiento.

Podría tener cien razones para no quererme, pero estoy seguro de que es la mujer más hermosa que he visto jamás.

Se acerca al altar, entrega su ramo antes de volverse hacia mí, y no puedo soportarlo ni un segundo más.

Alargo la mano, levanto su velo y lo repliego hacia atrás para ver su rostro. De nuevo, me asombra su belleza, cautivado por su mirada azul cielo enmarcada por pestañas increíblemente largas.

Hoy lleva maquillaje, y oculta por completo el moretón morado de su mejilla que ha empezado a volverse de un amarillo verdoso moteado.

Sin el feo recordatorio de cómo irrumpió mi familia en su vida, puedo concentrarme por completo en lo perfectos que son sus pómulos altos, la suave línea de su mandíbula que se afila hasta una barbilla obstinada.

Sus labios carnosos están pintados de un rosa oscuro apagado, y cuando se entreabren ligeramente, dejando ver un atisbo del pequeño espacio entre sus dos dientes frontales, casi pierdo el control.

Si no estuviéramos delante de una sala llena de invitados, quizá le habría robado un beso—porque nunca he deseado conocer los labios

de una mujer como deseo los suyos.

—Amigos y familia, hoy nos hemos reunido aquí para presenciar la unión entre Michelangelo Chiaroscuro y Anika Novikov… —comienza el sacerdote, y sus palabras me llegan como si vinieran de lejos.

Estoy demasiado concentrado en admirar la perfección que tengo delante para prestarle mucha atención.

Elegí un guión de ceremonia bastante genérico, uno que no debería llevar demasiado tiempo, porque no significará mucho para mí, y basándome en lo poco que ella quiere esta boda, dudo que a Anika le importe.

Antes de que me dé cuenta, el sacerdote me pregunta si acepto a Anika como mi legítima esposa.

—Sí, acepto —declaro, con la voz ronca por el desuso.

—¿Y usted, Anika Novikov, acepta a Michelangelo Chiaroscuro como su legítimo esposo?

Podría oírse el vuelo de una mosca en el silencio que sigue, y por primera vez, mi estómago se contrae ante la posibilidad de que se niegue a seguir adelante. Las consecuencias que eso acarrearía.

—Sí, acepto —susurra, con los ojos brillando por la humedad no derramada que me desgarra el corazón.

—¿Tienen los anillos? —pregunta el sacerdote, mirándome significativamente.

Buscando en mi bolsillo, saco una sencilla banda de platino para mí y un anillo de diamante solitario en corte esmeralda para Anika antes de tomarle la mano.

Por primera vez, noto la banda de oro que aún lleva en el dedo anular de su mano izquierda—su alianza de boda de Pyotr.

Un destello de celos ardientes me atraviesa inesperadamente, y sonrío con suficiencia mientras deslizo el anillo de su dedo y lo tiro

por encima de mi hombro.

—No vas a necesitar ese anillo más —declaro, provocando una risita entre los invitados que observan. Luego deslizo el diamante en corte esmeralda en su dedo en su lugar.

El pulso de Anika salta en su garganta, y traga visiblemente mientras mira el nuevo anillo en su mano.

—Con este anillo, yo te desposo —digo, repitiendo las arcaicas palabras del sacerdote.

Luego extiendo mi mano para que Anika pueda tomar mi alianza.

Sus delicados dedos rozan mi palma mientras toma el anillo de mi mano, y hasta ese leve contacto envía electricidad que crepita por mi piel.

El calor sube por mi brazo mientras ella toma mi mano izquierda y desliza el anillo en mi dedo.

—Con este anillo, yo te desposo —murmura, mirándome a través de esas espesas pestañas oscuras.

—Por la autoridad que me ha sido conferida, os declaro marido y mujer —dice el sacerdote—. Puede besar a la novia.

Con una mano, tomo la cadera de Anika, sujetando la nuca con la otra mientras la acerco, y la siento ponerse rígida, tensándose por la ansiedad.

Sus manos se elevan para apoyarse en mi pecho, como para apartarme. Pero no lo hace.

Y mientras me inclino lentamente, observando su llamativo rostro, puedo oír el leve entrecortamiento de su respiración.

El tentador aroma de canela y rosa se eleva hacia mí, y la respiro mientras refreno mi autocontrol. Puedo leer la reticencia en su cuerpo, su miedo a mi contacto. No me interesa forzar a ninguna mujer, así que por mucho que desee reclamar los labios de Anika

aquí y ahora—para saborearla profundamente por primera vez—, lo mantengo casto.

Rozando sus labios ligeramente con los míos, contengo el gemido de deseo mientras un rayo me atraviesa, prendiendo fuego a mi sangre. Mi pulso se acelera ante el suave sonido del jadeo de Anika, y me pregunto si ella también lo siente, la conexión eléctrica entre nosotros.

Apretando los dientes, me obligo a retroceder, soltando a Anika mientras la sala estalla en aplausos.

Es un aplauso contenido, y soy plenamente consciente de la forma reticente en que aplauden nuestros invitados rusos, como si fuera un golpe personal a su ego.

Bien.

Han recibido el mensaje. Ahora es momento de ver cuánta discordia sembrará entre ellos el tomar a Anika como mi esposa.

Los invitados de la boda se trasladan a la zona abierta del salón de baile para nuestro cóctel, y observo a Gio y a los gemelos mezclándose con los O'Connors y los Kellys para ganar mejor afinidad y tantear quién podría ser un aliado.

Sandro especialmente es el hombre perfecto para el trabajo, ya que ya tiene cierta camaradería con los irlandeses después de participar en los fosos de combate que ellos a menudo organizan, y se sabe que Raf viene a menudo a ver luchar a su hermano.

Si alguien puede convencerlos para unirse a nuestra causa, son los gemelos, con nuestro hermano más sociable, Gio, como refuerzo.

Mientras tanto, me toca presentar a Anika a las familias italianas que han permanecido como aliados inquebrantables durante la reciente desgracia de nuestra familia. Pero primero, creo que tanto Anika como yo necesitamos un trago.

—¿Prosecco? —sugiero mientras conduzco a mi nueva esposa hacia la barra libre.

Los ojos de Anika relampaguean al encontrarse con los míos, una pregunta cautelosa cruza su rostro, y me hace pensar que recuerda la noche en que nos conocimos—quizás tan claramente como yo. Me pregunto qué habrá pensado de aquel encuentro. Ella y Pyotr se marcharon tan deprisa después que no tuve oportunidad de averiguarlo.

—Sí, gracias —dice, y le hago una señal al barman para que nos sirva dos copas de vino espumoso.

—Signor Chiaroscuro, enhorabuena por su gran día. Sin duda ha encontrado una belleza, ¿verdad?

Reconocería el timbre de voz de Matteo Lombardi en cualquier parte, después de tantas veces que le vi intentar coaccionar a mi hermano Leo para que desposara a su hija—aunque aún no tenga dieciocho años.

No es ningún secreto que Signor Lombardi anhela unir nuestras familias mediante el matrimonio—especialmente con quienquiera que sea designado heredero oficial de Don Augusta.

El hombre rezuma desesperación, pero sé que es mejor no ignorarlo porque es uno de nuestros aliados más sólidos. Y con seis hijos propios, los descendientes directos de Matteo Lombardi bastan casi para formar un batallón. Por no mencionar que siempre han sido leales a mi padre.

—Gracias, Signor Lombardi. ¿Puedo presentarle a mi esposa, Anika? Anika, estos son Matteo y su encantadora esposa Maria Lombardi.

—Un placer —dice Anika con una voz cálida y acogedora que no me había mostrado desde que maté a su marido.

Le echo una mirada furtiva, desconcertado por cómo parece capaz de encender su encanto sin esfuerzo. Hasta su sonrisa resulta

acogedora.

Matteo me clava una sonrisa empalagosa. —*Peccato che sia russa. Avresti fatto meglio con una vera sposa italiana,* —dice Matteo, cambiando al italiano mientras insulta descaradamente a mi esposa delante de ella. *Too bad she's Russian. You would have done better with a proper Italian bride.*

Al instante me pongo tenso, apretando el puño mientras rechino los dientes para controlar el genio.

No nos convendría convertir a los Lombardi en enemigos ahora mismo, pero me dan ganas de romperle la nariz.

En su lugar, doy un buen trago de prosecco para ocupar mi boca.

—Matteo —exclama Maria, dándole un manotazo en el hombro a su marido.

Entonces me quedo helado cuando Anika abre la boca y fluye un italiano perfecto. —*Non si preoccupi, Signor Lombardi. Anche mio padre mi ha insegnato a essere un vero italiano.*

Casi escupo mi bebida sobre la pareja italiana al oír el acento impecable de Anika mientras le dice que su padre también le enseñó a ser una verdadera italiana.

El rostro de Matteo palidece, y una profunda satisfacción me recorre cuando balbucea una disculpa y se excusa rápidamente.

Hasta ahora no tenía ni idea de que Anika hablaba italiano.

Eso significa que ha entendido todo lo que mis hermanos han discutido delante de ella esta semana pasada, y no ha dicho ni una palabra.

Pero esperó para revelar ese pequeño secreto en el momento perfecto.

Y el recuerdo de Matteo Lombardi atragantándose con su propia lengua vivirá gratis en mi cerebro desde ahora.

—Tu italiano es impecable —observo, esbozando una sonrisa mientras me vuelvo hacia mi nueva esposa.

Anika se sonroja, con la sangre acumulándose en sus mejillas con tanta intensidad que traspasa las capas de maquillaje.

Me mira casi con timidez, su descarada confianza de hace un momento desaparecida, y daría cualquier cosa para devolvérsela.

Pero antes de que pueda decir otra palabra, se desata un alboroto a nuestra derecha.

Parece que los rusos han alcanzado su punto de ebullición, y dos miembros de la Bratva se encaran profiriendo obscenidades en su lengua materna.

Anika da un paso al frente, con una objeción en los labios al intentar calmar el conflicto.

Entonces es cuando sacan los cuchillos.

Me muevo antes de tener tiempo para pensar, pero no soy lo bastante rápido cuando uno de los rusos asesta un tajo, abriendo un profundo corte en el brazo del otro hombre.

Un chorro de sangre carmesí salpica el prístino vestido blanco de Anika, sobre su pecho y hasta el cuello.

El instinto de protegerla ruge dentro de mí, y al instante estoy dispuesto a matar a cualquiera que se le acerque.

Hombres Chiaroscuro acuden desde el perímetro de la sala, listos para contener la situación, pero yo no esperaré a que lleguen.

Envolviendo con un brazo protector la cintura de Anika, la aparto para ponerme entre ella y los rusos que forcejean.

Luego saco mi pistola de la chaqueta del traje y apoyo el cañón en la sien del hombre que manchó su vestido. —Adelante, haz un solo movimiento más.

12

ANIKA

Un terror helado inunda mis venas en cuanto salen los cuchillos. Los recuerdos de la pelea entre Pyotr y Miko pasan por mi mente y me quedo paralizada, incapaz de reaccionar, aunque sé que estoy demasiado cerca de la violencia.

Estoy en peligro, pero no consigo mover mis extremidades.

Lo único en lo que puedo pensar es en el líquido carmesí caliente que parece ácido salpicado en mi garganta y pecho.

Entonces un brazo firme y poderoso rodea mi cintura, tirando de mí hacia atrás. El aroma masculino distintivo de Miko invade mi nariz mientras me acerca antes de girarse para ponerme a salvo tras él.

Incluso entonces, mantiene una mano en mi cadera, como para seguir mi ubicación exacta en todo momento.

Ni siquiera puedo ver el conflicto tras su imponente muro de músculos, y una ola de gratitud me invade cuando mi terror paralizante disminuye.

Miko intervino para protegerme sin pensarlo dos veces, usando su propio cuerpo como escudo para el mío.

Pyotr nunca habría mostrado esa clase de preocupación por mi bienestar.

En realidad, si me hubiera visto atrapada en el fuego cruzado de un conflicto, dudo que mi exmarido se hubiera dado cuenta, y mucho menos que le hubiera importado.

Mi corazón late con fuerza mientras observo a Miko controlar el caos con una facilidad asombrosa.

El sonido de un martillo al amartillar resuena en el silencio sepulcral. —Adelante, da un paso más —advierte, su barítono profundo vibrando hasta la médula de mis huesos, y un escalofrío recorre mi cuerpo ante su intensidad serena.

Sus hombres ni siquiera han llegado al alboroto, pero los dos excapitanes de Pyotr que discutían permanecen inmóviles, como si no se atrevieran a mover un músculo y enfadar a Miko.

Es el alivio más extraño, presenciar el férreo control que ejerce sobre el mundo que nos rodea.

De repente, comprendo por qué dijo que casarse con él me mantendría a salvo.

Nadie, ni siquiera los hombres de Pyotr, se arriesgaría a desafiar abiertamente a Miko.

Es un hombre sin miedo. Ni piedad.

Y ahora, es mi marido.

Los hombres de los Chiaroscuro convergen sobre los dos rusos peleones, sujetándolos antes de que la pelea se vuelva más sangrienta. Y así, sin más, el conflicto ha terminado.

—Sacadlos de mi vista —ordena Miko.

Los excapitanes protestan mientras los arrastran fuera de la habitación, y el tenso silencio que sigue pesa en el aire.

Mi corazón sigue agitándose, mi pulso irregular a pesar de que el peligro ha pasado.

—¿Miko? —murmura Gio, acercándose a su hermano.

Miko se eriza, su agarre en mi cintura se aprieta, y me esconde aún más detrás de él como si el instinto de protegerme incluso de su hermano se hubiera activado.

Gio levanta las palmas en señal de rendición, las cejas alzadas por la sorpresa mientras su mirada se dirige curiosa hacia mí.

—La fiesta ha terminado —gruñe Miko con oscuridad.

Como si hubieran dado una señal, los invitados empiezan a salir del salón de baile, un silencio inquietante instalándose a nuestro alrededor mientras se van. Los hermanos de Miko los acompañan hacia la salida, agradeciendo a varios invitados por venir mientras los hombres de los Chiaroscuro se aseguran de que encuentren la salida.

En cuanto la habitación queda vacía, Miko se gira hacia mí, y la expresión furiosa en su rostro me quita el aliento.

—¿Estás bien? —pregunta, su voz profunda vibrando en mi interior mientras una preocupación genuina cruza su rostro.

Es entonces cuando me doy cuenta de que estoy temblando. Un tintineo agudo inunda mis oídos, y al aspirar la primera bocanada de oxígeno en no sé cuánto tiempo, de repente me siento mareada.

El mareo solo se intensifica cuando intento asentir.

El ceño de Miko se frunce con angustia. Lenta y tiernamente, extiende la mano para coger la mía.

Y con su otro brazo rodeando firmemente mi cintura, me sostiene como si pudiera percibir lo cerca que estoy de desmayarme.

—Vamos, vamos a limpiarte —dice suavemente, guiándome con delicadeza hacia el pasillo.

Dejo que me guíe, aún abrumada por el shock de lo ocurrido y los implacables flashbacks que invaden mi mente.

He pasado tanto tiempo reprimiendo mis emociones, construyendo un dique para contener los recuerdos que no puedo manejar.

Pero parece que, con la muerte de Pyotr, todos mis mecanismos de defensa han saltado por los aires, y ahora no puedo detener la avalancha de miedo y dolor que se abate sobre mí como olas contra una costa rocosa.

Estoy tan perdida en los vívidos recuerdos de crueldad y violencia, que ni siquiera me doy cuenta de adónde me lleva Miko hasta que las puertas de la suite principal se cierran tras nosotros.

Mi antiguo dormitorio.

La cama que compartí con Pyotr sigue ocupando el centro de la espaciosa habitación, y un frío goteo de terror se asienta en mi estómago.

Es la primera vez que entro aquí desde que Miko mató a mi marido —exmarido.

Miko ostenta ese título ahora.

Sin duda esta noche, mi nuevo esposo esperará que duerma con él. Que *consumemos* el matrimonio.

Los temblores llegan rápidos e intensos ahora, una sacudida tan incontrolable que hace rechinar mis dientes y vibra en mis huesos.

Sé que Miko debe oír el castañeteo porque me mira como si fuera una bomba que pudiera estallar en cualquier momento.

—Creo que estás en shock. Vamos a prepararte un baño caliente —sugiere, guiándome hacia el baño.

De nuevo, asiento, sin saber cómo responder con el miedo que ha formado un bloque de hielo alrededor de mi corazón.

En el baño, Miko me sitúa junto al tocador, colocando mi mano sobre la fría superficie de piedra para que pueda agarrarme como apoyo.

Luego va a abrir el agua caliente de la bañera, dejándome desatendida solo un instante.

Respirando entrecortadamente, alargo la mano para quitarme la peineta del velo del pelo.

La dejo con cuidado sobre la encimera, luego alcanzo la espalda para empezar a desabrocharme el vestido.

Pero mis dedos tiemblan tanto que no logro separar los botones de seda de sus ojales.

Cuando Miko se vuelve para observarme, su mirada se suaviza. —Déjame ayudarte —sugiere, enderezándose para situarse detrás de mí.

Una descarga eléctrica recorre mis brazos, calentando mi piel cuando sus dedos rozan los míos.

Jadeo, apartando las manos como si las retirara de una estufa ardiendo.

No sé muy bien qué pensar de la reacción de mi cuerpo al tacto de Miko.

A estas alturas, sin embargo, ha ocurrido tantas veces que sé que no es casualidad.

Y cuando sus gruesos dedos se deslizan por la espalda bajo mi vestido, un escalofrío recorre mi columna vertebral.

Mi pulso se agita, haciéndame tambalear con mareo mientras me desviste botón a botón.

No puedo creer que le esté permitiendo hacerlo.

Pero no sé qué más hacer en este momento.

La única forma de mantenerme en pie es apoyando las palmas contra el tocador. Tengo tanto frío que anhelo desesperadamente cualquier cosa que descongele mis huesos, y no puedo meterme en el agua aún con el vestido de novia.

Miko termina de desabrocharme los botones, y sus cálidas palmas encuentran mis hombros mientras desliza las finas tirantes por mis brazos.

A pesar de su sencillez, el vestido es bastante pesado, y cae al suelo formando un denso círculo a mis pies.

Mis brazos se cruzan instintivamente para cubrir mis pechos desnudos, mi corazón se acelera cuando mis ojos encuentran los de Miko en el reflejo del espejo.

No puedo moverme.

No puedo respirar cuando sus pulgares se enganchan en la cintura elástica de mis braguitas blancas de encaje, y observo con miedo ajeno cómo guía lentamente la frágil tela por mis caderas, desnudándome por completo.

Percibo su mirada sobre mi cuerpo cuando se agacha para ayudarme a quitarme los tacones.

Entonces el fuego enciende mi piel al regresar sus manos a mi cintura.

Son cuidadosas, incluso suaves, pero firmes cuando sus dedos presionan mi carne, su piel calienta la mía y despierta la piel de gallina a lo largo de mi espina dorsal.

—Tranquila —murmura, estabilizándome mientras me conduce a la bañera.

Su brazo funciona como cinturón de seguridad al pisar el borde de la bañera, mis pies encuentran el gloriosamente caliente agua de la pila con patas un momento después. Puedo ver el deseo en los ojos de Miko al bajarme a la bañera—me quiere.

Pero no actúa en consecuencia.

En lugar de eso, me suelta en cuanto me acomodo. Luego se vuelve para recoger mi vestido de novia del suelo.

—Gracias —murmuro mientras el agua caliente del baño lame mi cuerpo, penetrando en mi piel y calmando los escalofríos profundos que me sacuden.

Las comisuras de sus labios se contraen, sus asombrosos ojos azules se calientan mientras cuelga mi vestido en un gancho. —De nada.

Mis ojos se cierran ante el profundo retumbar de su voz, un sonido que casi podría ser reconfortante.

Pero su acto momentáneo de amabilidad no calma mis nervios. No cuando estoy desnuda y a solas en un dormitorio con mi nuevo esposo por primera vez.

En el fondo, estoy tan asustada por lo que vendrá como por lo ocurrido en el salón de baile.

Y siento la arena deslizarse por el reloj de arena, contando lentamente hacia nuestra noche de bodas.

Intentando no pensar en ello, cojo una esponja y me concentro en frotar la sangre reseca de mi pecho. Todavía la siento arder en mi piel a pesar de haber empezado a formar costra. Cuando alzo de nuevo la vista, no espero la imagen que encuentro.

Miko ha empezado a desnudarse, y por primera vez noto la sangre que mancha su traje y manos.

Ni siquiera sé si es suya por intervenir para defenderme o si la sangre de mi vestido se le ha impregnado de algún modo.

En cualquier caso, no parece importarle mientras deja la ropa en un montón ordenado en el suelo, empezando por la corbata y la chaqueta, seguidos de su camisa blanca de seda.

Mi boca se seca al vislumbrar por primera vez los músculos ocultos bajo su costosa ropa.

Nunca había visto unos hombros tan anchos y musculosos, ni una espalda que ondula con fuerza en cada movimiento.

Su piel es un lienzo de tatuajes, motivos de muerte y destrucción capturados artísticamente en blanco y negro sobre su tersa y sorprendentemente pálida carne.

Luego alcanza su cinturón mientras sale de sus zapatos.

Mi estómago se anuda al darme cuenta de que pretende desnudarse por completo.

Podría estar dispuesto a consumar nuestro matrimonio aquí y ahora, y la ansiedad me oprime la garganta como un puño de hierro.

Pero cuando se quita los pantalones y los calzoncillos de golpe, avanzando luego hacia la ducha, comprendo que también está limpiando las huellas de la pelea sangrienta. En el espejo, sus ojos encuentran los míos, y percibo la diversión en su mirada cuando sus labios esbozan una sonrisa burlona.

El calor me inunda las mejillas al entender que me ha pillado mirando descaradamente su cuerpo perfecto.

Azorada, bajo la vista y me inclino para lavarme la cara en el agua caliente de la bañera.

Pero no puedo olvidar que Miko es el hombre más hermoso que he visto jamás.

Pyotr era fuerte y musculoso, claro, pero también le gustaba beber, así que mantenía cierta blandura en el vientre.

Incluso cuando nos casamos, no tenía la figura de un dios griego como Miko.

Y el pensamiento de estar cerca de un hombre que desprende tanta fuerza masculina hace que mi corazón se acelere.

Requiere toda mi fuerza de voluntad no mirar cuando se mete bajo el chorro de agua, y mientras se enjabona, no puedo evitar echar un vistazo furtivo a su forma reluciente cuando sé que no mira. Hacía mucho que no pensaba en un hombre como sexy. Pero no hay mejor palabra para describir a Miko.

No dice ni una palabra mientras se aclara el jabón, cierra el grifo y sale a la alfombrilla para envolverse una toalla en su cintura estrecha.

Mi pulso se agita ante el breve vistazo que capto de su pene. Ya está semierecto y es *enorme*.

Más largo y grueso que el de Pyotr. La idea de tenerlo dentro me lanza una punzada de miedo al pecho. Es imposible que esta noche no duela.

Sinceramente, no sé cómo va a caber dentro de mí. Solo pensarlo me revuelve el estómago.

Miko se peina los rizos mojados hacia atrás con los dedos y desaparece en el dormitorio, dejándome terminar el baño en paz. Pero solo puedo pensar en lo que viene después.

Así que me quedo hasta que los dedos se arrugan y el agua se entibia.

Finalmente, cuando la piel de gallina vuelve a erizárseme, sé que no puedo esconderme más.

Si sigo remojándome en la bañera, pillaré un resfriado.

Conteniendo la oleada de náuseas que amenaza con desbordarme, me levanto temblorosa y cojo la bata de toalla que Miko me dejó. Es mullida y cálida contra mi piel al envolverme con firmeza.

Tomándome mi tiempo, me acerco al lavabo para quitarme los últimos restos de maquillaje y cepillarme los dientes.

Saco las horquillas y gomas de mis mechas rubias, soltando los rizos que Chastity había recogido en un moño esta mañana.

Masajeándome el cuero cabelludo mientras me peino con los dedos las hebras platino, las dejo caer suavemente alrededor de mi rostro.

Luego estudio mi reflejo buscando cualquier otra rutina nocturna que me ayude a retrasarme. Pero no puedo evitar a Miko eternamente.

Respirando hondo para serenarme, enderezo los hombros y me recuerdo que no puede ser lo peor que he soportado.

Al menos Miko es físicamente atractivo.

Y hasta ahora me ha mostrado una consideración que Pyotr nunca tuvo. Pero sé lo rápido que eso puede cambiar.

Comprimiendo mi creciente ansiedad en una bolita apretada, la empujo al fondo de mi ser para ignorarla.

Puedo estar aterrada, pero me niego a ser víctima de mis circunstancias. Esta noche es solo un paso más hacia la libertad que encontraré algún día. Sobreviviré.

Con mi charla motivacional fresca en la mente, me aparto del espejo y salgo del baño.

Miko ya está en la cama cuando entro en la habitación.

Sentado con la espalda contra el cabecero, solo lleva calzoncillos, y mi estómago da un vuelco al ver su pecho desnudo, los músculos marcados de sus abdominales tensos y los tatuajes que lo decoran. Incluso relajado parece peligroso, su cuerpo como un arma letal.

Mis fuerzas amenazan con abandonarme.

Requiere todo mi autocontrol alzar la mirada hacia la suya, y cuando lo hago, lo encuentro observándome.

Sus ojos azul gélido derretidos por el deseo.

Mi pulso se dispara, las manos empiezan a temblarme mientras su evaluación activa mi instinto de huida.

Pero bajo el hambre voraz de su mirada hay una emoción que me quita el aliento.

Tardo un momento en comprender su expresión, y cuando lo hago, un escalofrío me recorre la espalda.

Me mira—envuelta en una bata y sin maquillaje—como si fuera lo más hermoso que ha visto jamás.

—¿Lista para venirte a la cama? —pregunta, su voz ronca pero casi… juguetona.

Produce un efecto extraño y no del todo desagradable en mi sistema nervioso.

Mi piel empieza a hormiguear, sintiéndose de repente demasiado caliente y ajustada para mi cuerpo.

Cabalgando la inesperada ola de entumecimiento, abro con audacia mi bata, dejándola deslizarse por mis brazos mientras avanzo hacia él.

Cuanto antes empecemos, antes terminará, y ya he temido esta noche bastante tiempo.

No aguanto más.

—Como tu esposa, soy tuya para que hagas conmigo lo que te plazca —declaro, dirigiéndome hacia la cama.

13

MIKO

La invitación sensual de Anika es como un puñetazo en el estómago; no tanto por sus palabras como por la emoción subyacente oculta justo bajo la superficie.

Anika es mi esposa, y la satisfacción posesiva que me inunda cuando lo dice basta para ponerme duro al instante. Quiero hacerle cosas sucias a esta mujer.

Quiero que grite mi nombre, oírla suplicarme que le dé más.

Y mientras camina hacia mí sin llevar ni un hilo de ropa, con un balanceo sensual en sus caderas generosas, casi podría creer que ella desea lo mismo.

Pero algo en su tono me hace dudar.

Hay una falta de emoción, una sensación de resignación distante.

Y por mucho que desee a Anika, por desesperado que esté por reclamarla como mía, no quiero forzarla.

Quiero que nuestra primera vez sea placentera; para ella y para mí.

Y aunque llevo imaginando esta noche desde el momento en que declaré que sería mi esposa, ahora no estoy del todo seguro de cómo proceder.

Sus ojos no se apartan de los míos cuando se detiene cerca de los pies de la cama, con una expresión vacilante. —¿Cómo me quieres? —pregunta, mirando las sábanas limpias.

El pulso en su cuello palpita, y se muerde el labio inferior, mostrando la leve separación entre sus dos dientes frontales que de algún modo la hace parecer adorable y sorprendentemente hermosa a la vez.

Quiero morderle ese labio, y cuando mi necesidad de tocarla se dispara, me levanto de la cama sin pensar.

Anika se tensa, los hombros elevándose mientras me acerco a ella con determinación.

Pero no retrocede, y al rodear la esquina de la cama, su barbilla se alza con ese desafío ardiente que me vuelve loco.

Inclinándome, la recojo en brazos como a una novia, y Anika jadea, un sonido que envía una descarga de deseo directa a mi dolorosamente erecto pene.

No pesa nada, su piel suave como el satén contra mi pecho; como una muñeca frágil hecha de seda y porcelana, tan quebradiza que no me atrevo a sacudirla.

—Te quiero boca arriba con las piernas bien abiertas —digo con voz ronca, palpitando por la necesidad de enterrar mi cara entre sus muslos.

Puedo sentir el estremecimiento que recorre su cuerpo al tenderla en la cama, y ella obedece, con la mirada atenta.

Sus músculos están tensos, las manos aferrando las sábanas como si se preparara para resistir mi contacto.

Me imagino que es porque solo ha estado con Pyotr antes, y yo aún soy un extraño para ella.

No solo eso, sino que soy quien la convirtió en viuda.

Pero quiero mostrarle que no estoy aquí para hacerle daño.

—Respira, *topolina* —murmuro mientras me cierno junto a ella en la cama, rozando con un dedo ligero la línea de su magullado pómulo.

Anika exhala un aliento fresco a menta, sus pezones endureciéndose al contacto suave.

Su pulso se acelera en la garganta, y trazo con el dedo su palpitante yugular desde el cuello hasta la clavícula.

Su pecho sube y baja rápidamente ahora, sus pechos llamándome.

Caben perfectamente en mi palma, y acaricio uno con suavidad, deleitándome con cómo la carne suave se adapta a la forma de mi mano.

Cuando me inclino para presionar mis labios contra su otro pezón, Anika jadea, la espalda poniéndose rígida.

—Dime cómo te gusta —susurro contra su piel, masajeando su pecho con la palma mientras levanto la vista para encontrarme con sus ojos.

Anika traga saliva con fuerza, su garganta moviéndose al mirarme fijamente. Sus labios se separan, pero no salen palabras, y tras un momento, niega con la cabeza, como si no pudiera decir lo que desea. Está demasiado nerviosa, y quiero ponerla a gusto.

No, quiero que *ansíe* esto, pero no llegará al clímax si está demasiado tensa para disfrutarlo.

No pasa nada. Me gustan los desafíos.

Soltando una risita baja, beso lentamente camino arriba por su pecho hasta el cuello.

—No te preocupes, *topolina*. No me importa descubrirlo por mí mismo —prometo, mis labios rozando el contorno de su oreja.

Muerdo suavemente su lóbulo, y Anika inhala un aliento entrecortado que me dice que es un buen lugar para empezar.

Con un gemido de aprobación, sigo centrando mi atención en los puntos sensibles de su cuello y mandíbula, chupando suavemente, mordisqueando y besándolos hasta que sus jadeos se intensifican.

Su pezón bajo mi palma, y lo atrapo suavemente entre mi dedo índice y el pulgar, haciéndolo rodar hasta que ella gime.

Luego deslizo mis dedos entre sus senos para hacer lo mismo con el otro pezón.

A pesar de su postura inicialmente rígida, puedo sentir a Anika relajándose bajo mí, sus caderas balanceándose levemente cada vez que su espalda se arquea contra mi palma.

Sé que si alargara la mano entre sus muslos, estaría húmeda para mí, pero quiero tomarme mi tiempo con ella, prolongar su placer y asegurarme de que esté bien preparada para cuando la haga venir.

—Cuando termine contigo, nadie dudará de quién posee cada centímetro de este hermoso cuerpo —le susurro contra la piel.

Anika tiembla, la piel de gallina eriza su carne, y paso la lengua por esos pequeños bultos, deleitándome con cómo responde a mi tacto.

Cambiando de posición para instalarme entre sus muslos, alineo mi cuerpo con el de Anika, y de nuevo se tensa, sus ojos se abren de par en par cuando mi erección presiona su abdomen, con mis calzoncillos como única barrera entre mi punta humedecida y su piel.

—No tienes que temerme, *topolina* —prometo, besando mi camino por su garganta y pecho, siguiendo el valle entre sus senos.

Mientras bajo más, mis labios encuentran la piel aterciopelada de su vientre, y Anika jadea.

Sus dedos sueltan las sábanas para enredarse en mi pelo, y mi polla palpita cuando ella tira suavemente de las raíces.

—¿Qué estás...? —Sus palabras se desvanecen mientras continúo mi descenso, chupando la piel justo dentro del hueso de su cadera hasta que una marca morada aparece bajo mis labios. Su respiración se acelera, sus dedos se tensan en mi pelo mientras sus caderas se contonean.

Liberando la succión sobre su piel con un leve chasquido, sonrío con picardía a lo largo de su cuerpo mientras encuentro sus ojos.

Ahora están entornados, sus párpados caídos, las pupilas dilatadas por la excitación silenciosa. —¿Qué parece que estoy haciendo? —roneo y muerdo camino abajo, haciéndola retorcerse—. Estoy marcando mi territorio.

Puedo oler el aroma ácido de su excitación cuando mis labios rozan la cima de sus muslos.

Y cuando empiezan a temblar contra mis brazos, sé que finalmente se ha relajado lo suficiente para disfrutar de lo que sigue.

Desplazándome más abajo en la cama, engancho los muslos de Anika sobre mis hombros, sujetándola firmemente mientras bajo la cabeza.

Anika grita, sus ojos se abren desmesuradamente, su espalda se arquea cuando paso la lengua por su húmeda raja.

Un escalofrío recorre todo su cuerpo mientras jadea, con una expresión tan sorprendida que me pregunto si algún hombre le ha hecho esto antes. La idea es peligrosamente excitante.

—Mmm, ¿te gusta eso, *topolina*? —susurro, saboreando su dulce sabor en mi boca.

Anika asiente, su conmoción es tentadoramente divertida mientras me observa en silencio atónito, y cuando la lamo otra vez, mi lengua explorando entre sus sedosos pliegues esta vez, su mandíbula cae.

Sus labios se separan, formando una *o* perfecta que hace que mis testículos se contraigan y mi polla palpite.

Uno de estos días, follaré esos labios llenos y hermosos. Pero esta noche es solo para el placer de Anika y demostrarle que soy el único hombre que necesitará en su vida de ahora en adelante.

—Dime cuánto te gusta —ordeno, y acaricio su entrada ardiente con la punta de mi lengua, bordeando el agujero húmedo. Ella pulsa en respuesta, sus músculos contrayéndose en anticipación a ser penetrada.

—Mu-mucho —gime, a medio camino entre una respuesta y un gemido de placer.

Riéndome entre dientes, presiono mi lengua dentro de ella, asombrado y locamente excitado al descubrir lo estrecha que está.

La cabeza de Anika cae hacia atrás, su columna arqueándose mientras un torrente de excitación cubre mi lengua.

Quizás estaba demasiado ansiosa para aceptar mi tacto al principio, pero puedo sentirla derretirse contra mí, sus defensas cayendo mientras la tiento con el alivio del clímax.

Lamiendo su coño con mi lengua, absorbo sus jugos tentadores, luego rodeo con mis labios el botón palpitante en la cima de su raja.

Chupando suavemente, la succiono contra mi boca mientras enrosco mi lengua alrededor de su clítoris, rozándolo levemente con la punta.

Anika grita, su respiración entrecortada mientras sus muslos se cierran alrededor de mi cabeza con fuerza impresionante.

Balancea sus caderas, frotándose contra mi cara, y cómo me usa para perseguir su placer es tan ardiente que estoy al borde de correrme antes de quitarme los calzoncillos.

La atormento sin piedad, chupando y lamiendo su clítoris con deleite voraz, y cuando sus rodillas empiezan a temblar, sus gemidos tan

desesperados que sé que está al borde del clímax, muerdo levemente la carne sensible.

Anika grita, todo su cuerpo tensándose mientras se desmorona contra mis labios.

Gimo, mi polla tan dura que duele mientras la excitación húmeda brota en mi boca y por mi barbilla.

La visión de su orgasmo es absolutamente hipnótica.

Nunca he visto nada tan erótico como Anika perdida en los trances de la pasión.

Sus mejillas están sonrojadas, sus senos palpitantes mientras levanta la cabeza para encontrarse con mi mirada. Su pelo está hermosamente desordenado, y quiero enredarlo en mi mano.

—Dios sant... —las palabras de Anika se desvanecen mientras se desploma sobre el colchón, sus piernas relajando su agarre sobre mi cabeza.

Con una sonrisa lobuna, libero su coño perfecto con un sedoso chasquido.

—¿El mejor orgasmo que has tenido en tu vida? —bromeo—. Me lo dicen mucho. No te preocupes, *topolina*. No será el último. La noche acaba de empezar.

Las mejillas de Anika se sonrojan con un carmesí oscuro, y cuando repaso mis palabras en mi cabeza, me pregunto si le ofendió que mencionara mi experiencia con otras mujeres. Pero antes de que pueda arreglarlo, ella cierra los ojos y traga con fuerza, como preparándose para decirme algo incómodo.

—Es mi primero —susurra, con las mejillas tan rojas que el color se extiende hasta la raíz del cabello.

—¿Tu primero? —Tardo un momento en procesar las palabras. La posibilidad es tan descabellada que casi estoy seguro de que la

escuché mal. Quiero decir, puede que sea joven —veinte años como máximo—, pero estuvo casada durante más de un año antes de que matara a Pyotr. No puede querer decir lo que creo—. ¿Ese fue tu primer orgasmo?

Tras una pausa, Anika asiente con vacilación, apresando de nuevo su carnoso labio inferior entre los dientes.

—Dios, Anika —respiro, mientras un instinto protector y posesivo surge dentro de mí.

Una sensación enfermiza de satisfacción me recorre. Sé que es retorcido. Porque cualquier mujer de su edad —independientemente de si ha tenido relaciones sexuales o no— debería saber cómo se siente un orgasmo.

Pero, de algún modo, ser la primera persona en provocárselo me hace sentir invencible.

Como si hubiera ganado una victoria preciosa que nadie más tendrá el placer de lograr.

Y nadie lo hará jamás. Porque ahora que he probado a esta mujer, no hay manera de que la deje ir.

Anika es mía, y le arrancaré los ojos a cualquiera que se atreva a mirarla de forma inapropiada.

Mientras cambio de postura para alinear nuestros cuerpos de nuevo, ella parece adorablemente avergonzada por su confesión.

Y cuando me acomodo encima de ella, apoyando los antebrazos a ambos lados para no aplastarla con mi peso, me invade el deseo de entenderla.

—¿De verdad nunca habías tenido un orgasmo antes? —murmuro, estudiando sus llamativos rasgos con asombro perplejo.

—No. Pyotr no... quiero decir, nunca... ejem, usó la lengua... ahí abajo —el rubor de Anika vuelve con fuerza, y aparta la cara

mientras deja de intentar explicarse.

Dios mío, es irresistible cuando es vulnerable —quizá incluso más que cuando se muestra desafiante.

Me dan ganas de indagar más.

Atrapando su barbilla entre mi dedo índice y pulgar, la giro suavemente para que tenga que mirarme de nuevo.

—Bueno, pues fue su pérdida —respiro—, porque nunca había probado nada tan dulce.

Mi mirada se dirige a sus labios, y el impulso de reclamarlos me abruma.

El leve roce que compartimos al final de nuestra ceremonia no fue suficiente.

Pero, de algún modo, eso se siente incluso más íntimo que lo que acabo de hacerle, y no quiero cruzar una línea invisible que haga que vuelva a ponerse a la defensiva.

Incluso si me ha dado permiso para *hacer con ella lo que me plazca*.

—Dios, quiero besarte —digo con voz ronca.

—¿Qué te lo impide? —responde ella, con sus ojos azules abiertos de par en par e inocentes por la confusión.

Sacudo la cabeza, incapaz de expresar con palabras lo que siento.

Lentamente, me inclino, observando cada microexpresión que cruza el rostro de Anika mientras su respiración se corta y sus labios se separan de manera invitadora.

Cada centímetro entre nosotros se siente como una distancia agonizante, y cuando finalmente presiono mis labios contra los suyos, una explosión de chispas surge entre nosotros, atravesando mi pecho como fuegos artificiales.

Anika jadea, con voz entrecortada, y no puedo contenerme.

Introduzco mi lengua entre sus labios y la saboreo profundamente.

Un gemido vibra en lo profundo de mi pecho por lo deliciosamente pecaminosa que es, y cuando sus delicados dedos rodean mis brazos, presionando mis bíceps, puedo sentir el anhelo en su tacto.

—¿Puedes saborear tu dulce coño, *topolina*? —bromeo—. Creo que acabas de convertirte en mi postre favorito.

Sin esperar respuesta, reclamo sus labios una vez más, besándola profundamente mientras mi deseo por ella está a punto de estallar.

Anika deja escapar un leve gemido, su lengua se enreda con la mía, y nunca había deseado tan desesperadamente que una mujer respondiera a mi tacto.

Cambiando el peso para apoyarme en un antebrazo, llevo mi otra mano para apoyarla suavemente en su pulso, en la base de su garganta.

—Tu corazón se acelera —observo.

Anika asiente con un movimiento brusco de la cabeza, su expresión es inescrutable, y cuando dejo que mi mano descienda, siguiendo sus sensuales curvas, ella exhala un aliento tembloroso.

Prodigo atención a sus labios, continúo besándola mientras avanzo lentamente hacia la cima de sus muslos, la suave carne desnuda de sus pliegues.

—¿Quieres que pare? —pregunto, mientras las yemas de mis dedos rozan su piel húmeda.

—No —responde tras un momento de vacilación.

Menos mal. Porque apartar las manos de Anika podría ser lo más difícil que jamás tendría que hacer.

Y mientras acaricio sus pliegues con dos dedos, mi polla se endurece contra mi abdomen, exigiendo su turno.

14

ANIKA

No creía que nada pudiera sentirse tan bien como la boca de Miko entre mis muslos, pero cuando sus yemas de dedos rozan el punto más sensible en el ápice de mi sexo, casi levito fuera de mi cuerpo.

Y cuando separa mis pliegues con dos dedos gruesos y callosos, una corriente eléctrica me atraviesa el centro.

Un gemido escapa de mí, y Miko engulle el sonido con avidez, sus besos se vuelven más ardientes, como si mi placer lo excitara.

La posibilidad libera mariposas en mi estómago, y de repente, una anticipación candente me derrite de dentro hacia afuera.

Parece que todo mi cuerpo ha cobrado vida con mi primer orgasmo, y ahora cada roce es exponencialmente más estimulante.

Así que cuando Miko recoge mi humedad con las yemas de sus dedos para hacerla girar sobre mi clítoris peligrosamente sensible, prende fuego a mis venas.

Traza círculos incansablemente entre mis muslos, y un nudo de tensión se aprieta dentro de mí, como una goma elástica a punto de romperse.

No es esa tensión ansiosa que me deja estresada y con náuseas.

En cambio, esa misma anticipación de hormigueo que sus labios despertaron crepita bajo mi piel.

Vagamente, en el fondo de mi mente, registro que ya he sentido antes esa excitación creciente, pero mi cerebro trabaja a toda máquina intentando comprender la sobrecarga sensorial, así que no reconozco las señales que me dirían lo cerca que estoy del límite.

Entonces desliza dos dedos dentro de mí.

—¡Miko! —jadeo, aferrándome a sus hombros como si mi vida dependiera de ello mientras una explosión de euforia me atraviesa.

Mi cuerpo palpita alrededor de la intrusión de una forma que nunca supe que pudiera, ordeñándolo, invitándolo a entrar más adentro.

Esa misma sensación de alivio palpitante late entre mis piernas mientras llego al clímax por segunda vez en mi vida, minutos después de la primera.

—*Cazzo* —gruñe Miko, y la blasfemia italiana suena peligrosamente sexy en sus labios—. Me encanta cuando dices mi nombre, *topolina*. Hazlo otra vez.

Que me llamen ratoncita no debería excitarme tanto, pero solo la forma en que Miko lo dice —como si el apodo fuera una caricia sensual— me eriza la piel de la nuca a los pies.

Ahora mismo haría cualquier cosa para que me siguiera tocando así.

—Miko —gimo, levantando la cabeza de la almohada para unir nuestros labios de nuevo.

El sonido profundo y retumbante de satisfacción que emite roza peligrosamente el gruñido, y aun así despierta en mí un hambre que nunca antes había sentido.

—Voy a hacer que lo grites toda la noche —gruñe mientras sus caderas se mueven hacia adelante y atrapan su mano entre

nosotros.

Sus dedos se deslizan más hondo dentro de mí, la base de su palma presiona contra mi clítoris, y estallan estrellas ante mis ojos.

El placer es tan intenso que no puedo quedarme quieta.

Mi respiración viene en ráfagas entrecortadas, escapando entre mis labios hacia los suyos. Pero él no parece importarle.

Me devora como si fuera la cosa más dulce que jamás ha probado, su lengua firme, sus dientes juguetones, sus labios invitadores.

Tras la noche en que perdí mi virginidad con Pyotr, nunca pensé que sería capaz de desear sexo.

Pero de repente, me muero por descubrir cómo se sentiría tener a Miko dentro de mí.

No he olvidado lo grueso y largo que se veía en la ducha, y un hilo de ansiedad se filtra en mis venas al pensar en sus veintidós centímetros empujando incansablemente dentro de mi cuerpo.

Pero si puede hacerme sentir tan bien como lo ha hecho con su boca y sus dedos, quizás el sexo con Miko no sea tan horrible.

Y quiero descubrirlo.

Como si pudiera oír mis pensamientos, Miko retira lentamente sus dedos de mi ardiente centro, rozándolos tentadoramente sobre mi clítoris antes de llevárselos a la boca.

Los lame hasta dejarlos limpios del líquido reluciente. Dios, ningún hombre tiene derecho a verse tan sexy.

Sus ojos azules chispean con un calor eléctrico que acelera mi pulso.

Sus labios carnosos, enmarcados por una barba oscura perfectamente recortada, se curvan en una sonrisa arrogante, y se inclina para mordisquear mi labio inferior, tirándolo de entre mis dientes.

Ni siquiera me había dado cuenta de que lo estaba mordiendo, pero debo admitir que me gusta mucho más cuando él lo hace.

Entonces se balancea sobre los talones para enganchar los pulgares en la cintura de sus calzoncillos.

A pesar de mi curiosidad por saber cómo se sentirá, una punzada de miedo atraviesa mi pecho cuando empuja la última prenda por sus muslos, revelando de nuevo su impresionante polla.

Es aún más grande ahora que está completamente erecta, y una gota de líquido preseminal brilla en su punta, invitándome a lamerla como un helado.

Sé por mi época casada con Pyotr que si me lo meto en la boca ahora mismo, lo más probable es que se conforme con correrse en mi garganta.

Si este fuera Pyotr, aprovecharía la oportunidad para terminar de una vez.

Nunca fue delicado conmigo, y un dolor de garganta era mucho más tolerable que la ansiedad que seguía después de que acababa dentro de mí.

No soportaba la idea de traer un niño a este mundo, no con un padre como él.

Un escalofrío involuntario me recorre al pensarlo, y reprimo la emoción, enterrándola muy adentro para que no arruine el momento.

No puede durar mucho. Porque este hambre que Miko ha despertado en mí arde bajo mi piel, dejándome sintiéndome inusualmente temeraria.

Y verlo desnudo, cincelado y absolutamente perfecto, es suficiente para llevarme a la distracción.

Cada centímetro de él es fuerza sólida y masculina, desde sus amplios hombros y pecho musculoso hasta sus abdominales marcados que se estrechan hacia una cintura delgada.

Dos líneas profundas forman una V que apunta directamente al origen de su masculinidad, y mi boca se seca cuando agarra la base con su mano fuerte y desliza la punta sedosa entre mis pliegues.

—¿Estás lista para mí, *topolina*? —pregunta con voz ronca, hasta su voz profunda y varonil.

Segura de que solo saldrá un chillido si intento hablar, me limito a asentir, tragando con fuerza mientras mi corazón se acelera. Miko se inclina de nuevo, apoyándose en un antebrazo mientras posiciona su punta hinchada en mi entrada húmeda.

La adrenalina recorre mis venas como café frío. Nunca me he sentido más despierta, y de repente me aterra que su habilidad para encender todas mis terminaciones nerviosas solo haga esto más doloroso.

Esta noche, no creo que pueda esconderme y fingir que no está ocurriendo. Voy a sentirlo todo.

—Necesito oírte decirlo —susurra contra mi oreja, su aliento cálido rozando mi piel.

Hace que mis pezones se pongan tiesos y mi interior se contrae, palpando contra la cabeza sedosa de su polla.

—Estoy lista —susurro, sorprendiéndome a mí misma.

Miko sella sus labios contra los míos en un beso abrasador, y entonces empuja dentro de mí, lentamente, centímetro a centímetro. Un jadeo me escapa mientras una corriente eléctrica recorre mi espalda.

Santo cielo, es enorme.

Y sin embargo, no duele nada.

Estoy tan húmeda que se desliza fácilmente dentro de mí, estirándome, llenándome como nunca antes.

—¡Dios, qué bien estás! —gruñe, la tensión en su voz enviando una sacudida que convierte mi interior en lava.

Gimo, incapaz de articular palabras mientras mi canal palpitante se aprieta alrededor de él. Miko gime.

Apoyando la frente en la almohada junto a mí, suelta su polla y ahora se apoya en ambos antebrazos mientras sus caderas avanzan.

Al hundirse completamente dentro de mí, se detiene enterrado hasta el fondo. Un grito escapa de mis labios.

Nunca me había sentido tan completamente llena, y se siente pecaminosamente bien.

Miko llueve ligeros besos sobre mis labios, mi mandíbula, mi garganta, activando todos los puntos más sensibles mientras comienza a mecerse lentamente.

Un alivio líquido se expande hasta mis dedos de manos y pies, la excitación creciendo en mi interior.

Enlazo mis brazos alrededor de él, atraída por su fuerza, su calor, y presiono mis dedos contra los gruesos músculos de su espalda.

Él se acerca en respuesta, su suave vello pectoral rozando mis pezones sensibles, sus abdominales flexionándose contra mí con cada lenta embestida.

Cada delicioso y tentador movimiento de sus caderas envía una nueva ola de placer a través de mí. La fricción de nuestros cuerpos unidos me estimula hasta casi hacerme llorar. Jamás había conocido una sensación así. No es solo el placer de cómo Miko me toca. Es como si hubiera encontrado una línea directa a mi alma.

Nunca supe que el sexo podría sentirse tan bien. Pyotr nunca pareció importarle mis necesidades, y después de un tiempo, dejé

de sentir deseo por completo, así que decir que me ha dejado alucinada se queda corto.

Si así es el sexo con Miko, podría acostumbrarme. No, podría volverme adicta.

—¡Oh dios! —jadeo, arqueando la espalda sobre la cama mientras siento que floto al borde de un precipicio, a segundos de caer.

—Corre para mí, Anika —ordena Miko, su voz profunda cargada de autoridad.

En este momento, mi cuerpo le obedecería en todo, y grito su nombre mientras me lanzo al olvido.

Fuegos artificiales explotan tras mis párpados mientras mi cuerpo se siente ingrávido, casi entumecido de alivio.

Mis caderas se mueven, mis muslos tiemblan mientras palpito y pulso alrededor de su miembro duro.

Es la sensación más extraña: como si mi cuerpo le rogara más. Pero nada podría ser mejor que el hormigueo liberador que me encoge los dedos de los pies.

Y entonces, semen caliente inunda mi canal cuando Miko me sigue al éxtasis.

Me dejé llevar tanto por el momento que olvidé por completo las posibles consecuencias de que él viniera dentro de mí, e incluso mientras un calor almibarado pulsa por mis venas, esa familiar bola de ansiedad se aprieta en mi estómago.

Se estremece dentro de mí, su polla prolongando mis espasmos mucho después de que mi cuerpo se haya quedado flácido. Y contengo las lágrimas mientras la realidad se instala lentamente. Nunca debería haberme dejado llevar así. Pero cuando Miko presiona un beso suave en mis labios, sé lo fácil que podría perderme de nuevo.

Se retira suavemente de mí y se gira de lado, luego me atrae contra su pecho mientras nos cubre con las sábanas.

Mi respiración se corta, mi cuerpo se tensa ante un gesto completamente desconocido.

Pyotr nunca quiso arrumacos, a menos que hubiera sido especialmente brutal sin motivo, e incluso entonces, solo al principio de nuestro matrimonio. Estoy acostumbrada a que mi marido se aparte de mí tras el sexo y se duerma inmediatamente.

Pero Miko parece quererme cerca mientras mantiene su brazo pesado sobre mi costado desnudo. La sensación de su piel caliente contra la mía es estimulante y extrañamente reconfortante. Su respiración es lenta y regular, y casi puedo sentir sin mirar cuando se duerme.

No tarda mucho.

En el silencio que sigue, sin embargo, permanezco despierta, con los ojos abiertos mientras intento procesar todo lo ocurrido hoy.

A pesar de las circunstancias de mi situación, sin mencionar la pelea mortal que estalló en la boda, siento que cada encuentro con Miko fue casi... agradable.

Cómo sus ojos me encuentran cuando entro en una habitación, su tranquila compostura que hace sentir que controla totalmente nuestro violento y caótico mundo.

Todavía no puedo asimilar que hoy se interpuso entre yo y aquella cuchilla. Y luego esta noche...

Casi parece demasiado bueno para ser verdad.

Y si Pyotr me enseñó algo, es que la verdad nunca es tan agradable.

Al final, el verdadero carácter de un hombre sale a relucir. Y he aprendido que cuanto más encantador es al principio, más oscura es el alma que esconde.

Un terror helado se instala en mi estómago ante ese pensamiento.

Si Miko puede ser tan encantador, ¿cuán cruel será en el fondo?

15

MIKO

El sol apenas se asoma por el alféizar de la ventana cuando despierto, con la perfección dormida de Anika acurrucada contra mi pecho.

Su mejilla descansa sobre mi hombro, su cabello rubio sedoso haciéndome cosquillas en el cuello, y no deseo nada más que pasar el día en esta agradable y cálida cama con ella.

Pero tengo un plan de venganza que preparar, y a mis hermanos no les gusta esperar.

Presiono una suave línea de besos a lo largo del hombro desnudo de mi esposa, despertándola lo justo para que se mueva.

Luego, con cuidado, saco el brazo de debajo de ella para poder salir de la cama. Emite el más leve resoplido de protesta, como si, dormida, hubiera decidido que debería quedarme.

Pero entonces se mete la mano bajo la mejilla, en lugar de mi brazo, y vislumbro su anillo de boda, brillando en su dedo.

La profunda sensación de satisfacción que se instala en mi interior no es algo que hubiera anticipado. Nunca me había parado a pensar

si quería esposa o hijos.

Antes de que nuestro mundo se fuera al infierno, mi único propósito había girado en torno a servir a la familia Chiaroscuro y mantener a Leo a salvo.

Ahora tengo a alguien más a quien proteger, y encuentro que mi compulsión por garantizar la seguridad de Anika es mucho más impactante que cualquier cosa que haya sentido antes.

Dejo un último beso suave en la curva de su cuello, me doy la vuelta para marcharme, vistiéndome rápida y silenciosamente antes de salir de la habitación.

No puse un guardia fuera anoche, calculando que me daría cuenta si Anika intentaba escapar de nuevo.

Pero después de ayer, me siento más inclinado a confiar en que no intentará nada otra vez.

Aun así, al pasar junto a su doncella, me detengo. —Chastity —digo.

La pobre chica casi da un brinco al ser abordada, y la sangre huye de su rostro. —S-sí, señor... ah, Gospodin Chiaroscuro —balbucea, con los hombros encogidos hasta las orejas mientras espera más instrucciones.

—Deja que Anika duerma hoy hasta tarde si quiere. Ahora que estamos casados, puede pasear con seguridad por la casa y la finca... pero si menciona salir de la propiedad, infórmame inmediatamente. No quiero que salga sin la protección adecuada.

—Sí, señor —dice Chastity con una leve inclinación, manteniendo la mirada baja y apresurándose en cuanto la despido.

Meneando la cabeza, continúo, bajo las escaleras y encuentro a mis hermanos en el comedor del desayuno.

—Ahí está, el gran conquistador ruso. ¿Qué tal tu noche de bodas, *fratello*? —pregunta Gio con una amplia sonrisa.

—Sabes que no cuento lo que pasa en la intimidad —gruño.

—Apuesto a que estás contento de que padre no esté aquí para opinar sobre tu elección de esposa —añade Raf, con una sonrisa seca curvando sus labios.

No debe ser fácil verme casarme cuando perdió a su esposa hace semanas —en el ataque que inició todo este maldito conflicto.

Pero me alegra verle hacer bromas de nuevo, aunque sea una amarga.

—Vamos, Raf, admítelo. Esa fue la mitad de la razón por la que querías tanto a Genevieve en primer lugar —bromeo.

Raf y Sandro resoplan al unísono, cruzando los brazos sobre el pecho simultáneamente, ambos en perfecta sincronía sin esfuerzo.

—Quizás al principio —admite Raf—, pero eso no significa que esté menos empeñado en hacer pagar a esos bastardos que la mataron.

Sonrío con sorna y me sirvo una taza de café solo antes de sentarme a la mesa. —Bien, porque necesitamos hablar de lo que pasó ayer y de cómo seguimos a partir de aquí.

—Bueno, está claro que hay disensiones en lo que queda del clan de Pyotr —observa Gio con sequedad—. Buenos movimientos, por cierto. Creo que nunca te había visto moverte tan rápido.

Sé que está insinuando sutilmente lo rápido que me interpuse entre Anika y el peligro, pero no voy a picar el anzuelo.

En una casa llena de hermanos, sé cuándo dejar pasar las cosas, y si me altero por sus bromas sobre mis instintos protectores, nunca me lo dejarán olvidar.

—Sí, tanta disensión que llegaron a la sangre en un evento formal. Fue una buena decisión invitarlos. Diría que las probabilidades de que los rusos se conviertan en una amenaza son inferiores a cero en este momento. Si no pueden estar en presencia los unos de los otros

sin atacarse, no encontrarán un líder capaz de unirlos de nuevo —dice Sandro.

—Quizás no sea del todo descabellado pensar que tú podrías llenar ese vacío, Miko —dice Gio, mirándome con intención.

—Otra vez no —refunfuño—. Nunca me aceptarían como *Pakhan*—aunque pudiéramos aprovechar sus números. Soy italiano—o al menos, trabajo para la Familia—, por no mencionar que soy responsable de haberlos puesto en su situación tumultuosa.

—Cierto —coincide Gio, con una sonrisa pícara que le ilumina el rostro—. Pero en este momento, podría ser su opción más viable si los rusos siguen peleando entre ellos como lo hacen; de lo contrario, la Bratva acabará devorándose a sí misma desde dentro.

Sandro se ríe entre dientes y niega con la cabeza. —Pakhan Miko. Ya me lo imagino.

—Quizás —conviene Raf, con los ojos brillantes de aguda inteligencia —. Pero oí un rumor interesante durante el cóctel que podría cambiar todo eso.

—¿Qué es? —pregunto, intrigado.

—Bueno, supuestamente, hay un heredero Novikov perdido hace tiempo. Los capitanes de Pyotr parecían dispuestos a unirse tras él... si alguien supiera dónde encontrarlo. —Raf da un sorbo a su café y mantiene la taza entre las manos mientras la vuelve a dejar sobre la mesa.

—Era solo un rumor —replica Sandro—, y si nadie puede encontrar a este heredero—lo cual no ha ocurrido desde que se hizo público—, dudo que los rusos puedan recuperarse.

Raf se encoge de hombros, pero algo en la luz de sus ojos me dice que es un detalle que no deberíamos pasar por alto.

Y si confío en alguno de mis hermanos en cuanto a maniobras estratégicas, es en Raf. —No estaría de más investigarlo —dice con

naturalidad—. Y matar al heredero si existe, antes de que pueda unirlos.

Asiento con la cabeza, mientras un leve presentimiento surge en mi estómago, advirtiéndome que no ignore esto.

Pero antes de que pueda dar la orden de poner a mis hermanos menores tras la pista de este heredero desaparecido, algo llama mi atención por el rabillo del ojo.

A través de la ventana del comedor, distingo dos figuras paseando por el sendero de gravilla del jardín.

Mi corazón da un vuelco al ver a Anika caminando libremente por los terrenos, con una postura relajada mientras empuja la silla de ruedas de una anciana de pelo blanco y arrugada.

Anika sonríe, una expresión impactante en su hermoso rostro.

Creo que es la primera vez que la veo lo bastante feliz para sonreír, y eso me produce una curiosidad angustiosa por saber quién es la anciana y de qué están hablando.

—¿Me disculpáis un momento? —pregunto, con la voz distraída mientras me levanto de la silla.

Y a pesar de las protestas y preguntas a gritos de mis hermanos, me marcho sin decir una palabra más, manteniendo la vista fija en la escena exterior mientras puedo.

16

ANIKA

Con pasos apresurados, me dirigí desde el ala principal de la casa hasta el apartamento de la suegra en el extremo opuesto de la mansión Novikov.

Me sorprendió encontrar a Miko ausente esta mañana —y sin guardia que obstaculizara mis movimientos—, aunque Chastity me advirtió que me mantuviera dentro de los límites de la propiedad.

Mi primer pensamiento fue visitar a Svetlana.

He estado recibiendo actualizaciones diarias sobre su bienestar desde la redada, pero ella no estuvo en la boda, y mi necesidad de verla ha ido creciendo hasta alcanzar un nivel de desesperación.

Su saludo cuando llamé a la puerta de su suite fue memorable. —Qué bien saber que no te has olvidado por completo de esta vieja bruja —me dijo antes de salir rodando al pasillo—. Ahora rápido, escapemos antes de que alguien nos vea.

Rodó directamente hasta el ascensor que la lleva a la planta baja, que da al jardín trasero, y se colocó rápidamente delante de las puertas dobles francesas para que yo pudiera abrirlas y sacarla con la silla.

Nadie puede hacerme sonreír como la bisabuela de Pyotr.

A los noventa y siete años, todavía está tan llena de energía y vitalidad como espero estar cuando tenga la mitad de su edad —si tengo el privilegio de llegar a esa edad.

Y está llena de una sabiduría que me resulta reconfortante, especialmente en momentos en los que no sabía cómo iba a sobrevivir un día más bajo el techo de Pyotr.

—¿Cómo has estado, *babushka*? —le pregunto mientras la empujo por el camino de gravilla irregular.

No entiendo por qué le gusta tanto pasar tiempo en el jardín cuando el traqueteo de su silla de ruedas no debe de ser cómodo. Pero nunca he podido negarle nada, y me encantan nuestros paseos juntas.

—¿Yo? Oh, vieja, desvencijada y artrítica, pero todavía estoy aquí, ¿verdad? —bromea, haciéndome reír.

—Quería decir, cómo te han estado tratando los hermanos Chiaroscuro —añado con más suavidad, preocupada por el trato que podría haber estado recibiendo mientras yo estaba encerrada en mi habitación.

—Oh, eso. Un patriarca es muy parecido a otro para mí, ya. Me he limitado a quedarme en mi habitación, y Chastity me ha cuidado bien. Es mejor mantener un perfil bajo, ¿sabes? —dice, asintiendo con sagacidad—. Además, estos hombres hambrientos de poder no tienen tiempo que perder con una anciana como yo. Probablemente sea lo mejor, dadas las circunstancias. Aunque debo decir que, por lo que he visto, Mikail parece haber salido bastante bien —a pesar de tener que buscarse la vida en este mundo—. No puedo decir lo mismo de su hermano menor, que siempre se pareció a su padre —ese hombre tenía un demonio dentro, y el alcohol desde luego no ayudó.

Frunciendo el ceño, considero las palabras de Svetlana por un momento. Por muy lúcida que sea intelectualmente, he notado que, en ocasiones, un atisbo de senilidad se filtra en sus pensamientos.

El médico me aseguró que su pronóstico avanzaría con la edad —gradualmente, si tenemos suerte.

La mayor parte del tiempo, parece bastante lúcida, pero de vez en cuando, se me cae el alma a los pies cuando dice algo que no logro entender.

Como quién podría ser Mikail, por ejemplo. Y por qué lo mencionaría ahora, de entre todos los momentos.

Pero antes de que pueda preguntar, Svetlana aparta su comentario con un gesto. —¿Me escuchas? No es prudente hablar mal de los muertos, ¿verdad? —Girando la cabeza hacia la izquierda, sigue la vieja superstición rusa de escupir tres veces por encima del hombro para alejar la mala energía que ha invocado.

Conteniendo una sonrisa, la llevé hasta uno de los bancos de piedra que bordean el camino del jardín. Luego la rodeé para sentarme y quedar a su altura. —Eché de menos verte en la boda —dije, tomando sus manos entre las mías.

—Bah —bufó—. Total, nadie quería allí a una vieja como yo.

—Me preocupé al no verte —admití, encontrando su mirada lechosa, nublada por las cataratas.

—¿Preocupada? ¿Por mí? No seas tonta. Simplemente no iba a insultar la memoria de mi bisnieto asistiendo a una celebración tan pomposa... no cuando su cuerpo aún está caliente.

No era un reproche, pero las palabras de Svetlana me golpearon como un puñetazo.

Porque yo no solo asistí a la boda... me casé apenas unos días después de que asesinaran a Pyotr.

Y no con un hombre cualquiera, sino con quien lo mató, brutalmente y sin piedad.

—¿Podrás perdonarme alguna vez, *babushka*? —pregunté con la voz entrecortada.

Svetlana ladeó la cabeza, su mano nudosa acariciando mi mejilla. —¿Perdonarte qué, *vnuchenka*?

—Bueno... fue mi boda —expliqué, preguntándome si quizá Svetlana no había entendido lo ocurrido... o tal vez lo había olvidado.

Svetlana se reclinó en su silla de ruedas para estudiarme. —Eso oí. Pero entonces, tampoco tuviste mucha elección en la primera boda, ¿verdad? —señaló, mientras una ceja canosa se arqueaba sobre su frente manchada.

El nudo de ansiedad en mi pecho se aflojó bajo su mirada comprensiva.

—Siento mucho lo de Pyotr —susurré.

Por extraño que pareciera, realmente lamentaba su muerte. No por mí.

Mi marido no era más que un monstruo en mi mundo. Pero era el bisnieto de Svetlana, su único descendiente vivo, y sabía cuánto significaba la familia para ella.

Al fin y al cabo, había permanecido junto a su marido, su hijo y su nieto, aunque todos fueron hombres violentos y coléricos. Los hombres Novikov podían haber sido conquistadores, guerreros feroces que nunca rehuían una pelea.

Pero Svetlana era la columna vertebral de su imperio, la mujer astuta que sabía cómo dirigir a cada hombre temperamental que asumía el papel de *Pakhan*.

Pero antes de que pudiera apenarme demasiado por ella, Svetlana resopló. —Mi bisnieto estaba encurtido por beber demasiado alcohol

—dijo con tono implacable y resignado—. Probablemente se lo buscó él solo. Pero dime, ¿cómo llevas los cambios en la casa?

Me detuve, considerando su pregunta por primera vez.

Mi semana encerrada en una habitación me había vuelto loca de miedo y preocupación por las personas de mi cargo, la gente de esta casa a la que debo proteger.

Pero los retazos de información que Chastity me dio durante ese tiempo me tranquilizaron, y ahora, viendo lo normal que todo parece, empiezo a pensar que el cambio de poder no fue tan devastador para el personal como imaginé.

—Estoy... mejor de lo que pensé —admití—. Hasta ahora, Miko no ha sido cruel conmigo. —Más bien diría que es lo contrario... aunque me haya convertido en prisionera en mi propia casa. Pero eso no es totalmente nuevo para mí.

Svetlana me dio un comprensivo asentimiento y me dio palmaditas en la mano. —Las mujeres de nuestro mundo tenemos que sufrir más que la mayoría en el mundo moderno, ¿verdad? —dijo con sabiduría—. Una espalda fuerte y una voluntad de hierro para sobrevivir te ayudarán a sobrevivirles a todos.

Mi corazón se agitó ante sus palabras proféticas, y de algún modo, en lo profundo, supe que hablaba de lo que se necesita para soportar a los hombres de nuestro mundo.

No sabía exactamente qué quería decir al abrir los labios, pero antes de que pudiera emitir sonido alguno, un movimiento detrás de la perspicaz mujer me puso tensa.

—¡Miko! —jadeé, sonando las alarmas en mi cabeza mientras el calor inundaba mi cuerpo, una descarga de adrenalina corriendo por mis venas.

Me incorporé de golpe, con el corazón acelerado, preguntándome cuánto tiempo llevaba allí plantado... y exactamente cuánto había

oído.

17

MIKO

Mi curiosidad se dispara cuando Anika palidece, visiblemente desconcertada por mi presencia, y no precisamente de forma positiva.

Me sentí atraído por el jardín, intrigado por quién era esa anciana y por qué sería la primera persona a la que Anika buscó cuando tuvo libertad para moverse por la casa.

Pero ahora tengo la sensación de que preferiría que no me enterara.

A pesar de su confusa reacción, el sonido de mi nombre en sus labios envía una descarga de anticipación por mi cuerpo.

E incluso a plena luz del día, me dan ganas de llevarla de vuelta a la cama y hacer cosas indecentes con ella por haberlo dicho.

—Buenos días —digo, con una voz más ronca de lo que pretendía.

—¿Qué haces… aquí fuera? —pregunta con vacilación, mirando alrededor del jardín como si solo ahora se diera cuenta de que estaban manteniendo una conversación íntima en un lugar demasiado público.

—Te vi caminar desde la ventana y pensé en salir a conocer a tu amiga —declaro, dirigiendo la mirada hacia la mujer acomodada en su silla de ruedas.

—Oh, esta… esta es, eh… Bueno, no es nadie importante, solo… —Las mejillas de Anika se sonrojan mientras lucha por darme una respuesta.

No es difícil ver que se muestra reacia a decírmelo, y mi curiosidad se intensifica mientras alzo las cejas.

Entonces la anciana suelta una carcajada, un sonido áspero que interrumpe el incómodo e inesperado tensión. —Y a mí me llaman senil —bromea—. Al menos yo recuerdo mi nombre. Svetlana Novikov —añade, extendiendo una mano nudosa.

Se me enciende una bombilla al oír ese nombre, y aunque nunca la había conocido antes, había oído hablar de la bisabuela de Pyotr Novikov, la matriarca de la familia, que vivió para enterrar a su hijo y a su nieto, y ahora también a su bisnieto.

El estómago se me hace un nudo al mirar a la anciana, y un atisbo de culpa surge en mi interior por primera vez.

Pyotr merecía morir por lo que hizo.

Pero no me gusta ser el hombre responsable de haber matado al último pariente consanguíneo vivo de esta mujer.

—Michelangelo Chiaroscuro —digo con solemnidad, mientras mi mano envuelve su diminuta mano y la estrecho con suavidad.

—Sé quién eres —dice, con sus ojos lechosos llenos de perspicacia —. Ahora ponte a mi altura. Vas a hacerme romper el cuello de tanto mirar hacia arriba.

Un leve resoplido de risa me escapa, y a pesar del filo de la grava rocosa, me agacho, sintiéndome extrañamente reprendido y bienvenido al mismo tiempo.

—Ahora dime, Mikhail, ¿cuáles son tus intenciones con mi Anika? Puede que no sea mi nieta de sangre, pero lo es en todo lo demás, y no permitiré que la faltes al respeto.

Mis ojos se alzan para encontrarse con los de Anika, y su mirada azul está cautelosa. Me observa con intensidad un momento antes de inclinarse para tomar la mano de Svetlana. —Este es Michelangelo, *babushka* —le recuerda Anika, enfatizando la pronunciación de mi nombre.

Pero me preocupa menos que pronuncie bien mi nombre y más la implicación que subyace en sus palabras. —Anika es mi esposa, signora Novikov. Y puedo asegurarle que respetaré y honraré esos votos.

La anciana parece aplacarse con eso, y me obsequia con una sonrisa perspicaz. —Mi Mikhail, siempre fuiste un niño tan obstinado.

Anika frunce el ceño, con profundas líneas de preocupación surcando su frente, y se desplaza hacia delante en el banco para mirar a Svetlana a los ojos. —*Babushka*, ¿me estás diciendo que ya conoces a Miko?

Ella me lanza una mirada, buscando confirmación, y yo niego con la cabeza.

Mi familia y los Novikov nunca tuvimos una relación lo suficientemente cordial como para que yo pasara tiempo con Svetlana de niña.

Más bien, crecí con las historias de terror sobre lo que había hecho la Bratva, y por qué nunca debíamos fiarnos de ellos.

—Por supuesto que lo conozco —dice Svetlana, con un tono ofendido—. Mijaíl es mi bisnieto.

Lo dice con tanta seguridad que casi podría creerla, y una sensación de inquietud se hunde en mi estómago.

Pero entonces Anika niega con la cabeza y sus ojos se encuentran con los míos, con una disculpa que se cierra como un puño alrededor de mi corazón.

—Lo siento. A veces se confunde —explica Anika—. El médico dice que es algo natural a su edad. El trauma de la última semana probablemente la ha afectado.

Svetlana resopla, retirando sus frágiles manos de las de Anika. —No estoy confundida en absoluto —afirma—. Este es mi Mijaíl. ¿Crees que una abuela no reconoce a su propio nieto cuando lo ve?

—*Babushka*, tu bisnieto se llamaba Pyotr. Mijaíl era el nombre de tu hijo —explica Anika con suavidad.

—¡No! —insiste Svetlana.

La cabeza de Anika se echa hacia atrás, como si la negativa de la mujer la hubiera golpeado físicamente. Lentamente, alza la mirada, volviéndose hacia la casa. Y cuando sigo su dirección, veo a su doncella, Chastity, apresurándose hacia nosotras.

—Está bien, *babushka* —dice Anika amablemente—. Lo resolveremos en otro momento.

Pero Svetlana no quiere ni oírlo. Resopla y farfulla, claramente alterada por el desajuste de sus recuerdos. Levantándome lentamente, me quedo atrás mientras llega la doncella, y ella y Anika intercambian una palabra rápida y susurrada.

—La llevaré de vuelta adentro —murmura Chastity. Luego alza la voz para que Svetlana también la oiga—. Es hora de su siesta, *gospozha* —dice, cogiendo los mangos de la silla de ruedas—. Vamos a llevarla adentro.

—Te visitaré pronto, Svetlana —llama Anika tras sus figuras que se alejan. Su expresión es de dolor mientras las observa seguir el camino hacia las puertas francesas dobles que dan al jardín.

Estudio a Anika en el silencio que siguió.

Está abiertamente preocupada por el bienestar de la anciana, inquieta por su memoria fallida, y me pregunto si Svetlana no será lo más parecido a una familia que tiene.

—¿Por qué no querías decirme quién es? —pregunto finalmente, cuando estamos completamente solos.

Anika se encoge, ese gesto sutil es defensivo mientras se vuelve lentamente para mirarme.

Sus ojos azules se encuentran con los míos, su suave color azul cielo frío por la desconfianza.

Su lenguaje corporal habla por sí solo, acompañado de su renuencia a responder.

—Anika —insisto, y mi deseo por ella arde al ver cómo alza la barbilla en ese acto sutil de desafío que siempre me afecta. Suspirando, paso los dedos por mi cabello y me obligo a concentrarme—. Es importante para ti —observo.

—Lo es —admite Anika, y la confesión parece casi dolorosa.

—Entonces, cuando te pregunté quién debería estar en la boda, ¿por qué no la mencionaste?

Su esbelta garganta se mueve, y Anika baja la mirada mientras se muerde las uñas. —Me preocupaba que pudieras hacerle daño si supieras que era una Novikov.

La verdad corta como un cuchillo, pero no puedo culpar a Anika por sus preocupaciones. No es que tomáramos el complejo Novikov pacíficamente, y ella fue testigo de primera mano de la muerte sangrienta que le di a Pyotr.

Pero eso no me convierte en el tipo de monstruo que haría daño a una anciana inocente y desarmada.

—Podría haberte hecho daño a *ti* si fuera ese tipo de hombre —señalo.

Anika asiente, pero aún se niega a encontrarse con mi mirada, y una decepción que hunde se instala en mi estómago.

Aún no confía en mí, o quizás en ningún hombre. No sé muy bien dónde traza la línea, porque los hombres que la han rodeado formaron parte del ataque que le dio la vuelta a la vida.

Pero pensé que estábamos superando eso. Ayer, sentí que empezaba a bajar la guardia. Y anoche... en lo que a mí respecta, el sexo fue increíble. Pero parece que Anika vuelve a congelarme esta mañana.

No sé qué hacer.

—Perdón. Si me disculpas —murmura, manteniendo la mirada baja mientras huye hacia las puertas de la casa.

Aturdido al comprobar lo poco que confía en mí, seguido por su abrupta partida, me quedo clavado en el sitio, observando cómo mi esposa huye hacia la seguridad de la casa.

18

ANIKA

Con el corazón martilleándome las costillas, casi corro de vuelta al dormitorio principal que ahora comparto con Miko.

El rubor ardiente de mi piel es un recordatorio candente de la absoluta falta de compostura que demostré en presencia de Miko.

Una combinación de culpa y ansiedad revuelve en mi estómago.

Por muy grosera que fuera mi salida abrupta, no pude obligarme a quedarme.

No solo por la evidente ofensa que le causó que sugiriera que podría hacerle daño a Svetlana—sino porque, al parecer, no puedo fiarme de mí misma cerca de él.

Desde el segundo en que lo vi en el jardín, mi pulso se aceleró, pero no solo por mi miedo inicial a que me pillaran hablando con Svetlana.

Esa ansiedad fue rápidamente eclipsada por la comprensión de que mi cuerpo se siente innegablemente atraído por Miko tras lo ocurrido anoche. La simple visión de él desata mariposas en mi estómago.

Nunca me había sentido tan adolescente—casi eufórica en su presencia.

Por un momento allí, perdí completamente el hilo de mis pensamientos.

Pero sé que es mejor no confiar en esa atracción.

Se desvanecerá cuando Miko empiece a mostrar su verdadero carácter. Y esta vez, no pasaré por alto las primeras señales.

Aspirando profundas bocanadas de aire, camino de un lado a otro dentro de la suite nupcial, intentando calmarme.

Todavía no sé qué pensar de su respuesta: *—Podría haberle hecho daño si fuera ese tipo de hombre.* No estoy completamente segura de que no fuera una amenaza.

Quizá su punto era que él *es* el tipo de hombre capaz de hacerme daño si intento ocultarle cosas como hice con Svetlana.

No dijo exactamente que *no* fuera ese tipo de hombre.

Pero sus palabras lo insinuaban. *¿Verdad?*

Sé todo sobre el modo subjuntivo tras años de rigurosa tutoría gramatical en varios idiomas.

Pero eso no significa que Miko lo usara correctamente.

Y si no lo hizo, entonces su declaración fue muy probablemente una amenaza velada, lo que significa que acabo de poner a Svetlana en mucho más peligro del que ya corría.

Porque ahora sabe que ella es importante para mí.

Podría usarla para hacerme daño.

Un sollozo amenaza con escapárseme, y lo ahogo, levantando la cabeza para mirar al techo mientras intento contener las lágrimas. No sé qué hacer.

Mi vida con Pyotr fue un infierno en la tierra, pero al menos sabía cómo minimizar su agresividad.

Pero esta semana de dudar de cada movimiento mío, angustiándome por cada "qué pasaría si", ha sido pura tortura.

No conozco a Miko. No sé cómo podría reaccionar ni qué esperar a continuación.

Y eso, más que nada, tiene mi estómago tan hecho un nudo que dudo que pueda desenredarlo jamás.

Por ahora, tengo libertad para moverme por la casa, pero me aterra salir de nuevo y arriesgarme a encontrármelo otra vez.

Dejarlo plantado en el jardín fue un movimiento terrible. Ahora nunca sabré si podría haber calmado la situación con las palabras adecuadas. Mientras tanto, podría estar permitiendo que rumiara todo el día lo que le dije. *¿Y si es el tipo de hombre que se enfurece hasta la violencia?*

Pyotr siempre se enfadaba rápido.

Nunca se contenía en el calor del momento.

Pero también era un maestro guardando rencores cuando le convenía. Miko podría ser ese tipo de colérico.

Podría estar acumulando pruebas contra mí, esperando el momento adecuado para descargar su ira sobre mí.

Una retahíla de palabrotas rusas brota de mí, y entro furiosa en el baño, buscando algo que limpiar.

Necesito mantener mis manos—y con suerte mi mente—ocupadas. Es una vieja reacción mía, que desarrollé al crecer.

Mi madre creía fervientemente que las manos ociosas son el juguete del diablo, así que aunque teníamos personal completo para mantener la casa, si no estaba estudiando, aprendía a cocinar y limpiar, zurcir y coser cosas.

Pero no tengo agujas ni hilo conmigo, y limpiar puede ser catártico.

Supongo que algunas costumbres son difíciles de erradicar.

Así que friego y ordeno, limpio y doblo, intentando aliviar el nudo de tensión que crece en mi estómago.

Chastity entra hacia la hora del almuerzo para ver cómo estoy.

Deja un bocadillo y me recuerda que mantener limpio el apartamento es su trabajo, pero le aseguro que esto es lo que necesito.

Me ayuda a pensar.

Ya ha oído ese discurso antes, así que no discute.

En cambio, se limita a sacudir la cabeza y marcharse.

Después de que se va, examino el bocadillo—un crujiente BLT sobre centeno con tomates frescos del jardín.

Cualquier otro día, habría sido perfecto.

Pero estoy tan nerviosa que dudo que pudiera tragar con el puño de hierro que me oprime la garganta.

Y cada vez que interrumpo la limpieza, las dudas vuelven a inundarme.

No debería haber sido tan evidente mi conexión con Svetlana. Y desde luego no debería haber expresado mi temor de que Miko le hiciera daño.

Sus ojos azules relampaguean en mi mente, su frialdad glacial haciéndome estremecer al recordar el desagrado que vi en ellos.

O quizá sea el deseo que permanecía allí—como si quisiera castigarme por hablar fuera de lugar.

Algo en Michelangelo Chiaroscuro me desequilibra. Así ha sido desde el momento en que lo conocí.

Mi atracción hacia él es una debilidad—más que eso, es un lastre.

Porque me hace reaccionar de forma imprevista y sin pensar.

Eso obstaculiza todos los instintos de autopreservación que he ido perfeccionando cuidadosamente durante el último año.

Y por primera vez, me encuentro echando de menos a Pyotr.

Porque por cruel que pudiera ser, por mucho que lo odiara, al menos podía predecirlo—así como mis propias reacciones ante su brutal disciplina. —Más vale malo conocido…— susurro, recordando el refrán una vez más.

En lo que respecta a Miko, ni siquiera logro entenderme a mí misma, y menos aún a él.

Chastity regresa varias horas después, cuando el cielo es tinta negra en el exterior y he encendido todas las luces para continuar con mi limpieza profunda.

Al anunciar que la cena está lista, ve el bocadillo intacto en el tocador y lo recoge sin decir palabra.

Luego abre la puerta de nuevo, lanzándome una última mirada preocupada antes de dejarme en paz.

Sé que la tranquilizaría que bajara a comer algo. Pero Miko sin duda estará allí con sus hermanos, y la idea de enfrentarme a él todavía me revuelve el estómago.

Solo puedo pensar en cuándo caerá el otro zapato. Lo presiento.

Se avecina una tormenta en el ambiente, una corriente eléctrica de anticipación que me advierte que no me gustará cuando se agote su paciencia.

Quizá debería intentar escapar mientras está despistado.

Pero entonces, ni siquiera ha pasado un día completo desde que me dio libertad para moverme por la casa.

Tal vez solo esté poniéndome a prueba para ver si aprovecho una puerta abierta.

Si lo pienso con lógica, seguramente tiene a alguien vigilándome a distancia.

Listo para ajustar la correa al primer indicio de que pretendo huir.

No, ahora no es momento de hacer algo precipitado.

Arrojando mi trapo sucio al cesto de la ropa con un bufido, me desplomo en el sillón de lectura arrinconado junto a la ventana.

Me estoy volviendo loca dándole vueltas a lo ocurrido, y lo sé. Pero soy demasiado cobarde para salir y enfrentarme a Miko.

No estoy preparada.

Inclino la cabeza hacia atrás apoyándola en el sillón mullido, cierro los ojos y me obligo a calmarme. Pero es más fácil decirlo que hacerlo.

Y cuando las puertas del dormitorio se abren de golpe un momento después, casi levito del asiento.

Si albergaba alguna duda sobre si dejé a Miko macerando demasiado tiempo, se desvanecen en cuanto lo veo.

El ceño fruncido que pliega su frente definida lo dice todo.

Cierra las puertas tras de sí con un poco demasiada fuerza, y estas vibran en el marco mientras la habitación se llena de un silencio ensordecedor.

—¿Por qué no ha bajado a cenar? Chastity dijo que tampoco almorzó. ¿Ha comido *algo* hoy?— exige, con voz acusatoria mientras avanza hacia mí como un depredador al acecho.

Los vellos de mi nuca se erizan ante la ira en su voz. Desencadena esa adrenalina helada que solía inundar mis venas cuando Pyotr se

descontrolaba, y mis músculos se bloquean al quedarme paralizada como un ciervo ante los faros.

—¿Qué le importa si he decidido matarme de hambre?— replico, alzando la barbilla en un acto temerario de desafío. No sé qué me ha poseído.

Yo *sé* que es imprudente provocar a un hombre enfadado. Responder solo agrava el enfrentamiento y convierte mi boca en un blanco. Pyotr me partió los labios más veces de las que merecía antes de que aprendiera esa lección. Y ahora, estoy a punto de volver a aprenderla.

Puedo ver el fuego que se enciende tras la mirada azul helada de Miko.

Da un paso significativo hacia mí, alzando las manos mientras reduce la distancia entre nosotros con aterradora facilidad.

Tras un día entero angustiándome por este momento—el momento en que Miko decidiría actuar ante su creciente frustración conmigo—mis desgastados nervios no lo soportan.

Siento cómo se rompen dentro de mí mientras mi cuerpo se entumece.

Va a pegarme.

Me estremezco, preparándome para un revés cuando la verdad me golpea—entuego me detengo, la confusión nublando mi visión cuando el golpe no llega.

Y en la fracción de segundo de quietud que sigue, entro en pánico. Antes de que pueda procesar lo ocurrido, mis instintos de huida se disparan.

Descalza y sin plan, echo a correr hacia la puerta.

19

MIKO

Anika se encoge ante mí con un miedo tan evidente que me detiene en seco.

Cierra los ojos con fuerza al girar la cara, levantando el hombro como para protegerse de una bofetada.

Su reacción deja claro que no se trata de tener miedo de mí. Es una respuesta instintiva que solo puede desarrollarse con la experiencia.

Así, de repente, todo lo que creía saber sobre mi nueva esposa se hace añicos.

Mi evaluación inicial de lo que Anika debió haber sufrido se quedó muy corta ante su realidad.

Y en el momento en que el tiempo se detiene, la verdad me embiste como un tren de carga.

Entonces, en un instante, sale disparada hacia la puerta del dormitorio.

Maldita sea, y yo que pensaba que antes era rápida.

Ahora que va descalza es casi demasiado veloz, y la idea de que pueda escaparse de verdad me inunda de ansiedad.

Salgo tras ella como un rayo, preocupado por adónde podría correr si no la detengo.

Ahora que es mía, no tiene motivo para temer a mis hombres —por eso era seguro darle libertad para moverse por la propiedad—.

Pero fuera de esos límites tenemos muchos enemigos que irían tras ella para herirme.

—¡Anika! —grito, corriendo por el pasillo mientras ella se lanza como un tirachinas hacia la esquina de las escaleras.

Oigo el chapoteo de sus pies contra el suelo duro, algunas exclamaciones de sorpresa del personal que se detiene a observarla, pero nadie intenta impedir su huida.

Casi podría respetarlos por su lealtad... si no estuviera poniendo a Anika directamente en peligro.

—¡Anika, para! —ordeno, bajando las escaleras tras ella a toda velocidad.

Lanza una mirada aterrorizada hacia atrás —y choca de frente contra uno de los pedestales que exhiben un jarrón elaborado cerca de la puerta principal.

Se derrumba con un estruendo ensordecedor, haciéndose añicos en mil pedazos y ahogando el sonido de su grito.

Pero ni siquiera eso la frena.

En cuestión de segundos, está en la puerta principal, arrojando todo su peso contra ella mientras la abre de un tirón antes de desaparecer en la noche.

—¡*Merda*! —gruño, saltando por encima de los fragmentos rotos para seguirla.

Lleva una ventaja asombrosa cuando diviso su figura huyendo, y el corazón me da un vuelco mientras corro tras ella sin dudarlo. Sus brazos bombean, sus pies destellan sobre el suelo.

Pero no importa lo rápida que pueda ser.

Mis piernas son más largas. Y tengo mucha práctica persiguiendo hombres. Normalmente, son más corpulentos, más lentos.

Pero mi miedo por la seguridad de Anika es una fuerza motriz impresionante.

Así que, incluso cuando mis pulmones empiezan a arder con el esfuerzo de alcanzarla, sigo adelante.

El alivio me inunda cuando finalmente deslizo el brazo alrededor de su cintura, levantándola del suelo mientras pongo fin a su huida de forma abrupta.

—¡No, nooo! —grita, retorciéndose con una ferocidad recién descubierta que me deja atónito.

Esto no se parece a nada que haya intentado antes. Anika parece medio enloquecida mientras muerde y patea, arremetiendo contra mí como un animal salvaje. Me lucha como si no le quedara nada que perder.

Y cuando un codazo perdido alcanza mi garganta, aflojo momentáneamente mi agarre.

Es todo lo que necesita para zafarse, y se desploma al suelo con un grito antes de echar a correr de nuevo.

—¡Maldita sea, Anika! —esta vez, cuando la atrapo, la giro, inmovilizando sus brazos contra su pecho antes de aplastar su cuerpo contra el mío para que no pueda incapacitarme.

—Por favor, por favor —solloza, con lágrimas corriendo abiertamente por su rostro mientras se desploma contra mí—. Lo siento. No era mi intención. Por favor, no me hagas daño.

Siento como si alguien me hubiera metido la mano en el pecho y me hubiera arrancado el corazón.

El oxígeno desaparece de mis pulmones, cualquier ápice de frustración se desvanece con él mientras miro impotente a la mujer rota entre mis brazos. Pero eso es lo que realmente es.

Sabía que Pyotr no era un hombre agradable, incluso violento. Pero nunca soñé que volcaría esa crueldad contra su propia esposa.

No tenía ni idea de lo abatida que está Anika.

Ha mantenido una fachada impresionante. Pensé que su desconfianza se debía a lo que hice —a lo que vio hacerme a su marido—.

Pero está claro que ese cabrón la estaba lastimando si Anika tenía este tipo de miedo inculcado.

—Shh, *topolina*, shh. No voy a hacerte daño —prometo, intentando calmarla.

Ella tiembla violentamente contra mí, sus lágrimas caen con fuerza y rapidez mientras los sollozos sacuden su frágil cuerpo.

A pesar de su aparente miedo, Anika se acurruca contra mí, apretando su frente contra mi pecho y redondeando los hombros para protegerse mejor.

Una tristeza dolorosa me oprime el pecho como una tenaza, y la estrecho más contra mí, colocando su cabeza bajo mi barbilla mientras intento mantenerla entera.

—No estoy aquí para hacerte daño —la tranquilizo en voz baja, deseando que esta vez me crea.

Y cuando asiente contra mí, un alivio mareante inunda mi sangre.

—¿Puedo llevarte adentro? —sugiero. Sin más órdenes. Ahora que entiendo lo que pasa, tendré que ser mucho más cuidadoso con la manera de tratarla.

De nuevo, Anika asiente, sus sollozos se suavizan en roncos mocos mientras intenta contener las lágrimas.

Con el corazón golpeando un ritmo irregular contra mis costillas, relajo lentamente mi agarre sobre ella, con cuidado de ver si intentará escapar de nuevo en el momento en que la suelte.

Afortunadamente, no lo hace, y la rodeo con un brazo, tomándole la mano para guiarla de vuelta hacia la casa.

Preferiría simplemente cargarla, pero no quiero hacer nada que parezca que la estoy forzando.

No cuando parece que está al borde de luchar o huir.

Anika da varios pasos cojeando, parece que se da cuenta del daño en sus pies por primera vez ahora que ya no corre impulsada por la adrenalina, y mi pecho se oprime. Reduzco la velocidad, luego me detengo de repente cuando veo las huellas sangrientas.

—Estás sangrando —afirmo, con un nudo en el estómago. He visto mucha sangre en mi vida —mucha de la cual derramé yo mismo—. Pero ver a Anika herida despierta en mí un feroz instinto protector. —Déjame llevarte en brazos —insisto, luego añado un —por favor— para que no suene tan autoritario.

Anika me dirige una pequeña sonrisa llorosa. —Gracias —susurra.

Agachándome, la recojo en brazos y la llevo de vuelta al interior de la casa. Varios pares de ojos nos observan al entrar, con preocupación dibujada en los rostros del personal de la casa.

Hay que reconocerles que parecen dispuestos a intervenir si Anika pide ayuda.

—Por favor, haz que suban algo de cena a nuestra habitación —dirijo mi petición a Alfonzo, el mayordomo que siguió a mis hermanos y a mí desde las ruinas de nuestra casa familiar.

—Por supuesto —dice con un asentimiento, girando para dirigirse a la cocina mientras yo llevo a Anika hacia las escaleras.

Varios sirvientes ya están arrodillados alrededor del jarrón roto, recogiendo los afilados fragmentos. Eso debe de ser lo que cortó los pies de Anika. No creo que ni siquiera intentara evitar el desastre.

El silencio se extiende entre nosotros al llegar al segundo piso, roto solo por sus mocos que se suavizan lentamente mientras se calma.

Pero mi corazón todavía retumba en mi pecho, mi adrenalina es como fuego en mis venas mientras intento asimilar lo que acaba de pasar.

Me muero por preguntárselo, pero lo último que quiero es provocar otra reacción inesperada. Así que necesito tomarme mi tiempo. Demostrarle que puede confiar en mí.

Sin soltarla, giro el pomo de la puerta de nuestro dormitorio y entro, cerrándola de una patada detrás de mí.

La llevo directamente al lavabo del baño, que prácticamente reluce de lo limpio que está. Puedo oler la lejía en el aire, y agradezco tener un espacio higiénico donde trabajar.

Bajándola con suavidad sobre la encimera, coloco sus pies en la pila del lavabo, luego cojo el taburete del tocador para sentarme y así poder examinar la planta de sus pies.

El aire silba agudamente entre mis dientes cuando encuentro varios fragmentos considerables clavados en su piel.

—Tendré que sacar los trozos rotos antes de limpiarte —le advierto, sabiendo que no será un proceso agradable.

—Vale —dice Anika, con su voz suave extrañamente calmada.

Buscando en los cajones el botiquín de primeros auxilios y unas pinzas, recojo las herramientas necesarias, luego me acomodo de nuevo en el taburete y tomo su pie izquierdo.

—¿Lista? —pregunto, sosteniendo las pinzas sobre el primer fragmento mientras levanto la vista para encontrarme con sus ojos.

Anika asiente, sus mejillas se sonrojan delicadamente mientras se recuesta para apoyarse en la encimera con las palmas de las manos.

Haciendo lo posible por ser suave, capturo una esquina del jarrón roto y lo extraigo con cuidado.

A Anika se le corta la respiración, su pie se estremece ligeramente en mi agarre, pero no lo retira, y cuando dejo caer el primer trozo sobre la encimera a su lado, parece relajarse un poco.

Un suave golpe en la puerta nos interrumpe cuando termino con su primer pie y paso al segundo.

—Pasa —llamo sin perder la concentración.

—Un poco de sopa para la señora —dice Chastity, dejando un cuenco en la encimera junto a Anika con un suave tintineo.

—Gracias, Chastity —murmura Anika, y la criada se va sin decir nada más.

—Come —ordeno, encogiéndome por dentro cuando ella se sobresalta pero inmediatamente coge el cuenco.

Tomando una respiración profunda, la suelto despacio mientras vuelvo a extraer los fragmentos sangrientos y los dejo caer sobre la encimera a su lado. No es hasta que la cuchara raspa el fondo de su cuenco que me doy por satisfecho de haber quitado todas las astillas.

—Bien. Esta parte ya está hecha —digo, manteniendo la voz baja y uniforme. Levantándome del asiento, abro el grifo, dejando el agua fresca pero agradable. —Esto podría escocer un poco —le advierto antes de guiar su pie bajo el agua corriente para lavar la gravilla y la suciedad. Luego echo jabón sobre un paño limpio para limpiar la piel alrededor de sus cortes.

Anika aparta el cuenco para observarme trabajar, y puedo sentir su mirada sobre mí mientras inclino la cabeza para concentrarme en mi tarea.

—Entonces, ¿quieres contarme qué pasó? —pregunto, lanzándole una rápida mirada de reojo.

—Me... entró el pánico —termina diciendo con voz débil, sus mejillas tornándose a un rosa intenso.

—Me di cuenta —digo, secando suavemente un pie antes de limpiar el otro—. Pero esa no fue una reacción normal, Anika. No a menos que tengas un pasado que no me hayas contado.

—¿Qué quieres decir? —pregunta, sus músculos tensándose mientras el pulso se acelera en su garganta.

Interrumpiendo mis abluciones, levanto la vista para mirarla directamente a los ojos, pero mantengo un firme agarre en su tobillo para que no pueda irse—. ¿Pyotr llegó a ponerte alguna vez la mano encima? —pregunto directamente, sintiendo las palabras como ácido en mi lengua.

La mirada de vergüenza de Anika me dice todo lo que necesito saber.

Pero quiero oírselo decir.

Quiero saber qué tan profundas son sus heridas.

Porque si no lo sé, no podré ayudarla.

—Fue culpa mía —dice, con palabras salidas directamente del manual de la víctima—. Normalmente solo ocurría cuando le provocaba.

Si pudiera pescar los diminutos trozos de Pyotr del lago Míchigan, lo reconstruiría y le devolvería la vida solo para matarlo otra vez.

Y esta vez, tardaría *días* en terminar el trabajo.

Ninguna muerte sería demasiado horrible para ese maldito enfermo.

Pero ahora mismo, a pesar de la furia que bulle dentro de mí, amenazando con explotar, sé que es lo último que Anika necesita.

Así que tomo otra respiración profunda y calmante, suavizando mi agarre en su tobillo mientras alcanzo el desinfectante y una bola de algodón.

—Voy a seguirte el juego un momento y fingiré que existe *alguna* razón válida para que un hombre lastime a una mujer, para poder hacerte esta pregunta. ¿Qué, por favor, hiciste para provocarlo?

Anika resopla, su pie se sacude cuando el desinfectante toca su piel, y aprieto la mandíbula, cerrando los ojos mientras su dolor me atraviesa como un cuchillo.

—Perdona —gruño—. Debí haberte avisado.

—No pasa nada —dice, relajándose de nuevo bajo mi mano mientras vuelve a mi pregunta—. Pyotr tenía mal genio... y le gustaba beber —admite a regañadientes—. Sabía que era mejor no discutir cuando estaba de mal humor, pero a veces no podía evitarlo.

Mirándola por encima de las delicadas puntas de sus pies pintados, estudio los llamativos rasgos de Anika: el leve moratón amarillento en su pómulo que casi ha desaparecido—. Ese moratón en tu cara, ¿lo hizo él? —adivino, encajando por primera vez varios hechos contradictorios.

Anika muerde su labio inferior y asiente nerviosa.

Exhalando con fuerza por la nariz, niego con la cabeza y me giro para coger un rollo de gasa.

—Fue esa mañana cuando tu familia atacó —dice, sorprendiéndome al empezar a abrirse sin más preguntas—. Él estaba... con resaca por celebrar...

Las palabras de Anika se desvanecen, y sé sin preguntar que se refiere a que se emborrachó celebrando el asesinato de mi padre adoptivo.

Manteniendo los ojos fijos en mi tarea, intento no mostrar la ola de odio que me recorre.

—Dejé que los huevos se enfriaran. Y cuando me lo dijo, empecé a discutir —explica, su voz apenas un susurro.

Luego encoge un hombro delgado, sus vívidos ojos azules apagándose. Esa mirada de derrota me desgarra.

Quiero decirle que no fue culpa suya, que nada de esto fue por su causa.

Pero ni siquiera puedo respirar, mucho menos encontrar palabras para hablar.

El horror me atenaza al ver por primera vez qué clase de infierno estaba viviendo.

—¿Cuánto tiempo ha estado pasando esto? —pregunto, vendando cuidadosamente su segundo pie antes de alzar la vista para encontrarme con sus ojos.

—¿Desde el principio? —sugiere, la afirmación sonando más como una pregunta. Luego niega con la cabeza—. Todo empeoró después de la boda.

—Dios, Anika —gruño, mi furia crece al pensar cuánto tiempo Pyotr la estuvo lastimando: sufrió durante un año y yo nunca lo supe.

De haberlo sabido, habría derribado su casa para rescatarla.

Estuve tentado aquella noche cuando tropecé con ella en la gala, y eso fue antes de saber que estaba lo bastante trastornado para golpearla.

Pero no me gustó cómo la apartó del centro de convenciones. Nunca debí permitir que se fuera con él esa noche.

—¿Te lastimaba a menudo? —trago saliva con fuerza, preparándome para la respuesta.

Si solo la lastimó una vez, ya sería una vez demasiado, pero temo oír que Pyotr ponía sus manos sobre ella habitualmente.

Me hace desear haberle cortado los dedos y habérselos metido por la garganta.

Aun así, sé que debió hacerlo.

Es la única forma en que su reacción esta noche podría estar tan arraigada.

Bajando la mirada, Anika deshilacha el dobladillo de su vestido—. Aprendí cuándo evitarlo, y cómo mantener la paz lo bastante bien —elude—. Pero la bebida siempre lo empeoraba.

Soltando el tobillo de Anika, me pongo de pie y suavemente tomo su mandíbula con la palma de mi mano.

Un calor eléctrico sube por mi brazo desde el punto de contacto, pero por primera vez lo ignoro mientras miro profundamente en sus ojos, deseando que entienda—. No tenía derecho.

20

ANIKA

El pulso se me acelera ante la intensidad de la mirada de Miko. Hay ira en esas profundidades azules, pero no parece dirigida hacia mí.

En lugar de eso, es una ira justicera, casi como si estuviera furioso en mi nombre. Pero no sé si puedo fiarme de ello.

Sigo esperando mi castigo.

Ahora que ha detenido el sangrado de mis pies, querrá darme una razón para no intentar escapar de nuevo.

Puedo sentir cómo la tensión prende el aire entre nosotros.

Mi respiración se acelera mientras sostengo su penetrante mirada, incapaz de apartar los ojos.

Su voz es ronca cuando habla, y me eriza la piel de la columna vertebral, pero las palabras resultan extrañamente suaves.

—Vamos a prepararte para dormir —dice con voz áspera, mientras alcanza mi cepillo de dientes, pone pasta dentífrica y me lo entrega.

Solo después de que empiezo a cepillarme los dientes hace él lo mismo.

Es un acto extrañamente íntimo, lavarnos los dientes al mismo tiempo.

No recuerdo que a Pyotr le importara compartir espacio durante mi rutina nocturna. Y aunque solo sea cepillarme los dientes, me sonrojo cada vez que nuestras miradas se encuentran.

Espera a que me incline para escupir la pasta en el lavabo antes de dirigirse al otro fregadero para hacer lo mismo. Luego observa, con mirada curiosa y expectante, mientras cojo un paño desmaquillante y limpio mi rostro. Normalmente sigo un proceso meticuloso de limpieza y cremas, pero me palpitan los pies y no tengo ganas de apoyarme en ellos para lavarme bien la cara. Así que, en su lugar, me salpico con agua fresca para retirar el desmaquillante.

Después busco el valor para deslizarme de la encimera y cojear hasta el dormitorio.

Pero antes de reunir coraje, Miko me recoge de nuevo en brazos. El corazón da un vuelco peligroso cuando me lleva hasta la cama y me deposita como si no pesara nada.

—¿Dónde tienes tu... eh... ropa de dormir? —pregunta, mirando hacia el armario mientras busca la palabra adecuada.

Anoche no llegamos a ponernos la ropa, y sonrío al señalar el cajón correspondiente. —Gracias. —Siento que he pronunciado esas dos palabras más veces en las últimas veinticuatro horas que durante todo mi año de matrimonio con Pyotr... y el contraste es brutal.

Estoy sinceramente agradecida por los actos de bondad de Miko, y no recuerdo la última vez que mi exmarido hizo algo que mereciera esa palabra.

Sacando una camiseta de seda y unos pantalones cortos azules a juego del cajón superior, Miko me los trae y los deja sobre la cama, a mi lado.

Luego se inclina para agarrar el bajo de mi vestido.

El aliento se me corta, la piel se me calienta mientras él desliza la tela por mis muslos, sus dedos rozándome ligeramente en el trayecto.

Apoyándome en las palmas de las manos, levanto las caderas y él sube el vestido más, pasándolo por mis hombros, brazos y cabeza mientras alzo las manos para permitírselo.

Mientras me desabrocho el sujetador por detrás, él centra su atención en mi camiseta, preparándola para mí en lugar de quedarse mirando mi cuerpo o convertir el momento en un acto sexual.

Sin embargo, veo su excitación, presionando contra la costura de sus vaqueros, y la boca se me seca mientras mi cuerpo responde instintivamente.

El calor florece en mi interior, y aprieto las rodillas para ocultar mi excitación, confundida por su repentina intensidad cuando ni siquiera me ha tocado así.

Vuelvo a alzar los brazos para que Miko me vista, y un escalofrío me recorre cuando la suave tela se desliza sobre mi piel.

¿Es una locura total desear que fueran sus manos?

Son cien veces más callosas —y lo bastante fuertes para robarme el aliento—, pero por alguna razón anhelo su aspereza.

El pulso se me acelera cuando sus dedos se enganchan en la cintura elástica de mis bragas y las baja lentamente por mis caderas, igual que anoche.

Pero una vez que la endeble encaje toca el suelo, alcanza mis pantalones cortos de dormir, repitiendo el proceso con una casta disciplina tal, que me pregunto si estaré imaginando su excitación.

No entiendo qué significa.

Esta cuidadosa distancia, su toque gentil. Se siente tan completamente ajeno que empieza a ponerme nerviosa.

Así que, cuando se endereza y empieza a quitarse la ropa, lo observo, intentando entender qué quiere.

Despojándose de su camiseta de cuello alto y vaqueros, Miko me ofrece un vistazo perfecto de su cuerpo esculpido.

Luego cambia sus calzoncillos por unos limpios antes de acercarse a la cama.

Una sonrisa burlona se curva en sus labios cuando me descubre observándole.

—¿Te gusta lo que ves, *topolina*? —bromea.

Me muerdo el labio inferior y asiento.

Con un suave murmullo, Miko se acomoda en su lado de la cama, luego se inclina y rodea mi cintura con un brazo tatuado para atraerme hacia él.

Engancha su otro brazo bajo mis rodillas, cruza mis piernas sobre su regazo y me arrima contra su pecho mientras se recuesta en el cabecero.

Su forma de sostenerme resulta asombrosamente segura—y protege mis pies heridos sin esfuerzo.

Con el oído pegado a su pecho, el ritmo fuerte y constante de su corazón me sume en una calma engañosa.

Antes de darme cuenta, inspiro hondo su aroma, deleitándome con los efluvios a aceite de motor y pino silvestre.

Me siento tan segura que el peso agotador del cansancio empieza a apoderarse de mí. Tras noches sin dormir y días de incertidumbre y tensión, resulta increíblemente liberador rendirse.

Y por primera vez, pienso que quizá esté bien hacerlo.

—No fue culpa tuya, Anika —murmura Miko con una voz tan baja que casi no le oigo.

La niebla del agotamiento me hace fruncir el ceño. —¿Mmm? —pregunto, ajustando la mejilla contra su pecho y posando la palma en su esternón para sentir también sus latidos.

—Pyotr jamás debería haberte pegado —dice, ahora con voz más firme—. No hay excusa que valga, y te prometo que yo nunca lo haré. Sé que en nuestro mundo es más común, pero ningún hombre tiene derecho a tratar así a una mujer. Y espero que, con tiempo, aprendas a confiar en mí.

Sus palabras me conmueven profundamente, y los ojos me escuecen con lágrimas frescas mientras una emoción repentina e intensa amenaza con desbordarme.

Ladeo la cabeza hacia atrás para encontrar sus ojos azules imposibles, y lo descubro observándome, sus labios peligrosamente cerca de los míos.

—Gracias —suelto, con el corazón a punto de estallar de plenitud.

Aprieta su brazo alrededor de mis hombros, atrayéndome para depositar un beso en mi coronilla.

Es un gesto inesperadamente tierno, y cuando sus labios encuentran después mi sien, una oleada de calor me inunda el vientre. Me inclino hacia su atención, saboreando la sensación que provoca.

Sus besos parecen totalmente inocuos, una muestra de afecto que no resulta del todo platónica pero tampoco busca sexo.

Cierro los ojos, absorbiendo la excitación que me recorre.

Y cuando él retira los labios, levanto la barbilla para que el beso destinado a mi frente aterrice en mis labios.

Esa descarga eléctrica de cada contacto labial vuelve a atravesarme, y Miko se detiene sin presionar pero sin retirarse. Y por primera vez en mucho tiempo, me sorprende descubrir que deseo que un hombre me toque. Deseo que *él* me toque. Quiero sentir ese mismo placer que me hizo experimentar antes.

Siento curiosidad por saber si lo de anoche fue una cortesía puntual de Miko o si así es como ama.

Un hombre que sabe hacerme desearle, despertando anhelos que jamás supe tener.

Lentamente, se retira rompiendo nuestro beso y dejando mis labios hormigueantes en su ausencia.

Su penetrante mirada contiene una pregunta silenciosa, y aunque no la comprendo, ya sé mi respuesta.

Asintiendo, deslizo la mano por su pecho, siguiendo la curva de su cuello robusto hasta enredar los dedos en sus rizos oscuros y suaves.

Y vuelvo a atraer sus labios hacia los míos.

Miko emite un murmullo de aprobación que vibra como un cable vivo hasta mi centro, y cuando su lengua recorre la línea de mis labios, me abro dócilmente.

Su beso no es codicioso ni exigente, ni tan desesperado o posesivo como anoche. Pero no por ello es menos sensual o tentador, y resulta peligrosamente íntimo mientras se toma su tiempo.

Suavemente, me reclina sobre la cama, curvando su cuerpo alrededor del mío mientras me encierra protectoramente contra su pecho.

Con dedos ligeros, acaricia mi mejilla y mandíbula, siguiendo la curva de mi garganta.

Mi respiración se acelera, escapando entre mis labios hacia su boca mientras me besa y toca con una ternura que incendia mi alma. Sus manos son casi cautelosas, como temiendo lastimarme o asustarme.

Y eso solo me aterra, porque estoy peligrosamente cerca de enamorarme. Pero si lo hago, me volveré vulnerable a las crueldades contra las que aprendí a protegerme hace tiempo.

Aun así, cuando sus dedos se deslizan bajo la cinturilla de mis pantalones cortos, me es imposible pensar con claridad. Jadeo al rozar mi sexo, hundiendo sus dedos entre mis pliegues y acariciándome con lentitud.

—Estás tan mojada, *topolina* —gime contra mis labios, con voz torturada.

Asiento, apretando los dedos en su pelo mientras una ola de placer me arrasa.

—Dime qué deseas —ordena, haciéndome estremecer.

—Quiero que hagas eso con la lengua —susurro, apenas creyendo mi atrevimiento.

Miko suelta una risotada oscura que vibra en mi cuerpo como un terremoto.

Luego, lentamente, se desliza bajo las mantas, sus ojos traviesos centelleando antes de desaparecer entre mis muslos.

Dedos fuertes desenganchan la cintura de mis pantalones cortos de dormir, deshaciendo todo su trabajo previo por vestirme.

Entonces, un calor húmedo y sedoso envuelve mi clítoris, y arqueo la espalda separándome de la cama mientras una excitación abrasadora estalla en mi centro.

Grito, apretando los muslos alrededor de su cabeza mientras sus fuertes dedos presionan mis piernas.

Y cuando su lengua empieza a lamer mis pliegues, casi me deshago.

21

MIKO

Estar con Anika es la mejor sensación del mundo. Y al mismo tiempo, mi corazón está roto por ella.

Ha soportado una crueldad que nadie debería sufrir jamás, y estoy decidido a demostrar que *no* soy el hombre que fue su primer marido.

Ese hombre está muerto, enterrado tan profundo y lejos, al otro lado del agua, que ni los peces lo encontrarán, así que voy a hacer todo lo posible para borrar su recuerdo de su mente.

Todo este tiempo, he temido que Anika me odiara por matar a su marido. Pensaba que la distancia que nos separaba era algo que ella tenía contra mí personalmente —por lo que hice—.

Pero la realidad es mucho más que eso.

Anika tiene cicatrices —no, heridas abiertas— que necesitan curarse. Solo espero ser lo suficientemente bueno para ayudarla a hacerlo. Y mientras tanto, estoy decidido a no herirla más.

Le dejo tomar la iniciativa, que me muestre qué es seguro. Parece que el sexo es un buen punto de partida.

Porque a pesar de su rigidez hacia mí cuando la llevé a la cama anoche, sé que esta noche es otra cosa.

Ella quiere esto.

Se ha esforzado por demostrármelo.

Y, cielos, si había una sola duda en mi mente, se desvaneció en cuanto noté lo mojada que está por mí. —Quiero que hagas eso con la lengua—. Nunca he oído a una mujer decir algo tan a la vez grosero e inocente.

Es increíblemente sexy.

Y saber que mis labios son los únicos que han tenido el placer de saborear su dulce coño hace que el acto sea aún más satisfactorio.

Un flujo ácido brota de sus profundidades en cuanto rodeo su clítoris con mis labios, y lo lamo con avidez, saboreando su excitación. Esta noche no hay tensión en su cuerpo.

Está completamente relajada, como plastilina en mis manos, y amaso su carne flexible mientras disfruto de cómo tiembla contra mí.

Mantengo sus rodillas dobladas, sus muslos abiertos para que sus pies no toquen la cama. No quiero que soporten ningún peso ni que la distraigan de su placer.

Anika tiembla bajo mí, su interior se contrae alrededor de mi lengua mientras la introduzco en sus ardientes profundidades.

—¡Dios, Miko!— gime, mientras sus dedos se deslizan bajo las sábanas para enredarse en mi pelo.

Mi polla late cuando sus uñas arañan ligeramente mi cuero cabelludo, su agarre se tensa mientras me empuja con más fuerza contra su hinchado clítoris.

Su excitación es embriagadora, y empujo más profundo, gimiendo de satisfacción cuando ella grita y empieza a palpitar alrededor de mi lengua.

Es tan condenadamente receptiva.

Probablemente sea por todos los años pasados sin un orgasmo.

Su cuerpo está recuperando el tiempo perdido ahora que conoce la sensación.

Estoy más que feliz de complacerla.

Los sonidos de su placer son más que adictivos.

Se están volviendo tan necesarios como el oxígeno que respiro.

Deslizo dos dedos dentro de ella, curvándolos contra su punto G.

Luego muevo mis labios para succionar su clítoris, prolongando su orgasmo mientras disfruto de cómo se contrae y palpita a mi alrededor.

No puedo creer que sea el único hombre con la suerte de haber experimentado esto con ella.

Porque no hay nada más ardiente que Anika en un estado de éxtasis. Puede que sea serena, incluso contenida, a la luz del día. Pero en mi cama, es una fiera.

Puedo sentir cómo se desvanecen sus últimas sacudidas, pero no aflojo hasta que la última de ellas cesa.

Luego avanzo lentamente hacia arriba por su cuerpo, dejando un rastro de besos por su vientre y entre sus pechos mientras levanto su camisa de seda para dejar paso.

Anika se la quita, arqueando la espalda para que pueda quitarle la suave tela por encima de la cabeza, luego sus dedos van a mi cintura mientras tira de mis calzoncillos.

Mi polla late ante su impaciencia, y los empujo hacia abajo hasta las rodillas, quitándomelos de un puntapié.

Cuando le engancho los muslos alrededor de mi cintura, ella me agarra, con los talones presionando mi espalda mientras alineo nuestros cuerpos.

Anika se retuerce bajo mí, acercándose, y mi erección palpita, presionando entre sus pliegues mientras sus pezones rozan mi pecho. Dios, está tan mojada, cálida y acogedora.

También es la única mujer con la que he tenido sexo sin protección, y la sensación es tan intensa y satisfactoria que me hace palpitar solo de pensarlo.

Capturando los labios de Anika con los míos, introduzco lentamente mi punta ardiente y dolorida dentro de ella.

Ella se contrae a mi alrededor, reteniéndome antes de invitarme a penetrar más hondo.

No deseo nada más que empujar dentro de ella, reclamar su cuerpo y llenarla con mi semen.

Ver su vientre hinchado cuando mi semilla eche raíces y saber que es *mía*.

Quiero asaltarla hasta que grite mi nombre, embestir su coño hasta que no pueda caminar recto, y saber que ningún hombre se comparará jamás con tenerme dentro.

Pero no quiero asustar a Anika. Así que iré despacio. Seré paciente—aunque me mate—y haré que disfrute cada momento exquisito.

—¡Joder, qué bien me haces sentir! —gimo, balanceando mis caderas mientras me esfuerzo por mantener los movimientos suaves y sensuales.

Anika gime, su cuerpo ondulando contra mí mientras persigue su placer.

Sus suaves labios se funden con los míos, nuestras lenguas entrelazándose, y un escalofrío recorre mi espina dorsal.

Es difícil contenerme—es lo máximo que me he reprimido jamás—pero eso hace el momento aún más intenso.

Y mientras siento cada glorioso centímetro de Anika bajo mí, envolviéndome por completo, aceptándome e insuflando vida en mi alma, sé que me estoy enamorando de ella. Profundamente.

No sé cuándo ocurrió, ni cómo fue tan rápido, pero en el breve tiempo que conozco a Anika, me he vuelto loco por ella. Se ha convertido en un pensamiento constante que nunca se aleja de mi mente, una obsesión.

Me preocupo por ella constantemente, la busco en cada esquina. Y nunca había contado las horas hasta que termina mi jornada como ahora.

Es perfecta, la mujer más bella y cautivadora que he conocido, y antes cortaría mi propia mano que herirla con ella.

¿Pero hacerla venir? Podría hacerlo toda la noche. Y pienso hacerlo cada noche mientras viva.

Al introducirme en ella, siento las primeras ondas de su clímax y gimo.

—¡Miko! —jadea contra mis labios.

Aprovecho el momento para succionar su carnoso labio inferior entre mis dientes y mordisquearlo levemente. Como un detonador, la hace explotar a mi alrededor, intensificándose su orgasmo mientras su canal se inunda de excitación húmeda.

Ya no puedo contenerme. Mi polla está tan dura que duele, y mientras ella me ordeña, mis caderas se sacuden hacia adelante como por voluntad propia.

Con tres potentes embestidas, sigo a Anika hacia el éxtasis, enterrando mi polla hasta el fondo mientras vierto semen caliente dentro de ella.

Anika se estremece bajo mí, sus dedos clavándose en mi espalda mientras se aferra a la vida.

Luego, cuando sus palpitaciones disminuyen, se relaja lentamente, hundiéndose en el colchón con un suave ronroneo de satisfacción.

Sus ojos están soñadores cuando me retiro para encontrarlos, su expresión tierna de una manera que nunca había visto.

Es tan hermoso que me quita el aliento, y rozo mis labios contra los suyos una última vez antes de salir de su coño chorreante.

Volteándome sobre la espalda, la atraigo contra mi costado mientras me tomo un momento para recuperar el aliento.

Mi pecho se infla cuando Anika se acerca más, girando hacia mí mientras apoya su hombro bajo mi brazo.

Luego apoya su mejilla en mi pecho y cruza una pierna sobre la mía.

Debe estar agotada, porque en menos de un minuto, su respiración se ralentiza, haciéndose más regular, y sé que está dormida. Dios, esta mujer va a acabar conmigo.

Me siento honrado de que confíe en mí tanto como para compartir su cama, y estoy decidido a demostrar que soy digno del privilegio.

Pero ahora que estoy solo con mis pensamientos, vuelven a todo lo que he descubierto sobre ella esta noche.

Me siento completamente despierto mientras intento procesar qué clase de animal debió ser Pyotr para infligir a su esposa tanto dolor. Que pudiera alzarle la mano es imperdonable.

Es abuso físico descarado y sin remordimientos. Sin medias tintas. Aún así, no estoy seguro de que Anika se dé cuenta del daño psicológico que también le causó.

Quizás sus padres la estaban preparando mucho antes de casarla con un monstruo.

Pero no me cabe duda de que Pyotr logró convencer a Anika de que sus abusos eran culpa suya. Ella misma lo dijo al explicar por qué la golpeó el día que le corté la garganta.

Me alegro de haber matado al cabrón. Se merecía mil muertes dolorosas por todo lo que hizo.

Pero si solo podía morir una vez, me alegro de que fuera a mis manos.

Y ahora que está fuera del camino, estoy decidido a ser el esposo que Anika necesita.

Ojalá supiera cómo sería eso.

Si soy honesto conmigo mismo, no tengo ni idea de qué demonios estoy haciendo.

Me preocupa poder herirla más porque no sé cómo ayudarla.

Me criaron para ser un asesino a sangre fría—un protector, claro, pero más en situaciones de triaje que para lo que ella necesita ahora.

Conozco cien formas distintas de quitarle la vida a un hombre.

Podría protegerla de cualquier amenaza física.

¿Pero cuando se trata de ayudar a una mujer a sanar del trauma que Anika ha sufrido?

Estoy completamente perdido.

22

ANIKA

En las semanas que pasan, mis pies se curan, y tras mi aterradora confesión a Miko, parece que hemos vuelto la página.

Más aún, parece que algún fantasma dentro de mí ha quedado en paz.

Me siento más segura que nunca, y a pesar de mi miedo inicial a enamorarme de él, no puedo negar que mis sentimientos por Miko crecen día a día.

Mientras lo miro fijamente bajo la brillante luz matinal que entra por la ventana, me tomo un segundo para apreciar lo guapo que es.

Con una mandíbula esculpida en mármol y labios carnosos bajo una nariz fina y recta, no tiene los mismos rasgos italianos tradicionales que el resto de sus hermanos.

Pero supongo que no los tendría si lo recogieron de la calle de niño. He oído las historias sobre el hermano Chiaroscuro adoptado, pero tengo curiosidad por escucharlo de su boca.

Como si sintiera mi mirada sobre él, Miko gira la cabeza, su mirada azul gélido encuentra la mía, y sonríe. —¿Por fin despierta,

dormilona? —bromea, cerrando el ordenador y apartándolo para inclinarse y rozar mis labios con los suyos.

Murmuro satisfecha, acurrucándome más contra su costado. —¿Otra vez trabajando en la cama?

—Bueno, no podía moverme sin quitarte la almohada —señala mientras yo inhalo su aroma masculino y me acurruco en su pecho.

—Pero es fin de semana —protesto.

—La venganza no conoce esa palabra, *topolina*. Y los negocios tampoco. Pero prometo que hoy me tomo el día libre.

—Bien, porque tu hermano debería llegar en cualquier momento —comento, echando un vistazo al reloj de la mesilla. Nunca aprecié del todo tener uno hasta mi semana de reclusión sin él, y ahora es de lo primero que miro al despertar.

Las diez y cuarto, de verdad me he quedado dormida. Pero no es lo peor del mundo. Últimamente tengo unos sueños muy intensos que me dejan agotada al despertar.

Y aunque le reprocho que traiga trabajo a la cama, me gusta que sepa que duermo mejor cuando está conmigo. Ni siquiera tuve que decírselo.

—Tienes razón —conviene Miko, dejando un beso en mi coronilla con un gesto tierno que desentona en un hombre de aspecto tan peligroso—. Deberíamos levantarnos y vestirnos... a menos que quieras recibir a Leo en pijama.

—Sabes que no llevo puesto —susurro con una sonrisa pícara.

—Así es —gruñe, rodando sobre mí y deslizando besos por mi cuello mientras explora mi cuerpo desnudo con una mano—. Pero nadie más que yo puede ver este cuerpo perfecto, *topolina*.

Jadeo cuando sus dedos se deslizan entre mis muslos, rozando mi clítoris antes de acariciar mis pliegues.

Miko emite un murmullo de aprobación que vibra tentadoramente en mi interior.

—¿Ya mojada por mí? —bromea.

—Querrás decir *todavía* mojada —replico, arqueándome contra su palma con un gemido cuando sus dedos me penetran—. Creía que teníamos que prepararnos —digo, con una voz tan entrecortada por la excitación que no suena a broma.

—Será rápido —promete, haciéndome sonreír.



No tuvo nada de rápido.

Cuando bajamos, dos invitados se han unido a los hermanos menores de Miko en la mesa para comer.

—Qué amable de su parte por fin acompañarnos —comenta irónicamente el hombre desconocido al levantarse—. Su hermano renuncia a su herencia, y en un mes todos parecen haber olvidado lo que significa respetarlo.

—Leo —se ríe Miko, cruzando la sala para abrazar a su hermano.

Me sorprende ver que el segundo Chiaroscuro es solo unos centímetros más bajo que el propio Miko. Su complexión no es tan musculosa, pero aún impresiona con sus vaqueros y polo casual, y su parecido con sus hermanos menores es inconfundible.

Tiene la misma nariz orgullosa y sonrisa lobuna, aunque sus ojos son de un rico marrón y brillan con una alegría que los demás no tienen.

Quizá porque ellos han estado aquí, gestionando las secuelas de la destrucción familiar mientras él estaba escondido.

Pero sospecho que tiene más que ver con la mujer sentada a su lado.

He oído hablar de la belleza sin igual de Sora Tanaka. Incluso la he vislumbrado en eventos de alta sociedad a los que Pyotr y yo solíamos asistir. Pero verla de cerca es completamente distinto.

Claramente es de ascendencia japonesa, con un pelo liso y negro exuberante que deja caer por su espalda como una cortina oscura.

Su piel es como la porcelana más fina, sus delicados rasgos perfectamente colocados en el rostro más simétrico que he visto.

Y sus grandes ojos almendrados son de un ónix profundo que parece plateado cuando atrapan la luz.

Me sonríe cálidamente y también se levanta, revelando un vientre que empieza a mostrar signos del bebé que espera.

—Leo, Sora, les presento a mi esposa, Anika —dice Miko, volviéndose hacia mí—. Anika, estos son mi hermano Leo y su esposa.

—Es un placer conocerlos por fin —digo, y lo digo en serio.

Ha pasado más de un mes desde que Miko y yo nos casamos, y hasta hoy no había conocido al hermano que Miko afirma ser el más cercano.

Pero hasta hace poco, las cosas han sido demasiado volátiles con la Yakuza para que salieran de su escondite.

No cuando la familia de Sora la ha repudiado y Leo tiene un objetivo en la espalda.

Con un bebé en camino, Leo no ha querido correr ningún riesgo, especialmente cuando se trata de su esposa.

Al menos, eso es lo que Miko me contó.

—El placer es nuestro —dice Leo, con una sonrisa encantadora.

—Bueno, sentaos para que podamos escuchar lo que ha estado haciendo nuestro hermano mayor —regaña Gio, guiñándome un ojo para que sepa que su provocación va dirigida exclusivamente a Miko.

Luego hace un gesto a uno de los empleados de cocina para que nos traiga un plato a cada uno.

La comida es una experiencia como no había tenido antes. Se siente como si Leo fuera una pieza de rompecabezas que ni siquiera me había dado cuenta de que faltaba hasta que los cinco hermanos están reunidos de nuevo.

Él aporta una sensación de caos a la habitación, pero también una sensación de ligereza, una energía sin palabras de la que los otros cuatro se alimentan.

Puedo ver por qué fue el heredero elegido, aunque sea tres años más joven que Miko. Miko podría tener la presencia más imponente.

Sin duda, es un líder temible que los hombres respetan. Pero Leo une a los hermanos sin esfuerzo, uniéndolos contra el mundo.

—Entonces, ¿dónde os habéis escondido últimamente? —pregunta Miko, con una voz cálida que hace que mi estómago se estremezca.

—Hemos encontrado una pequeña cabaña junto al agua en el extremo sur de Maine —dice Leo mientras Miko, Gio y los gemelos escuchan con suma atención—. Es un lugar seguro.

—Un lugar encantador —añade Sora, tomando su mano sobre la mesa y apretando suavemente su palma.

Cuando Leo la mira, puedo ver el amor entre ellos. Llena el aire a su alrededor con un brillo dorado de felicidad, y mi corazón se oprime.

Por lo que he podido saber, su matrimonio también fue arreglado, y no empezó bien.

De hecho, por lo que Miko me ha contado, Sora odiaba a Leo desde el principio, y él no le dio ninguna razón para cambiar de opinión.

No es ningún secreto que los Tanaka y los Chiaroscuro llevan décadas a la greña.

Su rivalidad incluso supera la animadversión que Pyotr sentía por Don Augusta.

Pero al parecer, los padres de Sora utilizaron la unión como distracción para traicionar a la familia Chiaroscuro. Y cuando Leo se enteró, casi destrozó su matrimonio.

Pero de algún modo, Leo y Sora encontraron el camino de vuelta el uno al otro, y ahora sería imposible pasar por alto lo enamorados que están.

—El bebé está bien —dice Sora cuando se lo preguntan, con una sonrisa radiante mientras mira hacia abajo para poner una mano en su vientre—. Sabremos el sexo después de nuestra próxima cita.

Leo coloca su mano sobre la de ella, y algo dentro de mí se oprime.

Un deseo que nunca antes había tenido de conocer esa sensación inunda mi interior.

Con Pyotr, la idea de tener un hijo era aterradora. No quería someter a mi hijo a alguien tan impredecible y violento. *¿Pero con Miko…?* La posibilidad no me horroriza del todo.

Después de comer, los hermanos llevan a Leo al estudio para que puedan discutir cómo está la trama contra sus enemigos.

Aunque me daba igual si hablaban de ello en mi presencia, imagino que sería un tema delicado, teniendo en cuenta que la familia de Sora es uno de los clanes contra los que pretenden vengarse.

Así que la llevo de visita por los jardines, un espacio vibrante que creo que disfrutará como distracción. Nuestra conversación es ligera, incluso fácil, mientras hablamos del tiempo en Maine y de lo diferente que es su vida de la que llevaba en Chicago.

Tengo la sensación de que Sora y yo podríamos ser amigas si viviera más cerca.

Tenemos mucho en común, desde familias que nos criaron en el estilo de vida mafioso hasta forjar nuestro carácter en matrimonios con hombres que no conocíamos.

Pero me alegra oír que la experiencia de Sora ha sido mucho más gratificante que mi año de matrimonio con Pyotr.

Solo puedo esperar que Miko y yo encontremos un nivel de felicidad como el que Sora y Leo parecen haber encontrado.

—Así que —dice Sora, enlazando su brazo con el mío al llegar al extremo del camino del jardín—, ¿cómo estás llevando tu nuevo papel? —pregunta, dirigiendo el tema hacia mí mientras me mira de reojo disimuladamente.

—Bien, creo —respondo con un deje de sorpresa porque, aunque poco a poco empiezo a darme cuenta de que esta nueva vida podría ser algo completamente distinto de mi último matrimonio, a veces todavía cuesta creer que sea real.

—¿De verdad?

Sora suena extrañamente aún más sorprendida, y frunzo el ceño mientras intento entender su tono.

—¿No es lo que esperabas? —pregunto, mientras un hilo de duda se abre paso en mi estómago.

—Quiero decir, no. Supongo que no. Es solo que... mi tiempo bajo el techo de Don Augusta fue desafiante en ocasiones. Y teniendo en cuenta que estás casada con Miko...

Una sensación creciente de temor crece dentro de mí ante el atisbo de presagio en su voz, como si estar casada con Miko fuera sin duda arriesgado en su mente.

—¿Es eso algo malo? —Mi pregunta sale entrecortada, apenas un susurro.

La confusión cruza el rostro de Sora, seguida de una repentina reticencia, como si tuviera miedo de hablar. —No diría que es necesariamente *malo* —elude—. Pero si soy completamente honesta, Miko siempre me ha aterrorizado. O quizás es más su temperamento... no sé. Probablemente nunca superé que me lanzara un cuchillo.

Puedo sentir que la sangre se me escurre de la cara ante su confesión, y mi corazón se acelera solo de pensar en el acto abiertamente agresivo de *lanzar un cuchillo a alguien*.

Va completamente en contra de todas las garantías que Miko me ha dado de que *no* hay excusa para hacer daño a una mujer.

El calor me sube por el cuello, y me detengo para enfrentarme a Sora, con la ansiedad apretándome la garganta. —Aún no he visto esa faceta suya, excepto el día que mató a Pyotr.

Sora parece aliviada mientras suelta un suspiro y sonríe, pero yo no estoy preparada para dejarlo correr todavía.

—¿De verdad te lanzó un cuchillo?

—Oh, bueno, sí, pero fue solo una vez, y no me *dio* con él —intenta retroceder, y cuando ve la expresión en mi rostro, se apresura a explicarse—. Honestamente, no llegué a conocer a Miko tan bien antes de que Leo y yo tuviéramos que escondernos, y parece mucho más feliz en su nueva vida que durante el tiempo que pasé bajo el mismo techo que él.

Sus palabras suenan peligrosamente cercanas a las excusas que yo solía poner para Pyotr, y dejan un sabor agrio en mi boca. Pero me limito a asentir y me doy la vuelta para seguir caminando.

Aun así, la guardia que poco a poco había empezado a bajar alrededor de Miko parece que vuelve a subir.

¿Fui ingenua al pensar que esta felicidad podría durar?

23

MIKO

—La recepción fue un desastre —admito, poniendo a Leo al tanto de lo ocurrido desde que se marchó.

—Sí, pero la boda en sí salió a pedir de boca —señala Gio.

—Y aprendimos mucho, aunque no pasáramos de la hora del cóctel —añade Raf.

—Es cierto. Y Dios, deberíais haber visto a Anika con su vestido de novia... antes de que esos imbéciles rusos lo arruinaran —solo pensarlo me hace desear buscarla y llevármela de nuevo a la cama. Si existiera algo como un ángel terrenal, ella lo sería.

—Podría haberle hecho sombra a Sora —comenta Sandro mientras se recuesta en el sofá de cuero acolchado.

Leo resopla—. No me hagas reír. Aunque debo admitir que lo hiciste bien, hermano —me da una palmada en el hombro, con su característica sonrisa burlona llena de orgullo—. Me alegro por ti.

—Gracias —no puedo evitar sonreír al pensar en la mujer con la que comparto la cama cada noche.

Hace no tanto, la idea del matrimonio era lo más lejano de mi mente.

Pero ahora, no podría imaginar mi vida sin Anika.

Es una fuerza estabilizadora que nunca supe que necesitaba.

—Siento haberme perdido tu gran día —dice Leo, con expresión seria—. Sinceramente.

—Oye, no te preocupes. Prefiero que estés vivo y Sora a salvo. Sabía que sería demasiado arriesgado.

Asiente, los hombros elevándose como si se le quitara un peso de encima—. Espero que sepáis lo mucho que significa para mí... lo que estáis haciendo. Podríais haberme exigido que asumiera las consecuencias, ya que es la familia de mi esposa la que nos ha llevado a esta situación. No me parece bien desaparecer cuando era mi responsabilidad hacerme cargo después del Don.

El Don. Así es como Leo siempre se ha referido a nuestro padre. Sé que nunca se llevó bien con Don Augusta. No es que el Don fuera una figura paterna especialmente cálida o cariñosa. Pero nos convirtió en los hombres que somos hoy, y al fin y al cabo, le debo todo. Sin él, no habría tenido familia, hogar ni futuro.

—Por favor —bufa Raf—. Todos sabíamos lo poco que querías el título. ¿Quién de nosotros iba a intentar detenerte?

Leo ríe entre dientes—. Buen punto.

En el fondo, quizá sea el único que *podría* impedirle a Leo hacer lo que quiera. Soy el único que siempre ha podido manejarle.

Pero no es quien soy.

No me interesa forzar a mi hermano a aceptar su herencia.

Aunque no estuviera dispuesto a dejar que nuestros enemigos se salieran con la suya después de lo que han hecho.

—Aunque te echamos de menos, hermano —añade Gio. Siempre ha sido el hermano amable, el empático.

Y tras ver cómo la presencia de Anika me ha suavizado durante el último mes, lo atribuyo a Stephanie... la mujer de la que Gio se enamoró siendo aún joven.

Ya no está, un destino que sufren demasiadas mujeres en nuestro mundo. Pero por eso Gio es aún más abierto con sus sentimientos.

Sabe que es mejor decir su verdad que lamentar haber callado hasta que sea demasiado tarde.

—Yo también os echo de menos —dice Leo con una sonrisa pesarosa —. No dejo de pensar que podría volver y al menos ayudar con el lado legal del negocio una vez que hayáis recuperado nuestro territorio y puesto fin a esos cabrones que intentan arrebatárnoslo.

Gio y yo intercambiamos una mirada, y la cara de mi hermano mediano se ilumina con una sonrisa de dientes blancos—. Me parece perfecto.

Él y Leo se dan la mano para sellar el trato, y Sandro se levanta del sofá.

—¿Un brindis para celebrar que los hermanos Chiaroscuro vuelven a estar juntos? —sugiere, cogiendo la botella de Hibiki que Leo trajo y quitando el tapón.

—Joder, sí —asiente Leo.

Es más de lo que me he permitido desde que destruyeron nuestra casa familiar, pero tener a Leo en casa simplemente se siente bien.

Bajo la guardia, y las sonrisas surgen con más facilidad mientras bromeamos y reímos como solíamos hacer antes de que el mundo se fuera al garete.

Incluso Raf parece más él mismo, aunque la ausencia de Genevieve se nota más ahora que Sora está en la sala.

Las dos chicas solían sentarse juntas después de cenar para mantener conversaciones en voz baja. Ahora es Anika quien acompaña a Sora, pero mi esposa parece algo distraída esta noche... más callada de lo habitual.

Me pregunto si tener a Leo y a Sora en casa la hace sentirse excluida de algún modo. Nunca lo había pensado hasta ahora, pero cuando mis hermanos y yo nos reunimos, formamos una especie de círculo cerrado.

Imagino que no debió ser fácil para Sora manejarlo al principio.

Pero parece que ahora se ha encontrado a sí misma, y luce radiante de felicidad mientras Leo la colma de un nivel de afecto que, sinceramente, nunca supe que mi hermano fuera capaz de mostrar.

Eso me hace desear aún más tener a Anika para mí de nuevo.

Pero después de que mi hermano se haya desviado tanto de su ruta cruzando seis estados para visitar a su esposa embarazada, no tengo corazón para acortar la velada. No sé cuándo volveré a verle, y estoy agradecido por el tiempo que tenemos.

Sin embargo, noto el cansancio que le causa a Anika, y se excusa poco después de cenar para retirarse temprano.

Probablemente no sea malo, puesto que mis hermanos se van animando más según avanza la noche.

Se siente bien tener a Leo en casa —incluso si estamos alojados en el complejo Novikov hasta que tengamos suficientes efectivos para recuperar las ruinas de nuestra casa familiar.

—Vale, Leo. Creo que es hora de volver —dice Sora por fin, su mano acariciando suavemente el pequeño bulto del bebé que moldea su vestido.

—Por supuesto, *cattiva* —responde Leo con cariño explícito, y le da un beso en la frente antes de ayudarla a levantarse del sofá.

—Gracias por venir a vernos —digo, estrechando la mano de mi hermano y atrayéndolo hacia otro abrazo rudo.

—Haré que ocurra más a menudo —me asegura, dándome una palmada en la espalda. Luego se gira para abrazar a Gio y a los gemelos.

Sora se queda atrás, con una suave sonrisa en los labios mientras observa el intercambio.

Durante el más breve instante, nuestras miradas se cruzan, y el rubor que tiñe sus mejillas antes de apartar la vista me hace dudar.

Siempre ha mantenido las distancias conmigo, pero pensé que era por la naturaleza bastante territorial de Leo.

Supe lo furioso que se puso con Gio por intentar entablar amistad con ella cuando recién se convirtió en su esposa, así que me mantuve alejado.

Pero Sora casi parece… avergonzada.

No tengo tiempo para reflexionar cuando Leo la conduce hacia la puerta principal y los despedimos. Luego subo las escaleras para reunirme con Anika, más que dispuesto a meterme en la cama con ella.

Cuando llego, está en el baño, ya vestida con unos diminutos pantaloncitos sexys y una camiseta a juego.

Tiene la cara limpia de maquillaje, el pelo recogido en un moño desordenado sobre la cabeza mientras se cepilla los dientes.

Acercándome por detrás, le agarro las caderas y me agacho para inhalar el cálido aroma a canela y rosas que impregna su piel.

Dejo varios besos a lo largo de la curva de su cuello, saboreando la piel de gallina que surge a mi paso mientras la atraigo hacia mí para que sienta cuánto la deseo.

—Te he echado de menos hoy —murmuro, depositando otro beso ligero en su piel y rozando con la nariz la piel suave detrás de su oreja.

En lugar de responder con entusiasmo, Anika se inclina hacia delante, doblando el cuerpo sobre el lavabo para escupir.

Entendiendo la indirecta, la suelto y ocupo mi puesto frente al segundo lavabo para cepillarme los dientes.

Se pasa el hilo dental rápidamente, con una concentración inusual en la tarea.

Luego se gira en silencio y se va, dirigiéndose al dormitorio antes que yo.

Quizás me equivoque, pero parece que algo le preocupa.

Qué pueda ser, no sabría decir.

A menos que haya pasado algo por alto, hoy me pareció un día perfectamente agradable.

Por otra parte, sé que mis hermanos pueden ser demasiado cuando estamos todos juntos. Tal vez fue más de lo que estaba preparada para soportar.

Dudo que haya visto antes la dinámica que tenemos, sobre todo porque ella es hija única.

Terminando mi rutina en el baño, la sigo al dormitorio, quitándome la camisa y tirándola al cesto de la ropa sucia. —¿Estás bien? —pregunto, frunciendo el ceño mientras la estudio.

No me está viendo desvestirme, y aunque parezca una tontería fijarse en eso, creo que es la primera vez que ocurre desde nuestra noche de bodas.

—Estoy bien —responde con rigidez—. Solo cansada.

Arqueando una ceja, me acerco a ella arrastrándome por la cama hasta quedar suspendido sobre su cuerpo. —¿Incluso demasiado cansada para el sexo? —bromeo, acercándome para mordisquearle el cuello.

Durante las últimas semanas, el sexo parece ser el área de nuestra conexión que más ha mejorado.

Sin importar lo que estemos superando en otros aspectos de nuestra relación, siempre parece ser nuestro puente de vuelta el uno al otro.

Y ahora que ya no se asusta cada vez que me acerco, ha demostrado tener *bastante* apetito sexual. Un hecho que hace casi imposible levantarse cada mañana.

Los labios de Anika esbozan una sonrisa sensual, sus ojos encendiéndose de anticipación mientras se recuesta, sus dedos rozando la piel desnuda de mi pecho y abdomen. —No, creo que podré mantenerme despierta para eso —murmura, con las pupilas dilatadas.

Un gruñido bajo de aprobación me recorre, y me abalanzo juguetón, aplastando mis labios contra los suyos mientras me dejo llevar por el momento.

Los labios de Anika se entreabren y me adentro, mi lengua enredándose con la suya en una danza íntima.

El calor recorre mis venas cuando ella emite uno de esos gemidos suaves que me vuelven loco.

Lo que sea que la preocupaba antes parece haberse esfumado cuando el aire entre nosotros se electriza, y un deseo feroz de poseerla hace que mi corazón se desboque.

Pase lo que pase, Anika es *mi* mujer.

Poseo cada jadeo de placer, cada orgasmo adictivo que pueda ofrecerme, y como un drogadicto que lleva demasiado tiempo sin su dosis, ansío el dulce alivio que solo ella puede darme.

24

ANIKA

Cada vez que me toca, Miko prende fuego a mi alma. Sus besos derriten el estrés y la ansiedad que me han estado atormentando desde mi paseo por el jardín con Sora.

Esto, aquí y ahora, con Miko suspendido sobre mí, sus poderosas caderas separando mis muslos, es un área de nuestra relación que ya no tengo que dudar.

Si he aprendido algo en el mes que llevamos casados, es que el sexo con Miko siempre será fuera de este mundo.

Su talento para llevarme al clímax es asombroso, y donde antes temía estar a solas con Pyotr, ahora me encuentro anhelando el toque de Miko, deseando un momento robado en su apretada agenda.

Sus labios ahuyentan las sombras oscuras que acechan en los rincones de mi mente, prometiendo solo placer y euforia en sus manos hábiles.

—Eres tan *jodidamente* hermosa —gruñe contra mi piel, sus manos siguen a sus labios mientras traza un camino ardiente por mis curvas

—. Quítate la camiseta —ordena, el tono de autoridad en su voz hace que revoloteen mariposas en mi vientre.

Mis manos se mueven para obedecerle antes de que pueda procesarlo, y un escalofrío recorre mi espina dorsal mientras me quita los pantalones cortos, en el momento en que me quedo momentáneamente ciega por la camiseta que me cubre la cabeza.

Tiro la camiseta a un lado, respirando hondo ante la repentina sensación de libertad. Entonces Miko cae sobre mí, sus labios reclamando los míos con un beso ardiente.

Mi piel hormiguea, mi interior se tensa mientras mi clítoris empieza a palpitar de anticipación. Como una especie de efecto Pavloviano sexual, mi cuerpo está tan sintonizado con Miko ahora, que solo el sonido de su voz me moja. Un hecho que parece satisfacerle hasta un grado pecaminoso.

—Dios, no puedo esperar a estar dentro de ti —gruñe, sus caderas se balancean hacia adelante para frotarse contra mí mientras frota su entrepierna contra la mía a través de sus vaqueros—. Quítame el cinturón.

No sé muy bien qué pensar de la respuesta de mi cuerpo a sus órdenes.

Esta noche se siente más atrevido, y me gusta la oscura promesa en el tono ronco de su voz.

Pero al mismo tiempo, una sensación de hormigueo de presentimiento se queda en mi nuca, y la piel de gallina recorre mi piel con cada orden.

Alcanzo entre mis muslos separados, encuentro el cuero suave de su cinturón y tiro.

La hebilla cede fácilmente, el cuero italiano cremoso se desliza sin esfuerzo por las presillas, y jadeo cuando se libera con un suave chasquido.

—Buena chica —elogia Miko, sus labios rozan mi clavícula y bajan hasta mis pechos.

Su boca se cierra alrededor de un pezón tenso, sus dientes rozan la carne sensible mientras me succiona contra sus labios, y gira el duro botón hasta que gimo.

Su mano palmea mi otro pecho, su dedo índice y pulgar atrapan mi pezón y le dan un giro brusco.

Grito mientras un placer mezclado con dolor atraviesa mi interior, y una oleada de excitación brota de mis profundidades cubriendo mis pliegues ya húmedos.

Nunca había sido tan brusco conmigo antes, pero lo encuentro extrañamente erótico, incluso mientras ese hormigueo en mi nuca se intensifica.

—Dime que quieres mi polla —ordena Miko, levantando la vista hacia mí desde su festín en mis pechos mientras sus labios rozan la carne tierna.

Su aliento se siente cálido contra la piel mojada, y un frío mordiente sigue en su ausencia.

—Quiero tu polla —susurro, mis piernas tiemblan de anticipación.

Con una sonrisa de satisfacción, Miko se echa hacia atrás para quitarse los vaqueros y los calzoncillos.

Luego vuelve a caer sobre mí, nuestros cuerpos alineándose a la perfección.

—¿Estás lista para mí, *topolina*? —susurra contra mi garganta, y mi cerebro finalmente registra el aroma que le rodea esta noche.

Whisky. Él y sus hermanos estaban bebiendo. Y el cálido y ahumado aroma perdura en sus labios.

Mi respiración se corta, el oxígeno se congela en mis pulmones mientras él toma la cabeza de su polla y la desliza entre mis

pliegues, recogiendo mis jugos en su hinchada punta.

Él gime, el sonido como un cable vivo sacudiendo mi interior, y mis paredes se contraen, desesperadas por atraerlo dentro de mí.

—Siempre tan ansiosa por mí —ronca—. ¿No es así?

Asiento con la cabeza, mis palabras atrapadas tras mis labios mientras lucho contra las tumultuosas olas de emoción que me golpean como una tormenta.

Algo en esta noche se siente diferente.

Quizá sea la semilla de duda que Sora plantó en mi mente —o tal vez que Miko huele a alcohol—, pero sea lo que sea, casi puedo saborear el potencial que fermenta en el aire.

Entonces Miko empuja dentro de mí, su grueso y duro miembro estirándome al penetrar profundamente y quedarse inmóvil.

—*Cazzo,*— gruñe, su frente cayendo sobre el colchón mientras los músculos de su espalda se tensan y abultan bajo mis manos.

—¿Qué?— susurro, con mi ansiedad dando un leve brinco.

Miko niega con la cabeza, luego la alza lentamente para mirarme con su electrizante mirada. —Me haces sentir tan bien que quiero perder el control,— respira, inclinándose para capturar mis labios con un beso tan tierno que contradice por completo sus palabras.

Mi espina dorsal entera hormiguea ahora, la piel de gallina extendiéndose por mis brazos y muslos mientras mis paredes se contraen alrededor de su impresionante longitud. Miko gime, sus caderas balanceándose lentamente mientras frota mi clítoris.

No hubo muchos preliminares esta noche, pero según las intensas olas de placer que crujen por mi cuerpo, no los necesitaba.

Estoy al borde del orgasmo, y acabamos de empezar.

Mis labios se entreabren, mi cabeza cae hacia atrás mientras mis párpados se cierran, y me tomo un momento solo para sentirle moverse dentro de mí, su sedosa erección deslizándose sin esfuerzo mientras mi excitación húmeda proporciona la fricción perfecta.

Sus manos callosas exploran mi cuerpo con descaro, sus dedos presionan mi piel mientras agarra mis caderas y alcanza para agarrar un puñado de mi trasero.

La emoción me recorre cuando me inclina, cambiando el ángulo de mi cuerpo e intensificando la profundidad de sus embestidas.

Sisea, un sonido peligrosamente erótico, mientras comienza a moverse con más potencia, empujándome con una fuerza que enciende mis terminaciones nerviosas como un árbol de Navidad.

No es exactamente brusco.

Es voraz, como si por muy profundo que penetre, nunca sea suficiente.

Y Dios, está profundo.

Más que nunca antes.

Cada vez que nuestras caderas chocan, una explosión de sensación me atraviesa.

Puntos negros bailan ante mi vista, y sin aviso, corro con fuerza.

—¡Joder!— grito, el taco saliendo de mí inesperadamente mientras empiezo a retorcerme.

No sé cómo manejar la repentina sobrecarga sensorial.

Siento que Miko ha inyectado adrenalina directamente en mi corazón. Mi pulso ruge en mis oídos, un repique de latón llenando el vacío mientras convulsiono bajo él.

Mis uñas se clavan en su espalda mientras me aferro a él como si fuera lo único que impide que mi cuerpo flote y desaparezca en el

negro vacío del espacio.

Miko gruñe, un sonido profundo y animalístico.

Sus caderas se sacuden hacia adelante, su peso oprimiéndome mientras alcanza hacia atrás, una mano tras otra, para atrapar mis muñecas.

Con aterradora facilidad, fuerza mis manos sobre mi cabeza, sus profundas y penetrantes embestidas sin cesar mientras me folla durante el orgasmo más intenso de mi vida.

Y cuando tiene mis manos inmovilizadas, mi cuerpo atrapado bajo él, se inclina hacia atrás lo justo para encontrar mi mirada.

—Cristo, Anika,— raspa. —Vas a volverme loco.—

Su agarre se tensa alrededor de mis muñecas mientras se inclina, sus ojos ardiendo con intensidad.

Y de repente un terror paralizante me atenaza —cuando el rostro de Miko se convierte en el de Pyotr.

La sonrisa burlona de mi difunto marido reemplaza la sonrisa diabólica de Miko, los ojos inyectados en sangre de Pyotr quemándome como los de un demonio.

De pronto, revivo uno de los peores momentos de mi vida —la primera vez que Pyotr llegó borracho a casa decidido a ponerme un bebé dentro.

Mi cuerpo se pone rígido como una tabla mientras Pyotr me inmoviliza y empuja profundamente dentro de mí, su mirada desenfocada despiadada.

Miedo y dolor me desgarran mientras toma lo que quiere sin pedirlo.

Su deseo codicioso es brutal e implacable mientras agarra mis muñecas con fuerza brutal, aplastándolas bajo su considerable peso.

El horror que me paraliza amenaza con arrancarme la vida de los pulmones. No puedo moverme, no puedo respirar, no puedo pensar.

He vuelto a sumergirme en la fría e implacable realidad de un matrimonio que solo terminará cuando Pyotr haya exprimido hasta la última gota de alegría de mí —cuando decida que es hora de que me una a sus dos primeras esposas en la muerte para poder escoger una nueva novia.

—¡No, n-no!— grito, debatiéndome bajo él mientras el pánico helado recorre mis venas. —¡Quítate de encima, maldito bastardo! ¡Quítate! —

La sorpresa se registra en mi mente cuando, en lugar de reírse de mí, Pyotr hace lo que le digo.

Se congela, pareciendo momentáneamente aturdido, luego suelta mis muñecas, echándose hacia atrás y saliendo abruptamente de mí en un ágil movimiento.

Temblores agonizantes sacuden mi cuerpo mientras el mundo gira peligrosamente a mi alrededor, pasado y presente superpuestos en un revoltijo nauseabundo de imágenes.

Entonces mi mirada se clava en la penetrante mirada azul del depredador que me observa, su cuerpo en tensión, listo para atacar.

25

MIKO

Anika pasó de sensual y excitada a tiesa como un palo tan rápido que me mareé. Mi estómago se contrae al ver el miedo salvaje en sus ojos azules y redondos.

Parece aterrorizada.

Inmóvil mientras me agacho al pie de la cama, no me atrevo a moverme ni siquiera a respirar mientras la observo, intentando entender qué acaba de pasar. No es difícil adivinarlo. Me dejé llevar.

La *he lastimado*.

Mi estómago se revuelve de autodesprecio, pero aparto ese sentimiento porque tengo asuntos más urgentes en los que pensar. Como qué demonios puedo hacer para arreglar lo que he hecho.

—Anika —digo, con la voz ronca por el nudo en mi garganta.

Sus ojos desorbitados se clavan en mí, como si acabara de registrar plenamente mi presencia. Luego, sin decir palabra, echa a correr.

Maldita sea.

Es demasiado rápida para el tipo de fugitiva que está demostrando ser. Y mientras se baja de la cama y llega a la puerta en cuestión de segundos, no lleva ni un hilo de ropa.

Maldiciendo mi imprudencia, cojo la primera prenda que encuentro, poniéndome los vaqueros sin ropa interior.

Atrapo la bata que dejó colgada en el respaldo de una silla mientras corro tras ella, llegando a la puerta varios segundos después.

Afortunadamente, ahora conozco mejor su ruta de escape, y no me detengo a ver hacia dónde se dirige mientras salgo disparado, doblando la esquina y bajando las escaleras justo cuando ella llega al descansillo.

—¡Alto! —ladro.

Anika se estremece, tropezando como si sus pies pretendieran obedecer. Pero vuelve a correr, su mente anulando su instinto natural de hacer lo que le digo. Sin embargo, la demora es todo lo que necesito, y la alcanzo justo cuando llega a la puerta principal.

Usando su bata como cubierta y red a la vez, la atrapo dentro de la tela de toalla gruesa. No es que crea que eso ayudará a desarmar su instinto de huida, pero no sé cómo detenerla de otra manera. Y después de lo ocurrido la última vez, sé que es mejor no dejarle los brazos sueltos para que los use como armas.

Un grito salvaje sale de ella, y el sonido resuena con dureza en la entrada abovedada, rebotando en el suelo frío y duro hasta que parece que araña mis tímpanos.

—Anika, para —gruño, rodeándole la cintura con un brazo mientras sostengo la bata cerrada sobre su cuerpo desnudo.

Siento miradas sobre nosotros, espectadores curiosos que salen de sus habitaciones para ver qué alboroto es este.

Las rodillas de Anika flaquean, su cuerpo se desploma contra mí mientras se derrumba, llorando como un niño con el corazón roto. —

Por favor, déjame morir —solloza, su respiración sale de sus pulmones en jadeos agudos y entrecortados—. Por favor, por favor. No puedo soportarlo más.

Sus palabras cortan más que un cuchillo, desollándome mientras sostengo su cuerpo tembloroso.

Cierro los ojos contra las heridas agonizantes, deseando poder absolverme de la responsabilidad de su dolor.

Pero esta vez no puedo, y eso hace que el horror que amenaza con consumirme sea aún más insoportable.

—Shh, Anika, estás bien —murmuro, con los ojos suplicantes cuando veo a Gio entrar en el vestíbulo, los gemelos pisándole los talones.

Todos parecen preparados para una pelea, con los cuchillos fuera y las pistolas listas, probablemente pensando que es un intruso el que ha alterado a Anika.

Entonces una voz fría y cortante me paraliza el corazón. —Suéltela.

La orden gélida viene de mi derecha, por el pasillo que conduce al ala lejana de la casa. Al girar la cabeza, me sorprende ver a Svetlana Novikov fuera de su silla de ruedas, con una mano apoyada en la pared mientras se sostiene pesadamente con un bastón en la otra.

—Le dije que aparte las manos de su esposa, *kozyol*.

No sé cómo me acaba de llamar, pero duele igual que su voz, que resuena como un látigo.

Aunque va contra todos mis instintos, hago lo que dice, soltando lentamente mi agarre sobre Anika solo después de asegurarme de que no se desplomará en el suelo ni intentará huir de nuevo.

Entonces doy un solo paso atrás, el mayor espacio que puedo concederle.

Anika se balancea peligrosamente, mientras las lágrimas brotan con fuerza y rapidez, y se mete los brazos por las mangas de la bata

ajustándosela más al cuerpo.

Luego se atreve a mirarme por encima del hombro.

Me destroza verla con tanto dolor.

Pero la mirada de traición en su rostro es lo que realmente me mata. La culpa inunda mi pecho mientras permanezco clavado en el sitio, porque aunque no fuera mi intención, he hecho daño a Anika.

—Ven, *vnuchenka* —dice la anciana, haciendo un gesto para que Anika se acerque mientras cojea hacia el final del pasillo. Si Svetlana se acerca más, perderá el apoyo de la pared, y no estoy seguro de que tenga fuerzas para caminar sin él.

Me duele el corazón cuando Anika da un paso hacia la arrugada abuela, y alargo la mano hacia ella, con una objeción en los labios.

—Anika—

—No. Se. Atreva —gruñe Svetlana, con los ojos llenos de tal repugnancia que podría despedazarme con una sola mirada—. Ahora viene conmigo.

El público congregado permanece completamente inmóvil, en silencio absoluto, y no puedo romper el hielo que me ha congelado en el sitio.

Me aplasta cuando Anika entra voluntariamente en los brazos de la anciana, enterrando su cara en el cuello de Svetlana mientras se derrumba por completo. No puedo creer lo terrible que la he fallado. Cada sollozo que la sacude me parece como cien puñaladas abriéndome heridas por todo el cuerpo.

—Tranquila, niña —la calma Svetlana, levantando la mano de la pared para acariciar suavemente el pelo de Anika.

Los nudillos de su mano que agarra el bastón se ponen blancos por el esfuerzo de mantenerse erguida, y me asombra la fuerza y

entereza de la frágil anciana cuando se trata de proteger a alguien que ama.

Es agonizante.

Cada parte.

El hecho de que no pude proteger a Anika.

Que me *convertí* en el monstruo.

El hecho de que Svetlana sienta la necesidad de interponerse entre Anika y el peligro potencial, cuando claramente le está pasando factura.

Debería haberlo sabido.

Debería haberme contenido.

Debería haber sido lo bastante fuerte para resistir.

Pareciendo recuperar un atisbo de control, Anika levanta la cabeza.

Sus cejas se fruncen mientras mira a Svetlana con confusión preocupada. —*Babushka*, ¿qué haces paseando por los pasillos sin tu silla de ruedas?

Svetlana suelta una carcajada. —Solo doy mi paseo nocturno.

—Venga, vamos a llevarte de vuelta a tu habitación —murmura Anika, rodeando la cintura de la mujer con un brazo de apoyo.

Svetlana asiente, tambaleándose peligrosamente mientras se da la vuelta, cambiando de mano para apoyarse en la pared con la izquierda y sujetar el bastón con la derecha.

Anika la estabiliza, moviéndose con cuidado al lado de la anciana mientras vela protectoramente para asegurarse de que no se caiga.

Dan varios pasos juntas antes de que mi hermosa esposa me lance una sola mirada triste por encima del hombro.

Luego me deja allí plantado, atrapado en una tumba de culpa.

26

ANIKA

—¿En qué estabas pensando, caminando todo este camino? —pregunto, con la preocupación oprimiéndome el pecho mientras veo a Svetlana tambalearse peligrosamente de vuelta a su habitación.

El trayecto claramente la ha agotado, y me preocupa que no consiga regresar. Pero no me atrevo a apartarme de su lado para ir a buscar la silla de ruedas, por si se cae y se hace daño.

—Necesitabas mi ayuda —insiste Svetlana, con su frágil voz quebrada mientras empieza a respirar con más dificultad.

Siento que el corazón se me va a salir del pecho por el amor que siento hacia esta amable anciana.

Podría ser la persona más desinteresada que he conocido. Sinceramente, no sé qué haría sin ella, y solo pensarlo me hace llorar.

—Gracias —murmuro, con un torbellino de emociones revolviéndose dentro de mí, amenazando con estallar.

—Nunca tienes que darme las gracias, *vnuchenka* —promete, jadeando para recuperar el aliento cuando por fin llegamos a su

puerta.

La abro y tomo su mano para ofrecerle todo mi apoyo ahora que la pared ya no está. —Vamos a llevarte a la cama —sugiero, ayudándola a dar los últimos pasos hasta el lugar más cercano donde pueda descansar.

Svetlana suspira aliviada mientras se acomoda en el borde del colchón y me permite coger su bastón.

Cuando me vuelvo hacia ella de nuevo, ya ha conseguido arrastrarse bajo las mantas, con varias almohadas que la sostienen.

—Ven, háblame un minuto —sugiere, dando palmaditas en el espacio libre a su lado.

Desesperada por contacto humano, me hundo en la cama y apoyo la cabeza en su regazo, de modo que veo los pequeños bultos de sus dedos bajo las mantas.

Las manos nudosas de Svetlana acarician suavemente mi pelo, con calma y ternura mientras lo alisa y lo aparta detrás de mi oreja.

—¿Me contarás lo que ha pasado? —pregunta con suavidad.

Dudo, sin saber exactamente por dónde empezar. Todavía estoy intentando entender lo ocurrido.

Ahora que ha terminado, me doy cuenta de que debo de haber tenido un flashback. Pyotr está muerto, así que ya no puede hacerme daño.

Pero aún intento comprender qué lo desencadenó, y me siento fatal por haberle gritado a Miko de esa manera.

—Si Mijaíl te pone una mano encima… —empieza Svetlana, con un tono cargado de veneno, interrumpiendo mi tren de pensamientos.

—¿Qué? —pregunto, apoyándome en el codo para volverme y mirarla—. No. No, no fue eso —insisto, sabiendo que se refiere a Miko aunque lo llame por el nombre de su hijo. Es un hábito de

Svetlana que no he podido quitarle del todo, pero es inofensivo y, por suerte, a Miko no parece importarle, ya que Svetlana no puede evitarlo—. Miko nunca me haría daño —le aseguro, confiada en ese hecho aunque siga confundida sobre lo ocurrido.

—Vale —dice Svetlana, con su mirada lechosa escudriñando mi rostro—. Entonces, ¿qué pasó entre vosotros? Y no me digas que fue una simple riña de enamorados —advierte—. Nunca te había oído tan aterrada.

Se me hace un nudo en el estómago al pensar en contarle la verdad. Porque esto no va de Miko. No realmente.

Va sobre el bisnieto de Svetlana, y siento hasta la médula que está mal contarle las cosas horribles de las que Pyotr era capaz.

Vuelvo a bajar la cabeza a su regazo, cierro los ojos y me armo de valor mientras busco las palabras para contarle mi secreto más profundo, oscuro y feo. Un secreto que solo le he contado a una persona hasta ahora.

Pienso en Miko, aquella noche en que escuchó con tanta paciencia mientras me limpiaba y vendaba con cuidado los pies cortados.

Se me oprime el pecho cuando mi mente recuerda su expresión de dolor en el vestíbulo hace un momento. No debería haber dejado las cosas entre nosotros como las dejé.

Pero estaba demasiado confundida y emocional para entender lo ocurrido. Lo mínimo que puedo hacer es limpiar su nombre, pero eso significa confesárselo a Svetlana.

—Tengo miedo de que me odies si te lo cuento —susurro, mientras una sola lágrima sale de la comisura de mi ojo y rueda por mi sien. Me siento emocionalmente desgarrada y agotada, como si me hubiera perdido lejos de casa y hubiera llorado durante horas.

—Niña. Nada de lo que digas podría hacer que te odie. Para mí, el sol sale y se pone por ti. Eres la hija que nunca tuve, la nieta y la

bisnieta también. Te querré con cada aliento, hasta el último. Así que, cuéntamelo.

Un sollozo ahogado se atasca en mi garganta y apoyo mi brazo sobre el regazo de Svetlana, abrazándola lo mejor que puedo. —Eres la única familia que tengo —confieso.

Ella es la única que realmente se ha preocupado por mí, al menos hasta que apareció Miko.

—Ahora, cuéntame. ¿Qué ha pasado?

—He visto a Pyotr —confieso.

Con vívida claridad, de repente recuerdo mi intenso orgasmo justo antes del flashback.

Todavía puedo sentir los efectos de tener el miembro duro de Miko enterrado dentro de mí, y de repente, soy intensamente consciente de la humedad pegajosa entre mis muslos.

Los aprieto, y mis mejillas se sonrojan al pensar en lo que estábamos haciendo antes de que perdiera completamente la cabeza.

Y ahora me escondo en el dormitorio de Svetlana, demasiado avergonzada para hablar de lo ocurrido y aterrada por enfrentarme a las consecuencias.

—¿Como un fantasma? —pregunta Svetlana con suavidad cuando el silencio se prolonga demasiado.

—No —fruncio el ceño, manteniendo los ojos bien cerrados mientras intento recordar los detalles. Quiero averiguar qué me desencadenó tan fuerte, para saber qué no hacer la próxima vez.

El olor a whisky es el culpable más obvio. Siempre volvía a Pyotr cruel, y esta noche me estaba poniendo tensa incluso antes de identificar el aroma. Debería haber dicho algo, pero no quería que Miko se detuviera.

Entonces, mi corazón da un vuelco al recordar cómo sujetó mis manos sobre mi cabeza. En ese momento, me pareció... excitante.

Como si quisiera que me recostara y disfrutara del placer sin intentar corresponder.

Pero también me sentí demasiado confinada.

Como si no pudiera escapar, ni defenderme.

Un violento escalofrío me recorre, y sé que eso fue lo que lo provocó. Porque eso es exactamente lo que Pyotr solía hacer si alguna vez intentaba decirle que no.

Svetlana es paciente, espera a que me explique mientras su mano vuelve a acariciar suavemente mi pelo, y a medida que mi pulso se calma lentamente, tomo una respiración profunda y tranquilizadora antes de lanzarme a mi confesión.

—*Babushka*, Pyotr solía hacerme daño —digo—. A veces me pegaba, a menudo, si hacía algo que le enfadaba. Y unas cuantas veces, después de una de sus noches de copas, él...

No puedo obligarme a decirlo. El dolor y la humillación son demasiado, pero necesito que lo entienda para que no culpe a Miko.

—Miko y yo estábamos... siendo íntimos —explico con delicadeza—. Y justo en medio, vi a Pyotr. Meneando la cabeza, entierro la cara en la suave tela de su bata. —Entré en pánico y... salí corriendo. Miko no hizo nada para hacerme daño, pero Pyotr sí.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotras, pero la suave caricia de Svetlana no vacila.

—Lo siento mucho, *vnuchenka*. Debería haberlo sabido —murmura finalmente, con una voz peligrosamente frágil.

—¿Cómo podrías haberlo sabido? —pregunto—. Nunca le conté a nadie sobre los abusos de Pyotr. Hasta la noche en que se lo conté a

Miko. Pero confesárselo a Svetlana se siente como un gran peso que se quita de mi corazón.

Giro la cabeza para mirar a Svetlana y me sorprende encontrar su expresión triste.

—No me di cuenta de que había llegado a ser tan grave —dice—. Hace mucho tiempo que sé que todos los hombres Novikov nacen con un veneno en la sangre. Chasquea la lengua, un sonido triste y desgarrador mientras menea lentamente la cabeza. —Eso hace que hieran a quienes aman, y son incapaces de evitarlo. Pero nunca estuve segura respecto a Pyotr. Podía ser tan encantador, ese.

Asiento con la cabeza y una nueva lágrima se escapa de mi ojo para rodar por mi sien. —Era bueno ocultándolo. Y yo siempre intentaba cubrir los moretones con ropa o maquillaje. Estaba tan avergonzada porque estaba segura de que era culpa mía.

—No, Anika —dice Svetlana con firmeza—. Los demonios que llevan dentro los hombres Novikov son algo demasiado poderoso para que alguien como tú o como yo pueda superarlos, ni siquiera influir en ellos. Estoy orgullosa de que hayas sido lo bastante fuerte para sobrevivir a eso.

Una cálida gratitud inunda mi pecho y me incorporo para darle a Svetlana un abrazo de verdad. —Te estoy muy agradecida —susurro, dándole un beso en la mejilla.

Ella suelta una risita temblorosa y su mano me da unas palmadas cariñosas en la espalda. —Estoy aquí siempre que me necesites. En cualquier momento.

—Gracias —repito, mirándola a los ojos con una sonrisa—. Puedo volver a mi habitación y dejarte dormir un poco —ofrezco.

Creo que me he calmado lo suficiente para tener mis emociones bajo control, y ahora que he tenido la oportunidad de despejar la cabeza, realmente debería arreglar las cosas con Miko.

Pero Svetlana niega con la cabeza. —Quédate aquí esta noche y dale tiempo a tu mente para descansar y recuperarse. Claramente has pasado por un trauma y no deberías volver enseguida al lugar donde ocurrió.

—Pero Miko... —objeto, pero Svetlana levanta una mano para hacerme callar.

—Podéis arreglar las cosas por la mañana —me asegura—. Ahora, hazle un favor a una anciana y tráeme una manta extra.

27

MIKO

No puedo calcular cuánto tiempo llevo mirando al techo de nuestra habitación.

Lo único que sé es que no he pegado ojo para cuando los primeros indicios de luz solar empiezan a filtrarse por la ventana.

He pasado toda la noche solo, atormentado por lo que hice, convencido de que Anika jamás me perdonará.

Puse un guardia en la puerta de la anciana—principalmente para asegurarme de que Anika no intentara huir en mitad de la noche.

Pero si ahora quiere dejarme, no sé si tengo corazón para impedírselo.

Está claro que no la ayudo a sanar, así que quizá sea lo mejor para ella.

Debería haberla dejado marchar desde el principio, cuando pidió irse. Ahora lo veo.

Fui egoísta y me confié demasiado en mi certeza de que solo yo podría protegerla.

Podría haber sido la opción fácil—pero no era la única.

El corazón se me retuerce al pensar en cómo podría mantenerla a salvo. Pero necesito tener una respuesta, una que esté segura de que será lo bastante buena para protegerla en mi ausencia.

Cierro los ojos, esa sensación familiar de que me arrancan las entrañas del cuerpo me abruma una vez más—como Prometeo, condenado a que un águila le devorara el hígado una y otra vez como castigo por atreverse a robar el fuego de los dioses.

Eso es lo que me pasa por jugar con fuego, pienso con amargura, pero la metáfora encaja, la verdad.

Sobre todo cuando Anika es como el sol en mi existencia fría y gris. Debo hacer lo que sea para mantenerla a salvo—incluso de mí mismo.

Me pregunto si podría convencer a Leo y a Sora para que la acogieran.

No dudo que mi hermano lo haría si se lo suplicara, pero la idea de dejar marchar a Anika casi me destroza.

No sé cómo voy a sobrevivir a esto cuando siento que me desmorono por las costuras después de solo una noche sin ella.

Pasándome los dedos por el pelo, gimo, liberando parte del dolor acumulado que amenaza con aplastarme. No puedo soportarlo más.

Al mirar hacia el suave horizonte rosado, determino que es lo mejor que voy a conseguir con mi plan de esperar hasta la mañana.

Necesito verla.

Aun así, es terriblemente temprano, y no me cabe duda de que la vieja bruja me abatiría como a un perro rabioso si creyera que voy a montar un numerito.

Así que me obligo a ducharme, lavarme los dientes y ponerme algo decente.

Para entonces son las seis y cuarto.

Suficientemente bien, decido, y camino con determinación hacia la puerta.

Incluso después de una noche entera pensándolo, no sé qué decirle a Anika.

Tengo plena intención de ponerme de rodillas y suplicar su perdón si es lo que hace falta.

Sigo luchando con cómo empezar mi disculpa cuando llego a la puerta del apartamento de Svetlana.

El estómago se me hace un nudo al darme cuenta de que se me acaba el tiempo. Pero no puedo esperar más.

Apartándome el pelo de los ojos, me tomo un momento más para serenarme, luego llamo a la discreta puerta. Oigo ruidos detrás de ella, y tras varios minutos angustiosos, Svetlana abre.

Sus ojos se entrecierran, su expresión se vuelve seria cuando me ve en su umbral, y tengo la sensación de que no está demasiado complacida con mi presencia.

—¿Está Anika ahí? —pregunto, intentando vislumbrarla a través de la estrecha abertura—. Me gustaría hablar con ella, si no le importa a usted. No es que la anciana pudiera impedírmelo si exigiera salirme con la mía, pero después de lo de anoche, no confío en saber qué es lo mejor para Anika.

Svetlana resopla y deja que la puerta se abra más. —Debería preguntárselo usted mismo si está preparada para hablar con usted —dice con descaro.

Me muerdo la lengua para no soltar una réplica rápida cuando mis ojos encuentran a Anika al otro lado de la habitación.

Se ve adorablemente despeinada, con su sedoso cabello rubio revuelto y cayendo en enredos alrededor de su rostro.

Sus ojos están un poco hinchados, como si hubiera pasado gran parte de la noche anterior llorando, y mi corazón se encoge porque sé que soy la causa.

Se endereza, ajustándose el albornoz alrededor de su cuerpo mientras se muerde el labio inferior.

Casi me deshace verla tan vacilante mientras me mira.

—Anika —susurro, dando un paso involuntario hacia ella.

De algún modo, con un control férreo de mi voluntad, consigo limitarme a un solo paso, y lentamente alzo la mano, extendiéndola hacia ella.

Giro la palma hacia arriba en un gesto sumiso, deseando que se acerque.

Mi pulso se acelera cuando da un paso vacilante, y de repente, cruza la habitación corriendo, con lágrimas brotando de sus ojos mientras se lanza directamente a mis brazos.

Me quedo mudo, con el aliento atrapado en mis pulmones mientras me pongo tenso, completamente atónito.

El aire me sale en un resoplido de incredulidad, y con cuidado, la rodeo con mis brazos, envolviendo suavemente el frágil cuerpo de Anika.

—¿Qué te pasa, *topolina*? ¿Por qué lloras? —pregunto, lanzando una mirada perpleja a Svetlana por encima de la cabeza de Anika mientras intento no pensar demasiado en lo bien que se siente tener a mi esposa entre mis brazos de nuevo.

—Miko, lo s-siento m-mucho —solloza, hundiendo la cara contra mi pecho.

Frunciendo el ceño, acaricio su cabello sedoso. —¿Por qué demonios tendrías que disculparte? —pregunto—. Yo vine a pedirte perdón a ti.

Anika niega con la cabeza tan violentamente que me preocupa que pueda hacerse daño en el cuello, y sus brazos se aprietan alrededor de mi cintura mientras sigue escondiendo la cara.

—Anika, mírame —suplico, desesperado por asomarme a lo que está pensando.

Sorbe por la nariz, apartándose lo suficiente para secarse las lágrimas de las mejillas, y luego me mira nerviosamente.

Un alivio me inunda en cuanto nuestras miradas se encuentran, y suspiro mientras paso los nudillos por sus mejillas manchadas de lágrimas. —Háblame —suplico.

—Siento haberme vuelto loca —susurra, un hipo sacudiendo su cuerpo y cortando su última palabra—. Sé que estoy rota —añade, las lágrimas comenzando a fluir de nuevo mientras intenta explicarse.

Con el corazón hecho trizas, le sostengo el rostro con la palma de la mano e intento secar sus lágrimas con el pulgar, pero por cada una que atrapo, otra ocupa su lugar, corriendo hacia su barbilla. —Shh, no digas eso. No estás *rota* —insisto, intentando consolarla—. No hiciste nada mal. Soy yo quien debería disculparse. No fui tan cuidadoso como debería haber sido. Me dejé llevar por el momento y no pensé. Pero eso no es excusa. Simplemente no me di cuenta…

Trago saliva con fuerza mientras la horrible verdad amenaza con estrangularme. Una verdad tan fea que ni siquiera me permitía considerarla antes. Pero después de lo que pasó anoche, sé en el fondo de mi ser que es cierta.

Pyotr no solo golpeó a Anika.

Ese monstruo la violó.

Solo Dios sabe cuántas veces.

Y mi incapacidad para afrontar esa cruda verdad es por lo que la fallé tan completamente.

—Lo siento, Anika. Dios, lo siento muchísimo —susurro, con el pecho dolorido por el peso de mi remordimiento— remordimiento por lo que hice, remordimiento por lo que le sucedió, remordimiento porque no tuvo a nadie que la protegiera de un destino tan horrible y despreciable.

Pyotr hizo un juramento.

Juró amarla y protegerla, y violó esa promesa de todas las maneras imaginables.

Los dedos delicados que rodean mi mano me sacan de mis pensamientos oscuros, y miro profundamente a los ojos azules, suaves e insondables de Anika.

—No tienes que disculparte —promete. Sus mejillas se sonrojan mientras baja la mirada, como si le diera vergüenza decir lo que piensa—. Me gustaba lo que estabas haciendo —susurra, su rubor intensificándose. Luego sus ojos vuelven a encontrarse con los míos —. De verdad que me gustaba. Es solo que... creo que porque olías a whisky, y entonces…

Lanza una mirada tímida por encima del hombro en dirección a Svetlana, pero hay que reconocerle a la anciana que está haciendo un trabajo impresionante de aparentar que no nos oye.

—Cuando me inmovilizaste las manos por encima de la cabeza…

Asiento, reviviendo ese horrible error de cálculo con vergüenza renovada al recordar cómo cambió su actitud de repente.

—Creo que me quedé atrapada en un recuerdo o algo así. No sé. Vi la cara de Pyotr, y pensé que eras él —traga con fuerza, con una expresión atormentada en su rostro mientras gira la cabeza para mirar a lo lejos—. Entré en pánico.

—Lo entiendo —digo con voz ronca—. Y te juro que, si me das otra oportunidad, nunca volveré a permitir que eso ocurra.

Anika me sonríe con tristeza. —No puedes prometer eso. Quiero decir, ¿cómo ibas a saber tú qué podría desencadenarme si *yo* ni siquiera lo sabía? Tal vez nada de esto habría pasado si no me hubiera alterado tanto por mi conversación con Sora—

—¿Qué conversación? —pregunto, sintiendo de nuevo ese vacío en el estómago al recordar cómo la esposa de Leo evitaba mi mirada anoche.

Anika palidece ligeramente, como si percibiera la advertencia en mi tono. Sus ojos escudriñan mi rostro mientras se muerde el labio, dejando ver ese adorable espacio entre sus dientes.

—Anika —insisto, con el temperamento encendido.

Si Sora dijo algo que Anika no quiere contarme, debe haber sido grave, tan grave como para que ella, consciente o no, me pusiera en la misma categoría que su maltratador exmarido.

—No fue nada, en serio —me asegura—. Estoy segura de que no lo decía con mala intención.

La ira hacia mi cuñada me abrasa por sembrar dudas en Anika tras tanto esfuerzo por superar sus defensas. —Pero fue lo bastante serio como para no querer decírmelo —señalo—. ¿Tan malo que crees que pudo desencadenar tu flashback?

—No, yo... —Anika se sonroja furiosamente y cierra los ojos como para ordenar sus pensamientos—. Solo comprobaba que estuviera bien.

—Porque cree que, como mi esposa, no lo estarías —completo, leyendo entre líneas. Es un golpe bajo darme cuenta de cómo todos me ven, incluso la esposa de Leo, que debería saber que no se juzga por primeras impresiones tras aprender a amar a mi hermano.

—Estoy segura de que no piensa eso —insiste Anika—. Pero mencionó que...

—¿Que qué? —exijo cuando duda. Me arrepiento al instante al verla estremecerse.

Detrás de ella, Svetlana me lanza una mirada de advertencia y contengo rápidamente mi ira.

—Bueno... que una vez le lanzaste un cuchillo.

Merda.

Lo había olvidado por completo.

Fue poco después de casarse con Leo, y en verdad estaba tan concentrado arreglando un coche que no me di cuenta de que *no* era Sandro, como creí.

Él y yo teníamos un juego de años que nos desafiaba a mantenernos alerta.

Ni siquiera sé si me acordé de disculparme antes de que Sora se marchara.

—Sí, vale —suspire, pellizcándome el puente de la nariz mientras busco cómo explicarlo sin sonar como un monstruo.

—¿Así que *sí* le lanzaste un cuchillo? —pregunta Anika con un tono de sorpresa que me gratifica.

—Bueno, sí, pero era solo un estúpido juego, uno que jamás haría con nadie excepto Sandro. Pero ese masoquista tiene la filosofía de que no se puede aprender a luchar solo con ejercicios. Estaba entrenándolo en sigilo y acercarse a oponentes... No miré y creí que era él.

Para mi asombro, Anika suelta una risita.

—¿Te parece gracioso? —pregunto confundido.

—No te detienes ante nada para ayudar a tus hermanos, ¿verdad? —comenta con ligereza.

Supongo que nunca lo había visto así, y me encojo de hombros. —No, supongo que no.

Sonriendo, Anika se pone de puntillas mientras rodea mi cuello con sus brazos.

Mis manos se mueven instintivamente para atraerla, y una corriente eléctrica recorre mis labios cuando me regala un casto beso.

Luego baja lentamente.

—Confío en ti, Miko. Has sido maravilloso conmigo, y si estás dispuesto a aceptarme, por supuesto que quiero darle otra oportunidad a esto —dice, haciendo que mi corazón se eleve. Su expresión vuelve a tornarse ansiosa—. Es solo que... al parecer aún tengo fantasmas que exorcizar. ¿Seguro que soy el tipo de esposa que quieres?

Sosteniendo el rostro perfecto de Anika entre mis palmas, sostengo su mirada para que sepa cuán en serio lo digo. —Eres la única esposa que desearé —prometo, antes de inclinarme para sellar sus labios con un beso.

28

ANIKA

—En serio, deberíais haberlos visto —insiste Sandro mientras Gio y yo nos desternillamos de risa en la mesa—. Vamos, que bastó el empujoncito más leve. Solo dije que Viktor debería ser el próximo *Pakhan*, y Gleb perdió la cabeza por completo. Ya habían sacado los cuchillos antes de que me escabullera entre la multitud.

—¿Y no tenían ni idea de que eras tú? —pregunta Gio entre resoplidos de diversión.

—Gleb nunca fue uno de los capitanes más listos de Pyotr —confirmo, tapándome la boca con los dedos mientras intento no escupir el postre de la risa.

—Qué bien saber que los rusos siguen tan desorganizados como siempre —observa Raf con sequedad mientras Miko me dirige una ceja arqueada con divertida complicidad.

Esa comunicación sutil hace que revoloteen mariposas en mi estómago, y mis mejillas se sonrojan al sentirme repentinamente tímida.

Eso me ha estado pasando mucho más desde mi fea crisis nerviosa hace una semana.

La atención de Miko me resulta ahora aún más significativa; la mirada más fugaz prende fuego a mi cuerpo, y no logro contener mi reacción física hacia él.

Hasta la ojeada más rápida me hace anhelar su contacto.

No ayuda que mis sueños sean cada vez más explícitos —y de naturaleza sexual—, como si intentaran compensar la falta de intimidad que hemos tenido desde aquella noche.

En nuestras interacciones cotidianas, Miko y yo parecemos haber alcanzado un nuevo ritmo. Nuestra comunicación está en su mejor momento, y empiezo a confiar en él de formas que jamás creí posibles.

Pero nuestra vida sexual se ha detenido por completo. Miko está encantado de besarme y achucharme, pero se muestra reacio a ir más allá, y sé que es por lo ocurrido: porque no quiere hacerme daño desencadenando otro flashback.

Aun así, estoy decidida a no rendirme. El sexo con Miko era una de mis cosas favoritas de estar casada con él, así que he ideado un plan. Y esta noche, después de cenar, lo pondré en marcha.

—La simpatía que hemos ganado ha fortalecido nuestras alianzas italianas mejor de lo que podríamos imaginar —añade Miko, volviendo su atención a la discusión—. Pero aún no tenemos suficientes hombres para actuar contra los Yakuza solos.

Raf niega con la cabeza.

—No sin los irlandeses.

—Y no parecen muy dispuestos a enfrentarse a los Murrays, aunque no estén de acuerdo con Callum —dice Sandro.

—Lo que significa que oficialmente estamos en un punto muerto —declara Miko.

Siento una punzada de compasión por los hermanos.

Parece que sus planes de venganza estarán bloqueados hasta que recluten más luchadores, pero por lo que he entendido, ya han buscado alianzas bajo todas las piedras.

Me alegra que al menos todos se sientan cómodos hablando del tema delante de mí ahora.

Quizá sea solo porque ahora saben que puedo entenderlos tanto en inglés como en italiano. Pero podrían elegir fácilmente no hablar de ello durante la cena si no quisieran que lo supiera, así que lo tomo como una muestra de confianza que me hace sentir cálidamente aceptada.

—¿Qué opinas, Anika? —pregunta Gio, pillándome por sorpresa—. ¿Alguna alianza brillante que no se nos haya ocurrido?

Me quedo paralizada, atónita no solo por incluirme en la conversación, sino por pedir mi opinión—. Oh, um. Bueno, no sé. Quiero decir, ¿habéis considerado enviar a los hombres heridos de la incursión de Valentin para ver si convencen a alguna facción rusa de unirse a vosotros?

—Me gusta cómo piensas —dice Raf con un brillo en la mirada.

Gio pone los ojos en blanco y se inclina hacia mí para susurrar en plan conspirativo—. Eso es porque él sugirió lo mismo.

—Ah, claro —digo, sonrojándome al darme cuenta de que quizá era bastante obvio.

—Es una buena sugerencia —dice Miko con calidez, cogiendo mi mano y apretándola con tranquilizador afecto.

Mi corazón inmediatamente se desboca, zumbando más allá de mis oídos y enviando sangre a mi centro.

—Lo intentamos —explica suavemente—. Por desgracia, el hombre que se ofreció a llevar la propuesta fue devuelto con un mensaje muy claro: la Bratva consideraría una alianza con nosotros la traición

máxima. No tienen intención de apoyar que un Chiaroscuro recupere el poder.

—Un mensaje claro, es decir…

—Devolvieron la cabeza del hombre en una caja —dice Sandro con tono llano.

Trago con dificultad—. Vale. Entendido.

—Bueno, ahora que le habéis quitado el apetito a mi mujer… —Miko frunce el ceño a su hermano antes de volverse hacia mí—. Anika, ¿subimos?

—Sí —asiento, y la respuesta sale entrecortada cuando una ráfaga de nervios me atraviesa.

Miko me mira con curiosidad, luego me toma la mano para guiarme fuera del comedor mientras deseo buenas noches a sus hermanos. Chispas de electricidad cruzan nuestras palmas al entrelazar nuestros dedos, dispersando mis pensamientos. Hay silencio mientras subimos juntos las escaleras, y en esa calma momentánea, me esfuerzo por recuperar la compostura.

—¿Algo en mente? —pregunta Miko al abrir la puerta de nuestra habitación y seguirme dentro.

—¿Mmm? No —respondo demasiado rápido, despertando al instante su sospecha.

—Anika —dice, con ese deje de advertencia en la voz que me hace estremecer.

La puerta se cierra suavemente tras él, y mi pulso se acelera al girarme para enfrentarme a él, mis mejillas ardiendo de nuevo.

Las cejas de Miko se juntan; emociones fugaces cruzan su rostro antes de asentarse en una preocupación genuina—. Sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿verdad? —dice suavemente, su voz profunda e hipnótica mientras da un paso lento hacia mí, como

si creyera que un movimiento en falso podría hacerme salir disparada.

Dios, le he dejado hecho polvo, ¿verdad?

El estómago se me contrae de culpa, sobre todo sabiendo de qué quiero hablar con él. —Vale —susurro—, tengo algo en mente —murmuro, mirando hacia la cama—. ¿Quieres... sentarte?

Su expresión se ensombrece, frunciendo el ceño, pero accede a mi sugerencia. El borde del colchón se hunde unos quince centímetros cuando apoya los codos en las rodillas y entrelaza los dedos para escucharme.

La tensión es casi palpable cuando me planto frente a él, pero mis nervios están tan revueltos que no me atrevo a sentarme.

En vez de eso, paseo nerviosa delante de él, mordisqueándome las uñas mientras reúno valor para hablar.

—Intentas decirme que esto no funciona entre nosotros —adivina él con voz plana y sin emoción.

Me detengo en seco y me giro para mirarlo boquiabierta. —¿Cómo has...? ¿Por qué piensas eso? —pregunto, súbitamente angustiada al pensar que él cree que no funciona... y quizás por eso no ha querido tener relaciones.

Miko suspira hondo, se cubre la cara con las manos y se agarra la cabeza. Luego, con expresión resignada, me mira fijamente. —Sé que las cosas no han ido bien. Veo que no eres feliz. Es solo que... no sé qué hacer, Anika. No sé cómo arreglarlo.

Lo miro atónita, con la mandíbula floja mientras sus palabras me marean. —¿Crees que... no soy feliz? —repaso sus palabras. Supongo que no se equivoca. Pero intuyo que lo dice con un sentido completamente distinto.

Baja la mirada hacia sus dedos entrelazados y asiente. —Lo entiendo. Perdonar no siempre es tan fácil como quisiéramos —dice.

—¿Perdonar...? Miko, ¿de qué estás hablando? —pregunto sinceramente confundida.

Sus ojos azules se clavan en los míos. —Has tenido tiempo para pensarlo. Me diste tu confianza y jamás debí forzar tanto las cosas.

—¿Cuándo...?

—¡La noche de tu flashback! —insiste, alzando la voz de angustia y haciéndome retroceder. Aprieta la mandíbula, los ojos le brillan de frustración, y los cierra— excluyéndome mientras parece controlarse con esfuerzo—. Perdona —murmura—. No debería haberte gritado. Es que... —Traga con dificultad—. Creí que tenía más tiempo.

—Miko, no tiene sentido. ¿Tiempo para qué? —pregunto acercándome para hundir los dedos en sus espesos rizos negros, perfectamente despeinados.

Él levanta la barbilla, con expresión dolorida mientras me sujeta las caderas con suavidad, acercándome hasta apoyar la barbilla en mi vientre. —Más tiempo para enmendarlo.

El corazón me da un vuelco, siento punzadas en los ojos por el remordimiento en su tono. Sigue machacándose por lo ocurrido. Quizás por eso no me ha tocado. Ya no confía en sí mismo.

—Te dije que no tienes nada que enmendar. Ninguno sabía que podía pasar. Ahora lo sabemos —digo con tono práctico para aliviar su culpa—. Pero tienes razón. No soy feliz. Nuestra vida sexual era lo mejor de mi nueva vida contigo, y no me parece justo que me sigas privando de ella —le reprendo.

—Pero—

—No —interrumpo poniéndole un dedo en los labios para callarlo—. Dijiste que podía contarte cualquier cosa —le recuerdo.

Los ojos de Miko se suavizan y su mano se desliza por mi cadera hasta atrapar la palma de mi mano contra sus labios.

Deposita un beso en mi dedo silenciador, luego abre mi mano para besar mi palma.

El gesto me envía un escalofrío de placer por el brazo y junto las rodillas de repente débiles. Necesito controlarme.

—Puedes contarme cualquier cosa —me asegura—. Solo creo que el sexo no es buena idea si puede arrastrarte de vuelta a las pesadillas de las que claramente aún intentas sanar.

—¿Qué significa eso? —pregunto sintiendo que la conversación sigue tomando giros inesperados.

—Has estado agitándote y gimiendo mucho en sueños desde aquella noche —suena voz angustiada y me ruborizo al comprender el malentendido.

—Miko, he estado soñando contigo —digo con intención—. Con... las cosas que quiero que me hagas. —Bajo la mirada a sus labios, el corazón se acelera, y paso las yemas de los dedos suavemente por ellos, deseando volver a sentirlos entre mis muslos.

—Ah —dice, con reconocimiento en la mirada.

—Sí, ah —murmuro, inclinándome hacia él mientras sus brazos me rodean las caderas con más firmeza—. Así que he pensado. Para evitar flashbacks desagradables, ¿y si te ato a la cama?

Una de las cejas de Miko se eleva lentamente, sus labios dibujando una sonrisa. —¿Ah?

—Así tendré el control de lo que ocurra y podré ir a mi ritmo... y tú no tendrás que preocuparte por forzarme demasiado. Sabré que puedo parar si algo me parece excesivo. —Sonrío tímidamente, aumentando los nervios al pensar en tomar así las riendas. Me parece demasiado atrevido y completamente fuera de mi experiencia. Pero no puede ser peor que abstenernos como hasta ahora—. Y quién sabe... quizá hasta te guste —sugiero intentando vender la idea con más seguridad de la que siento.

La diversión le hace torcer los labios y Miko besa mi vientre. —Me parece adorable que creas que existe la más mínima posibilidad de que no me guste —bromea—. Me apunto. Probémoslo.

—¿En serio? —jadeo, la adrenalina inundándome las venas ahora que va a ocurrir. El estómago se me contrae de emoción, el corazón se salta varios latidos.

—Solo dime dónde quieres que esté —gruñe levantándose lentamente. No me quita los ojos mientras agarra el bajo de su camiseta y la levanta sobre los perfectos contornos de su torso.

Dios, es más sexy de lo que ningún hombre tiene derecho a ser.

—E-en la cama —sugiero súbitamente nerviosa.

—¿Pantalones puestos o quitados?

Miro sus vaqueros gruesos y dudo que pueda quitárselos yo sola una vez tumbado. —Quitados —digo, luego me giro bruscamente hacia el baño en busca de provisiones.

Me tomo un momento para serenarme y decido desnudarme antes de que me observe.

Luego me envuelvo en una bata de seda, atándola a la cintura antes de sacar un segundo cinturón de otra bata y regresar al dormitorio.

—¿Ningún striptease para mí? —bromea Miko reclinado contra el cabecero, los ojos brillantes.

—Pórtate bien —le advierto señalándole con un dedo—. Ahora, dame la muñeca.

Obedece al instante, extendiendo su brazo largo y tatuado hacia mí mientras me detengo junto a la mesilla.

Cogiendo el cinturón de seda, ato un extremo a su muñeca y el otro a la columna de la cama, comprobando que quede suelto para que no esté incómodo.

—Muy ingeniosa —observa él mientras me mira con una sonrisa pícara.

—Gracias —respondo con una leve reverencia. Luego desato lentamente mi bata, manteniendo su mirada deliberadamente mientras dejo que la seda se abra.

El aire silba entre los dientes de Miko cuando sus ojos descienden para admirarme, y el hambre que veo en ellos me hace comprender que lo ha echado tanto de menos como yo.

Un latido de calor palpita entre mis muslos ante ese pensamiento, y mi excitación se intensifica.

Sintiéndome atrevida, me subo a la cama y me siento a horcajadas sobre su cintura antes de pedirle la otra mano.

La entrega sin dudar, sus ojos permanecen en mi rostro mientras ato su muñeca con mi cinturón.

—No llevas bragas —comenta, moviéndose bajo mí. La profunda vibración en su pecho resuena en mi cuerpo.

—No llevo —confirmo mientras el calor asciende por mi cuello.

—Y ya estás húmeda por mí —dice, con los ojos oscureciéndose.

Inclinándome sobre él, guío su mano para atarla al poste más alejado de la cama.

—La mejor vista de la casa —comenta juguetonamente.

—¿Ah, sí? —bromeo mientras deslizo mis caderas para montar sus caderas.

Me bajo lentamente, mis pliegues envolviendo su polla mientras aprisiono su erección entre nosotros. Los ojos de Miko se cierran, su garganta se contrae cuando su grueso miembro palpita contra mi clítoris.

Me quito la bata y la dejo caer junto a la cama mientras balanceo las caderas, cabalgando la ola de placer que recorre mis venas.

Sus brazos se tensan, las muñecas tiran contra las ataduras como si no deseara nada más que tocarme.

Y cuando sus ojos se abren de nuevo, siento que mi alma arde.

—¿Te gusta? —pregunto, repentinamente ansiosa por si no le agrada tanto como a mí.

—No tienes idea —responde ronco, con la voz tensa por la excitación.

Muerdo mi labio, balanceo las caderas otra vez y deslizo mis manos por sus esculpidos abdominales hasta sus pectorales. —Ahora que he llegado tan lejos, me siento un poco tonta. No sé muy bien lo que hago —confieso.

—Lo haces perfectamente —asegura, empujando sus caderas juguetonamente bajo mí para demostrar su dureza.

Grito, escapándose una risita nerviosa.

Y al mismo tiempo, una cálida emoción llena mi pecho.

Ahora estoy segura de que me estoy enamorando de Miko.

No tengo elección en esto, y por primera vez, eso no me asusta.

¿Qué otro hombre me permitiría probar una idea tan loca y me haría sentir tan deseable mientras lo hacía?

—Pero si quieres sugerencias —añade con un brillo travieso en los ojos—, podrías sentarte en mi cara.

Mi centro palpita ante la sugerencia.

—¿Literalmente?

Ríe profundamente desde el vientre, derritiéndome. —Sí, literalmente —dice, deslizando sus caderas hacia abajo en la cama.

El calor florece en mi interior mientras obedezco, avanzando a gatas para agarrar el cabecero mientras me siento sobre su rostro.

Luego bajo lentamente hacia sus labios. Miko murmura, levantando la cabeza de la almohada para encontrarme.

Desliza su lengua desde la parte posterior de mi raja hasta el clítoris, separando mis pliegues con la punta.

—Dios mío —gimo, agarrando el cabecero con más fuerza mientras mis caderas se estremecen.

Entonces los labios de Miko envuelven mi clítoris, y grito, frotándome contra su boca un instante antes de poder detenerme.

—Maldita sea, Anika, *siéntate en mi cara* —gruñe cuando levanto mi peso.

Mi cuerpo responde por sí solo, y Miko gime aprobadoramente cuando vuelvo a descansar sobre él.

Para recompensarme, lame mi coño y luego hunde su lengua en mi agujero palpitante.

Jadeando por la intensidad de mi excitación, balanceo las caderas buscando el placer que he anhelado desesperadamente toda la semana. —Dios, me voy a correr —jadeo, sorprendida porque nunca he corrido tan rápido.

Miko emite un gruñido bajo, su lengua lame más rápido, su vello facial rozando mi piel sensible. Luego chupa mi clítoris entre sus dientes y muerde suavemente.

Exploto contra él, mis paredes palpitan mientras mi pulso golpea su lengua. Un hormigueo de alivio se extiende hasta mis dedos, tan embriagador que me marea.

Tampoco se detiene, chupándome y lamiéndome todo el tiempo que le permito.

Finalmente, levanto las caderas.

Miko me sigue, alzando la cabeza de la almohada y prolongando el contacto mientras inhala profundamente mi aroma. —Hueles tan bien —gruñe, girando la cabeza para besar y mordisquear mi muslo interno.

—Tu lengua es mágica —murmuro, deslizándome por su cuerpo y acercándome para besar sus labios. Noto mi sabor en su lengua, lo que profundiza mi satisfacción. Ahora más relajada, una nueva audacia me posee. —Te toca a ti —susurro contra sus labios.

Miko murmura complacido. —Me gusta cómo suena eso.

Con una sonrisa tímida, me deslizo por su cuerpo, besando los oscuros tatuajes que decoran su piel. Su polla se estremece cuando paso junto a su ombligo, la punta saltando para rozar mi barbilla.

—¿Qué haces, *topolina*? —pregunta Miko con voz ronca.

—Devolviendo el favor —digo, alzando la vista por su cuerpo para encontrar sus ojos.

Luego agarro la base de su polla y envuelvo sus labios alrededor de la hinchada punta. Una gota de líquido precum cubre mi lengua, salada y tentadora, mientras lo lamo.

Es la primera vez que le hago una mamada a Miko.

Nunca insistió, y a mí nunca me gustó especialmente que me follaran la garganta.

Pero cuando la cabeza de Miko cae hacia atrás, sus bíceps abultándose mientras agarra sus improvisadas ataduras, una descarga de anticipación recorre mi espina dorsal.

—Joder... —sisea, su polla palpita contra mi paladar, y yo murmuro, saboreando su reacción.

Si hay algo que sé hacer con confianza en el dormitorio, es una mamada.

Y por una vez, creo que me va a gustar, aunque Miko sea mucho más grande que con quien aprendí.

Me lo llevo entero a la boca, enroscando mi lengua alrededor de la gruesa vena de la base, y respiro lenta y profundamente mientras relajo mi garganta alrededor de su punta.

—Cristo, Anika, no voy a durar nada si sigues así —gime.

La idea de hacer correr a Miko me inunda de excitación, y aprieto los muslos mientras la humedad recubre mis pliegues.

29

MIKO

Ha pasado una semana desde que me vine, y ya sabía que no iba a aguantar mucho ni siquiera antes de que Anika se quitara la bata.

Pero cuando envuelve mis labios perfectos alrededor de mí y me toma hasta el fondo de su garganta, sé que estoy perdido.

A este paso no voy a llegar ni a tener relaciones, pero cuando se lo advierto, no parece importarle.

Simplemente sigue moviendo la lengua en círculos de una manera que hace estallar estrellas detrás de mis párpados.

Quizá sea buena idea tomárnoslo con calma.

No tenemos que llegar hasta el final esta noche. Prefiero que Anika disfrute lo que estamos haciendo —hasta donde ella quiera llegar.

Pero Dios, tenía tantas ganas de estar dentro de ella otra vez. Fue lo primero que pensé cuando propuso su plan.

La cabeza de Anika sube y baja, su garganta se tensa alrededor del glande mientras se atraganta suavemente, y casi pierdo la cabeza.

Requiere todo mi autocontrol no empujar con las caderas, pero incluso si no hubiera atado mis pies, no me permitiría tomar el control.

Este es su plan, su rodeo. Yo solo estoy aquí para contemplar asombrado cómo cabalga sobre mí.

Anika es una maestra con la boca, la presión de su lengua, cómo agarra mi base imitando el movimiento y manteniendo la punta entre sus cálidos y húmedos labios cuando necesita descansar la garganta.

Su ritmo es lo suficientemente rápido para volverme loco, y se me tensan las pelotas al sentir que me precipito hacia el clímax.

—Me voy a correr —gimo, intentando aguantar un poco más, pero es una batalla perdida.

Y cuando Anika pasa la lengua por mi punta y me toma otra vez hasta el fondo de su garganta, estoy perdido.

Mi polla se pone rígida, hinchándose con la primera explosión de mi corrida mientras cubro la parte trasera de su lengua.

Palpitando dentro de su boca, eyaculo chorros espesos de semen por su garganta.

Tras tantos días de abstinencia, es mucho más de lo que cualquier mujer debería tragar. Pero de algún modo, Anika consigue tragar hasta la última gota.

Y cuando se retira lentamente, chupándome la polla hasta dejarla limpia y soltándola con un leve chasquido, la miro asombrado.

Limpiándose las comisuras de los labios, Anika se incorpora, ofreciéndome la vista perfecta de sus tetas llenas y firmes y su cintura estrecha.

—¿Cómo es que eres tan perfecta? —pregunto, el asombro dejando mi voz ronca.

Anika sonríe, un delicado rubor tiñendo sus labios.

Daría lo que fuera por tener mis manos libres ahora mismo para atraerla hacia mí y robarle un beso.

Decidido a conseguir uno, sea como sea, agarro las cintas de seda atadas a mis muñecas y me incorporo, forcejeando contra ellas mientras acorto la distancia.

—Acércate —digo roncamente, mi súplica sonando como una orden.

A Anika no parece importarle, y una sonrisa sensual curva las comisuras de sus carnosos labios mientras se desliza más cerca, luego extiende las manos sobre mi pecho, empujándome suavemente hacia atrás para volver a montarme.

—¿Alguna vez te han atado? —pregunta, su piel suave rozando la mía mientras sus pezones trazan lentos patrones sobre mis pectorales.

—¿Cuentan las esposas? —respondo.

Las cejas de Anika se arquean, su expresión inescrutable mientras estudia mi rostro. —¿Para el sexo?

Una risa baja brota de mí. —Como que estuve en prisión un tiempo.

—Ah, claro —dice, sus mejillas enrojeciendo.

—¿Y tú alguna vez has estado atada? —pregunto, la preocupación tiñendo mi tono mientras rezo en silencio para que diga que no.

Anika niega con la cabeza, sus yemas siguiendo el patrón de un tatuaje en mi pecho, sus ojos observando el movimiento.

Simplemente no puedo evitarlo.

Inclinándome hacia arriba, capturo sus labios, robándole un beso y gimiendo cuando la satisfacción me recorre.

Anika se derrite en mí, sus brazos rodeando mi cuello y sus dedos entrelazándose en mi pelo mientras me devuelve el beso con una dulzura que me parte el corazón.

Dios, cómo amo a esta mujer. La amo más cada día. No sé qué haría sin ella.

No sé ni cómo existía antes de que entrara en mi vida. Es con un impacto rotundo que me doy cuenta de que no tenía vida antes de ella. Ninguna que valiera la pena.

Ella insufló un propósito a mi existencia la noche que derramó su copa sobre mí, y mi camino ha ido serpenteando hacia ella desde entonces.

Nuestras lenguas se enredan mientras me inclino hacia adelante tanto como permiten las ataduras, arqueando su espalda hasta alinear nuestros cuerpos.

Las caderas de Anika giran contra mí, sus húmedos pliegues separándose para tragar mi polla ya satisfecha, y no tardo nada en empezar a hincharme contra ella.

Anika jadea, los ojos abriéndose de par en par al notar que me pongo duro para ella. Entonces frota contra mí, deslizando su codiciosa rajita adelante y atrás a lo largo de mi miembro mientras me estimula.

Es una agonía no tocarla, no apretar su firme trasero con mis manos, palmar sus pechos y provocar que sus pezones se endurezcan como puntas.

Aunque parece lo suficientemente excitada, no necesitan mi ayuda. Dos duros guijarros presionan contra mi pecho, haciendo que la sangre afluya a mi polla mientras palpita y engorda.

—Quiero sentirte dentro de mí —murmura Anika contra mis labios.

—Sigue besándome así y se cumplirá tu deseo —prometo.

Su boca se estrella contra la mía, sus manos agarrando mi nuca mientras me besa con una fuerza e intensidad que desmienten su menuda figura.

Sabía que Anika escondía una gata salvaje en su interior, pero parece que, cuando va a lo suyo, por fin está dispuesta a desatarla. Y Dios, cómo adoro su fuego.

Alcanza entre nosotros para agarrar mi rígido miembro y, alzando sus caderas, guía mi punta hasta su ardiente y húmeda entrada.

Entonces, lentamente, se hunde sobre él.

Anika gime, el sonido como un chute de adrenalina directo al corazón, y mi pulso retumba mientras la euforia de estar enterrado en ella me ciega momentáneamente.

Se balancea sobre mí, su clítoris frotando contra la base de mi polla mientras me mantiene enterrado en su interior.

Luego, lentamente, cambia su movimiento, balanceándose para que salga y luego vuelva a penetrar sus profundidades estrechas.

—Llévame de paseo, *topolina* —roneo—. Quiero sentir ese coñito perfecto correrse por toda mi polla.

Las palmas de Anika encuentran mi pecho plano y me empujan hacia la cama.

Entonces se apoya en mis pectorales mientras empieza a moverse de verdad.

Noto su excitación por cómo le tiemblan los muslos, sus caderas sacudiéndose contra mí mientras se abandona al placer.

—Dios, Miko —gime, sus dedos curvándose hasta que sus uñas se clavan suavemente en mi piel.

La euforia en su expresión es pura perfección, y observo con asombro cómo llega al clímax.

Sus paredes ondulan a lo largo de mi miembro, ordeñándome mientras se corre, y los movimientos de Anika se ralentizan, casi deteniéndose cuando las olas de placer alcanzan su punto álgido.

Su respiración es superficial y rápida mientras sus ojos se abren perezosamente, y me sonríe con expresión de sensual satisfacción.

—¿Te han dicho alguna vez lo sexy que estás cuando tomas el mando? —pregunto con voz ronca de deseo.

Anika tararea, sus dedos extendiéndose sobre mi pecho mientras se inclina para rozar mis labios con un suave beso.

Luego, sin moverse de su asiento sobre mi dolorosa erección, alcanza mi mano derecha y afloja el cinturón de seda.

Mis dedos hormiguean al regresar la sangre a ellos, y flexiono la mano para acelerar la sensación.

Hace lo mismo con mi mano izquierda, y ahora la observo con atención, pues las reglas han cambiado.

Pero claramente, Anika tiene algo en mente, y me sonríe tímidamente mientras toma mis manos y las guía hacia sus caderas.

—¿Me sostienes? —sugiere, manteniendo sus manos sobre las mías mientras empieza a balancear lentamente sus caderas de nuevo.

Cristo, esta mujer va a acabar conmigo.

Pero por ella, haría cualquier cosa.

Mis palmas hormiguean con la electricidad que baila entre ellas y su piel, y la agarro con más fuerza, soportando su peso mientras sigo su movimiento. Entonces, gradualmente, empiezo a balancear mis propias caderas al encuentro de las suyas.

Anika jadea, su espalda arqueándose y su cabeza cayendo hacia atrás mientras su interior se contrae alrededor de mí.

Mi polla palpita ansiosa en respuesta.

No importa que ya me haya corrido. Sé que no resistiré su próximo orgasmo.

Es tan condenadamente tentadora.

Incorporándome, rodeo sus caderas con mis brazos, acercándola mientras encuentro la curva de su cuello con mis labios.

Anika gime, sus brazos rodeando mis hombros mientras se aferra a mí. Y juntos, nos balanceamos en perfecto ritmo.

Siento cómo se acerca su clímax cuando sus paredes se hinchan a mi alrededor. Su respiración se vuelve agitada y rápida, un gemido femenino en cada exhalación. Nuestros labios se encuentran.

Los suyos se separan, su lengua acariciando la mía, y mientras se enrosca a mi alrededor, nos deshacemos juntos, perfectamente enredados en los brazos del otro.



Siento que Anika y yo por fin hemos encontrado nuestro punto dulce, ese lugar perfecto entre pasión y calma, donde no debo temer romperla cada vez que la atraigo para un beso—y ahora sé, sin duda, que ella lo desea.

Siento que realmente empieza a confiar en mí en cada aspecto de nuestras vidas, y jamás me he sentido más honrado por ganarme la confianza de alguien.

Aunque mis días nunca han estado más ocupados, sé que esta es la época más feliz de mi vida.

Tal vez eso me haga un enfermo, teniendo en cuenta el caos actual de nuestra familia.

Pero empiezo a darme cuenta de que la venganza no es ni la mitad de dulce que acostarme con la mujer que amo.

Aun así, pienso llevarla hasta el final. Restauraré el apellido Chiaroscuro—por mis hermanos.

—Por eso no podemos precipitarnos —explico, señalando con un gesto brusco hacia nuestro explorador para indicar que hablo de su último informe—. Me dijiste que los Keen estaban decididos a enfrentarse a los Tanaka.

—Si los Murray están de acuerdo —corrige Sandro.

—No vamos a confiar en los Murray. Me importa un bledo lo que digan los Keen —gruño—. Esos bastardos irlandeses acaban de demostrar su falta de lealtad cuando ayudaron a los Tanaka a derrotarnos. ¿Y ahora quieres traerlos de vuelta al redil? Solo para complacerte, déjame preguntarte: ¿qué te hace pensar que los Murray estarían dispuestos a cambiar de bando... otra vez?

Un estruendo violento ahoga la respuesta de Sandro cuando una explosión sacude los mismos cimientos de la casa. La atención de los gemelos se dirige hacia el sonido reverberante, y observo por la ventana lejana cómo el humo comienza a elevarse hacia el cielo.

—Parece que viene de la cocina —observo.

Raf y Sandro corren tras de mí un momento después mientras bajamos apresuradamente hacia la cocina.

Le ladro órdenes a uno de los soldados Chiaroscuro que se une a mi paso, diciéndole que encuentre a Anika y la lleve de vuelta a la suite principal—y que la mantenga allí hasta que yo sepa que es seguro que salga.

—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunta Gio al interceptarnos.

—Supongo que lo averiguaremos —dice Raf mientras empiezan a alzarse gritos de angustia tras la puerta batiente de la cocina.

Esta se abre de golpe un segundo después, y varios sirvientes asustados irrumpen en el pasillo.

—¿Qué ha pasado? —exijo.

—Intrusos armados dentro de la casa —dice una chica sin aminorar la marcha—. Han reventado la puerta trasera.

Varios guardias Chiaroscuro se apresuran a reunirse conmigo cuando irrumpo por la puerta de la cocina y la encuentro en completo caos. El humo nubla la estancia, y varios miembros del personal aterrorizados se acurrucan tras los armarios, escondiéndose de tres hombres armados.

Es fácil adivinar que son rusos por cómo gritan órdenes al personal en su lengua materna. Pero solo la mitad de los presentes parecen entenderles—y menos aún están obligados a hacer lo que sea que quieran.

Metiendo la mano en el bolsillo, saco mi navaja y la abro de un golpe. Luego me abalanzo a través de la habitación llena de humo antes de que los intrusos puedan verme venir.

Oigo cómo otro ruso cae a mi lado cuando Sandro se une a la refriega, pero yo me concentro en dominar a mi hombre antes de que pueda herir a algún miembro desarmado de la cocina.

Intercambiamos varios golpes antes de que mi rodilla encuentre su plexo solar, y el tipo jadea y se atraganta mientras acerco mi navaja a su garganta.

—¿Quién eres y cómo demonios has entrado en mi casa? —gruño.

El hombre suelta una risa enloquecida mientras me lanza una mueca sangrienta. —Esta no es *tu* casa. Pertenece a nuestro *Pakhan*. Y hemos venido a matar a los Chiaroscuro —sisea entre dientes apretados.

—Creo que has subestimado gravemente cuántos hombres harían falta para lograrlo. ¿Por qué buscáis sangre?

—Os llevasteis a nuestro *Pakhan*, nuestro hogar, nuestra sede. Es hora de que paguéis.

Me burlo, empujándolo contra el suelo mientras lo mantengo inmovilizado con mi navaja. —No parece que estés en posición de hacer amenazas —adviento.

El ruso suelta otra risa maníaca. —Adelante. Mátame. Eso no detendrá lo que se os viene encima. La familia Chiaroscuro estará *acabada* cuando encontremos al heredero Novikov desaparecido. Lo hemos estado buscando, sabes, todo este tiempo que creísteis que estábamos divididos y escondidos, lamiéndonos las heridas. Tenemos una pista, y cuando lo encontremos, la Bratva se unirá tras él y volverá para vengarse. Los Chiaroscuro estarán acabados, así que mejor que disfrutéis de vuestras cómodas instalaciones mientras aún podáis.

Miro a mis hermanos, que ya han acabado con los otros dos intrusos, y Raf niega ligeramente con la cabeza. No tiene sentido hacer prisioneros. Estos hombres estaban dispuestos a morir por su misión.

Con un gruñido de frustración, paso mi navaja por la garganta del hombre, silenciando su risa enloquecida mientras la sangre caliente salpica mi camisa.

Pero incluso después de que su último aliento tembloroso escape de sus pulmones, las palabras del hombre me inquietan.

—Dijo algo sobre el heredero Novikov desaparecido —recuerdo que los gemelos mencionaron que alguien también lo había citado en la boda.

El ceño de Raf se frunce. —No averiguamos nada más cuando investigamos —dice—. Por lo que pude comprobar, ese heredero desaparecido es un mito. Ni siquiera pudimos determinar de qué generación de Novikov sería. Demonios, bien podría ser un bastardo de Pyotr por lo que sabemos. Personalmente, empiezo a pensar que no existe.

Puede que no, pero tengo la sensación de que conozco a alguien que podría arrojar luz sobre los rumores, alguien que podría decirme si ese heredero está siquiera vivo... y si podría ser una amenaza legítima.

30

ANIKA

La casa está demasiado silenciosa. Miro las baldosas de mármol brillantes del suelo del baño, escuchando atentamente algún ruido mientras estoy arrodillada frente al cajón inferior que acabo de reorganizar por tercera vez consecutiva.

Alineo los frascos de loción por altura, vuelvo a colocar los bastoncillos de algodón en su pequeño tarro de cristal. Lo muevo un centímetro hacia la izquierda.

Luego otro.

Luego lo vuelvo a poner.

Es ridículo, pero no puedo parar.

El hombre de Miko dijo que era una perturbación menor. Alguna brecha en el perímetro, pero no pudo darme más detalles.

Quizá sea otra facción rusa husmeando por aquí.

Supongo que eso sería mejor que si los Tanaka decidieran aparecer en nuestra puerta principal.

El hombre que Miko envió para hacer guardia fuera de nuestra habitación lo hizo sonar rutinario.

Nada de qué preocuparse, pero sentí que la casa temblaba. Oí el estruendo. Por eso mi ansiedad está por las nubes.

No discutí cuando me pidió que me quedara en nuestra habitación. Sé que Miko solo quiere que esté a salvo. Pero saber algo intelectualmente no evita que mi estómago se contraiga, ni que mis palmas suden, ni que mi mente salte a los peores escenarios.

Me muerdo el interior de la mejilla y cierro el cajón. Necesito hacer algo, cualquier cosa, para evitar que mis pensamientos entren en espiral por el miedo por la seguridad de Miko.

El armario bajo el fregadero llama mi atención y lo abro de golpe. Está abarrotado de botellas medio usadas, extras sin abrir, mi rizador que uso rara vez y mis productos de higiene femenina.

Saco los objetos, tarareando en voz baja, intentando calmar mis nervios.

Mis dedos trabajan rápido, ordenando el desorden.

Tiro la caja de tampones vacía y arrugada a la basura, alineando el resto en una pequeña pila ordenada.

Luego me detengo.

Hay demasiados.

Mi mano se cierne sobre el cajón mientras hago un recuento rápido, luego otro. Enderezando la espalda, apoyo una palma en mi vientre.

Sin calambres. Sin dolores de cabeza.

Sin sensibilidad en los pechos.

Ningún signo de que me venga la regla.

Pero han pasado semanas... incluso más.

Me levanto de un salto, cojo el teléfono de la encimera y abro la aplicación de seguimiento de mi ciclo.

Ahora me tiemblan las manos.

El último ciclo registrado fue hace casi dos meses.

Solo unos días antes de que Pyotr muriera.

Pyotr. Su nombre me golpea como una bofetada.

Se me cierra la garganta, pero me obligo a respirar.

Concéntrate. Ese ciclo vino después de la última vez que me tocó.

Así que si estoy embarazada ahora, no podría ser suyo.

No podría serlo, me tranquilizo, apartando el recuerdo de nuestra última noche juntos.

La noche en que llegó borracho a la cama después de celebrar la destrucción de los Chiaroscuros, esperé hasta que se durmió antes de unirme a él.

Pero aún así, siento el miedo que se anudaba en mi vientre cada vez que volvía su mirada hacia mí como si fuera una posesión, una herramienta para que él usara.

Un recipiente para que él pusiera un heredero.

No. No más de eso. Miko terminó con esa vida.

Me sacó del infierno del que pensé que nunca escaparía.

Así que no puedo estar embarazada.

Al menos no con el hijo de Pyotr…

Dándome la vuelta, abro de un tirón el cajón izquierdo del tocador y hurgo hasta el fondo, donde recuerdo haber metido un test de sobra hace meses —la última vez que me retrasé y entré en pánico pensando que Pyotr me había dejado embarazada.

Mis dedos encuentran el delgado palito envuelto en papel rosa. Lo abro de un tirón y saco la frágil pieza de plástico con su tira reactiva protegida por un capuchón.

Ya sé cómo usarlo, y ahora actúo como un autómata, entumecida por los nervios mientras avanzo a través de una densa niebla que nubla mi mente.

No tardo nada en terminar la prueba, y lo tapo, dejándolo en la parte trasera del inodoro mientras espero los resultados.

No lo miro. Todavía no.

Pero pongo un temporizador mientras los segundos se alargan hasta parecer una eternidad. Luego empiezo a caminar de un lado a otro.

Vuelvo a abrir la aplicación y compruebo el calendario otra vez, fijándome en los puntitos.

Leo cada nota que he registrado.

Luego retrocedo al mes anterior a la muerte de Pyotr, obligándome a releer lo que ya sé: mi regla vino dos semanas después de la última vez que él acabó dentro de mí.

Solo eso hace que mis rodillas flaqueen de alivio. Incluso si el test es positivo, Pyotr no es el padre.

Casi salto del susto cuando suena la alarma a los tres minutos.

Luego me giro lentamente hacia el inocuo test rosa de plástico.

Mi corazón late con fuerza en mis oídos. No debería importar tanto. No debería hacerme sentir que estoy al borde de algo inmenso e irreversible.

Pero sé por qué lo hace.

Porque esta vez, sería de Miko.

El hombre que me ve.

Que me escucha.

Que hizo un juramento de protegerme y lo ha cumplido cada día desde entonces.

Es el hombre que me toca como si estuviera hecha de algo sagrado. Que me salvó, no solo de Pyotr, sino de mí misma.

Con el aire atrapado en mis pulmones, alargo la mano hacia el test y lo cojo con dedos temblorosos. Dos líneas rosas me miran, confirmando lo que supe en el momento en que vi mis tampones.

Estoy embarazada.

Por un momento, no puedo respirar.

Agarro el borde del lavabo, mirando fijamente la pequeña ventana con sus dos diminutas líneas rosas como si el significado pudiera cambiar si miro el tiempo suficiente. Pero no lo hace. Las líneas permanecen, claras e inconfundibles.

Un sollozo brota y se escapa de mis labios antes de que pueda detenerlo. Pero no es el miedo lo que me hace doler la garganta. No como habría sido si Pyotr siguiera vivo.

Es alegría.

Durante tanto tiempo, la idea de un bebé me parecía una trampa, no solo para mí, sino para cualquier niño inocente que traería a mi cruel mundo.

Pyotr mencionaba a los niños con el mismo tono que usaba para hablar de criar perros.

Frío. Estratégico.

Jactancioso si estaba borracho e intentando impresionar a sus hombres. Me daba escalofríos.

Pero ahora, con el nombre de Miko resonando en mi corazón, el pensamiento me llena de un calor tan abrumador que casi me

derriba. Voy a tener un bebé. *El bebé de Miko*.

Por primera vez, la emoción brota dentro de mí ante la perspectiva.

Vuelvo a apoyar una mano en mi vientre. Todavía no hay nada, ni bulto, ni aleteo.

Pero me lo imagino de todos modos. Imagino los dedos de Miko acariciando mi piel a medida que se vuelve tensa, redonda e hinchada.

Lo imagino cayendo de rodillas y besando mi vientre, susurrando con esa voz suya baja y reverente cuando le diga que vamos a tener un hijo.

Se me escapa una risa, temblorosa e incrédula, y de repente, no puedo guardarme la noticia. Cojo el test y corro hacia la puerta de nuestros apartamentos, abriéndola de golpe. El guardia apostado fuera levanta la vista, sobresaltado.

—¿Ha terminado la alteración? —pregunto sin aliento.

Se endereza. —Creo que sí, pero el señor Chiaroscuro me dijo que debería quedarse aquí hasta—

No espero el resto de su explicación.

Echando a correr por el pasillo descalza, ignoro el frío del suelo de mármol junto con la protesta del guardia mientras me llama.

Tengo el test agarrado con fuerza en mi mano, con los dedos apretados alrededor como si pudiera desaparecer si lo soltara.

No sé exactamente dónde está Miko, pero mis pies conocen el camino, y un escalofrío de emoción recorre mi cuerpo mientras me propongo encontrarlo.

31

MIKO

El aire dentro del complejo Novikov se siente denso por el silencio que siguió a la explosión.

He puesto a Gio y a los gemelos al cargo de asegurar de nuevo el perímetro y de averiguar cómo entraron los rusos para empezar.

Mientras tanto, sigo el pasillo serpenteante hasta el ala más alejada de la casa, donde sé que encontraré la habitación de Svetlana. La anciana matriarca es la única Novikov viva que podría saber la verdad sobre algún heredero ruso secreto, si su mente sigue estando lo bastante lúcida para recordarlo.

Si no, tendré que descubrir por mí mismo la pista que los Bratva creen haber encontrado.

—Pase —dice una voz áspera después de llamar.

La puerta cruje al abrirse, y me detengo en el umbral para estudiar a la anciana.

Está sentada en un sillón desgastado junto a la ventana, con la luz del sol atrapada en los mechones de pelo plateado recogidos en un

moño bajo. Las cortinas están entreabiertas, proyectando sombras alargadas sobre las tablas del suelo.

No parece sorprendida de verme, aunque no la he buscado en las semanas desde la crisis de Anika, a pesar de que le estaré eternamente agradecido por arriesgarlo todo para defender a mi mujer.

La anciana junta las manos sobre su regazo con paciencia serena. Sus ojos, del color de la piedra pálida, se fijan en mí con una especie de interés cansado.

—Así que al fin has venido a verme —dice, con la voz quebrada por la diversión.

Suelto el pomo y dejo la puerta entreabierta mientras me acerco a ella. —Tengo algo que quería preguntarte.

—Pues siéntate.

Señala la silla frente a ella, pero yo permanezco de pie. Una persistente sensación de presentimiento hace que sienta como si bichos corrieran por mi piel, y lucho contra el impulso de caminar de un lado a otro mientras estudio su rostro arrugado.

Ella también me estudia, con la mirada llena de curiosidad, y luego mira más allá de mí hacia una vieja estantería que recubre la pared.

Su apartamento está lleno de recuerdos: retratos descoloridos, tapices cubiertos de polvo. Es el tipo de lugar al que la gente va cuando espera ser olvidada.

—Los hombres Novikov tienen una historia de acceder al poder a una edad muy temprana —comienza, casi como si respondiera a mi pregunta no formulada—. Eso es porque sus predecesores nunca duran mucho.

No muchos lo hacen en nuestro tipo de trabajo, pero me resulta curioso que Svetlana se sienta inclinada a contarme la historia de su familia con tan poco estímulo. *¿Sabrá las respuestas que busco?*

—Mi marido ya no estaba cuando mi hijo cumplió los veinte años. Mi Mijaíl tomó la corona con demasiado dolor y muy poca orientación. Intenté dirigirlo por el buen camino, pero los hijos pueden ser difíciles, ¿sabes?

Asiento, porque aunque no tengo hijos propios, vi lo difícil que Leo podía ser para Don Augusta a veces. Muchas veces, probablemente estaba justificado. A menudo, no lo estaba.

—¿Tuvisteis tú y tu marido otros hijos? —pregunto, indagando suavemente en el tema que quiero abordar.

—Oh, no. Otra de las maldiciones de los Novikov, si me preguntas. Cada generación es bendecida con un hijo. Solo un hijo. Un hecho que ha atormentado a muchas generaciones de hombres Novikov, y a las esposas que deben soportarlos.

Una expresión curiosa, y estudio a la anciana, preguntándome cuánto habrá presenciado en sus largos años.

—Entonces, Mijaíl tuvo un hijo... —insisto.

—Sí, mi nieto, Víktor —los ojos de Svetlana vuelven a mí, más agudos ahora, evaluándome mientras levanta un dedo—. Pero entonces ocurrió un milagro. Después de que la primera esposa de Víktor muriera al dar a luz a *su* hijo, tomó una segunda esposa *que le dio un segundo hijo* —dice suavemente.

—¿Víktor tuvo dos hijos? —pregunto, mientras un escalofrío me recorre la espalda.

—Sí, durante un tiempo, después de que naciera el segundo hijo de Víktor, parecía que la maldición familiar se había roto.

Doy un paso adelante cuando Svetlana responde sin querer a mi pregunta. Pero apenas puedo creer lo que oigo. —Eso significa que Pyotr tenía un hermano —aclaro.

Los ojos de Svetlana brillan mientras asiente, y ella también se inclina, con la voz cada vez más conspirativa. —Un hermano mayor.

El verdadero heredero de la corona de Víktor.

Me sorprende que esto no sea de conocimiento más común.

La única razón que se me ocurre por la que los Novikov querrían ocultarlo es si algo le ocurrió al heredero de Víktor, algo terrible que no querían que se hiciera público.

Mi primer pensamiento es que Pyotr debió de matar a su hermano.

Encajaría en sus tendencias sociopáticas, y si Viktor pretendía legar su imperio a su hijo menor tras la muerte de su primogénito, no querría que la gente pensara que Pyotr era responsable.

—¿Qué le ocurrió? —pregunto—. Al primer hijo de Viktor.

—Se lo llevaron —dice Svetlana, con voz cargada de misterio.

Sería una narradora impresionante, pero el suspense me está matando cuando solo quiero saber si debo vigilar mi espalda por otro monstruo de los Novikov.

—¿Quién? —insisto, conteniendo mi frustración.

—Vaya, ¿no lo sabes? Pensé que a Don Augusta le encantaría contarte la historia... teniendo en cuenta que él interpreta el papel de villano.

Se me contrae la garganta y doy un paso hacia adelante. —¿Estás diciendo... que el Don se llevó al hijo de Viktor? ¿Por qué? —La cabeza ya me da vueltas mientras intento entender su historia —separar mentiras de fábulas—. Solo que cada palabra de Svetlana suena peligrosamente a verdad.

—Porque quería destruirnos. Castigar a Viktor por atreverse a tomar territorio que no le pertenecía. Nos vio como una amenaza, así que arrebató lo más preciado para mi nieto. Porque sabía que Viktor nunca contraatacaría por miedo a lo que pudiera pasarle a su hijo. Don Augusta se llevó a ese niño. Lo crió lejos de nuestro nombre, lo moldeó como algo distinto. Como *alguien* completamente diferente.

Niego con la cabeza, el corazón golpeándome las costillas mientras una bola de plomo se asienta en mi estómago. —Eso es imposible.

Svetlana no se inmuta.

Simplemente alarga la mano hacia un cajón de la mesa a su lado y saca una pequeña caja de terciopelo.

La abre, dejando ver un medallón —de oro viejo y desgastado por el tiempo.

Me lo entrega, y sostengo su mirada antes de abrirlo.

Dos niños pequeños me devuelven la mirada desde detrás del cristal, uno aún un bebé, el otro de no más de tres años mientras intenta sostener a su hermanito por la cintura.

No. No, no, no.

—Lo sabías —mi voz es rasgada—. Todo este tiempo. Sabías quién era yo.

—Por supuesto que lo sabía —reprende—. ¿Crees que no reconocería mi propia sangre? No importa que no te haya visto desde que eras un niño pequeño. Lo sentí en los huesos en cuanto te vi. Te mueves como tu abuelo. Y tus ojos guardan la misma tristeza que los de Viktor.

No puedo respirar.

Don Augusta —mi mentor, mi padre, mi tirano. Me crió para odiar a los Novikov. Para destruirlos. Y lo hice. Durante meses, lideré el ataque contra ellos. Me he deleitado con su destrucción. Maté a su *Pakhan*.

Corté la garganta de Pyotr y vi cómo la vida se le escapaba de los ojos mientras se desangraba.

—Pyotr —susurro—. Era mi hermano.

El medallón se me escapa de la mano y cae al suelo con un suave golpe.

Svetlana no se mueve para recogerlo.

El pulso me retumba en los oídos.

Don Augusta sabía exactamente quién era yo todo el tiempo.

Y me dejó creer que solo tenía a él —que a nadie le importaba si vivía o moría.

Me convirtió en un arma contra mi propia sangre. Me alimentó con mentiras durante décadas.

Me contó una triste historia sobre recogerme de las calles como si fuera un santo.

Mientras tanto, me tenía como rehén —como garantía para asegurar que mi familia nunca se saliera de la raya.

Hasta el día en que mi hermano le metió una bala en la cabeza.

Me pregunto si Pyotr lo sabía.

Si fue tras Don Augusta para vengar a su familia. Pero si lo hizo, se llevó ese secreto a la tumba.

Dudo que, incluso si odiaba al Don por lo que hizo, un hombre como Pyotr hubiera aceptado a un hermano mayor perdido en su vida, alguien que pudiera desafiar su posición como *Pakhan*.

Y luego está Anika. La mujer con la que me casé. La mujer de la que estoy locamente enamorado. La viuda de mi hermano.

Retrocedo de Svetlana tambaleándome, mientras la habitación se bambolea peligrosamente a mi alrededor.

—No —gruño, con voz desgarrada por la angustia—. Mientes.

—No miento —dice con calma, pero eso solo lo empeora.

—Solo lo dices para volverme loco.

—Mikail—

—¡No me llames así! —rujo. Una furia cegadora me atraviesa y me giro bruscamente hacia Svetlana mientras mi mano sale disparada antes de que pueda detenerla.

Mi puño atraviesa la pared. La placa de yeso se desmorona alrededor de mis nudillos. El polvo llueve.

Pero la anciana no se inmuta.

Arranco la mano hacia atrás, con sangre brotando en mis nudillos. —¿Por qué decírmelo ahora? —bufo—. ¿Después de todo lo ocurrido? Después de todo lo que he hecho.

—Tú eres quien vino a mí buscando respuestas. No quería forzarte a recibir la información, pero sabía que llegaría este día —cuando estuvieras preparado para conocer la verdad, aunque creo que siempre has sospechado algo. Mereces saber quién eres.

—Sabía quién era hasta hace cinco minutos —siséo, mientras mi cerebro grita que ella está completamente equivocada. Pasándome los dedos por el pelo, intento refrenar mis emociones tumultuosas.

Solo es una anciana senil. ¿Verdad?

Svetlana me observa, silenciosa como una lápida.

Me vuelvo para recorrer la habitación a zancadas, la rabia desbordándose mientras la verdad araña mi alma como fuego.

32

ANIKA

Encontrar a Miko resulta más difícil de lo que esperaba. En gran parte, debido al caos que se ha extendido por la casa tras el llamado "pequeño disturbio" que ha dejado al personal de cocina completamente alterado.

Nadie parece capaz de decirme adónde ha ido mi marido, y mi corazón late con ansiedad al empezar a temer que algo va mal. Que quizás el peligro no haya pasado, o peor aún, que *Miko* esté herido.

Finalmente, el mayordomo de Chiaroscuro logra indicarme el camino correcto, diciéndome que Miko tomó el pasillo que lleva de vuelta al apartamento de Svetlana.

Pero no supo decirme qué podría estar buscando Miko allí, ni siquiera hace cuánto tiempo se había dirigido en esa dirección.

Un atisbo de ansiedad se instala en mi estómago. *¿Estaría simplemente comprobando que Svetlana está bien? ¿Corre ella peligro?*

Acelero el paso, mis pensamientos se desvían de la prueba de embarazo que aún sostengo en la palma mientras sigo los pasillos familiares hacia su habitación.

Su puerta está entreabierta, y contengo la respiración cuando un presentimiento ominoso se asienta en el fondo de mi estómago.

Entonces capto el sonido del barítono profundo de Miko. Me inunda el alivio y me acerco, preparándome para unirme a ellos, hasta que percibo su tono.

—Usted lo sabía —la voz de Miko es sorprendentemente quebrada, casi rota, y hace que mis pasos vacilen—. Todo este tiempo. Usted sabía quién era yo.

¿Quién era? ¿Como si ya no fuera esa persona?

Frunciendo el ceño, me acerco sigilosamente a la puerta para espiar.

Svetlana está sentada en uno de sus sillones de lectura, su lenguaje corporal relajado a pesar de que Miko está plantado frente a ella como una sombra tallada en acero, cada línea de su espalda rígida.

—Claro que lo sabía —le reprende con afecto de abuela—. ¿Crees que no reconocería mi propia sangre? No importa que no te haya visto desde que eras un niño pequeño. Lo sentí en el alma en cuanto te vi. Te mueves como tu abuelo. Y tus ojos guardan la misma tristeza que los de Viktor.

Hielo se desliza por mis venas ante la extraña explicación de Svetlana. Me hace cosquillas en el fondo de la mente y, al mismo tiempo, me pone el estómago hecho un nudo. Observo a Miko desde atrás, sus hombros encorvados y el cuello doblado, como si estuviera mirando hacia abajo o a punto de doblegarse bajo el peso de la confesión de Svetlana.

—Pyotr —susurra Miko—. Era mi hermano.

Algo pesado cae al suelo con un suave golpe, y ninguno de los dos se mueve para recogerlo.

Quizás el sonido fue en realidad mi corazón, y solo sonó distante al hundirse hasta mis pies porque todo mi cuerpo se ha entumecido.

No logro encontrar un pensamiento claro en mi cerebro zumbante mientras las palabras de Miko se abren paso lentamente en mi cráneo.

¿Pyotr... tenía un hermano?

—No —gruñe Miko, con ira crepitando a su alrededor como relámpagos—. Mientes.

Mi corazón se desacelera, la sangre huyendo de mi rostro ante el repentino cambio en su temperamento.

Pero Svetlana parece perfectamente tranquila. —No miento —dice con calma, pero eso solo parece exasperarle más.

—Lo dice solo para volverme loco.

—Mikail—

—¡No me llames así! —ruge.

Hielo inunda mi cuerpo, y retrocedo involuntariamente ante la furia candente que emana de Miko en oleadas.

Es tan poderosa que llega hasta el pasillo, y trago saliva al poner mi mano sobre el corazón, rogando que deje de acelerarse.

Pero antes de que tenga tiempo de recuperarme, el puño de Miko sale disparado con velocidad de relámpago.

Mis manos vuelan hacia mi boca para cubrir mi chillido cuando el golpe atraviesa la pared a su izquierda.

Hay que reconocer que Svetlana ni siquiera se inmuta.

Todos mis instintos me gritan que vaya a ayudarla, pero el miedo me ha clavado los pies al suelo.

De hecho, no logro mover un solo músculo mientras veo cómo el hombre que amo se vuelve agresivo de un modo que me estremece hasta la médula.

Sabía que era capaz de violencia.

Por el amor de Dios, lo vi matar a Pyotr brutalmente y a sangre fría.

¿Pero verle desatar esa misma furia ante la dulce, frágil e indefensa anciana a quien quiero más que a nadie en el mundo?

Parece un hombre al borde del colapso.

Miko saca la mano de la pared, con los nudillos cubiertos de sangre que gotean sobre su alfombra persa. —¿Por qué me lo dice ahora? —gruñe—. Después de todo lo ocurrido. Después de todo lo que he hecho.

—Usted es quien vino a mí buscando respuestas. No quería imponerle la información, pero sabía que llegaría este día... cuando estuviera preparado para conocer la verdad, aunque creo que siempre ha sospechado algo. Se merece saber quién es.

—Sabía quién era hasta hace cinco minutos —sisea Miko con voz cargada de hiel.

Me recorre un escalofrío mientras mis piernas se niegan a moverse. Es la misma rabia odiosa que vi en Pyotr. La misma violencia impredecible que me hacía estremecer cada vez que alzaba la voz o se movía demasiado rápido.

Es una ira despiadada capaz de destruir todo a su paso: Svetlana, yo... nuestro hijo nonato.

Un temblor sacude mi cuerpo cuando el pensamiento me golpea como un tren de carga.

Entonces, Svetlana ríe. El sonido es bajo, seco y antiguo, y me hace palpitar el corazón.

Visiones de Miko abalanzándose sobre ella relampaguean tras mis ojos, reflejando cómo Pyotr solía abalanzarse sobre mí cuando respondía de un modo que no le gustaba.

Sus puños se cierran, sus hombros se tensan, pero antes de que pueda atacarla, Svetlana exclama: —¡Ahí está! Esa furia de sangre caliente por la que son tan conocidos los hombres Novikov. Empezaba a dudar, pero es igual que los demás. Lo lleva dentro, muchacho. Más le vale aprender a controlarla a menos que quiera perder todo lo que ama... y morir joven y de forma horrible como los hombres que le precedieron. No deje que esa rabia lo consuma, Mikhail. Terminará muriendo solo, porque le hará matar a todos sus seres queridos antes del final.

Su voz está impregnada de una advertencia amarga, como si siempre hubiera conocido el desenlace de esta historia pero hubiera esperado que fuera distinto... solo esta vez.

Clavada en el sitio, no puedo moverme, pensar ni hablar a través del terror que me recorre.

Aprieto el puño sobre mi corazón con tanta fuerza que oigo un leve crujido y miro hacia abajo.

He roto la tapa del test de embarazo que había olvidado por completo.

En un instante, mi emoción por tener el bebé de Miko me parece una broma de mal gusto.

¿Y si Svetlana tiene razón sobre que los hombres Novikov llevan veneno en la sangre?

¿Y si la sangre en las venas de Miko grita más fuerte que el amor en su corazón?

¿Y si la oscuridad que lleva dentro no es algo que pueda ahogarse con buenas intenciones, promesas y manos cálidas en la noche?

Aprieto una mano contra mi estómago, con la bilis subiéndome por la garganta.

Puedo ver ahora en él la misma ira que vi en Pyotr, y me aterra que, mientras me enamoraba de Miko, él pueda ser más Novikov de lo

que jamás hubiera imaginado.

¿Y si, al final, termina siendo tan cruel como su hermano?

¿Podrá durar toda la vida su promesa de no hacerme daño?

¿Se extendería esa promesa a su hijo?

¿Y si, a pesar de sus mejores intenciones, ese legado de violencia ya vive dentro de Miko, esperando el momento oportuno para alzar su fea cabeza?

No puedo arriesgarme. No cuando tengo una vida inocente que acaba de convertirse en mi única prioridad para proteger.

Las lágrimas me escuecen los ojos mientras me alejo de la habitación de Svetlana, de la verdad que aún vibra en el aire.

Camino rápido por el pasillo, luego corro hacia nuestro dormitorio. Me tiemblan las manos mientras me precipito al baño, sacando puñados de pañuelos de la caja para envolver mi test de embarazo.

Lo empujo hasta el fondo del cubo de basura y lo cubro con discos de algodón y un frasco de enjuague bucal... cualquier cosa que encuentre a mano.

Ha desaparecido. Por ahora.

Mi corazón se astilla con la decisión.

Pero no puedo quedarme aquí... no con esta bomba de relojería de secreto, no después de ver esa mirada en los ojos de Miko.

La que dice que quemaría el mundo entero para encontrar la verdad.

No dejaré que mi bebé quede atrapado en las llamas.

33

MIKO

Cuando finalmente emergo de la nube de destrucción y desesperación, la culpa se apodera de mí mientras contemplo el agujero que hice en la pared de Svetlana.

Siento como si por fin hubiera salido a la superficie desde las profundidades de un lago profundo, oscuro y helado, solo para darme cuenta de que no es un lago en absoluto.

Estoy varado en medio del océano, sin tierra a la vista y sin nada a lo que agarrarme.

Me han soltado a la deriva, y solo yo sé lo desesperada que es mi situación.

Pero eso no me da derecho a descargar mi dolor y mi ira en esta anciana, y el remordimiento que amenaza con tragarme entero me arranca el oxígeno de los pulmones.

¿Es esto lo que sintió Pyotr después de hacer daño a Anika? ¿Una autodesprecio y odio que aplastan el alma? ¿Estoy enfermo como él? ¿Pueden siquiera confiar en mí cerca de alguien tan precioso como la mujer que amo?

Me aterra que la respuesta sea no.

Pero Svetlana no parece alterada en absoluto mientras me observa con una mirada serena.

¿A cuántas generaciones de hombres Novikov abusivos ha sobrevivido para mantenerse tan tranquila ante mi arrebato violento?

Me siento fatal por haber desatado mi ira y mi negación justo delante de ella.

Tragando saliva con dificultad, me arrodillo ante la anciana, recogiendo el relicario dorado del suelo mientras quema como metal fundido en mi palma.

—Perdóname, *Bisnonna* —digo, inclinando la cabeza mientras deposito suavemente la joya en su mano.

La palabra italiana suena extrañamente ajena en mi lengua, y con una oleada de dolor y aversión, me doy cuenta de que no es solo porque Svetlana sea la primera mujer a la que tengo el privilegio de llamar bisabuela.

La estoy llamando por su título en un idioma que ya no es el mío.

Nunca lo fue.

Soy un ruso que ni siquiera sabe hablar su lengua materna.

Un mestizo mutante que no tiene ni idea de su propia herencia.

—Repararé los daños que he causado —prometo.

No me atrevo a levantar la vista para calibrar su reacción, y cuando Svetlana me toma la cara entre sus manos nudosas, guiándola hacia arriba, me siento como un niño otra vez.

—Quizá aún conservas suficiente de esa bondad que tu hermano perdió por el camino —observa ella, su dura diversión reemplazada una vez más por una curiosidad sabia. Como si por fin me viera con

claridad—. Pyotr tuvo una infancia difícil. No fue fácil cargar solo con el legado de su padre sobre los hombros, sabiendo cada día que la carga no era suya, y sin embargo debía soportarla.

Nunca llegaré tan lejos como para perdonar a mi hermano por lo que le hizo a Anika.

Las cosas que hizo, los horrores que le infligió... algunos actos de violencia son imperdonables.

Pero por primera vez, puedo empezar a entenderlo un poco.

Debió de ser duro ocupar mi lugar en la familia, sabiendo cada día que me criaban para odiar mi propia sangre en una casa a solo unos kilómetros de distancia.

—No me atrevería a darle crédito al hombre que te crió —dice Svetlana con humor seco—. Pero quizá no fue lo peor del mundo que Don Augusta te llevara. Por horrible que fuera aquel día, rompió el ciclo. Tienes la oportunidad de un nuevo comienzo, Miko. El tipo de hombre que serás dependerá de cómo avances a partir de aquí, ahora que conoces toda la verdad.

Las palabras de sabiduría se posan con peso sobre mis hombros, y de repente, entiendo por qué Anika confía tanto en Svetlana.

Esta anciana no es solo maternal y amable. Es sabia de una forma que pocas personas logran en una sola vida.

Y no teme decir la verdad, aunque sepa que me sacará de quicio.

—No estás senil en absoluto, ¿verdad? —pregunto, mirando profundamente a sus ojos grises nublados.

Svetlana echa la cabeza hacia atrás para soltar otra carcajada y me da palmaditas en la mejilla. —Si escuchas a los médicos, harán lo posible por convencerte de lo contrario. Pero no me importaría que se lo dijeras a mi Anika de vez en cuando.

Sonrío. —Creo que puedo encargarme de eso.

—Entonces dime, *Kasatik*, ¿qué vas a hacer ahora? —pregunta, con los ojos brillantes.

—Voy a convocar una reunión familiar —digo. Luego tomo suavemente las manos artríticas de Svetlana y beso sus nudillos—. Gracias.



No tardo en reunir a la familia en el salón de la residencia Novikov: mis tres hermanos y Anika me observan atentamente desde sus asientos mientras paseo frente a ellos.

Pensé en pedirle a Svetlana que se uniera a nosotros. Pero estos son mis hermanos, y por mucho que quiera llamarla familia, la anciana sigue siendo una desconocida para mí.

Habrá tiempo para cambiar eso, pero ahora mismo necesito hacer esto en mis propios términos.

—Vas a hacer un agujero en el suelo con tanto caminar —observa Gio.

Mis pasos vacilan y miro hacia Anika, ansioso por saber qué pensará ella de lo que he descubierto.

¿Se horrorizará conmigo por haber matado a mi propio hermano? ¿Me odiará por estar emparentado con su agresor?

—En serio, Miko, suéltalo de una vez —insiste Raf.

—Hemos oído rumores sobre un heredero Novikov perdido —comienzo—. Que la Bratva apoyaría a este hombre si pudieran encontrarlo. —Ahora vuelvo la mirada directamente hacia Anika, y tras un largo silencio, ella levanta la vista para encontrarse con la mía con timidez—. Así que hablé con la única persona que pensé que podría conocer la verdad detrás de ello.

—Svetlana —susurra Anika.

Asiento con la cabeza mientras miro hacia mis hermanos. —Es la bisabuela de Pyotr, una mujer que ha sido la matriarca de esta casa durante la inmensa mayoría de casi cien años.

—¿Y? —pregunta Gio, alzando las cejas.

—Los rumores son ciertos. Pyotr tenía un hermano —digo con voz ronca mientras un nudo se forma en mi estómago.

—Bueno, vamos a encontrar al bastardo y matarlo antes de que los rusos tengan oportunidad de unificarse —insiste Raf, golpeándose los muslos y levantándose del asiento junto a Sandro.

—Lo estás mirando —digo lacónicamente, esperando que asimilen la verdad.

—¿Qué diablos se supone que significa eso? —pregunta Raf frunciendo el ceño mientras vuelve a sentarse.

—Hace más de treinta años, Don Augusta se llevó al hermano de Pyotr, el legítimo heredero de los Novikov, para castigar a la familia por invadir su territorio. Y para asegurarse de que nunca intentaran algo así otra vez, decidió criar a ese niño como suyo. *Yo* soy el heredero de los Novikov. Me mantuvo a plena vista para que mi familia supiera que siempre llevaba la ventaja.

—Joder, Miko —exhala Gio, con los ojos suavizados por una horrorizada compasión.

Por su expresión deduzco que me cree, igual que Sandro, pero Raf parece más escéptico mientras analiza la historia desde todos los ángulos.

Anika permanece en silencio, algo más pálida de lo habitual, y espero que podamos hablar de esto más tarde, en privado.

No me imagino que sea fácil para ella descubrir que está casada con el hermano de su primer marido abusivo.

—Bueno, por lo que a mí respecta, eso no cambia que sigues siendo nuestro hermano —dice Gio finalmente, rompiendo el silencio.

Se levanta de su silla, cruza la habitación y me agarra con brusquedad por la nuca para atraerme hacia un abrazo.

No supe cuánto necesitaba oír eso hasta que lo dijo, pero me inunda el alivio al saber que, aunque mi mundo se haya vuelto del revés, aún tengo un hermano en quien confiar.

—Lo mismo vale para nosotros —dice Sandro, hablando en nombre de los dos gemelos.

—Tengo curiosidad —interviene Raf—. Si eres el heredero perdido de los Novikov, ¿qué piensas hacer exactamente al respecto?

—Bueno, suponiendo que no quieras matarme, claro… —bromeo, esbozando una sonrisa lobuna.

Raf resopla. —Miko, vivo en un estado perpetuo de ganas de matarte. Eso es el cariño fraternal.

Me río, negando con la cabeza. —Puesto que preguntas, he decidido que es hora de reclamar mi legado. Si puedo demostrar que soy el heredero desaparecido y los hombres de los Novikov están dispuestos a unirse a mí, eso cambiaría las reglas del juego. Básicamente, incorporaría a la Bratva a nuestro grupo; nos daría una posición legítima de nuevo.

—¡Joder, sí! —exclama Sandro, con una amplia sonrisa.

—¿Y aún quieres luchar por los Chiaroscuro? —pregunta Gio—. ¿Incluso sabiendo lo que hizo nuestro padre?

Su pregunta no contiene juicio alguno, y sé que mi hermano habla con sinceridad: no me lo echaría en cara si decidiera marcharme ahora que conozco la verdad.

—Ya no lucho por Don Augusta —digo con vehemencia—. Lucho a vuestro lado porque sois mis hermanos, sin importar qué sangre

corra por mis venas.

El momento es intenso cuando Raf y Sandro se levantan para unirse a Gio y a mí en lo que quizá sea el primer abrazo grupal en la historia de nuestra familia.

A pesar de la devastación y confusión que ha causado conocer la verdad, por primera vez en mi vida siento que estoy exactamente donde debo.

—Vale, apartaos de mí, montón de sentimentales —gruño al notar la ausencia del tacto de una persona que ahora anhelo desesperadamente.

Mis hermanos se ríen, soltándome para volver a sus asientos mientras miro hacia la silla de Anika.

Pero ya está vacía.

Se ha ido.

Debe de haber salido a hurtadillas en algún momento, y mi estómago se anuda al pensar en lo que debe estar procesando ahora mismo.

No deseo nada más que ir a buscarla, pero mis hermanos ya siguen adelante, preguntando cómo pienso dar la noticia a los antiguos capitanes de Pyotr, y qué me hace creer que puedo convencerlos de unirse a mí cuando antes se burlaron de la idea.

—Svetlana ya ha accedido a hablar en mi nombre, para verificar mi identidad. Y pienso hacerme una prueba de paternidad para eliminar cualquier duda.

—Ya llevas diez pasos de ventaja en este plan, ¿verdad? —observa Raf.

—Viniendo de ti, lo tomo como un cumplido —digo.

—Lo es —confirma—. Podríamos convocar a todos los patriarcas rusos principales de las familias leales a Pyotr. Invitarlos a la casa

con la excusa de negociaciones de paz.

Asiento. —Me gusta esa idea. Mejor reunir a los que toman decisiones sin una sala llena de sus luchadores impulsivos que disparan primero y preguntan después, o que empiecen otra pelea antes de que pueda hablar.

—Prepararé una invitación que no puedan rechazar —dice Raf.

Asiento. —Sandro, ¿te importa buscarme una prueba de paternidad? Lo mejor sería una con resultados rápidos.

—Me encargo.

—Espera, ¿adónde vas? —pregunta Gio cuando me dirijo a la puerta.

Estoy a medio camino antes de responder. —A buscar dónde se ha esfumado Anika.

Necesito comprobar cómo está.

No me gustó lo pálida que estaba cuando los reuní para contarles quién soy, ni lo callada que se quedó después.

Y esta punzante inquietud en mi interior no ha dejado de crecer con cada minuto que pasa.

Primero reviso el dormitorio.

Es el refugio habitual cuando mi mujer necesita tiempo a solas.

Al no estar allí, miro el jardín trasero por si decidió dar un paseo con Svetlana.

Tampoco está allí, así que empiezo a recorrer nuestros pasos anteriores.

Me encuentro con Chastity a mitad de camino al apartamento de Svetlana, y mi pulso se acelera con alivio. —Chastity, ¿has visto a Anika? La busco y nadie la ha visto.

—Yo… y-yo… —tartamudea, encogiendo los hombrós hasta las orejas con visible incomodidad.

—Por favor, es importante —insisto, intuyendo que sabe algo pero no quiere decírmelo.

Sin previo aviso, la doncella de Anika estalla en lágrimas. —¡Lo siento, *Gospodin*! ¡Por favor, no se enfade! —solloza, con el miedo grabado en sus facciones—. No pude detenerla. Juro que lo intenté.

—¿Detenerla de qué? —exijo mientras mi sangre se hiela en las venas.

—Se ha ido —gime Chastity—. Huyó.

34

ANIKA

Los hermanos Chiaroscuro podrán pensar que el linaje de Miko es un giro afortunado del destino, pero yo sé la verdad. Puedo verlo como lo que es: una señal de alarma.

Y el hecho de que haya decidido asumir el papel de *Pakhan* de Pyotr solo confirma mi oscura sospecha.

Miko se parece más a su hermano de lo que jamás hubiera imaginado.

Solo los hombres peligrosos elegirían convertirse en *Pakhan* cuando se les ofrece la opción, solo hombres sedientos de poder que quieren ver el mundo arder, junto con todos los que viven en él.

No puedo volver a ese tipo de vida. No creo que sobreviva.

¿Y si Miko resulta ser un tirano igual que su hermano una vez sea iniciado?

No sería la primera vez que la verdadera naturaleza de un hombre sale a la luz después de probar el verdadero poder.

Si me lo hubieras preguntado ayer, jamás me habría planteado que Miko pudiera ser ese tipo de hombre.

Me sentía tan segura de su bondad. Confiaba en que era seguro y gentil hasta la médula, al menos con quienes no eran una amenaza para su familia.

Sí, ha sido un desafío aceptar lo que Miko le hizo a Pyotr.

Encontrar la lógica detrás de la contradicción de sus dos facetas opuestas.

Me llevó mucho tiempo creer que pudiera tener una línea tan clara, una línea que jamás cruzaría conmigo porque me dio su palabra. Era difícil confiar en que hablaba en serio cuando los límites de Pyotr se difuminaban constantemente.

Pero presenciar la fuerza explosiva del temperamento de Miko ha hecho tambalear mis cimientos. Me hizo darme cuenta de que, por mucho que quisiera creer que lo conozco, no tengo ni idea de quién es realmente mi marido.

Sora tenía razón. La ira de Miko es aterradora. Puede que esta vez no haya golpeado a Svetlana, pero se acercó demasiado para mi gusto.

Y cualquier hombre que tenga el potencial de hacer daño a una anciana tan frágil e indefensa no dudaría ni un instante en convertirme en su saco de boxeo algún día.

Por eso tengo que irme.

Ya no es seguro para mí estar aquí.

No es seguro para mi bebé.

Esta vez me voy a salvar a mí misma, y lo que es más importante, al niño inocente que crece dentro de mí, antes de que él siquiera tenga la oportunidad de cruzar esa línea.

Hice la maleta en menos de cinco minutos, con lo imprescindible: el dinero que guardé escondido en el cajón de los calcetines,

esperando la oportunidad de escapar de Pyotr; un cambio de ropa y una bolsa de aseo.

Dejo el móvil. Sin duda Miko podría rastrearme con él, y no es que tenga a nadie a quien llamar para pedir ayuda.

No me demoro para evitar que la duda se cuele. Deslizándome suavemente hacia la puerta del dormitorio con mis zapatillas más cómodas, giro el pomo.

La puerta se abre de golpe y me muerdo un grito cuando alguien casi choca conmigo al salir.

—¡*Gasphoza!* —jadea Chastity—. Lo siento muchísimo. No me di cuenta de que estabas aquí... —Sus palabras se cortan cuando ve mi rostro bañado en lágrimas y luego la pequeña bolsa que llevo al hombro—. ¿Te vas? —pregunta.

Miro nerviosamente hacia el pasillo, empujo a mi fiel criada dentro de la habitación y cierro la puerta. —Por favor, Chastity, no puedes contárselo.

—¿Gospodin Chiaroscuro? Pero... ¿por qué? —pregunta atónita.

Niego con la cabeza. —No hay tiempo para explicaciones, pero no estoy segura aquí. Por favor, por favor, solo consígueme todo el tiempo que puedas.

—Me matará si te dejo ir —susurra, recordando la amenaza que él le hizo el primer día, cuando los Chiaroscuro llegaron a nuestra casa.

Siento un nudo en el pecho. No tengo derecho a ponerla en ese peligro. Pero por el bien de mi hijo, tengo que pedírselo. —Finge que nunca me has visto entonces —sugiero.

—Él sabrá si miento —insiste, sus ojos marrones se redondean.

La ansiedad me recorre mientras siento que el tiempo se agota antes de que Miko venga a buscarme. —Entonces dile que no pudiste detenerme —digo—. Dile que lo intentaste pero que te

superé o algo así. Porque no puedes obligarme a quedarme. Tengo que irme, Chastity. Tengo que irme ahora. Lo siento.

Asiente, con una lágrima deslizándose por su mejilla, y la atraigo hacia mí para un abrazo rápido. Luego salgo corriendo de la habitación, tomando las escaleras traseras para salir por la entrada de servicio.

He aprendido mucho sobre lo que *no* se debe hacer al intentar escapar de Miko estos últimos meses.

Para empezar, no darle ni el más mínimo indicio de que pretendo huir. Y cuando lo haga, elegir el camino menos obvio —aunque sea el más peligroso—.

Por eso me dirijo hacia la línea de árboles en la parte trasera de la propiedad —donde altos muros rodean los árboles imponentes, y al otro lado hay un precipicio que cae directamente a un pequeño lago.

Esto hace que el extremo de la finca sea casi impenetrable, razón por la que los guardias de Miko solo hacen rondas ocasionales para revisar el perímetro.

La mayor parte de sus fuerzas están cerca de las puertas principales.

Normalmente, no me atrevería a arriesgarme a lo que estoy a punto de hacer. Pero si salva a mi bebé, lo haré.

El muro en sí es un obstáculo formidable.

Tardo tiempo en escalarlo usando solo rugosidades en las piedras como agarres para manos y pies.

Cuando llego a la cima de sus imponentes doce pies, respiro con dificultad, con el sudor pegándome el húmedo cabello a la frente.

Me detengo un momento para recuperar el aliento, y mientras lo hago, escaneo buscando el mejor lugar para aterrizar.

Varios puntos junto a la orilla del lago parecen tan poco profundos que resultan peligrosos, pero en una sección concreta, el agua es

tan oscura que casi parece negra.

Con suerte, eso significa que es lo bastante profunda para amortiguar mi caída.

Armándome de valor, paso las piernas por encima del muro, apoyándome con las palmas para acercar los pies lo máximo posible al agua. Luego me impulso.

Durante un instante aterrador, me siento ingrávida.

Entonces el agua sube a mi encuentro mientras me precipito hacia el suelo.

Incluso en verano, el agua sombreada del lago está gélida, y frías dagas me muerden la piel cuando el agua me traga por completo.

Con los pulmones ardiendo por la necesidad de gritar, aprieto los labios y nado de vuelta hacia la luz.

Rompo la superficie del agua con un jadeo entrecortado, inhalando oxígeno mientras mi cuerpo empieza a entrar en pánico y a convulsionarse por el brusco cambio de temperatura.

Pero incluso si he logrado salir de la propiedad sin ser vista, debo mantenerme en silencio. Así que reprimo el dolor y empiezo a nadar, cruzando las aguas quietas y oscuras del lago.

Tiemblo en cuanto emergo en la orilla opuesta. Habría sido agradable cambiarme a mi ropa de repuesto, pero estoy segura de que se empapó tanto como yo porque mi mochila no es impermeable.

Abrazándome la cintura, aprieto la mandíbula y empiezo a caminar. Estoy bastante segura de que voy hacia la ciudad, pero es difícil estar segura cuando apenas puedo ver el sol poniéndose rápidamente entre los árboles.

Finalmente, tras lo que parecen horas caminando con zapatos empapados, cuando ya me han salido ampollas en las plantas de los

pies, oigo el dulce sonido del tráfico.

A pesar del ambiente apartado del complejo Novikov, no está demasiado lejos del centro de Chicago, y al salir a la calle del vecindario, me alivia ver una parada de autobús a pocas manzanas.

Si cojo un autobús hacia la ciudad, estoy segura de que podré parar un taxi desde allí —o quizá tomar un tren que me lleve lejos de Miko antes de que sepa que me he ido.

Me duele el pecho al pensarlo.

Al darme cuenta de que nunca volveré a verlo.

La duda y la ansiedad se alzan en mi pecho, amenazando con ahogarme cuando comprendo que ya echo de menos a Miko.

Echo de menos el calor de sus brazos, la fuerza y seguridad que me daban. Echo de menos el grave reconfortante de su voz.

Pero no puedo volver con él, y aunque desearía haberme despedido, es mejor así.

Necesitaba un corte limpio.

Ahora mismo, quizá esté huyendo, pero Miko no está aquí para detenerme.

Si me hubiera quedado para explicarme, no dudo que habría intentado que me quedara.

Y si no me encerraba, podría haberme convencido demasiado fácilmente de que estoy exagerando —de que proyecto mis miedos sobre él por todo lo ocurrido con Pyotr, de que no le estoy dando una oportunidad justa.

Quizá tendría razón.

Mi estómago se contrae cuando la voz de Svetlana resuena en mi cabeza, impulsando mis pasos. —*Los hombres Novikov nacen con veneno en la sangre. Les hace dañar a quienes aman…*—

Y tras ver a Miko atravesar la pared de un puñetazo cuando descubrió que es un Novikov… no dudo de la sabiduría en sus palabras.

Tomé la decisión correcta al irme. Aunque mi corazón se rompe con cada paso.

No es difícil coger un autobús hacia la ciudad, y aunque requiere hacer muchas preguntas —y recibir más de una mirada extraña cuando el conductor ve mi ropa mojada— logro llegar a la estación de tren.

Pero no tengo ni idea de adónde ir. Mi instinto me dice que suba al primer tren que salga de aquí.

Pero va hacia el norte, a Toronto, y no tengo pasaporte. Los demás trenes no saldrán hasta mañana.

Decidiendo que encontraré un lugar para bajarme antes de llegar a la frontera, me acerco al mostrador y saco mi fajo de billetes húmedos para comprar un billete.

—Un billete a Toronto —digo, recibiendo otra mirada inquisitiva del revisor tras el plexiglás.

—Por supuesto —responde, con su acento sureño perceptible incluso en su respuesta mínima.

Menciona un precio, y cuento la cantidad apropiada, gastando casi un quinto de mi efectivo en esa sola transacción.

Mis escasos ahorros no me llevarán muy lejos.

Pero con suerte, me llevarán lo bastante lejos, y después podré encontrar trabajo para mantener a mi bebé.

Mi mano se posa protectora sobre mi vientre, y un destello de ansiedad me atraviesa al preguntarme si mi huida desesperada habrá hecho algo que ponga en peligro al pequeño ser.

Es una sensación extraña, estar dispuesta a todo para proteger a mi hijo nonato —y al mismo tiempo, saber que arriesgo ambas vidas para darle la oportunidad de una vida distinta, mejor que la mía.

Una libre de la violencia y el horror que han sido mi compañía constante.

—Aquí tienes, cariño —dice, deslizando mi billete por el mostrador—. El tren sale en una hora. Conviene estar abordo quince minutos antes de la salida.

—Gracias —murmuro, arrastrando el billete hasta el borde del mostrador para cogerlo. Luego lo guardo junto con mi dinero en el bolso.

Cuarenta y cinco minutos. Tiempo suficiente para arreglarme en el baño —y con suerte, encontraré un secamanos que mejore el estado húmedo de mi ropa.

La estación está casi vacía a esta hora de la noche, con algunos rezagados deambulando y varios sintecho instalándose en los rincones oscuros.

Mis zapatos chirrían sobre el suelo pulido, haciendo que me estremezca al atraer atención innecesaria hacia mi ubicación.

Con un suspiro de alivio, entro en el baño de mujeres y lo encuentro completamente vacío.

Mi primer vistazo al espejo me explica por qué he estado recibiendo miradas toda la tarde.

La ligera capa de rímel que me puse esta mañana ha formado dos surcos oscuros en mis mejillas.

Mi pelo está revuelto, los mechones rubios húmedos con ondas naturales, casi playeras.

Pero varias ramitas y hojas se han enganchado, haciéndome parecer como si hubiera dormido en el suelo las últimas noches.

Mi blusa se adhiere húmeda al cuerpo, acentuando mis pezones que se marcan incluso a través del sujetador, evidenciando el frío que lentamente se ha instalado en mis huesos.

Soy un desastre.

Resoplando, abro el agua caliente y me inclino agradecida sobre el lavabo para lavarme las lágrimas pegajosas y el agua del lago.

No desearía nada más que subirme al mármol y usar el fregadero como bañera.

Pero no hay posibilidad de que quepa entera —y estoy segura de que cualquiera que entrara y viera eso quedaría traumatizado.

Salpico y froto mi piel, tomándome mi tiempo mientras el agua descongela lentamente mis dedos y nariz. Finalmente, ciego el grifo y alargo la mano hacia una toalla de papel.

El corazón se me sube a la garganta mientras me seco la cara —y descubro a alguien observándome en el reflejo del espejo.

Jadeo, girándome para enfrentar al joven larguirucho, cuyos labios se curvan en una mueca fría.

—¿Q-qué haces aquí? —exijo—. Esto es el baño de mujeres.

Mira a su alrededor con despreocupación antes de posar su mirada perezosa en mí. —Lo es, ¿verdad?

—¡Fuera! —grito, con el corazón martilleándome al activarse mis instintos de supervivencia. Debería haber cerrado la puerta con llave —o bloqueado de algún modo. No puedo creer que fuera tan descuidada.

—Tranquilízate. Joder, tía. No te subas por las paredes —sus ojos descienden a mis caderas, como para comprobar si mi ropa interior justifica mi reacción—. Solo quería avisarte de que te voy a aliviar de tu mochila.

Mi corazón se detiene en mi pecho vacío al ver la pequeña bolsa de cuero negro que sostiene —la bolsa que contiene mi dinero, mi billete de tren y todas mis pertenencias personales.

—No puedes quedártela —digo, dando un paso adelante.

—Ah-ah —replica, desplegando un cuchillo entre nosotros que apunta directamente a mi vientre—. Yo que tú no haría ninguna tontería ahora. Lo que haya en esta bolsa no puede valer tu vida, ¿no?

Mi vida quizás. Pero si me apuñala ahora, donde apunta el cuchillo, hay serio riesgo de que hiera a mi bebé, y no puedo arriesgarme. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo grita que huya.

—Vale. Quédatela —digo, alzando lentamente las manos para mostrar que no soy una amenaza mientras retrocedo.

Entonces los ojos del hombre se elevan, brillando al posarse en mi dedo anular izquierdo. —Y también me llevaré esa piedra brillante —dice, dando un paso hacia mí.

35

MIKO

Nunca imaginé que seguirle la pista a Anika sería una tarea tan monumental. Pero al tercer día de su desaparición, estoy al borde de la locura.

—Miko, hermano, necesitas descansar —dice Gio suavemente, agarrándome el hombro mientras me desplomo en cuclillas ante el mostrador de billetes en Detroit, apretando las palmas de las manos contra los ojos para contener las ganas de romper algo.

—Descansaré después de encontrar a Anika —gruño, incorporándome de un salto y rechazando la preocupación de mi hermano.

En algún rincón de mi cerebro privado de sueño, sé que Gio tiene razón. No puedo seguirle eficazmente la pista sin dormir ni comer desde hace días. Pero cada vez que reduzco la marcha o cierro los ojos, el miedo por su seguridad me hace levantarme y volver a moverme.

Lo único que me hizo parar un momento fue permitir que el médico que trajo Sandro tomara una muestra de sangre para mi prueba de ADN.

Desde entonces, he seguido huellas por el bosque, interrogado a conductores de autobús y empleados de estaciones de tren, aterrorizado a la población local sin hogar en mi desesperación por encontrar a alguien —a cualquiera— que me dijera dónde hallar a Anika.

Compró un billete a Toronto. Uno de los taquilleros pudo confirmar su identidad con una foto, y ahí se perdió la pista.

Ese billete fue validado, lo que significa que subió al tren aquella noche.

Pero no entiendo cómo pudo cruzar la frontera a Canadá cuando su pasaporte sigue guardado en la caja fuerte de nuestro dormitorio.

A menos que tenga otro. La posibilidad de que lo haya planeado todo desde el principio, de que consiguiera una identidad falsa con la intención de abandonarme, es el pensamiento más angustioso.

No es que no pudiera aceptar que soy, de hecho, el hermano mayor de un hombre que la aterrorizó.

Ni siquiera que decidiera que no podía amarme.

Sino que ha estado fingiendo todo este tiempo, adormeciéndome con una falsa sensación de complacencia para que no viera las señales hasta que fuera demasiado tarde para seguirla.

Casi podría entender que le repugnara mi verdadera identidad. Pero esto se siente como una traición tan profunda que no sé cómo podrá sanar jamás.

Aun así, debo encontrarla. Necesito saber que está a salvo —aunque no sea conmigo.

—Miko, no está aquí —dice Gio con suavidad—. Volvamos a casa. Necesitas dormir unas horas y mañana empezaremos de nuevo.

—Puede que estés tomando el relevo como Don —gruño entre dientes, señalando a mi hermano con el dedo—, pero no te atrevas

jamás a decirme cuándo debo dejar de buscar a mi mujer.

Gio levanta las manos, retrocediendo para desvincularse, y la culpa retuerce de inmediato mis entrañas. Sé que solo intenta ayudarme.

—Perdona —mascullo, masajeándome las sienes mientras intento controlar el temperamento—. Creo que necesito un poco de aire fresco.

Gio me sigue en silencio al salir de la estación, donde respiro profundamente el aire cargado de lluvia.

—¿Buscas un regalo para alguien especial? ¿Algo que diga *para siempre* o quizá *por favor no se lo digas a mi mujer*? —la voz burlona del vendedor callejero me crispa los oídos y cruzo los brazos mientras le clavo una mirada mortal.

Me sorprende la escena. Esperaba ver un puesto de comida o un carrito, pero el hombre enclenque sostiene solo una vitrina de joyería de terciopelo negro, de unos treinta por sesenta centímetros. Cuando levanta la tapa para mostrarme la mercancía, se me cae el alma a los pies.

Los anillos eran claramente robados.

Lo deduzco por las pequeñas mellas únicas en las bandas, propias de quien lleva joyas habitualmente —por no mencionar que sus estilos son demasiado eclécticos para haberlos adquirido legalmente.

Lo sé porque nuestra familia ha invertido mucho tiempo y dinero en asegurar que nuestra mercancía pasara la aduana.

Pero lo que me hace parar el corazón no es eso. Es el enorme diamante solitario talla esmeralda en el centro de la vitrina. Reconocería esa piedra en cualquier parte. Alargo la mano, lo cojo y lo deslizo en la punta de mi dedo índice para confirmar la talla.

—¿De dónde has sacado esto? —exijo, clavando de nuevo los ojos en el vendedor.

Su sonrisa empalagosa se desvanece cuando el entendimiento brilla en sus ojos, y en un instante cierra la vitrina y echa a correr en dirección contraria.

No avanza ni medio paso antes de que mis dedos se cierren en su garganta, levantándolo del suelo y estampándolo contra la fachada de piedra de la Estación Central de Míchigan.

Gruñe al quedarse sin aire, soltando la vitrina mientras araña desesperadamente para liberarse de mi agarre de hierro.

—¡Contéstame! —gruño, empujándolo con más fuerza contra el muro.

—De una mujer en Chicago —suelta entre toses y carraspeos cuando libero su garganta.

Pero mantengo un agarre firme en su camisa mientras traga aire desesperadamente.

—¿Le hiciste daño? —demando.

Supongo que es posible que Anika decidiera vender el anillo por dinero. Sería inteligente, una forma fácil de cubrir sus huellas, y no quiero matar al hombre si no sabía que hacía algo malo.

Pero ese pensamiento desaparece en cuanto veo el miedo cruzar su rostro demacrado.

—Si le pusiste un solo dedo encima a mi mujer… —amenazo, acercándome a su cara mientras desenvaino un cuchillo a plena luz del día.

—¡No lo hice, lo juro! —grita, temblando visiblemente con las manos en alto—. Solo la amenacé, eso es todo, pero juro que no la toqué. Estaba viva y completamente ilesa cuando me fui.

—¿Dónde? —exijo.

—B-bueno, en el baño de mujeres de Union Station, en Chicago. Tenía algo de dinero y un billete de tren en el bolso, así que los cogí

y me fui.

—Más te vale rezar para que siga viva cuando la encuentre, o volveré por ti —le advierto.

Normalmente, le habría cortado la mano por atreverse a robarle a mi mujer.

Pero teniendo en cuenta que estamos en una ciudad fuera de los límites del territorio de Chiaroscuro —y que tengo mucha prisa—, esta vez voy a dejarlo pasar. Y si cambio de opinión, siempre puedo encontrarlo.

Tras darle un último empujón con fuerza, lo suelto y hago una señal con la cabeza para que Gio me siga.

Las cuatro horas de vuelta a Chicago en coche son las más dolorosas de mi vida.

Normalmente me gustan los coches, y tengo uno rápido para volver a la ciudad en el menor tiempo posible.

Pero nada de eso va a calmarme hoy.

Hasta que encuentre a Anika.

Gio ha renunciado por completo a intentar calmarme. Se sienta en silencio en el asiento del copiloto, agarrando con desgana la manilla mientras tomo las curvas a ciento treinta kilómetros por hora.

Por fin llegamos a Union Station y vuelvo a empezar desde cero, mostrando la foto de Anika a todo el que puedo abordar.

Al fin doy con un indicio cuando un hombre sin hogar con barba espesa entrecierra los ojos bajo el ala ancha de su gorra sucia para mirar mejor.

—Sí, sí, puede que la haya visto —dice, chasqueando las encías desdentadas—. Anoche, creo. En el comedor social. Pero no se quedó mucho. Parecía un ratoncito asustado, entró corriendo, engulló la comida y desapareció igual de rápido.

—¿Fue solo anoche? —confirmo, mientras el pánico que me oprimía el corazón se alivia un poco.

—Sí, señor —asiente.

Saco un fajo de billetes del bolsillo y cuento varios cientos de dólares. —No te lo gastes todo de una vez —le digo—. Y no lo gastes todo en alcohol.

—¡G-gracias! —balbucea el hombre, mirando boquiabierto la exorbitante cantidad de dinero en su mano.

Avanzando por la calle y doblando la esquina desde la estación de tren, mantengo los ojos bien abiertos buscando algún rastro de Anika.

Si la vio anoche, Anika debe de estar cerca de la estación de tren —probablemente buscando cómo salir de la ciudad ahora que la han dejado sin dinero ni billete.

Solo espero que no le haya pasado nada peor desde entonces.

No sé si fue porque me miraron y decidieron que era mala noticia, o si el personal del comedor realmente no había visto a Anika, pero siento que la frustración empieza a crecer de nuevo cuando rápidamente topamos con otro callejón sin salida.

Gio me saca del edificio mugriento de la organización benéfica justo antes de que empiece a interrogar al personal, y aunque me irrita que ponga límites, sé que tiene razón.

Hace falta estar muy trastornado para hacerle daño a alguien que alimenta a los sin techo en su tiempo libre.

Pero me estoy desesperando.

Incluso he llamado a favores con los policías que conozco en el departamento. Pero hasta ahora, nadie la ha visto.

—¿Qué voy a hacer, Gio? —pregunto, pasándome los dedos por el pelo mientras aumenta mi sensación de urgencia—. Estoy perdiendo

la cabeza.

Los ojos tristes de Gio me miran con una profundidad de compasión que me estremece hasta los huesos. Si alguien puede entender por lo que estoy pasando, es él.

Perdió al amor de su vida después de que un clan enemigo se la llevara.

Y veo la oscura y obsesiva verdad en sus ojos que es lo bastante inteligente o amable para no expresar.

Pero eso no hace menos obvio lo que está pensando.

Anika se ha ido. Probablemente muerta si no la hemos encontrado aún.

Entonces oigo su voz.

Por un momento, estoy seguro de que me la he imaginado: el dulce sonido de su suplica. —Por favor —susurra, tan débil que casi estoy seguro de que está en mi cabeza.

Pero sé que es real cuando Gio ladea la cabeza, frunciendo el ceño.

—Por favor, déjame ir.

Dios, si las palabras pudieran causar dolor físico, las suyas me habrían dejado muerto en el suelo. Porque repiten lo mismo que me dijo hace semanas —cuando intentó huir por primera vez y no la dejé.

—Anika —respiro, girando sobre mí mismo mientras busco desesperadamente una señal de ella.

No la encuentro.

Pero lo que sí encuentro son los hombros anchos de un hombre de espaldas.

Es casi invisible en las sombras profundas del callejón entre dos edificios a mi lado, y fácilmente lo habría pasado por alto —si hubiera permanecido callado.

—Dolerá mucho menos si dejas de forcejear —promete.

Gio y yo bajamos al callejón al instante, y el estómago se me revuelve cuando mis ojos se posan en la escena ante mí.

El hombre —alto y corpulento, vestido de oscuro con una sudadera con capucha cubriéndole la cara— tiene los dedos alrededor del cuello de Anika, con la otra mano en el botón de sus vaqueros.

Anika, por su parte, está haciendo un trabajo impresionante intentando separarse, pero no es lo bastante fuerte para mover su considerable peso. Y su cara va adquiriendo lentamente un tono azulado violáceo mientras él corta el suministro de oxígeno a su cabeza.

—Quítale las manos de encima a mi mujer —siseo, y sin esperar a ver si obedece, lo inmovilizo con una llave de cabeza, clavando la punta de mi navaja en la carne tierna que protege su riñón.

La suelta al instante, y en cuanto Anika queda libre, lo empujo hacia atrás, estrellándolo contra el suelo con tal fuerza que rueda de costado y vomita.

Podría matarlo con mis propias manos, estoy tan lleno de rabia.

Pero solo tengo una preocupación ahora, así que dejo al maldito enfermo para que Gio lo remate, intercambiando un gesto silencioso con mi hermano antes de volverme hacia Anika.

El sonido de la bota de Gio golpeando carne blanda y los gemidos de dolor que siguen son música para mis oídos. Pero eso se desvanece rápidamente en segundo plano cuando finalmente veo a mi mujer.

Su ropa sucia y su pelo enmarañado sugieren que ha estado durmiendo en un albergue para sin techo —o peor, en la calle misma.

La culpa y el horror me atraviesan al pensar por lo que ha pasado en su esfuerzo por huir de mí.

Pero lo que más me duele es su reacción al verme.

Sus ojos azules están muy abiertos, sus labios ligeramente separados por la conmoción mientras cada músculo de su cuerpo se tensa.

Temblando, se queda paralizada en su sitio —aterrada solo con verme.

36

ANIKA

—Anika —susurra Miko. El dulce sonido de su voz acariciando mi nombre me provoca un violento escalofrío.

No puedo creer que esté aquí. No puedo creer que me haya encontrado. Después de tres días de infierno en la tierra, honestamente había empezado a pensar que había decidido no buscarme en absoluto.

Pero es que he sido muy cuidadosa—saltando ante cada sombra, saliendo de mi escondite solo cuando los retortijones de hambre eran tan fuertes que temía que pudieran dañar a mi bebé.

He pasado tantas horas temiendo este momento, angustiándome por cómo podría huir lo bastante lejos sin un solo céntimo.

Jamás imaginé que pudiera existir algo peor que sobrevivir en las calles, asustada, hambrienta y sin hogar. Hasta que un cabrón enfermizo me agarró por detrás para arrastrarme a este callejón.

Y ahora, con la garganta dolorida y los oídos aún zumbando por la falta de oxígeno, estoy a punto de enfrentar la furia de Miko.

Solo que… no parece enfadado en absoluto.

Parece… desolado.

Eso no me lo esperaba.

—¿Estás bien? —pregunta, dando un paso lento y cuidadoso hacia adelante—como haría alguien que ha acorralado a una liebre asustada.

—S-sí —tartamudeo, rodeándome el vientre con los brazos en un gesto protector.

Quitándose la chaqueta de cuero que ocultaba sus intrincados tatuajes en los brazos, Miko la cuelga de un dedo y me la ofrece sin decir palabra. Con dedos temblorosos, acepto el regalo, conteniendo un gemido de agradecimiento ante la suavidad mantecosa del cuero entre mis manos.

Casi me da pena ponérmela sabiendo lo sucia que estoy. Eso es lo que pasa cuando nadas en un lago contaminado y te ves obligada a llevar la misma ropa durante días porque te han robado el cambio.

Pero el calor que me envuelve en cuanto deslizo los brazos por las mangas es casi suficiente para hacerme llorar de alivio.

Y el rico aroma masculino a pino y aceite de motor que impregna todas las pertenencias de Miko me hace doler el pecho de añoranza.

—¿Vas a llevarme a casa? —susurro, sin saber si deseo que la respuesta sea sí o temo que lo sea.

Un dolor inesperado me aplasta con asombrosa fuerza cuando Miko niega con la cabeza.

—No si no quieres que lo haga —dice con voz ronca, con un tormento indescriptible en la mirada—. He dejado de intentar que te quedes.

Las lágrimas me escuecen los ojos y aprieto los labios mientras lucho por contenerlas. No sé por qué estoy a punto de llorar. *¿No es esto lo que quería?*

—Se me partió el corazón al descubrir que te habías ido —dice—. Ver hasta qué extremos llegarías para huir de mí. Pero también me hizo darme cuenta de que, al obligarte a quedarte cuando no querías, *eso* también te hacía daño. Y no quiero hacerte daño, Anika, *jamás*. Preferiría arrancarme los ojos antes que verte sufrir.

Sus palabras me atraviesan como una granada de mano, destruyendo los muros que creí haber levantado con tanto esfuerzo alrededor de mi corazón cuando decidí marcharme.

Tampoco quiero hacer daño a Miko, y es como un puñetazo en el estómago darme cuenta de que eso es exactamente lo que estoy haciendo.

—Así que —dice, aclarándose la garganta mientras su voz se vuelve más ronca— he decidido dejarte ir si es realmente lo que quieres. Solo quiero asegurarme de que llegues a un lugar seguro, que tengas a alguien que pueda cuidarte hasta que te estabilices. Si me lo permites, me gustaría hablar con mi hermano Leo. Estoy seguro de que él y Sora te acogerían.

—Miko… —respiro, con las lágrimas nublándome la vista a pesar de mis esfuerzos por contenerlas.

—Por favor, Anika —suplica, cada palabra goteando agonía—. Me mata hacer esta oferta, pero prefiero eso a verte seguir intentando huir. Algún día podría no encontrarte a tiempo, y no soporto pensar en que alguien… —Traga convulsivamente y niega con la cabeza—. Creí que no era lo bastante fuerte para vivir sin ti. Pero ahora sé que lo único que no soy lo bastante fuerte para soportar es el día en que tropiece con tu cuerpo porque no te dejé marchar. No puedo permitir que sigas arriesgando la vida para librarte de mí.

Ningunas palabras han sido más aterradoras ni más hermosas.

Y mientras observo al hombre más fuerte que he conocido al borde del desmoronamiento ante mí, sé que nunca podré dejar a Miko.

Estoy completamente, desesperadamente enamorada de él.

Durante tanto tiempo he tenido miedo del poco control que he tenido sobre mi vida, pero ahora que me da la elección, sé de qué no soy lo bastante fuerte para vivir sin ello. Y es de él.

—Quiero quedarme —susurro, dando un paso vacilante hacia adelante.

—¿En serio? —pregunta Miko, con confusión e incredulidad luchando en su rostro.

—¿Cómo te sorprende que quiera perdonarte después del discurso que acabas de soltar? —interviene Gio desde detrás de la figura imponente de su hermano—. Joder, *yo* casi estoy convencido de querer ser tu esposo.

Una burbuja de risa que raya en lo histérico surge de mis entrañas, y me llevo los dedos a los labios intentando contener la sonrisa.

Miko ríe entre dientes cuando la tensión entre nosotros se rompe, inundando el alivio para llenar los huecos que deja a su paso.

Despacio, da otro paso hacia mí mientras sus ojos azules se suavizan, y cuando sus manos encuentran las mías, se arrodilla ante mí. —¿Seguirás siendo mi esposa? —pregunta, mirándome con toda la sinceridad que amenaza con quitarme el aliento.

—Sí —murmuro, y luego mi rostro se descompone por la desolación —. Pero, Miko, perdí mi anillo —confieso, con un nudo en la garganta al recordar aquella noche aterradora en la estación de tren.

—¿Este anillo? —pregunta él, sacándolo de su bolsillo para deslizarlo de nuevo en mi dedo anular.

Doy un grito ahogado y lo miro con incredulidad. —¿Cómo has…? ¿Dónde lo encontraste?

—Fuimos hasta Detroit para recuperarlo —interviene Gio con ironía.

Miko le lanza una mirada torva por encima del hombro. —¿Te importaría meterte en tus asuntos? —exige.

Gio se ríe y se encoge de hombros antes de volver a prestar atención al suelo. Se inclina, presionando con más fuerza el pie sobre la garganta de mi agresor cuando este intenta escapar. —Ni se te ocurra intentarlo, colega —gruñe—. Te espera una noche *muy* larga… empezando por un agradable y acogedor paseo en el maletero de un coche. Si sabes lo que te conviene, no te resistirás.

—¿Anika? —la voz de Miko es ronca, haciendo que mis ojos vuelvan a él. Se levanta y me atrae hacia sus brazos.

—¿Mmm? —Mi espalda se arquea mientras mi cuerpo se amolda al suyo, y cuando levanto la vista hacia sus increíbles ojos azules, no sé cómo pude convencerme de que podría dejarlo.

El dorso de sus dedos acaricia suavemente mi pómulo, luego traza la línea de mi mandíbula mientras sostiene mi rostro con ternura. —Tengo cien preguntas que hacerte, pero no sé por dónde empezar… o si siquiera debería.

—Puedes preguntarme lo que quieras —prometo, enlazando mis dedos con su palma para acurrucarme en ella.

Un destello de dolor cruza su rostro, seguido de cerca por una tristeza profunda. —¿Estabas planeando huir desde el principio?

El calor inunda mis mejillas mientras considero su pregunta.

La respuesta simple es sí.

Estaba decidida a encontrar mi libertad en cuanto supe que Pyotr estaba muerto.

Pero no creo que eso sea realmente lo que Miko pregunta. —Quiero decir, obviamente quería hacerlo antes de conocerte… antes de la boda, tenía planeadas mentalmente cien escapatorias diferentes.

—¿Y después? —insiste.

—Después de nuestra noche de bodas, dejé de pensar en ello. Cuanto más te conocía, menos seguro tenía que querer huir.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? —pregunta, con una expresión tan cruda y vulnerable que me hace brotar nuevas lágrimas.

—Bueno, yo… —Hay tantas piezas en este rompecabezas, tantos factores que contribuyeron a mi pánico, y ahora, al recordarlo, intento centrarme en los que parecen más relevantes—. Te oí hablar con Svetlana… antes de que le contaras a todos lo que ella dijo.

La conmoción, seguida rápidamente por la vergüenza, cruza el rostro de Miko, y cierra los ojos contra el remordimiento. —Debiste de estar aterrada.

Asiento. —Una cosa que Svetlana me dijo una vez no dejaba de repetirse en mi cabeza. Me dijo que todos los hombres Novikov tienen un veneno en la sangre que les hace dañar a quienes aman, así que cuando descubrí que tú eres en realidad un Novikov…

—Y luego me viste perder completamente la cabeza —termina él.

Vuelvo a asentir, y luego muerdo mi labio con ansiedad, porque no sé cómo voy a contarle lo siguiente. Y antes de que pueda reunir el valor, Miko frunce el ceño.

—Pero aún estabas en nuestra habitación cuando convoqué la reunión familiar.

Me sonrojo, sabiendo que la próxima parte será la más difícil. —Todavía no estaba segura de lo que quería hacer. No fue hasta que empezaste a hablar de reclamar tu legítimo derecho cuando empecé a preocuparme de que sonabas demasiado como Pyotr.

—Me importa un bledo mi legítimo derecho, Anika —jura Miko—. Si te hace feliz, lo dejaré todo. Al diablo con unir a los clanes para vengar a mis hermanos—

—Oye —objetó Gio, haciéndome reír, pero Miko simplemente le hace un gesto para que se calle.

—En serio, dilo y lo dejo.

Una cálida sensación me llena el pecho ante la sinceridad de su voz. —Gracias, pero no quiero que lo abandones por mí. Solo tenía miedo. Sabía que me había enamorado de ti, que quizá no sería lo bastante fuerte para dejarte por mi propio bien. Pero tenía miedo de lo que podrías llegar a ser, y pensé que tenía que huir… para proteger a nuestro hijo.

Las cejas de Miko se fruncen, sus ojos escudriñan los míos. —Nuestro hijo… ¿Estás embarazada?

—Sí.

La emoción que ilumina sus ojos me hace sonreír, y me río cuando cubre mi vientre con una mano grande, extendiendo los dedos como si ya pudiera sentir la vida que crece dentro de mí.

—Te juro que nunca haría nada para hacerte daño… a ninguna de las dos. Si ese día llegara… si Svetlana tiene razón y hay alguna maldición Novikov y llevo veneno en la sangre… me sacrificaría como a un perro antes de ponerte una mano encima.

—Confío en ti —digo simplemente. Y es verdad. Si Miko me quiere lo bastante como para dejarme marchar, eso demuestra que me quiere lo bastante como para mantenerme a salvo… incluso de sí mismo.

—No sé si esto te hace sentir mejor, pero Svetlana dijo que cree que el ciclo podría haberse roto desde que me llevaron siendo un bebé —añade.

Curiosamente, aunque las palabras suenan bastante supersticiosas, me traen una extraña sensación de paz.

Echando los brazos alrededor de sus hombros, entierro mi rostro en el hueco del cuello de Miko.

Mi corazón se hincha cuando sus poderosos brazos me envuelven, atrayéndome hacia un abrazo feroz.

—Dios, Anika —susurra tras un largo momento—. Me alegro de que hayas decidido quedarte, porque no existe un universo en el que

pudiera haberte dejado marchar voluntariamente si hubiera sabido que llevabas a nuestro hijo.

Un alivio eufórico hace que mi corazón revolotee, y me inclino para presionar mis labios contra su garganta. —Menos mal que nunca tendremos que poner a prueba esa teoría.

Sosteniendo mi rostro mientras me peina el pelo hacia atrás con los dedos, Miko se aparta para buscar mi mirada. —Dios, te quiero —murmura.

—Yo también te quiero, Miko.

Y cuando sus labios chocan contra los míos, sé que nunca he sido más feliz que en este preciso instante.

37

MIKO

La finca de los Novikov ha quedado impoluta desde la explosión.

Los suelos relucen con cera nueva, la cocina y el vestíbulo libres de polvo y escombros, y sin embargo el aire todavía me huele a humo y sangre.

Se reúnen en el gran salón de baile—doce hombres sentados en un arco creciente de antiguos sillones de cuero dispuestos como tronos ante la tarima.

Son los patriarcas rusos, los últimos vestigios del antiguo orden mundial de la Bratva.

Ninguno es más joven que yo, pero así ha sido con todos los Novikov que han liderado sus familias durante décadas.

Cada uno de estos hombres se ha endurecido en la guerra, la traición y décadas sobreviviendo al derrumbe de imperios.

A la mayoría solo los conocía por susurros e historias bélicas.

Hasta Don Augusta fue lo bastante prudente para no enfrentarse a ellos como bloque. Llevan el peso de linajes enteros en sus miradas, y todos me observan ahora.

Me mantengo erguido, con las manos entrelazadas a la espalda, Anika a mi lado con un vestido negro que cae como humo sobre sus hombros.

Su presencia enciende un fuego en mi interior, dándome la seguridad de que esta es la decisión correcta.

Estamos juntos en esto.

Ambos estamos cansados—cargando con magulladuras y cicatrices invisibles—pero estamos aquí. Estamos preparados.

La puerta se abre lentamente y Svetlana entra en su silla de ruedas, empujada por Chastity, que parece temblar de miedo.

Sus nudillos están blancos al agarrar los apoyabrazos con fuerza innecesaria, como si se aferrara a ellos para no derrumbarse ante la presencia de los criminales curtidos de la sala.

Les flanquean dos guardias que muestran un respeto silencioso hacia Svetlana.

Lleva el pelo recogido en un moño plateado, sus ojos alertas y brillantes.

A pesar de su edad, se sostiene como una reina que ha visto imperios levantarse y caer.

Cae un silencio cuando llega al centro de la habitación.

Sus ojos se posan en mí. Luego asiente.

Doy un paso al frente, con voz firme: —Todos habéis venido buscando la verdad tras los rumores. Sobre el heredero que perdió Viktor Novikov.

Un murmullo recorre el círculo de hombres.

—Ese niño soy yo —digo, dejando que las palabras pesen en el aire.

Algunas cejas se arquean. Un patriarca resopla. Otro se inclina hacia delante, con las manos entrelazadas. El silencio se espesa como una prueba.

Svetlana alza una mano, exigiendo atención: —Dice la verdad.

Eso les impacta.

Uno de los mayores, el Pakhan Malenkov, se inclina: —¿Pondrías tu nombre en juego por esto, Svetlana?

—Pondría mi sangre —responde—. Lo sostuve en mis brazos antes de que pudiera caminar. Recuerdo su sonrisa de bebé sin dientes. Y recuerdo la última noche que lo vi, antes de que Don Augusta lo arrancara de los brazos de mi nieto. Vi el parecido en cuanto volvió a mi vida.

No la cuestionan más. Incluso con su edad y fragilidad, Svetlana se gana el respeto. Es la última de las antiguas esposas de los *Pakhan*. Una reliquia, pero sagrada.

—¿Tienes pruebas? —pregunta otro.

Asiento a Anika. Ella avanza y coloca la carpeta de documentos sobre la mesa, abriéndola para mostrar los resultados sellados de la prueba de paternidad.

Llevó días confirmar el ADN extraído de los restos de mi padre, aún conservados en el mausoleo familiar, comparado con el mío.

—Lo hice verificar de forma independiente. Mi ADN coincide con el de Viktor Novikov. En un noventa y nueve coma nueve por ciento.

La sala exhala.

Otro patriarca gruñe: —¿Por qué ahora? ¿Por qué revelarse después de tanto tiempo?

—Porque no sabía quién era —respondo con honestidad—. Me crió un hombre que me mintió. Que me enseñó a odiar este apellido. Que me convirtió en un arma. Maté a Pyotr porque creí que él era el

monstruo. Porque creí que había matado brutalmente y sin motivo al hombre que me crió.

Mi mirada se dirige a Anika. Ella no se inmuta.

—Pero ahora veo la verdad. Pyotr era mi hermano. Y todo lo que le fue robado a esta familia—nuestra confianza, nuestra paz, nuestro honor—voy a restituirlo. —Hago una pausa, dejando que el juramento se asiente—. ¿Queréis a vuestro heredero? Estoy aquí. No como un fantasma o un peón, sino como un hombre que sabe lo que es sangrar por algo. He perdido padres, hermanos, y casi a la mujer que amo. Pero estoy aquí. No permitiré que mi linaje siga pudriéndose bajo el peso de las mentiras.

—No eres el único que ha perdido cosas —dice uno de los hombres —. Hemos visto cómo mataban a nuestros hijos en guerras de territorio. Visto a nuestras esposas enterradas por la locura de Pyotr. Puedes llevar la sangre de Viktor, pero ¿puedes llevar lo que él dejó atrás?

—Puedo —digo—. Y lo haré. Empezando ahora.

Intercambian miradas.

—Su primera tarea —digo— no es venganza. No es derramar más sangre. Es mostrar lealtad.

Vuelven a callar.

—Lealtad a los hermanos que me dieron refugio, que protegieron a esta mujer cuando no tenía a dónde huir. La familia Chiaroscuro fue destrozada por un ataque que Pyotr orquestó. Lo perdieron todo. Yo les debo todo. Y si ustedes quieren demostrar su lealtad a su heredero, les ayudarán a recuperar su trono.

—¿Una alianza italiana? —escupe un hombre—. ¿Cuando su padre fue quien lo arrebató de nosotros?

—Un tratado de paz —digo—. Una nueva era. Con un nuevo Don. Rusos e italianos han bañado suficientes calles de sangre. No les

pido que olviden a sus hijos. Les pido que se aseguren de que sus muertes no fueron en vano.

Lentamente, uno por uno, los hombres empiezan a asentir. Algunos, a regañadientes. Otros, con silenciosa reverencia.

El primero en levantarse es Malenkov. Camina hacia adelante y se detiene ante mí, luego se arrodilla sobre una rodilla. —Juro lealtad, *Pakhan*.

El resto le sigue como una ola. Uno por uno, los patriarcas rusos se arrodillan ante mí. Doce hombres, doce dinastías, todos inclinando la cabeza ante una verdad largamente enterrada.

Inspiro profundamente. El cambio es tectónico. La vieja guerra ha terminado. Ha amanecido una nueva era.

Alargo la mano hacia la de Anika y siento que ella aprieta la mía. Su sonrisa es leve pero auténtica.

Su mirada me dice que cree en mí.

Incluso con todas las dudas.

Incluso con todo el miedo.

La reunión termina en silencio, del tipo que resuena como un trueno.

Volvemos a nuestra habitación sin decirnos nada, solo con el sonido de nuestros pasos por largos pasillos de piedra. Pasan guardias, algunos asintiendo. Otros simplemente nos observan pasar como fantasmas.

Cuando entramos, cierro la puerta con suavidad tras de nosotros.

Anika se quita los tacones y los deja caer al suelo. No habla. Simplemente se vuelve hacia mí. Hay una tormenta tras sus ojos, un amor enterrado bajo dudas y ansiedad. Pero aún está ahí. Todavía arde. —Lo lograste —susurra, mientras el alivio inunda sus delicados rasgos.

—Lo logramos —repito mientras cruzo la habitación hacia ella.

Nuestras bocas chocan, salvajes e implacables. Sus dedos arañan mi chaqueta, tirando de ella sobre mis hombros y bajando por mis brazos. En cuanto mis brazos quedan libres, la rodeo con ellos como si temiera que desaparezca.

Desde que la traje a casa, he encontrado una nueva intensidad en nuestra intimidad, una especie de necesidad desesperada que no parece desvanecerse, porque Anika me ha mostrado lo precioso que es cada momento con ella.

Nunca sabré qué beso será nuestro último, y quiero recoger tantos como pueda mientras sus labios aún sean míos para reclamar.

—Te quiero, *topolina* —digo con voz ronca entre besos.

Anika presiona su cuerpo contra el mío, su boca ardiente contra mi mandíbula, mi garganta, mi pecho, mientras devuelve el sentimiento sin palabras.

Cada contacto entre nosotros es fuego y redención, perdón y furia, todo enredado en uno.

Y brillando como un faro por encima de todo está el pequeño secreto que lleva dentro.

Mi polla se endurece al pensar en ver el vientre de Anika redondo e hinchado por el embarazo, evidencia de nuestro amor expuesta para que todos la vean.

Quiero adorarla por su habilidad divina para traer un niño a este mundo.

Mi hijo. *Nuestro* hijo.

Pero aún faltan meses para que se le note, y varios más hasta que podamos dar la bienvenida a nuestro bebé en este mundo.

Y mientras tanto, tengo la intención de probar los límites de cuánto placer puedo concederle. Cogiéndola en brazos, le enrosco las

piernas alrededor de mis caderas para llevarla más adentro del apartamento.

La recuesto sobre la cama y me tomo un momento para admirar su piel sonrojada y sus labios hinchados.

Mis manos dudan al tocarla, como si fuera demasiado frágil, demasiado preciosa. Es una batalla constante mantener mi deseo por ella bajo un rígido control.

Pero por Anika, haría cualquier cosa.

Soportaría el peor tipo de tortura para ganar una sola de sus sonrisas.

Pero ella me tira encima de ella, con la voz ronca de deseo. —No te contengas —suplica, mordisqueando suavemente el lóbulo de mi oreja.

Es la única señal que necesito. Anika se siente segura conmigo.

El pasado muere en el calor de su aliento.

Los fantasmas callan cuando ella susurra mi nombre.

Y mientras me entierro en sus gloriosas profundidades, sé que, por esta mujer, quemaría el mundo entero.

EPÍLOGO

ANIKA

Un año después

La villa está en silencio, bañada por el suave resplandor del crepúsculo, y la brisa susurra entre los árboles del exterior como una nana.

Estoy acurrucada en el sofá de terciopelo de la habitación del bebé, con una mano apoyada sobre el latido de mi corazón y la otra sosteniendo una taza caliente de té.

La bebé se queja suavemente en brazos de Miko, con llantos tan delicados como campanillas de viento.

Miko le sonríe con tal ternura que me derrite el corazón. No puedo evitar observarle mientras mece suavemente a nuestra hija, sosteniendo su cabeza en su enorme palma.

Su silueta brilla bajo la luz dorada de la lámpara de lectura, alta, ancha y serena.

Alana está envuelta en algodón rosa, con su manita agarrando su dedo mientras él murmura un cuento con voz grave y calmante.

—Érase una vez una niña que crecería para gobernar las estrellas —dice—. Tenía el fuego de su madre y el corazón de su padre, y nadie se atrevía a desafiarla... ni siquiera las estrellas.

La bebé gorjea, fascinada.

Sonrío. Incluso ahora, después de todo, Miko me sorprende.

Hace un año, no sabía si podía confiar en él. Hace un año, aún me despertaba de pesadillas jadeando por aire, segura de que Pyotr resucitaría para arrastrarme de vuelta al infierno.

Hace un año, no creía que volvería a sentirme segura jamás. Ni que algo así existiera.

Ahora sé a qué sabe la paz.

Son los brazos de Miko rodeándome por la noche. Es la risa que arranca a nuestra hija cuando la hace saltar sobre su rodilla.

Son las flores que trae a casa cada jueves —cortesía de nuestra nueva cuñada. Es el silencio en mi pecho donde antes vivía el miedo.

Miko lleva la Bratva como si hubiera nacido para ello.

Supongo que siempre fue su derecho de nacimiento, pero no se parece en nada a los tiranos que le precedieron. Es diplomático, mesurado, despiadado cuando es necesario... pero nunca cruel. Jamás sin motivo.

Escucha. Se preocupa.

Ha convertido nuestro mundo en uno donde me siento segura para criar a nuestra hija. Y cuando llegue el día en que tenga edad para casarse, sé que Miko será un feroz protector de su corazón.

No la venderá al mejor postor.

Más bien, creo que nuestra dulce Alana tendrá dificultades para encontrar un hombre lo bastante valiente para salir con ella.

Porque no me cabe duda de que la charla de Miko sobre respetar a su hija ahuyentará a todos excepto a los más genuinos y audaces.

Besa la coronilla de nuestra bebé como si estuviera hecha de cristal.

Luego la acuesta suavemente en la cuna y arropa las mantas a su alrededor. Una última caricia a su cabello como pelusa antes de apagar la lámpara.

—Se ha dormido —dice, tendiéndome la mano para ayudarme a levantarme del sillón.

Juntos salimos de puntillas de la habitación, robando una última mirada a nuestro ángel dormido antes de cerrar suavemente la puerta. En el pasillo, me vuelvo hacia él, apoyándome en su cuerpo mientras aprieto la mejilla contra su pecho.

Su corazón late con fuerza bajo mi oído.

—¿Miko? —susurro.

—¿Mmm?

—Gracias... por darle a nuestra hija una vida tan diferente para crecer.

Me atrae más cerca. —Es nuestra. Eso significa que merece lo mejor que este mundo puede ofrecer.

Alzo el rostro hacia el suyo, recorriendo las líneas de su mandíbula. —Eres mejor de lo que jamás hubiera podido imaginar.

Su sonrisa se torna más suave, más vulnerable. —Pasaré el resto de mi vida demostrando que esto es real... mientras tú me lo permitas.

—Ya lo has hecho —prometo, levantándome de puntillas para rodear su cuello con mis brazos.

Sus fuertes brazos rodean mi caja torácica mientras me estrecha, y nuestros labios se encuentran con ese familiar calambre de calor que siempre me hace contener la respiración.

Nos besamos, lento y dulce, ese contacto prolongado encendiendo una chispa en lo profundo de mi vientre.

Al separarnos, su mano descansa en la curva de mi espalda, y nos retiramos en silencio a nuestro dormitorio.

Las cortinas ondean con la brisa, y la luz de la luna baila sobre las sábanas.

Miko cierra la puerta tras nosotros, excluyendo al mundo, y cuando me mira... cuando me toca... es mucho más de lo que solía ser.

Sigue siendo cuidadoso, reverente, como si supiera que aún estoy aprendiendo a estar completa. Y así es.

Pero estoy llegando.

Y en la seguridad de sus brazos, confío en que lo que compartimos es algo aún más sagrado por ello.

Sus manos están cálidas mientras me ayuda a quitarme la bata.

Su boca encuentra la mía en un beso que me arranca el aliento.

No tengo miedo. No de él. Ya no.

En verdad, no sé cómo lo tuve jamás.

Qué diferencia puede hacer un año.

Tras pasar dos años consecutivos casada con dos hombres tan distintos, no podría tener mejor comparación.

Con Pyotr, cada día parecía una eternidad, una batalla constante entre el miedo y la repulsión, donde sobrevivir era el único premio.

Con Miko, este año ha pasado en un abrir y cerrar de ojos.

Me ha demostrado que la paciencia y la amabilidad pueden curar hasta las heridas más profundas con tiempo.

Me ha bendecido con el tesoro más hermoso que este mundo ha conocido.

Y si creía que era un esposo amoroso, constantemente me asombra el padre increíble que se ha convertido.

Pyotr me parece apenas un recuerdo lejano ahora, un villano de una vida pasada, o incluso de un cuento infantil.

E incluso en la rara ocasión en que aún vienen las pesadillas—cuando me incorporo de golpe en la cama con lágrimas en los ojos y la voz de Pyotr en mis oídos—Miko siempre está ahí para abrazarme fuerte y susurrar verdades sobre las mentiras.

Me dice que estoy a salvo. Que soy amada.

Y le creo.

Porque lo soy. Con él. Para siempre.

—Dime, *topolina* —dice, sus labios suaves contra mi garganta—. ¿En qué piensas esta noche?

—Estaba pensando en mi marido perfecto —bromeo suavemente, inclinándome hacia atrás para mirarle a los ojos mientras paso los dedos por sus rizos oscuros y espesos.

Miko gruñe, sus ojos brillando con advertencia juguetona. —Más te vale que te refieras a mí —dice—. A menos que haya algún hombre al que deba visitar.

La risa brota de mí ante su amenaza, porque incluso si fuera capaz de matar a un hombre solo por robarme la atención, sé que nunca ocurriría. —Afortunadamente para los demás maridos del mundo, *me* refería a ti.

Dejando que mis manos recorran la curva de su cuello y crucen su ancho pecho, avanzo lentamente hacia el dobladillo de su camisa.

Él levanta los brazos mientras arrastro la suave tela por los músculos marcados de su abdomen y luego sus hombros antes de quitársela por la cabeza.

Su piel es suave y cálida contra mis senos, sus labios electrizantes al encontrar mi garganta de nuevo, y un ronroneo sensual retumba en su pecho mientras bajo a desabrocharle los pantalones.

Me observa con deseo ardiente mientras los bajo por sus caderas y muslos, agachándome hasta la altura perfecta cuando su grueso miembro surge libre, su punta sedosa rozando mis labios.

Sujetando su base, le miro a través de mis pestañas con una sonrisa pícara. Luego paso la lengua a lo largo de su longitud antes de rodear la punta.

—Tienes los labios más sensuales —gruñe, rozando la yema de su pulgar por el inferior y separándolos suavemente.

—¿Dónde los quieres? —pregunto juguetonamente.

—¿En este momento? —pregunta, su ceja arqueándose en una sonrisa lobuna. Entonces sus dedos atrapan mi barbilla y me guía lentamente de vuelta a mis pies—. Justo aquí.

Sus labios se sellan contra los míos, su lengua traspasando la línea mientras reclama mis labios con un hambre que me quita el aliento.

Sus manos recorren mi cintura hasta mis caderas, y palmea mi trasero mientras me atrae contra él.

—Llévame a la cama —susurro.

Miko emite un sonido de aprobación, haciéndome retroceder sin necesidad de que se lo pida dos veces.

Y cuando siento que mis corvas golpean el borde de la cama, me empuja sobre ella.

Sigue mis movimientos, sus musculosos brazos enjaulándome mientras se acomoda entre mis muslos.

No sé qué tiene este hombre, pero todo en él me atrae y prende fuego a mi alma.

No necesito preliminares con él.

Le deseo a todas horas, y cuando alargo la mano entre nosotros, guiando su hinchada punta entre mis pliegues, Miko gime al comprobar lo mojada que estoy para él.

Sus caderas avanzan, uniéndonos y liberando estrellas tras mis párpados.

Este es el lugar donde el cielo se encuentra con la tierra. Y sé que, sea lo que sea que la vida nos depare, Miko y yo siempre nos encontraremos en este espacio.

Nos balanceamos juntos, las olas de pasión subiendo y rompiendo mientras mi cuerpo hormiguea.

Sé que estoy cerca del clímax y siento a Miko hincharse para acompañarme cuando las primeras olas de mi orgasmo recorren su longitud.

—¡Miko! —jadeo, aferrándome a sus anchos hombros mientras él estalla dentro de mí, inundando mi canal con semen caliente.

Palpito alrededor de él, jadeando mientras compartimos el aire entre nosotros, nuestros labios rozándose suavemente.

—Te amo, *il mio sole e le mie stelle* —murmura. *My sun and stars.*

—Yo también te amo —digo, inclinándome para besarle.

Y mientras me abraza fuerte, su corazón latiendo constante bajo mi oído, me dejo arrullar hacia el dulce y dichoso espacio entre los sueños y la vigilia.

Con nuestra hija durmiendo plácidamente en la habitación de al lado y los brazos de Miko abrazándome fuerte, estoy segura de que no podría ser más feliz.

EPÍLOGO EXTENDIDO

GIO

El centro de Chicago zumba con energía nocturna, del tipo que hace que el aire se sienta eléctrico y peligroso a la vez.

Las farolas proyectan halos dorados sobre el asfalto mojado, y el tráfico murmura como una ocurrencia tardía.

Acabamos de salir de Osteria Nido, ese tipo de sitio que cuesta más de lo que aparenta y sirve vinos más viejos que mi hermano pequeño.

Stephanie camina a mi lado, sus tacones repiqueteando en la acera, cada paso confiado y pausado.

Enlaza su brazo con el mío como si me poseyera, y demonios, quizá lo haga.

Su risa se enrosca en el aire como humo de cigarrillo, sensual y lenta.

—Sabes —dice, rozando su cadera contra la mía—, creo que el camarero intentaba ligar conmigo.

La miro, arqueando una ceja. —Estuvo a dos segundos de besar mis zapatos cuando vio mi apellido en la reserva.

—Que tú insististe en poner —clava su dedo en mi pecho—. Solo querías montar un numerito.

—¿Yo? Jamás.

Ella pone los ojos en blanco, pero su sonrisa la delata. Stephanie no juega con fuego.

Eso es lo que adoro de ella, lo que hace que cada segundo parezca auténtico en un mundo lleno de fingimiento y juramentos de sangre.

—Aunque no tenías que gruñirle.

—No gruñí.

—Casi me marcaste como un perro.

—No me tientes —me inclino, rozando sus labios contra su mandíbula, con voz grave—. Te gusta cuando me pongo posesivo.

Su respiración se corta y su agarre en mi brazo se tensa. —Solo un poquito.

Río, bajando la cabeza para besar su cuello. Huele a miel y cuero, cálido y dulce con un dejo de algo punzante bajo la superficie.

Adictivo. Peligroso.

Dios, mi padre perdería la cabeza si nos viera ahora.

Cree que estoy discutiendo logística con algún contacto portuario en el South Side.

En cambio, estoy besando a una mujer que él llamaría *inapropiada*: hija de un dentista, sin valor político, sin pedigrí siciliano y desde luego sin interés en someterse a las tradiciones de nuestro mundo.

Y por eso mismo no puedo alejarme.

Stephanie me tira hacia un hueco cercano de un edificio, los ojos brillando con travesura. —Ven aquí —susurra, tirándome ya por las solapas de mi abrigo.

Dejo que me empuje contra el muro de ladrillo, sus dedos enredándose en mi pelo mientras me besa.

No es delicado.

Es el tipo de beso que promete y rompe reglas.

Sus labios saben a chianti y desafío.

Mis manos encuentran su cintura, acercándola, sus curvas encajando perfectamente contra mí como la pieza final de un puzle que no sabía que me faltaba.

—Siempre haces esto —dice entre besos—. Me haces olvidar adónde iba.

—Entonces no te vayas.

Se separa lo justo para esbozar una sonrisa burlona. —No me tientes.

—Lo digo en serio.

—Siempre dices eso cuando nos besamos.

—Siempre lo digo en serio.

—Gio —su tono se suaviza—. Sabes que no podemos vivir eternamente en esta burbuja.

—La haré más grande.

Ella ríe, apoyando su frente contra la mía. —Lo intentarías, ¿verdad?

—Haría mucho más que intentarlo.

La cuestión es que lo digo en serio, maldita sea.

Ella es la única persona que me ha hecho querer salir de los juegos.

De la política, los tratos oscuros, las alianzas esperadas. Quemaría todos los puentes con tal de quedarme con ella.

Pero esa no es una decisión que puedas tomar tú solo, no en esta familia.

La miro, de verdad la miro. El viento levanta un mechón de su pelo, y se lo aparto detrás de la oreja. —Ven conmigo la próxima vez que salga de la ciudad.

—Gio—

—No te pido para siempre. Solo... no desaparezcas cuando no estemos en el mismo código postal.

Se inclina de nuevo, más despacio esta vez. El beso es más suave, pero hay algo definitivo en él. Como si estuviera memorizando la forma de mi boca.

Cuando se aparta, su mano se queda en mi pecho. —Si me quedo más tiempo, nunca me iré.

—Esa es la idea.

Sonríe, pero la sonrisa no le llega a los ojos. —¿Me mandas un mensaje cuando llegues a casa?

—Solo si prometes no ignorarme durante tres días otra vez.

—Eso fue una vez.

—Sigo traumatizado.

—Te lo compensaré.

Se pone de puntillas para dar un último beso en la comisura de mi boca.

Luego da un paso atrás, sus dedos se deslizan de los míos como seda que cae.

Stephanie camina hacia el bordillo, su abrigo ondeando a su espalda, el brazo levantado para parar un taxi.

La observo como siempre lo hago, sonriendo como un idiota, como un hombre que no sabe más.

Ya estoy pensando en enviarle un mensaje en cinco minutos.

Ya planeando la próxima vez que podré robármela.

Entonces lo oigo.

Neumáticos. Rápidos. Mal.

Mi cuerpo registra el sonido antes que mi cerebro: el chirrido de goma contra el asfalto, un rugido gutural de un motor, demasiado cerca, demasiado deliberado.

Una furgoneta oscura aparece en la esquina, saltando el bordillo con brutal precisión.

—¡Stephanie!

Se da la vuelta justo cuando la puerta corredera se abre de golpe.

Dos hombres de negro —con máscaras, guantes, coordinados— se abalanzan sobre ella.

Ella grita.

Uno la agarra por la cintura, el otro le tapa la boca con una mano.

Sus piernas patean, los tacones arañando inútilmente el suelo.

Mis pies ya se están moviendo.

—¡Eh! —rugo, sacando mi pistola de dentro de la chaqueta.

Pero son más rápidos.

Desaparece dentro de la furgoneta como en una escena de pesadilla, y la puerta se cierra de golpe.

Disparo —una, dos veces— pero las balas rebotan en el metal, inútiles contra la aceleración de la furgoneta mientras se aleja, las luces traseras ardiendo en rojo como señales de advertencia.

—¡No! —Mi voz rasga la noche.

Corro tras ellos, la rabia y el pánico chocando en mi pecho como una tormenta. Pero la furgoneta pasa a toda velocidad el siguiente semáforo y desaparece entre los edificios.

Desapareció.

Se la llevaron.

Me detengo en medio de la calle, el pecho jadeante, la pistola aún apretada en mi puño.

Las bocinas suenan a mi alrededor —coches esquivando, alguien gritando— pero todo es solo ruido. Estática de fondo.

Mi mente está en blanco. Luego está gritando.

Giro sobre mí mismo, intentando entenderlo, intentando recordar cada detalle: la matrícula, la marca de la furgoneta, cualquier cosa.

Pero mi memoria ya se desdibuja en los bordes, difuminada por la adrenalina.

Mi teléfono. Lo busco a tientas, las manos temblando, marcando el único número que importa en este momento.

—Miko —gruño cuando mi hermano contesta—. Se la han llevado. Alguien acaba de llevarse a Stephanie, joder.

—¿Qué? ¿Qué demonios quieres decir—

—Una furgoneta. Dos hombres. Máscaras. Estaba justo delante de mí... ¡Yo estaba allí mismo!

—¿Dónde estás?

—State y Kinzie. Fuera de Nido.

—Quédate ahí. Voy a enviar a alguien.

Cuelgo sin despedirme. Mi pulgar se cierne sobre la lista de contactos. El nombre de mi padre me mira como una amenaza.

No lo llamo.

Ya puedo imaginar su respuesta. *Estabas distraído. Descuidado. Persiguiendo a una chica que no forma parte de este mundo.* ¿Y la peor parte? No se equivocaría.

Pero si le pasa algo...

Aprieto la palma de la mano contra mis ojos, intentando contener la marea creciente de furia que está a punto de estallar.

Stephanie no es un peón.

No es un instrumento de presión.

No es *prescindible*.

Es *mía*.

Y alguien acaba de cometer el mayor error de su vida.

CONTINUARÁ.

Lee la historia de Gio y Stephanie aquí.
